NO siempre llueve en Asturias

Laura Nuño

NO siempre llueve en Asturias

Laura Nuño

LN

Derechos de autor © 2021 Laura Nuño

Todos los derechos reservados

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del autor.

Título original: No siempre llueve en Asturias
© Laura Nuño
Nº Registro: 2104297681190
Primera edición en libro electrónico: Mayo 2021
Diseño de la portada de:© Adyma Design
Maquetación: ©Laura Nuño

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

A mi media manzana, el mío home: mi Jose.

Un hombre no puede estar cómodo sin su propia aprobación.

Mark Twain

Contenido

Derechos de autor
Dedicatoria
Epígrafe
PRÓLOGO
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
EPÍLOGO
Nota de la Autora
Acerca del autor
Libros de este autor

PRÓLOGO

Los recibió con una enorme sonrisa y los ojos colmados de amor.

Lejos quedó el dolor, el miedo y la tristeza… Solo ella y lo que más quería en el mundo.

Los niños se abalanzaron sobre la madre, que no tardó en acogerlos en su regazo. Ignoró el latigazo de dolor cuando uno de ellos hundió la cabeza en su pecho, pues estaba más concentrada en evitar que sus hijos lloraran.

Eso, jamás.

Sin embargo, cuando los sintió temblar de congoja no pudo evitar apretar los labios con rabia y frustración. Sus ojos recorrieron la habitación, buscando en su pareja la fuerza necesaria para seguir adelante. Este solo cabeceó, pero se giró para que su mujer no viera las lágrimas que corrían ya incontrolables.

Con la fortaleza que siempre la había caracterizado se obligó a sonreír nuevamente y a convertir el mundo de sus hijos en un lugar donde solo las risas tenían cabida.

—Ya, ya, *ho*. ¿Qué son esas lágrimas?

—No queremos que te mueras —dijo uno de ellos entre hipidos—. No queremos que te vayas.

—¿Que me vaya? No, no, guaje, ¿quién ha dicho que me voy a ir?

—*Escuchélo*. Dicen que te queda poco de vida.

—Eso *ye* cierto —respondió con una calma aplastante. Porque una cosa era endulzar la verdad y otra mentir a sus hijos—. Pero no me iré. No, mientras viva aquí y aquí —dijo señalando la sien y el corazón del niño—, nunca me iré. Siempre seguiré viva en vuestros recuerdos. Además —añadió besando la nariz de su otro hijo—, pensad que

estaré ahí arriba y que lo puedo ver todo, así que no olvidéis nunca lavaros los dientes. Sobre todo tú, gatín.

El otro niño frunció los labios y el ceño. La madre sintió el peso de la rabia y la impotencia en él, que, con los puños apretados, la encaró.

—Pero no *ye* lo mismo. No puedes dejarnos solos. Te necesitamos.

La mujer volvió a mirar a su esposo, quien ya no pudo soportarlo más y rompió a llorar, ganándose con ello una mirada admonitoria.

—Si no os dejaré solos, vidas mías. Tenéis a papá, que con el tiempo formará una nueva familia y os dará la hermana que tanto queréis… No protestes, Manel, que esto ya lo hemos hablado y es innegociable. Además, desde el cielo os enviaré a quien os cuide y os ame.

—¿A quién? —quiso saber uno de ellos, el más dulce, pero también el más tímido.

—Ahhh, a ti te enviaré una xana de cabellos dorados y ojos verdes como el *prau*[1]. Será tan dulce como tú, y aunque parezca frágil, será muy fuerte. Tan fuerte como para sacar lo mejor de ti —añadió en un susurro.

—¿Y a mí? —preguntó el otro, más hosco y pendenciero y con un genio de mil demonios.

—¿A ti? —La mujer rio suavemente, con la despreocupación que siempre la había caracterizado, con la alegría de quien se sabe feliz pese a estar desahuciada—. A ti te enviaré una *bruxa.* Pero no será cualquier *bruxa,* no. Será la *bruxa* roja.

1

Qué asco de vida.

¿Por qué no se moría ya de una vez?

La mujer abrió los ojos y miró a su alrededor, esperando ver a la muerte, ahí, acechándola, señalándola con su dedo huesudo y riéndose de ella. Lo deseaba de verdad, aunque solo fuera para tener algo de compañía.

Por milésima vez en el día miró su smartphone, a la espera de la llamada o la notificación que sabía nunca llegaría.

Con una agilidad impropia de su edad se levantó de golpe, cansada ya de aguardar por una migaja de afecto, un cariño que, por cierto, no se había ganado.

Lo sabía. Lo reconocía.

«Primero yo, luego yo y luego también yo. Y si tengo tiempo y ganas, quizá después los demás».

—Pues ahora te jodes y te aguantas —se dijo a sí misma, aunque en el fondo lo que le hubiera gustado era poder darse dos buenas hostias.

Al fin sonó el smartphone, al que miró con algo parecido a la dicha mientras abría el mensaje recibido, una respuesta en el fondo esperada, aunque no la deseada.

«Lo sentimos mucho, tía. No podremos ir. Muchas felicidades. Un beso de la familia».

Apretó los labios con fuerza cuando estos comenzaron a temblar por la desolación, con una rabia que iba más dirigida hacia sí misma que a su sobrino.

—Bien que vendréis cuando me muera a recoger vuestro trozo del pastel, escoria. Familia, dice. ¡Ja!

Familia. ¡Qué palabra tan hermosa y tan dolorosa al mismo tiempo!

Porque ella no tenía familia. Esta murió cuando lo hizo su hermana.

Furiosa, se encaminó hacia la cocina, abrió la nevera y sacó una botella de vino. Bebió directamente de ella, una prisa que venía dada por la necesidad de sucumbir al llanto que se le había agarrotado en la garganta, de liberar la pena que amenazaba con brotar en forma de millones de lágrimas demasiado tiempo contenidas. Quería dejarlas brotar, aunque solo fuera para aligerar el peso de su alma, pero no lo logró. Apretó los ojos con fuerza para ayudarlas a salir, poniendo todo su empeño en ello.

Pero seguía sin llorar.

En un arrebato de autocompasión, fue hasta el reproductor y puso la canción *Sound of silence*, versionada por Disturbed, un intento vano de crear ambiente para que las lágrimas al fin hicieran acto de presencia. Lo puso a todo volumen, pues por no tener no tenía ni vecinos a quienes les molestaran ni la música alta ni sus gustos musicales.

Cantó. Y bebió. Y puso su alma en ello.

Pero seguía sin llorar.

Casi rugió de impotencia.

—¡Que quiero llorar, joder! —gritó al techo, pero ni el techo ni a quien en el fondo fuera dirigida la petición la complacieron.

Así que ahí estaba ella, con el rostro rojo por el vino y la rabia, en mitad de una habitación, pateando el suelo como la niña que fue un día y que seguro seguía ahí, en algún lugar recóndito de su alma.

Corrió hacia el espejo de la entrada para ver si la encontraba en sus ojos, pero no la halló ahí tampoco.

Solo vio a una mujer de ochenta y cinco primaveras, con muchas arrugas en los labios de tanto fruncirlos y demasiadas pocas en los ojos, prueba de lo poco que estos habían sonreído a lo largo de los años.

—Que te jodan —le dijo a su reflejo y enseñándole el dedo corazón.

«No necesito a nadie», le dijo una voz muy parecida a la suya mientras volvía al salón, la voz de la otra, la engreída, la orgullosa, la soberbia, esa a la que le gustaba jactarse de sus logros. Esa que se vanagloriaba de victorias que apestaban a fracaso.

—Te recuerdo que estás hablando conmigo. A mí no me puedes engañar —respondió cerrando los ojos y reclinándose en el sofá.

«Mira todo lo que he logrado. Sin ayuda. Sin nadie. Sola».

Fijó los ojos en la estantería que tenía enfrente, repleta de libros, de premios conseguidos, de fotos de sonrisas falsas y acompañada de personas más falsas aún.

—Y así estoy por tu culpa. Sola —reprochó.

Una nueva notificación le hizo mirar el móvil. Sonrió cuando vio

que era una de las miles de felicitaciones que había recibido a lo largo del día a través de sus redes sociales.

«Ahí tienes la prueba de que no estoy sola. Los tengo a ellos. A mis seguidores».

Sonrió con tristeza.

Sí, los tenía a ellos. A millones de ellos, de hecho. Pero ¿era suficiente para ella?

No.

Ella quería lo normal. Una familia. Un amor. Compañía, al fin y al cabo. Por no tener, no tenía ni perro ni gato.

¿Y por qué?

—Porque eres tan sumamente egoísta que no quieres dar cariño a nadie.

«No tengo cariño que dar».

Cansada de discutir consigo misma, y declarándose derrotada, se levantó del sofá y fue de nuevo a la cocina. Era su paso ahora cansado, como si de pronto el peso de los años y la soledad pesaran demasiado, tanto como para hacer que su espalda se curvara y que las manos cayeran laxas a los lados, sin fuerza, sin ánimo ni intención de tenerla siquiera.

Sacó de la nevera la tarta de cumpleaños que había comprado para compartirla con su familia y le echó una foto.

Al menos, la compartiría con su familia virtual, y así, de paso, agradecerle todo el cariño mostrado durante el día.

Qué menos.

Qué más.

Antes de soplar las velas revisó sus redes sociales. Como ya era habitual, se perdió en ellas. Fueron horas que parecieron minutos, en los que vagó por un mundo que no era real, un mundo que la atrapó por completo. Un mundo que le había dado muchas cosas, cierto, pero que, al mismo tiempo, la despojó de otras tantas.

De las importantes.

Ahora, muchos años después de haber sido abducida por el mundo virtual, reconocía que gran parte de culpa de su fracaso personal se debía al tiempo que había perdido en él, un tiempo que debía haber dedicado a los demás.

Y a sí misma.

Porque no solo perdió a familiares y a amigos; ella misma se perdió. Y todo por su culpa, por su incapacidad de darse, de entregarse. Por culpa de no querer reconocer sus errores, porque los había tenido. Y muchos, tantos como para refugiarse en un mundo con unos amigos irreales que nunca, jamás, le echarían en cara sus equivocaciones.

Allí era amada. Idolatrada. Envidiada y odiada, también. Importante, en cualquiera de los casos, muy lejos de la indiferencia

que le otorgaba el mundo real, una indiferencia que se había ganado a pulso.

—Por gilipollas —dijo mientras leía el *time line* y se refugiaba de nuevo en él para dejar de entonar el *mea culpa*.

Y se perdió, hasta que una publicación captó su atención. Era una de esas que se repetía hasta el aburrimiento, pero con un ligero cambio en la pregunta que planteaba.

«Si pudieras visitar a tu yo del pasado y decirle una sola palabra, ¿cuál sería?».

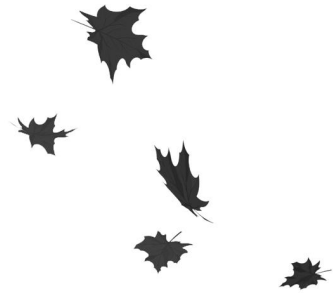
La anciana parpadeó. Apretó los labios y pensó largo y tendido. ¿Cuál sería?

Lo pensó.

Mientras encendía las velas, y a cinco minutos de que se acabara el día, y por tanto su cumpleaños, estuvo cavilando sobre la respuesta.

Y justo entonces, cuando se dispuso a soplar las velas, la palabra llegó.

Y con ella, la oscuridad.



2

Pletórica. Esa era la palabra que describía el estado de ánimo de Mina mientras tecleaba las tres letras tan ansiadas: FIN.

Con un suspiro de alivio, echó la cabeza hacia atrás, alzó los brazos y estiró las piernas. Los huesos le crujieron al hacerlo, un quejido que delataba las muchas horas que había pasado frente al portátil, un esfuerzo extra producto más que de la creación en sí, de la premura por entregar el manuscrito a tiempo a su editora para poder irse de vacaciones a Ibiza.

Mientras miraba fijamente la pantalla tuvo un momento de dudas, un segundo de incertidumbre que le dejó un regustillo amargo. Fue como si las Musas, no contentas con el trabajo realizado, protestaran de indignación.

El cosquilleo de sus dedos era la prueba de ello, la muestra de que la historia no había concluido.

Lo ignoró.

No tenía tiempo para profundizar más, ni para cambios de última hora, ni para revisiones que, con toda probabilidad, la llevarían a giros inesperados que le obligarían a modificar el resultado final. Y el final, tal y como estaba ahora, era correcto.

Correcto. No perfecto. Lo sabía, lo reconocía, pero tenía una agenda a la que ceñirse y dos meses de vacaciones por delante más que merecidas después de escribir sin tregua ni descanso.

Mina frunció los labios con desagrado. Tal vez, si Dios y sus lectores querían, podría darse el lujo de imponer su voluntad, pero ahora no era más que una escritora de tantas, con cierta popularidad en alza, cierto, pero sabía que tenía mucho camino que recorrer aún, muchas

puertas a las que llamar y mucho que callar y obedecer, aunque tenía la lengua encallecida de tanto mordérsela.

Decidió no pensar más en eso, pues la ocasión lo merecía. Era ahora el momento de la celebración, y qué mejor que hacerlo que compartiendo su felicidad con sus seguidores, y así, de paso, agradecerles todas las felicitaciones recibidas por su cumpleaños.

Fue hasta la pequeña cocina, descorchó la botella de cava que tenía reservada para la ocasión y volvió al salón. Se sentó en el sofá, se colocó su larguísima cabellera rojo fuego en un moño rápido y puso la botella al lado del portátil para hacerle una foto y subirla a sus redes sociales. Tras hacerlo, bebió directamente de la botella y esperó la respuesta de sus seguidores.

Sonrió cuando, prácticamente de inmediato, la recibió. Fueron cien me gustas, que se convirtieron en más de quinientos en los minutos siguientes y llegando a la friolera de dos mil reacciones en menos de una hora.

Con una sonrisa en los labios, y mientras bebía directamente de la botella, Mina leyó los comentarios, a los cuales iba respondiendo al instante.

Sí, tenía motivos para sentirse pletó...

—Patética.

Mina pegó un brinco en el asiento y miró a su alrededor, confundida y esperando ver a alguien. Se hallaba prácticamente a oscuras, así que encendió la lámpara auxiliar y vagó la vista por cada rincón del salón.

—¿Hola? —preguntó tímidamente y mientras se levantaba para inspeccionar la casa, no sin cierta cautela por su parte. Cuando acabó, soltó un suspiro de alivio, aunque la sensación de alarma no disminuyó.

Alarma que aumentó cuando, al llegar de nuevo al salón, la luz se fue. Su corazón comenzó a latir con fuerza mientras jadeaba por la impresión, pero se obligó a tranquilizarse y a que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad. Cuando lo consiguió, y no vio ninguna sombra anómala, se obligó a ser objetiva. Quizá su imaginación —y la botella de cava que prácticamente se acababa de beber—, le había jugado una mala pasada. Por un lado, en cuanto a la voz escuchada probablemente se trataba de la televisión del vecino, que tenía por costumbre ponerla demasiado alta. Y el apagón fue debido a un corte de luz o a que se le habían bajado los plomos.

Vale, pero, entonces, ¿por qué no lucía la luz de la pantalla del portátil?

Mientras buscaba una respuesta razonable, la luz volvió y con ella la tranquilidad.

Al menos al principio, porque entonces captó un movimiento a su

izquierda. Cuando se giró, pegó un gritito ridículo al ver que había alguien a su lado; una anciana que la miraba tan sorprendida como lo estaba ella. El grito murió en su garganta cuando sus miradas se encontraron. Durante el transcurso de un latido cada una estudió a la otra, ambas con la misma expresión de perplejidad y asombro.

—No me jodas —exclamó la anciana al tiempo que sus labios se ladeaban en una sonrisa traviesa.

Mina agrandó sus ojos cuando escuchó su voz, la misma que había escuchado antes, la misma que…

Inmóvil, y conforme su mente procesaba lo que veía, se pudo apreciar el pánico en sus ojos.

En los de la anciana, la esperanza.

Esta última fue la primera en reaccionar, pues dio un paso hacia ella y extendió la mano.

Fue cuando Mina se puso a gritar. Lo hizo con todas sus fuerzas, con todo el terror que la embargaba, una respuesta movida por la imposibilidad de dar nombre, y credibilidad, a lo que estaba viendo.

—Para —pidió la anciana.

Pero Mina no solo era incapaz de detenerse, sino que sus alaridos aumentaban conforme la anciana avanzaba hacia ella.

—¡Para, para, para! —exigió esta vez.

—¡No me toques! —pidió Mina mientras retrocedía, hasta que se topó con la pared y se cubrió la cabeza con los brazos, como si así se librase de la visión, como si así impidiera ser tocada por ella, pero no lo consiguió, porque la anciana, terca, y tras un bufido, trató de bajarle los brazos, a lo que Mina respondió gritando aún más fuerte y llorando como una niña.

La anciana debió de cansarse del forcejeo, o quizá no tuviera fuerzas para apartarle los brazos de la cabeza, porque resopló y se apartó.

Por el rabillo del ojo, Mina la vio frente a ella, con los brazos en jarras, los labios fruncidos y pateando el suelo.

—¡Carmina Márquez López, calla de una vez!

Como si hubiera recibido una orden, Mina enmudeció y se descubrió la cabeza. La anciana asintió, complacida.

Frente a frente, y con la respiración alterada, ambas aguardaron, no sabían a qué. A que la otra hablara, a que su mundo se restableciera, a despertar en sus respectivas camas para comprobar que aquello no era más que una pesadilla; porque era aterrador mirarse a sí misma a los ojos y ver repulsa y pánico en unos, desdén y miles de reproches en otros.

—¿Quién eres? —pudo articular al fin.

La anciana chasqueó la lengua.

—¿No lo sabes? —Se acercó un paso a ella hasta quedar a un palmo

de distancia y susurró—: ¿No lo ves?

Mina negó con la cabeza.

—Imposible. —Sus ojos buscaron una prueba que negaran aquella locura, una marca de nacimiento en su brazo derecho que…. Sí, ahí estaba. Abrió mucho los ojos y se enfrentó a los de la mujer—. ¿Eres mi fantasma del futuro?

La anciana se echó a reír, pero luego se puso seria y frunció el ceño. Iba a decir algo a su vez cuando alguien llamó al timbre con insistencia y aporreaba la puerta principal al mismo tiempo.

—¡Mina! —escucharon gritar—. ¿Estás bien?

Ambas miraron hacia el pasillo, pero fue la anciana la que reaccionó y corrió a abrir. Se encontró con un morenazo de impresión, de cuerpo musculoso y sonrisa de canalla.

—¿Puedes verme? —soltó sin más.

El muchacho la miró, aturdido, y se rascó la cabeza.

—Eh… Sí, claro. —Miró por encima de su cabeza—. ¿Está Mina? La he escuchado gritar y…

—Por una cucaracha enorme. Es una cagona. Adiós —trató de despedirse, pero el joven se lo impidió y la miró, desafiante.

—Quiero verla. Quiero comprobar que está bien.

La anciana se frotó el rostro con una mano.

—Mina, el buenorro de al lado quiere verte.

Mina trató de desembarazarse de la inmovilidad que parecía atenazarla y se dirigió hacia la puerta.

—Hola, Raúl.

—Ea, ya te puedes ir tranquilo —dijo la anciana cerrando, ahora sí, la puerta en sus narices.

Mina pegó un grito de indignación.

—¡Eso no ha sido nada educado por tu parte!

La anciana agarró sus muñecas y clavó sus enormes ojos azules en los de la muchacha.

—No sé el tiempo que tenemos, así que escucha: lo estás haciendo todo mal.

Mina parpadeó.

—¿Mal?

—Sí, mal. Como el culo.

Aquello era desalentador. Del todo.

Mina tragó saliva y miró fijamente a los ojos de su yo del futuro. Pareciera que, más que querer leer su alma, quisiera vislumbrar su porvenir. Y este, a juzgar por la tristeza y la soledad impregnada en los ojos de la anciana, no era nada esperanzador.

—¿Acaso no voy a ser una escritora famosa?

La anciana abrió y cerró la boca un par de veces, pero entonces frunció los labios, entornó los ojos y, sin previo aviso, la abofeteó.

—¡Oye! —protestó Mina.

—¡Ni oye, ni oyo! ¿Vengo del futuro para arreglar las cosas y a ti solo se te ocurre preguntar por la fama?

—Mujer, es que ahora mismo es lo que más me importa.

—Lo que más te importa no, criatura. Lo único que te importa. Y así te va. ¡Así nos va!

—¿Y cómo nos va? —preguntó en un susurro.

—¡Mal! ¿A cuento si no estoy yo aquí, eh?

Mina asintió y se atusó el cabello. Aún había temor en sus ojos color azul cielo.

—¿Y qué debo hacer?

La anciana miró al suelo, pensativa. Cuando alzó la mirada, había confusión en sus ojos.

—No lo sé. Mira, Mina, no sé si soy tu fantasma del futuro, una advertencia o una visión. Solo sé que estaba soplando mi tarta de cumpleaños sola, Mina. ¡Sola! Ni esposo, ni hijos, ni nietos, ni sobrinos, ni amigos… —El labio le tembló y sus ojos se enturbiaron de tristeza—, ni familia… mi hermana, mi Nana. —Agitó la cabeza, desechando la tristeza y apretó sus muñecas con más fuerza—. Sola, sin más ruido que el sonido del silencio, sin más voces que la mía, sin más compañía que las sombras que proyectan una chimenea encendida con un fuego que es incapaz de entibiar un alma congelada.

Mina tragó saliva. Aquel panorama que su yo del futuro le pintaba era devastador, y aterrador, tanto o más como verse a sí misma, arrugada, canosa, encorvada. Ajada.

Vieja.

—No te gusta lo que ves, ¿verdad? —preguntó la anciana con cinismo. Mina negó con la cabeza—. Pues cámbialo.

—¿Cómo?

Había súplica en su pregunta.

La anciana se encogió de hombros.

—No tengo la menor idea. Sé feliz. Haz las cosas que te gustan. Sonríe más a menudo. Enamórate. Cuida a la familia. Importantísimo esto, ¿eh? La familia y los amigos siempre lo primero. Persigue tus sueños, pero no te pierdas en ellos. Vive, al fin y al cabo —concluyó con un suspiro de cansancio.

Mina asintió y se apoyó en la pared. Como la anciana, suspiró.

—Vale, y ahora ¿qué?

—¿Qué de qué?

—Pues eso. Que qué va a pasar ahora. ¿Despertaré y pensaré que ha sido un sueño o simplemente te desvanecerás?

—Ah, pues no lo había pensado —confesó la anciana. Pareció pensarlo durante varios segundos, pero al cabo negó con la cabeza—. No hallo una explicación lógica. Estoy cansada —anunció de golpe—.

¿Dónde puedo dormir?

—¿Dormir? —repitió Mina con una risa cargada de incredulidad—. ¿Ahora? ¿En serio? ¿Con la que tenemos encima?

—Pues ya me dirás tú. ¿Qué se supone que debemos hacer, esperar aquí sentadas como las tontas a que yo regrese a mi tiempo? ¿Contigo de compañía? ¡Ja!

Mina entrecerró los ojos.

—¿Y qué pasa?

—Pues que me caes mal. Eres esa, la listilla. Joder, ya podría haber venido en otra época. Por ejemplo, cuando teníamos diecisiete años. —La anciana sonrió con picardía y añoranza—. Esos sí que fueron buenos años. Y los veinte… No, decididamente nos quedamos con los veinte. Teníamos más libertad. —Frunció el ceño y ladeó la cabeza—. ¿Qué edad tenemos ahora?

A la joven no le pasó desapercibido que la anciana había usado la segunda persona del plural, algo que no le gustó en absoluto. Eso hacía a la anciana más… real.

—Treinta y dos —respondió. La anciana bufó. Mucho. Y de forma muy desagradable—. ¿Qué?

—Mala época —respondió la mujer, negando con la cabeza con condescendencia—. Debía de haberlo supuesto, por ese horrible color de pelo que llevas ahora. Seguro que estamos en la época *pin up*, con sus dietas, sus corsés, sus zapatos rojos de tacón… Sí, estamos en la peor, esa en la que te rebelaste contra todo después de…

—¡Cállate! —rugió Mina, los ojos fuera de sus órbitas y con odio y rabia. Y desesperación. Y dolor. Y culpabilidad—. Ni se te ocurra mencionarlo.

La anciana tragó saliva, pero al cabo alzó la barbilla y la miró desafiante.

—Sabes que algún día tendremos que enfrentarnos a eso.

—No ahora. No en este instante. No lo hagas —advirtió—. O de lo contrario, ya te puedes ir largando.

—Pues ya me dirás tú dónde —replicó al tiempo que se sentaba en el sofá. Ni harta de vino iba a marcharse. Sonrió con maldad—. Tendrás que aguantarme hasta que esto se solucione.

—¿Y cuándo será eso?

—No lo sé. Ven —pidió la anciana dando golpecitos al sofá—. Pensemos juntas.

Aunque a desgana, Mina hizo lo que le pidió su otro yo, pero cuando iba a tomar asiento, la anciana se levantó y se encaminó a la cocina.

—¿Y ahora, qué?

—Tengo hambre —anunció la buena mujer al tiempo que abría la nevera—. Y ya sabes que no podemos pensar con hambre. ¡Tienes

tarta! Anda, busca un par de platos y sirve café.

—¿A las doce de la noche? Ni de coña, que luego no podré pegar ojo.

La anciana alzó las cejas.

—¡Hola! ¿Dormir? ¿Con la que tenemos encima? —le restregó sus propias palabras con retintín.

—Dios, eres insoportable —masculló Mina, pero obedeció, aunque solo fuese para no escucharla durante un rato. Por eso y porque la muy condenada tenía razón al decir que con el estómago vacío era incapaz de razonar, así que preparó dos platos, dos cafés y los puso en una bandeja para llevarlos al salón y poder comer en el sofá, ya que la cocina era muy pequeña para dos personas.

Ambas comieron en silencio. Ambas, dejaron la nata para el final. Ambas dejaron que el café se enfriara. Ambas miraban a la nada, probablemente pensando en muchas cosas a la vez, una ráfaga de pensamientos que no tenían ni orden ni concierto. Ambas acabaron el trozo de tarta al mismo tiempo, momento en el que al fin se miraron a los ojos para enfrentarse a algo más grande que ellas mismas.

—Ya estamos listas —dijo la anciana dejando el plato en la mesa y echándose hacia atrás en el sofá—. A ver, hemos leído suficiente literatura de ficción como para tener un poco de idea sobre viajes en el tiempo, pues ya hemos llegado a la conclusión de que no puedo ser un fantasma del futuro.

—¿Y eso, por qué?

—Leche, porque tu vecino el buenorro puede verme. Por cierto, ¿te lo has tirado? Porque nos gusta…

Mina se rio cuando la anciana subió y bajó las cejas con picardía.

—No, aún no. Es mi actual *crush*.

—¿Tu qué?

—Mi *crush* —repitió como si fuera obvio—. Eres más vieja que yo, deberías saber qué significa.

—Te juro por estas que son cruces que no he escuchado esa palabra en mi vida.

—Bueno, yo recién la acabo de descubrir, pero la repito mucho, ergo si yo la conozco, tú deberías conocerla también.

La anciana negó con la cabeza con vehemencia.

—Que no, listilla, que te digo yo a ti que no.

Mina frunció el ceño.

—Vaya, eso sí que es raro —dijo más para sí misma que para la mujer—. Pues un *crush* es algo así como un amor platónico, el chico que te gusta y con el que todavía no tienes nada. —Mina agrandó mucho los ojos cuando cayó en la cuenta de algo: su otro yo tenía todas las respuestas a todas sus preguntas—. Hostias, tú lo sabes, ¿verdad?

—¿Qué cosa?

—Si me voy a enrollar con él o no. ¿Lo haré? —preguntó con una enorme y esperanzada sonrisa.

—¿Y yo qué sé?

—Bu-bueno —balbuceó, perpleja—. Teniendo en cuenta que vienes del futuro, deberías saberlo.

La anciana la miró pensativa, pero al cabo de un tiempo sus ojos mostraron algo parecido al pánico mezclado con incredulidad.

—No puedo —susurró.

—¿Contármelo? Va, venga… Entiendo que no puedas contarme cosas importantes, pero esto es un dato insignificante que no va a cambiar el futuro para nada.

La anciana le soltó una colleja.

—Idiota, eso es precisamente lo que queremos, cambiar el futuro. Nuestro futuro —precisó—. Y no, no es que no pueda por algún impedimento moral, o ético o para no crear paradojas temporales; es tan sencillo como que no lo sé. Es como si solo tuviera memoria hasta este mismo instante. Me acabo de dar cuenta de eso.

Mina abrió y cerró la boca varias veces.

—Venga ya… —pudo decir finalmente—. O sea, ¿que no me puedes contar nada de nada?

—No. Solo hasta este momento. Lo único que sé del futuro es lo que he vivido hoy, es decir, el día de nuestro ochenta y cinco cumpleaños.

La joven parpadeó, pero luego suspiró, aliviada.

—Bueno, pues si es así, a lo mejor estás equivocada y no me ha ido tan mal en la vida. A lo mejor solo tenías un mal día y… ¡Joder, deja de darme collejas!

—Pues deja de decir estupideces. No, no tenía un mal día. Estaba sola, acabada, sin más compañía que mi sombra.

Mina se desplomó en el sofá.

—Pues vaya caca… —Ambas enmudecieron durante varios segundos, hasta que Mina frunció el ceño—. Hablando de paradojas temporales… ¿no es raro que estemos hablando tú y yo?

—¿Y por qué va a ser raro?

—Bueno, tú lo has dicho antes; hemos leído suficiente literatura de fantasía como para saber que la regla número uno de los viajes en el tiempo es que el yo del futuro no debe encontrarse con el yo del pasado. O del presente. Vamos, que los dos *yos* no pueden coincidir.

—Cierto. Salvo que esto no sea un salto en el tiempo.

—Vale, entonces, ¿qué es? Porque hemos concretado que no eres un fantasma del futuro. Doy fe que no eres intangible —dijo llevándose una mano allí donde minutos atrás la había abofeteado.

—No sé lo que es. Creo que la publicación de Facebook tuvo algo que ver.

Mina agrandó los ojos.

—Caramba, después de tantos años, ¿todavía sigue existiendo Facebook? —Como la anciana asintió, Mina frunció el ceño—. ¿Y qué decía esa publicación?

Su otro yo comenzó a explicarle los hechos que la habían traído hasta donde estaba ahora, cada vez más convencida de que la vida, en realidad, le había dado la oportunidad de poder enviarle un mensaje.

—Ya, pero si fuera así —dijo Mina cuando la anciana concluyó—, no entiendo qué haces todavía aquí. Ya me has dado el mensaje. Ya me has pintado el futuro lo suficientemente negro, así que no sé qué haces todavía aquí.

La mujer estuvo pensando durante varios segundos, hasta que pareció dar con la respuesta, pues asintió con la cabeza.

—No lo hemos comprendido. Por eso sigo aquí.

—¿Qué no hemos comprendido?

—No lo sé. Hay algo que tenemos que hacer, algo que debemos cambiar. Juntas, Mina. —Suspiró con cansancio, porque aunque no tenía forma de demostrarlo, sabía, con una certeza absoluta, lo que debían hacer—. Estoy muy cansada. Me voy a la cama.

La anciana se levantó y sin pedir permiso se encaminó hacia el dormitorio de Mina, donde una cama de casi dos metros la esperaba. No esperó a que Mina la acompañara, ni se despidió de ella.

Sabía que a la mañana siguiente seguiría ahí, porque su yo pasado era tan obtusa y tan dura de mollera que aún no había captado el mensaje.

Ya se encargaría ella de metérselo aunque fuera con calzador.

Ya haría ella todo lo preciso para que su futuro no estuviera regido por la soledad.

3

Tuvo un despertar horrible. Se sintió resacosa, agotada y desubicada, como cuando has tenido una noche de alcohol y juerga y al día siguiente despiertas en cama ajena con un desconocido. La diferencia era que sí se encontraba en su cama, y que no había nadie durmiendo a su lado.

Aliviada en ese sentido, y todavía somnolienta, decidió dormir un rato más para aliviar el dolor de cabeza que tenía, aunque la sensación de alarma no desapareció. Es más, conforme su consciencia iba tomando el control, esta iba creciendo, hasta que la obligó a incorporarse y salir de la cama de un salto, como cuando por alguna extraña razón el despertador no ha sonado y descubres que te has dormido y que vas a llegar tarde al trabajo.

Con el corazón a mil, y paseando sin sentido por el dormitorio, trató de captar qué era lo que había anómalo en su vida, qué era aquello que no encajaba. Aparentemente en el dormitorio todo estaba en su sitio, así que no era en su entorno donde había algo raro.

Era en su mente.

Al fin, ya despierta del todo, recordó la noche anterior. Se sentó en el borde de la cama y cerró los ojos para analizar la situación.

Objetivamente, lo que había vivido era del todo inverosímil, más propio de los libros que solía escribir que de la vida real.

No, lo de anoche había sido una flipada de padre y muy señor mío, producto de la botella de cava que se había bebido, aunque esta explicación, desde luego, no le sirvió en absoluto, porque ella estaba más que acostumbrada a beber y nunca había tenido una alucinación semejante.

Una alucinación que se le antojó muy real tras considerarlo de nuevo, ahora ya despierta del todo. Tan real que tuvo que admitir que había una gran probabilidad de que realmente la noche anterior tuviera una conversación de lo más extraña con su yo del futuro, en la que lo único que había sacado en claro era que tenía que hacer algo para no acabar más sola que la una.

Mina no era una persona que le diera demasiadas vueltas a las cosas, sobre todo cuando le dolía tanto la cabeza, así que se levantó y cogió una muda de ropa para darse una ducha y despejarse, decidida a olvidar los hechos.

Pero los hechos se manifestaron nada más traspasar la puerta de su dormitorio y salir al pasillo.

—¿Pero qué…?

Mina alzó la cabeza y olfateó a conciencia. No era del todo desagradable, pero que olía mal, olía.

Con la sensación de alarma de nuevo activada, y temiéndose lo peor, eso mismo que su mente se negaba a aceptar, caminó con cautela hasta una puerta a la derecha, que estaba entreabierta. Tomó el pomo y…

—¡Tú! —gritó por la sorpresa, pues la alucinación estaba ahí, tan pancha, sentada en la taza del WC como si tal cosa.

—¡Joder! ¡Qué susto me has dado! —gritó la anciana.

Mina alzó las cejas.

—¿Que yo te he asustado? —Rio con sarcasmo—. ¿Sabes la estampa tan desagradable que presentas a primera hora de la mañana?

—Vete a dar una vuelta, guapa —regañó la anciana al tiempo que le enseñaba el dedo corazón.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Mina cruzándose de brazos y mirándola con los ojos entrecerrados.

—¿Cagar? —preguntó la mujer a su vez.

—Eso ya veo… Y ya huelo. Podrías al menos cerrar la puerta.

La anciana pegó un respingo.

—Ni se te ocurra. Nosotras no cerramos la puerta del baño. Nunca —recordó. Su semblante mostró pánico ante esa posibilidad.

Un músculo se movió en la mejilla de Mina, que entornó los ojos en una clara señal de advertencia.

—Tira al menos de la cadena. Termina pronto, que tenemos que averiguar por qué estás todavía aquí —pidió—. Te espero en la cocina.

Regresó a la habitación y dejó la muda, pues a juzgar por las circunstancias todavía tendría que pasar un buen rato para que se pudiera dar una ducha sin que peligraran sus fosas nasales, de modo que decidió desayunar primero.

Se llevó una grata sorpresa cuando entró a la cocina y vio que su otro yo no solo le había preparado un copioso desayuno, sino que

además había recogido la cocina. Un rápido vistazo a través de la puerta le permitió comprobar que también había limpiado el salón.

Ignoró la vocecilla que le recordó que estaba a dieta y se zampó sin remordimiento alguno un *brownie* de chocolate, asombrada por lo bueno que estaba, pues ella era un desastre con la repostería. Por lo visto, con los años había aprendido a cocinar. Dejó para luego el café y se sirvió el zumo de esas naranjas que desde hacía tres días languidecían en un frutero, a la espera de que Mina se dignase a hacer uso de ellas.

—Nota mental: no comprar tanta fruta —dijo la anciana nada más entrar en la cocina. Mina hizo una mueca, pero ignoró a la anciana, que no tardó en servir dos cafés y llevarlos al salón. Cuando Mina la siguió, preguntó—: ¿Qué tal has dormido?

—De un tirón, pero me he despertado hecha una piltrafa. —Miró a su alrededor y frunció el ceño cuando vio que apenas eran las diez de la mañana—. Y tú ¿a qué hora te has levantado?

—A eso de las cinco —respondió con un encogimiento de hombros —. Los viejos no solemos dormir mucho. Creo que en el fondo tenemos miedo de no despertar —confesó con una sonrisa torcida y un guiño de ojos—. Además, tenía mucho que hacer.

—Ya veo… Gracias por recoger la casa.

—Qué remedio… Lo tienes todo manga por hombro. Dos lavadoras he puesto ya.

—No tengo tiempo —se excusó—. Tenía que terminar la novela sí o sí.

La anciana se rio por lo bajo.

—Regla número uno: no trates de mentirnos. Recuerda que soy más tú que tú misma y sé de sobra que eres más guarra que la Charito. — Mina iba a protestar, pero la anciana levantó la mano y habló de nuevo—. ¿Qué novela es esa? ¿El archivo que tenías abierto en el portátil?

—¿Has mirado mi portátil?

—Claro.

—Regla número uno: nunca, jamás, toques mis cosas.

—*Ninqui jimis tiquis mis quisis* —se burló la anciana—. Te recuerdo que son nuestras cosas.

—No te soporto —replicó Mina entre dientes.

—Pues hasta que no encontremos una solución a esto, vas a tener que aguantarme, porque, por si no te has dado cuenta, esto va para largo. ¿Qué planes tienes para hoy?

Mina alzó las cejas y miró a la anciana de arriba abajo.

—¿Planes?

—Bueno, ya sabes… Algo tendremos que hacer.

—Ah, no, de eso nada —protestó Mina—. Tengo demasiadas cosas

que hacer como para además hacer de niñera.

—¿Qué cosas?

Mina parpadeó.

—Bueno, pues… Tengo que echar un vistazo a lo último que escribí ayer antes de enviárselo a la editora y…

—¡Olvídalo!

—¿Perdona?

—Que no vas a enviar esa bazofia a la editorial.

Mina se atragantó.

—¿Bazo-bazo… Bazofia?

—Es un truño como una catedral. Reconócelo.

—Bueno, no es lo mejor que he escrito, pero tanto como decir que es un truño... —Como la anciana tenía los ojos clavados en ella y una sonrisa malvada, bufó—. Vale, sí, no es tan buena como las otras, pero ¿qué quieres? De algo tengo que vivir y la editorial me estaba metiendo presión para que la acabase antes de septiembre.

—No la puedes entregar. Esa no. Es una falta de respeto a tus lectores. Y a ellos te debes.

—Me debo a un contrato editorial.

—Un contrato que ni siquiera has firmado.

—Ya, pero di mi palabra.

—Y yo no te digo que la incumplas. Pero no con esa novela. Siempre puedes escribir otra. De hecho, debes hacerlo.

Mina rio con escepticismo.

—En tres meses.

—Y en menos tiempo, si te lo propones. —La anciana agarró la mano de la joven y la miró por primera vez con ternura—. Sabes que puedes hacerlo. Podemos hacerlo —corrigió.

Mina, por primera vez, flaqueó. No supo si fue por la mirada compasiva de la anciana, o porque su contacto fue tan gratificante que comprendió algo aterrador: estaba sola.

Por supuesto, antes muerta que reconocerlo, así que carraspeó y se desprendió de la mano de la vieja. No supo qué pensar del hecho de que de pronto se sintió muy perdida.

—Bueno, siempre puedo revisarla y corregir y…

—No. Esa ya no.

Mina frunció el ceño por la insistencia de la vieja.

—¿Qué sabes que no me estás contando?

La anciana se llevó una mano al pecho.

—Te prometo que nada. Solo que he leído un poco y no me convence nada. Y sé que tú piensas lo mismo. ¿A que todavía te pican las manos?

Mina apretó los labios con furia.

—Sí —confesó.

—Pues no hay más que hablar. Ponte de inmediato con otra novela.

—Después —decidió—. Primero tengo que entregar esta.

La anciana masculló algo antes de dar un sorbo, pero su expresión, sobre todo sus ojos, delataron que había algo más detrás de su insistencia.

—¿Qué has dicho?

—Que no puedes entregar algo que no existe —repitió, esta vez alto y claro, ganándose un grito que rozaba la desesperación de la más joven.

—No habrás hecho lo que creo que has hecho…

—Lo he hecho —confirmó la anciana con un asentimiento de cabeza y sin atreverse a mirar a su yo más joven y más enfadado. Para que no le quedara ningún tipo de duda, añadió—: He destruido el archivo.

Mina se levantó y comenzó a pasearse por el salón. Hablaba sin emitir palabra, como siempre que estaba enojada. Acompañaba su inaudible monólogo con gestos de sus manos. Uno de ellos le hizo mucha gracia a la anciana, ese en el que la joven estrangulaba un cuello invisible después de darle tres derechazos y una patada.

—Qué graciosa se te ve —dijo golpeándose la pierna mientras reía.

Mina dejó de estrangular a su enemigo invisible y miró de hito en hito a su yo del futuro.

—No se me ve graciosa. Se me ve muy enfadada. ¡Contigo! ¡Meses y meses de trabajo tirados a la papelera!

—Mujer, lo he hecho para que reaccionaras. Seguro que tendrás por ahí alguna copia de seguridad.

Mina dejó de pasearse por la cocina y se puso en jarras frente a la anciana.

—Sabes de sobra que nosotras no hacemos esas cosas. —Como la anciana sonrió de oreja a oreja, frunció el ceño—. ¿Qué?

—Que has dicho nosotras. Parece ser que te vas haciendo a la idea de que somos un equipo.

—Un equipo no se joden entre ellos —acusó señalándola con un dedo, pero de pronto, como si fuera consciente por primera vez de la envergadura de su problema, se dejó caer al suelo—. Estoy jodida. Estoy muy jodida.

—¿Qué vas a estar jodida? Somos una mujer de recursos. Ponte con otra.

—¿Con cuál? —preguntó desanimada y un tanto atónita al comprobar que iba a hacer caso a esa vieja chiflada—. ¿Con la manchega?

—No. A esa todavía no le toca.

—¿Entonces? ¿Con la histórica? Ya llevo más de media novela.

La mujer frunció el ceño.

—Sé a cuál te refieres, pero ahora recuerdo que la dejamos inconclusa porque había una falla en el contexto histórico y no tenemos tiempo para investigar. Necesitamos algo fresco, algo nuevo… Algo diferente.

—Esta era diferente —protestó cual infante la joven.

La anciana alzó la barbilla.

—Era una de tantas, que pasaría sin pena ni gloria. Era una novela en la que no has evacuado, no has vomitado el alma en ella. ¿Acaso has reído? ¿Has llorado? ¿Te has emocionado?¿Has sufrido?¿Has tenido el corazón en un puño? ¿Has sonreído mientras la escribías? ¿Te has ido a dormir y no has podido hacerlo recordando una escena en concreto? No ¿verdad? Pues entonces.

Mina se quedó pensativa, hasta que suspiró y miró a su otro yo. Había derrota en sus ojos.

—No se me ocurre nada ahora mismo, vieja. Estoy bloqueada.

—Para empezar, si quieres que nos llevemos bien, no me llames vieja. Y tranquila, que yo te ayudaré.

—¿Y cómo quieres que te llame? Porque ni de coña te voy a llamar Mina. Se me hace rarísimo.

—Anda la otra con lo que me viene… Vale, llámame por nuestro nombre completo; Carmina.

Mina aceptó, porque nunca se había sentido identificada con ese nombre. Al dirigirse así a la anciana, la hacía menos espeluznante, como si así pudiera separarla un poco de sí misma y crear dos personas diferentes en vez de lo que eran en realidad: una misma entidad.

Un móvil sonó en su dormitorio, momento que Mina aprovechó para apartarse unos segundos de Carmina y gozar de un poco de privacidad. Hubiera agradecido la interrupción si se hubiera tratado de otra persona, pero se trataba de Lina, su editora.

—Dios, no puedo creer que vaya a hacer esto —susurró antes de aceptar la llamada y sentándose en la cama—. ¡Hola, Lina!

—¿Qué tal está mi escritora favorita?

Mina torció la boca en una mueca de desdén, pues sabía que eso mismo se lo decía a todas.

—Cansada, pero bien. ¿Y tú?

—Contentísima —respondió Lina—. ¡Acabo de ver tu publicación de Facebook!

Lina musitó una maldición y se mesó el cabello. Ya no podía decirle que no la había terminado, pues la publicación a la que se refería era esa en la que había celebrado el final de la novela.

—Sí, ya…

—No sé a qué esperas para enviármelo. Tengo unas ganas tremendas de ponerme con ella. ¡Y encima la has acabado antes de

tiempo!

—Sobre eso…

—Voy a hablar ahora mismo con todo el equipo para adelantar el lanzamiento. ¿Qué te parece?

—Muy mala idea, Lina —se atrevió a confesar.

Lina ignoró sus malos augurios y lanzó una carcajada.

—¿A estas alturas todavía tienes miedo del lanzamiento?

—Si no es eso —replicó con cansancio. Alzó los ojos y vio entrar al dormitorio a Carmina—. Es que… la novela… no vale.

Hale, ya lo había soltado.

El bufido de Carmina se mezcló con el de Lina.

—Ay, esos nervios de escritor.

—No son nervios, Lina, es que he decidido que… No puedo hacerlo —confesó poniendo a Lina momentáneamente en silencio.

—Sí puedes —exigió Carmina.

—No. Ni de coña ¡¿Qué haces?! —murmuró cuando la anciana le arrebató el móvil.

—Tenemos la misma voz —susurró a su vez la anciana—. Y tú no tienes arrestos a hacer lo que voy a hacer yo.

Mina agrandó mucho los ojos.

—No te vas a creer lo que ha pasado, Lina —estaba diciéndole a su editora, a quien puso en manos libres—. Anoche ocurrió un desastre.

Derrotada, Mina se dejó caer en la cama y se tapó los ojos con las manos, como si así pudiera escapar de aquel sinsentido.

—¿Qué pasó?

—Pues que hubo un apagón en el edificio y… adivina.

—No quiero adivinar —se quejó Lina, ahora terriblemente seria, algo que no presagiaba nada bueno.

—Está bien: mi portátil murió.

Hubo un silencio aterrador. Ambas sabían lo que vendría a continuación. Ambas se pusieron rígidas, a la espera de que su editora explotase.

—Supongo que habrás hecho copia de seguridad.

La anciana no dudó al responder:

—No.

Tres largos segundos de enmudecimiento por parte de la editora. Tres segundos de aguantar la respiración por parte de ellas.

—Esto no es serio, Mina.

—Yo no tengo la culpa de que mi ordenador decidiera morir justo anoche.

—Cierto, pero sí de no hacer siquiera una copia de seguridad. A mí que pierdas ocho meses de trabajo me trae sin cuidado, pero cuando me haces quedar mal a mí con todo el equipo editorial por confiar en ti, saca mi lado más oscuro. Y créeme, no querrás verlo.

Carmina tapó el micrófono y miró a Mina con asombro.

—¿Ocho meses? —susurró—. ¿Has tardado ocho meses en escribir ese bodrio?

Mina, sabiéndose ya perdedora del todo, se encogió de hombros.

—Reconozco que he vagueado un poquito.

Carmina negó con la cabeza y retomó la conversación con Lina, que había lanzado una amenaza velada, algo que la puso de mal humor.

De muy mal humor.

—Mira, Lina, he tenido un accidente y lo lamento, pero no adelantes acontecimientos. Me pediste que te entregara una novela antes de septiembre, y la tendrás. Te lo juro.

—Más te vale. O si no…

No añadió nada más. Para disgusto de ambas, colgó sin siquiera despedirse.

—Estoy acabada.

Carmina negó con la cabeza.

—No. No lo estás.

Mina extendió las manos y puso cara de pánico.

—Mi editora acaba de *no-decir* que como no le entregue una novela dentro de tres meses me puedo ir olvidando de publicar con ellos.

Carmina asintió, comprendiendo. Se sentó a su lado y le apretó la rodilla.

—Algún día, Mina. Llegará un día en el que seas tú la que decidas el cómo, el cuándo, el dónde y el con quién publicar. Pero para ello tienes que ser la mejor y no conformarte con esa bazofia de novela…

—No era bazofia —se quejó Mina haciendo un puchero carente de lágrimas.

—Vale, no era tan mala. Pero ni siquiera era bonita, ni tierna, ni divertida… Era tan políticamente…

—Correcta —acabó Mina la frase por ella.

—Cierto. Esa es la palabra. Correcta. O, lo que es lo mismo, sosa.

Mina resopló y cerró los ojos. Cuando los volvió a abrir, clavó la mirada azulada en su yo del futuro.

—No puedo hacerlo. Por más que me estrujo lo sesos, no sé qué escribir. Las musas me han abandonado.

—Pues habrá que ir a cazarlas.

—¿A dónde? —protestó, desinflada y derrotada.

Los ojos de la anciana brillaron con malicia.

—A Asturias.

Mina alzó las cejas con incredulidad antes de bufar.

—Ni por asomo. Yo ya tenía planeadas mis vacaciones. No cambio Ibiza por Asturias ni aunque me paguen.

La anciana abrió y cerró la boca varias veces, hasta que meneó la cabeza con desdén.

—Pero criatura… ¿Tú crees que si vas a Ibiza vas a escribir algo? ¿Cuándo? ¿Entre mojito y mojito? No, no, mejor después, que con resaca se escribe de putísima madre.

Mina meneó la cabeza al escuchar su última expresión.

—Madre mía, qué boca tienes… En serio, yo no hablo así.

—No, porque tú estás en la época en la que te crees muy fina y muy *cool* y eres muy… correcta —se burló—. Vamos a Asturias, que verás cómo allí te viene la inspiración.

Para enfatizar sus palabras, Carmina chasqueó los dedos, pero Mina no estaba nada colaborativa.

Al cabo, la anciana la miró con desesperación.

—Mina, te lo pido por favor. No quiero volver al futuro. No a ese futuro. Dame la oportunidad de cambiarlo.

La joven agrandó los ojos cuando en su voz, más que desolación, detectó algo que ya desde un tiempo venía percibiendo: soledad.

Pero soledad de la mala, de la que hiere y nadie quiere.

Al ver los ojos de su yo futuro pudo sentir todo su peso, hasta dónde podía llegar y cuánto podía doler.

Porque dolía, y mucho, saber que en el futuro no tendría a nadie a su lado.

—De acuerdo —aceptó finalmente.

Y que fuera lo que Dios quisiera.

Ya se estaba levantando cuando la anciana la detuvo. En esta ocasión, no la miró a los ojos cuando susurró:

—¿Podrías hacer otra cosa por mí?

Como lo dijo de forma dulce, casi suplicante, Mina asintió, pese a que la anciana seguía con los ojos clavados en el suelo.

—Llámala. A la Nana.

Mina bufó.

—No sé si te acordarás que llevamos años sin hablarnos. —Apretó los labios y alzó la barbilla, orgullosa. Cuando habló de nuevo, había incluso algo de ira, y de desdén, en su voz—. Deberías saber por qué.

La anciana apretó los labios, pero lo que alarmó a Mina fue la lágrima que rodó por la mejilla de la anciana. Eso y que no insistiera, pues aceptó su decisión.

Cuando la vieja levantó la mirada y se encontró con la de Mina, esta se llevó una mano al pecho.

—¿Acaso ella ha…? —Fue incapaz de concluir la frase, pues se le hizo un nudo en la garganta, pero al cabo entrecerró los ojos y ladeó la cabeza—. ¿No decías que no recordabas nada del futuro?

—Y no lo hago. No desde este presente. Pero dime una cosa, ¿crees que si ella estuviera viva nos hubiera dejado solas?

Mina la miró pensativa durante varios segundos.

—Mierda —masculló cuando comprendió que su otro yo tenía

razón, así que se tragó el orgullo y agarró el teléfono con resolución—. Ahora, que como me cuelgue, te juro que no lo intentaré nunca más.

—No lo hará —respondió la anciana con fervor, porque sabía que aquel enfado era unidireccional, que su hermana siempre la recibiría con los brazos abiertos.

Y así fue.

4

—No me lo puedo creer. ¡Tienen camisetas de los Kiss! ¡Y de los Queen!

Qué ridícula. ¿Dónde iba a su edad con esa ropa? Había sido muy mala idea pasar al Stradivarius antes que al C&A, donde seguramente tenían algo más apropiado para una octogenaria, pero no… Ahí la tenía, volviéndose loca con todas las camisetas temáticas y probándose *slouchy* [2]de todos los colores.

—Oye, me encanta la moda de esta época. Y este corte de vaqueros es genial. ¡Uy, mira este vestido, qué cuqui!

Mina se tapó la cara con una mano cuando vio que varias jovencitas se estaban riendo de Carmina, pero cuando captó que una hacía amago de grabarla con el móvil se puso en medio y se pasó un dedo por el cuello. Las jovencitas no tardaron en captar la amenaza y se dispersaron.

—No cojas tanta ropa, que tampoco sabemos el tiempo que vas a estar en este presente —advirtió cuando vio que, además, se estaba agenciando una falda que ni de lejos iba a permitir que se pusiera y dos pares de playeros. Y todo ello, claro estaba, se pagaría con su dinero, ese que ya empezaba a escasear por culpa de la desidia, porque ni loca iba a tocar el fondo de emergencia de la venta de la casa que su padre les donó en vida.

—Bah, tranquila, que por suerte tenemos la misma talla y luego te los quedarás tú. Míralo como una inversión.

—Va a ser que no. Por si no te has dado cuenta visto de una forma un tanto diferente.

Carmina descartó una cazadora vaquera y se giró a mirarla. Tras

darle un repaso, bufó, pese a que tuvo que reconocer, en su fuero interno, que el vestido de corte trapecio con topos negros sobre blanco y pequeñas rosas rojas le sentaba de maravilla. Completaba el conjunto con unos zapatos rojos de tacón imposible y un maquillaje y peinado al más puro estilo *pin up*. A grandes rasgos, se la veía fabulosa, y cualquiera diría de ella que tenía estilo y elegancia, pero Carmina sabía algo que el resto de la gente no sabía: ese no era su verdadero estilo, de ahí que el efecto final resultase tan artificial, tan… impostor.

—Y tanto. Casi me cuesta reconocernos de esa guisa, aunque claro, siempre es mejor que la época en la que nos dio por vestirnos como las chonis, ahí toda nosotras de leopardo y rosa chicle. ¿Te acuerdas?

—Deja de hacer eso —susurró mirando a ambos lados.

—¿Qué cosa?

—Hablar en plural. Acuérdate que hemos acordado que eres mi abuela, y las abuelas no se visten de choni. Ni con vestidos de quinceañeras… ¡Deja eso en su sitio! —regañó.

—Mujer, si este era para ti.

—Olvídalo. Y venga, que ya tienes suficiente ropa y se nos hace tarde si quieres que salgamos hoy sin falta.

—Pero primero tenemos que pasarnos por el Primark.

Mina miró todas las prendas que la anciana llevaba colgadas del brazo y alzó una ceja perfecta.

—Pero ¿qué más necesitas?

—Bragas —respondió la anciana con calma—. ¿O quieres que me ponga las tuyas?

—¡Qué asco! —exclamó poniendo una cara muy cómica de desagrado antes de enfilar hacia la fila de las cajas.

Mientras esperaba, y mientras trataba de ignorar el hecho de que la anciana iba cogiendo cosas a escondidas, Mina pensó en el embolado en el que se estaba metiendo. Y algo le decía, porque conocía bien a la anciana, pues era ella misma, que lo peor estaba por venir.

El día anterior había sido bastante intenso, sobre todo después de hablar con su hermana, con la que no se comunicaba desde hacía demasiado tiempo ya. Y todo porque su hermana tenía la costumbre de suministrarle grandes dosis de realidad. Y esta, a veces dolía, tantísimo como para que Mina la ignorase o gritase a todo aquel que quisiera metérsela con calzador, como fue el caso. Pero aunque Nana estaba acostumbrada a sus salidas de tono, la última pelea fue lo suficientemente fuerte como para respetar los deseos de Mina de «no volver a hablarme en la puta vida.» Por suerte, ya pasó todo, y aunque no hablaron del origen del enfado, sí estuvieron tres horas al teléfono contándose la vida, momento en el cual Mina se dio cuenta de cuantísimo la había echado de menos y la falta que le hacía. A veces

reían a carcajadas, y otras lloraban un poquito por el tiempo perdido, pero al fin habían hecho las paces, tal y como Carmina había vaticinado, porque no había lazo más fuerte que aquel que unía a dos hermanas que solo se tenían a sí mismas.

Cuando Mina terminó la llamada y vio la cara de calma y felicidad de Carmina, supo que había hecho bien en tragarse el orgullo, pues muy probablemente ella también lucía esa expresión de dicha.

Después de eso Carmina la obligó a dar un paseo, alegando que tras tantas emociones necesitaba poner su mente en orden y no había nada que le despejara más que una buena caminata, momento que la anciana, según supo después, aprovechó para ultimar todos los detalles del viaje a Asturias.

Asturias… ¿Qué se le había perdido a ella allí? Si no había más que montañas y vacas… Además, seguro que hacía un frío que pelaba, y ella era una friolera sin remedio. Si al menos fueran a una ciudad, como Oviedo o Gijón, que incluso tenía playa…, pero no; Carmina aprovechó su paseo para elegir destino, una pequeña aldea perdida probablemente en medio de la nada. Se encargó de muchas otras cosas, como elegir alojamiento, pero Mina prefirió no saber más detalles, porque estaba segura que de hacerlo se echaría para atrás.

Y lo cierto era que ella necesitaba un viaje.

—Jo —protestó cuando vio que la chica de delante iba cargada de biquinis—. Yo quiero ir a la playa…

Carmina la miró y sonrió de oreja a oreja.

—Y lo haremos. Gijón está a menos de treinta minutos.

Mina sonrió, esperanzada.

—¿En serio?

—Claro. Tampoco es plan de estar todo el día encerradas en el hotel. Digo yo que tendremos que hacer turismo.

—Genial, porque me había comprado un bikini precioso.

—Bah, con un tanga es suficiente —repuso la anciana acercándose al mostrador cuando este se quedó libre. Depositó las prendas y sonrió a la cajera.

—De eso nada. No voy a hacer *topless*.

—Sí lo haremos.

La cajera, una joven que seguro no llegaba a la veintena, abrió mucho los ojos cuando escuchó a la anciana. Mina apretó los labios y amonestó a Carmina con la mirada.

—Este no me lo pongas, que no me lo voy a llevar —dijo a la muchacha cuando estaba a punto de pasar por el escáner un vestido corto color rojo con pequeñas flores blancas y volantitos.

—Este sí —protestó la anciana.

—No.

—Sí.

Ambas se retaron con la mirada.

—¿Lo pongo o no?

—Sí —respondió Carmina.

—Que no —respondió Mina.

La anciana bufó.

—Va, venga, si solo son diez euros, rata.

Mina inspiró para darse paciencia.

—No te vas a poner ese vestido. —La miró de arriba abajo y bufó —. Qué ridícula, a tu edad… ¿Dónde vas con ese vestido, si ya tienes la caja pegada al culo, eh?

—Dios, qué cansina eres… Ya te dije que no era para mí, sino para ti. —Frunció el ceño, pensativa—. Tengo una corazonada con él.

—Serás… —Mina se mordió la lengua, pero al cabo dijo la palabra puta con los labios, sin llegar a pronunciarla, porque la muy condenada sabía que ante eso ella no podía hacer nada.

Hacía mucho tiempo que había aprendido, en algunas ocasiones de la peor de las maneras, que no debía ignorar los presentimientos, y aunque bien podía ser que la vieja, que sabía lo aprensiva y supersticiosa que era ella, se estuviera marcando un farol y se estuviera aprovechando, no sería ella quien la contradijera en unas circunstancias así.

—Póngalo —dijo a la dependienta e ignorando la risilla victoriosa de Carmina.

—Son doscientos cincuenta euros.

Mina pegó un gritito de incredulidad, pero al instante sacó la tarjeta y pagó la cuenta.

Ya arreglaría cuentas con la vieja, ya…

Agarró las bolsas y se encaminó hacia la salida, mientras rogaba en silencio porque Carmina no se lo pusiera tan difícil con la ropa interior.

Por suerte, así fue.

Como ella misma, la anciana se decantó por ropa interior de segunda piel, en colores básicos, así como un par de pijamas de algodón. El problema vino después, cuando la anciana se empecinó en que debía coger un conjunto rojo para el vestido, a lo que Mina se negó.

O al menos lo intentó, porque su yo del futuro era más terca que una mula y no daba su brazo a torcer. Y por Dios que era agotador discutir consigo misma… Cedió por no escucharla y porque en el fondo le encantó el conjunto.

—Verás qué súper bien te queda —dijo la anciana encaminándose hacia la fila de caja—. Nos encanta ese color. Y si no, mírate.

—Ya, pero este rojo es demasiado…

—Putón —concluyó la anciana entre risas—. Es el color perfecto.

—¿Perfecto para qué? —quiso saber Mina, que dio un manotazo a la anciana cuando esta quiso coger cualquier chuminada del stand de las filas de caja del Primark.

—Pues para qué va a ser… Para el vestido rojo, ya te lo dije.

—Sí, pero a diferencia del vestido, que dudo mucho que me lo vaya a poner, el conjunto no me lo va a ver nadie.

—Uy, quien sabe. Lo mismo hasta hay buenos mozos donde vamos.

—Nooo, gracias.

—Siesa —masculló la anciana, pero entonces vio un neceser de Minnie Mouse y pegó un grito—. ¡Este lo quiero!

—Pero ¿para qué quieres tú un neceser?

—¿Para qué va a ser, imbécil? Para meter mis pinturas.

Mina frunció el ceño.

—Tú no tienes pinturas.

—Pero algunas me prestarás, digo yo, con el arsenal que tienes de maquillaje. No vas a ir tú toda mona por la vida y yo echa una piltrafa.

—La gente de tu edad no se pinta —insistió Mina.

—¿Tú qué sabrás lo que hace la gente de mi edad? Y esto ¿qué? —preguntó señalándose la boca.

La joven suspiró y miró los labios de la anciana, perfectamente maquillados con su labial preferido: el *Ruby Woo* de Mac. Al ver a la anciana, entendió por qué le gustaba tanto; era perfecto para su tez blanca y resaltaba sus dientes, que más blancos no podían ser.

Algo que tenía que reconocer Mina era que si bien la vida no había sido muy generosa en el aspecto sentimental, en el físico se había portado de fábula. Siempre había sido coqueta, algo que ni con la edad se perdía, como era además el caso, pues Carmina no solo no había engordado más de la cuenta — uno de los mayores miedos de toda mujer—, sino que se la veía en forma, muy fibrosa y con mucha clase. El pelo lo llevaba a media melena y de un gris platino precioso, un tono que, a ella no le engañaba, no era natural. No tenía muchas arrugas, salvo alrededor de la boca y en la frente; arrugas de mala leche. Sí, la anciana tenía buen porte, y eso la llenaba de orgullo.

Pero entonces sus miradas se cruzaron y volvió a sentir no solo el azote de la soledad, sino también un latigazo de auto desprecio que le dejó un sabor amarguísimo, como a hiel.

—Es horrible, ¿verdad? —susurró la anciana con tristeza.

—¿Qué es horrible? —preguntó Mina sin mirarla.

—Descubrir lo mucho que nos odiamos.

Mina no dijo nada, sino que apretó los labios y se dirigió a la caja que le indicaba el marcador.

Porque sí, era horrible, tanto como para que incluso la vieja no insistiera en el tema y se sumiera en un silencio que, paradójicamente,

a Mina le resultó desagradable.

—Es la una ya —dijo cuando salieron de la tienda—. ¿Te apetece que comamos ya, o nos llevamos unas hamburguesas del Burguer King y nos las tomamos en casa?

—Nos las llevamos, que todavía nos queda por hacer las maletas.

—Bah, solo queda meter esto último y un par de cositas más. Vamos genial de tiempo si queremos salir a las tres. —La anciana hizo un ruido raro, ese ruido como de atragantamiento tan usual en ella cuando la risa se quedaba colgada en la garganta—. ¿Qué?

—Pues que deberíamos salir mucho antes.

—¿Por qué?

—Porque tenemos un pésimo sentido de la orientación y somos malísimas conduciendo, por eso.

Mina resopló.

—Pues conduce tú.

La anciana pegó un gritito de disgusto.

—¿Yo? ¿A mi edad? Si tú, que eres mucho más joven y tienes la vista y los reflejos en perfecto estado, eres un peligro andante, imagínate yo, que, ¿cómo has dicho antes? Ah, sí; que tengo la caja pegada al culo.

—O sea, que ni con la edad aprendo a conducir.

—No, si conducir sabemos. Lo que no sabemos es llevarlo a la práctica.

Mina carcajeó. Lo hizo de esa forma que tanto le gustaba a la anciana: abiertamente, sin comedimientos, una risa espontánea, como debían ser todas las risas, pero para no estropear el momento Carmina no hizo ningún comentario al respecto y dejó que la joven siguiera brillando.

Porque ¡qué bonita se la veía así!

Y no, no era una opinión subjetiva, pues ella siempre había sido muy crítica consigo misma, por no decir que tenía la autoestima por los suelos. Además, las miradas apreciativas de los hombres, y algunas mujeres, corroboraron su postura, miradas a las que Mina no prestó atención, porque, como Carmina sabía, la joven estaba cerrada a cualquier muestra de afecto o a cualquier elogio que se refiriera a su físico y que pudiera derivar en un deseo de cortejo.

Bien, ya se encargaría ella de que se abriera al mundo.

—¿Qué dices no sé qué del mundo?

La anciana pegó un respingo.

—¿He hablado en voz alta? —Mina se encogió de hombros a modo de respuesta, delatando así que en ellas eso era normal, que no tenían filtro—. Bah, eran cosas mías. Venga, vamos a por esas hamburguesas.

Mina la dejó por imposible, así que recogieron la comida y fueron a casa, donde no tardaron en devorar las hamburguesas, entre risas por

recuerdos de la infancia y alguna que otra lagrimilla. Por una vez ambas estuvieron de acuerdo, un trato silencioso, de no tocar ciertos temas. Como el tema padres. O como el tema ex novios. O peor; como el tema hijos.

Fue como si ambas, por una vez y sin esperar que sirviera de precedente, aceptaran que no era momento de ahondar, aunque sabían, por las miradas acusatorias y recelosas que se dedicaban, que tarde o temprano tendrían que dejar de arañar en la superficie y sacar toda la mierda que las tenía amargadas.

¡Ah, pero qué poco duró la tregua! Pues tan pronto se dispusieron a terminar las maletas, comenzaron a discutir de nuevo, sobre todo por la maleta de Mina.

—¿Dónde vas con tantos zapatos de tacón? Es absurdo. ¿Qué parte de vamos a la montaña no has entendido?

Mina la miró con condescendencia.

—La clase no se puede perder.

—¿Qué clase ni qué ocho cuartos? —se mofó la anciana—. Que a ver, que te vistes así para los demás, que a nosotras lo que nos gusta son las playeras, los vaqueros y las camisas holgadas.

—No, señora mía. Me encanta vestir así. Reconoce que te jode porque te mueres por ponerte unos *stilettos* pero sabes de sobra que no los aguantas.

Carmina rechinó los dientes, porque era cierto. Mina, de nuevo, se maravilló por la perfecta dentadura que lucía incluso a su edad.

—Haz lo que te dé la gana, pero luego no digas que no te lo advertí. ¿Te has acordado de echarte algo de abrigo? Yo te he cogido prestadas una chaqueta de lana y una cazadora. Luego no vayas a pedírmelas. ¡Y date prisa! La que íbamos genial de tiempo… ¿Cuánto te queda?

—Nada, el neceser y cambiarme de ropa… —Mina fue hasta un cajón y comenzó a rebuscar—. No encuentro la mitad de las cosas. Juraría que había dejado aquí el… —Dejó de buscar y se giró a la anciana. Prácticamente la asesinó con la mirada—. ¡Tú lo has cogido!

—¿El qué? —preguntó la anciana con falsa inocencia.

—El pintalabios rojo de Mac. —Como la anciana parpadeó como si no supiera de lo que le hablaba, Mina perdió la paciencia. Estiró el brazo y puso la palma de la mano hacia arriba—. No te hagas y dámelo. Y la máscara de pestañas también.

—Mujer, ¿qué más da quién lo lleve?

Mina tenía prisa por salir, así que tras refunfuñar, fue a arreglarse, momento que la anciana aprovechó para sacar unas cuantas cosas y meter otras tantas que a su criterio eran más necesarias.

Cuando apareció en el salón, la anciana se llevó las manos a la cabeza.

—Pero alma de cántaro, ¿dónde me vas con esas pintas?

Mina se miró a sí misma y luego a la anciana no sin cierta sorpresa.

—¿Qué pintas? Yo creo que voy súper elegante. Además, ¿tú qué sabrás de moda?

La anciana le hizo burla.

—De moda actual tal vez no sepa mucho, pero de comodidad sé un rato. Y ese vestido tipo lápiz y esos zapatos para un viaje de cuatro horas y pico…

—¡¿Cuatro horas y pico?! —gritó Mina—. ¡Me habías dicho que eran poco más de dos horas y media!

—Pues eso, poco más. Casi dos horas más, concretamente.

Mina hizo ese gesto de pelea imaginaria que tanto le gustaba a la anciana. La dejó hacer hasta que la joven se cansó.

—En mi vida he conducido tantas horas seguidas.

—No te preocupes, que pararemos a medio camino para merendar, a la altura de Benavente. Ya tengo toda la ruta memorizada, para que no te pierdas.

—Con razón querías salir cuanto antes… A este paso llegaremos cerca de las siete.

—¿Con lo lenta y mala que eres? Cerca de las nueve, más bien.

—Eres… mala persona.

—Un poquito, sí —se rio la anciana—. Anda y ve a ponerte algo más cómodo. Y desde luego no esos taconazos. Válgame Dior…

Mina no tardó en cambiarse. En esta ocasión, Carmina aprobó sus Converses rojas y su camisa de cuadros blancos y rojos sin mangas y anudada a la cintura, pero volvió a poner el grito en el cielo por el pantalón vaquero corto.

—¡Hace calor! —gritó a modo de explicación Mina.

—Vale, vale —claudicó la anciana, que levantó las manos pidiendo calma—. Pero luego no te me quejes de que hace frío cuando lleguemos.

Mina volvió a estrangularla y a lanzar improperios sin sonido.

—Venga, deja de hacer el tonto y arreando —apremió la anciana encaminándose hacia la puerta.

Mina alzó las cejas con condescendencia.

—¿No olvidas nada?

Carmina se giró y la miró confusa.

—No.

—¿La maleta? —recordó la joven.

La anciana compuso una cómica expresión de espanto e incredulidad.

—¿Yo? Criatura, yo no tengo ni pizca de fuerza.

Mina comenzó a protestar, pero al cabo agarró su maleta y la de la anciana.

—Pero ¿qué llevas? —protestó cuando vio que no podía con ella—.

¿Piedras?

—Piedras no. Porsiacasos.

Mina agradeció tener ascensor y que las maletas tuvieran ruedas, aunque temió muy seriamente por la vida de estas, tal era el peso del equipaje de la anciana.

Ya en el coche Mina puso música a un volumen agradable y enfiló hacia un viaje del que no sabía cómo iba a salir.

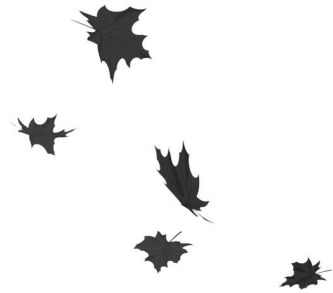
Cuatro horas… Cuatro horas encerradas en un coche, sin más diversión que la que quisieran buscarse. Y Mina sabía que lo que más les gustaba a ambas era hablar. Y ahí se presentaba un serio problema, porque cuando empezaban a hacerlo, ya no podían parar, y tenía miedo, ¡pánico!, de que la conversación se les escapara de las manos y terminaran sacando temas tabús.

Para su alivio, nada más ponerse el cinturón la abuela se quedó dormida.

Sonrió de medio lado, porque el vinillo que le había servido en la comida —y que más de una vez había rellenado a escondidas—, había surtido efecto, así que se dispuso a disfrutar de esa pequeña tregua.

Nada más coger la A-6, Mina sintió el hormigueo por todo el cuerpo, señal inequívoca de que las Musas estaban revoloteando, que habían regresado y estaban dispuestas a darlo todo.

Después de todo, tal vez no fuera tan mal viaje.



5

Fue un viaje horrible. La primera media hora fue relativamente tolerable, con la carretera despejada pese a ser mediados de junio y la anciana dormida, el aire acondicionado a tope y de fondo la voz de Lana del Rey.

Pero la tranquilidad le duró poco, pues se perdió, ya que había sido Carmina quien había memorizado el recorrido y Mina no tenía ni idea de qué desvío tomar, de ahí que fueran dirección Madrid y estuviera a punto de coger la M-40 para ir a… Vaya usted a saber dónde la sacaría el desvío que acababa de tomar.

Mina no mintió cuando dijo que ella no estaba acostumbrada a conducir, pues salvo por el pueblo donde se había mudado tres años atrás, Collado Villalba, no tenía por costumbre coger el coche. Las veces que tenía que bajar al centro de Madrid Mina optaba por el transporte público, aunque a veces el tiempo del recorrido se triplicase. Todavía se atrevía a bajar al centro comercial Parque 2 de Majadahonda, y hasta ahí era lo más lejos que estaba dispuesta a llegar.

En condiciones normales Mina habría elegido ir en tren a Asturias, o incluso avión, pero la premura y la compañía se lo impidieron. Aunque las prisas no fueron un factor determinante para que fueran en coche, sí lo fue la compañía, pues Carmina no tenía ningún tipo de documentación. ¡Pero qué iba a tener, si era ella misma!

Mina miró a la anciana de reojo, que seguía con los ojos cerrados y soplando suavemente. Por primera vez sintió una punzada de orgullo y ternura al verse a sí misma, pero entonces recordó que no tenía motivos y voló la vista hasta la carretera.

Al fin consiguió salir del atolladero y enfiló por la A-6, momento que las musas aparecieron de nuevo y se perdió un pelín en ellas. Siempre era mejor sucumbir a sus caprichos que enfrentarse a sus propios pensamientos.

Al cabo de una hora miró de nuevo a la anciana. Lo hizo con una punzada de preocupación, pues ya llevaba mucho rato durmiendo. ¿Se habría muerto? Momentos antes la había ojeado y apenas si había variado la postura.

«Coño, y si se muere, ¿qué sucedería? ¿Desaparecería sin más, o quedaría atrapada en este presente, dejándome a mí un marrón de cuidado?», se cuestionó.

—Carmina —llamó, pero la vieja siguió durmiendo. O en el estado en el que fuese que estuviera—. ¡Carmina Márquez López!

La anciana pegó un respingo y miró a su alrededor, perdida. Cuando sus ojos se toparon con los de su yo joven, entornó los suyos.

—¿Qué pasa, qué pasa?

—Nada, que pensé que te había dado un chungo.

—No tendrás esa suerte —masculló. Se acomodó en el asiento y bajó el parasol para mirarse en el espejo—. ¿Qué hora es?

—Las cuatro y pico.

—Con razón tengo tanta hambre.

—Pero si como quien dice acabamos de comer —expresó la joven con incredulidad.

—De eso nada, hemos comido muy pronto. Además, en mi hambre mando yo. ¡Anda, mira, como el álbum de Marea! ¿Lo tienes? Me apetece escuchar la canción *Ojalá me quieras libre*.

—Mmm, no, creo que no lo tengo. Hace mucho que no escucho ese tipo de música.

—¿Ese tipo de…? —La anciana rio por lo bajo y se pellizcó el puente de la nariz aguileña—. A ver, ignorante de la vida, el heavy, rock, metal y todas sus variantes no son ningún tipo de música. Son la música.

—A veces es bueno ampliar el abanico —se excusó Mina.

—¿Con qué? ¿Con esta cosa rara?

—Esta cosa rara se llama Lana del Rey y es un portento.

Carmina se puso a escuchar. Al hacerlo, ladeó la cabeza, un gesto muy típico en ellas cuando querían concentrarse en algo.

—Recuerdo esta canción. *Gods and monsters*. Es la única que nos gustaba, porque las demás no valen gran cosa.

—Discrepo. Me gusta todo el álbum.

—Que no, que no me puedes engañarme, niña —acusó la anciana —. Te gusta Lana por cómo viste, y en ese aspecto hasta la imitas, pero no es Santo de nuestra devoción como cantante. Que oye, lo primero me parece bien, pero puedes seguir escuchando la música que

realmente nos gusta.

—Pero son estilos totalmente diferentes, ¿no? Como que no pegan.

La anciana se reclinó en el asiento y sonrió. Había añoranza y travesura en esa sonrisa.

—¿Y desde cuándo nos ha importado eso a nosotras? ¿O ya te has olvidado del día que nos plantamos en el Barras con el chándal de terciopelo rosa?

Al principio solo se encogió de hombros, declarando que la conversación había terminado, pero al cabo Mina se echó a reír al recordarlo.

Lo cierto era que los había tenido bien puestos cuando se plantó en la discoteca más heavy metal de Vicálvaro vestida de esa guisa. Todos la miraron raro, algunos incluso se rieron de ella, pero entonces pusieron el *Master of Puppets* de Metallica y lo fliparon con ella. Y luego, cuando cantó todas y cada una de las canciones que pinchó el DJ, dejó en ridículo a varios niñatos que de heavy solo tenían la vestimenta, declarando a los cuatro vientos que no hacía falta vestirse de negro ni ajustado ni con pinchos, ni pintarse o peinarse de determinada manera para llevar en el corazón el metal.

Mina sonrió aún más cuando hizo un repaso mental de todas y cada una de sus fases, que habían ido desde el más estrambótico estilo *grunge*, hasta el clásico *preppy*. Por norma general no se detenía mucho tiempo en un estilo, como si no terminase de sentirse cómoda.

Incluso ahora.

La joven tenía que darle la razón a la anciana, pues presentía que a no mucho tardar variaría de nuevo su estilo. Mina no llegaba a entender por qué no encontraba una moda en la que encajara. Quizá su signo zodiacal, géminis, tuviera algo que ver, pues reconocía que sus gustos variaban según el pie con el que se levantara. Había días en los que se sentía una diva y se subía a sus zapatos rojos y se comía el mundo, mientras que otros se ponía su chaqueta más vieja y se ocultaba del resto en su pequeño piso, sobre todo esas veces en las que la culpa hacía acto de presencia.

Con un movimiento enérgico de cabeza Mina apartó un lúgubre pensamiento y se centró en la carretera.

—¿Por dónde vamos? Ya seguro que hemos pasado Olmedo —aventuró la anciana.

Mina apretó los labios.

—No.

Carmina abrió mucho la boca y los ojos, sorprendida, pero al cabo sonrió con travesura.

—Te has perdido.

Negarlo era absurdo, así que Mina se limitó a encogerse de hombros, pero por el rabillo del ojo vio que la anciana estaba más que

dispuesta a pincharla con ese tema, de modo que decidió mantenerla ocupada con otra cosa.

—Háblame del lugar donde vamos.

La anciana olvidó instantáneamente la pulla que tenía preparada para la joven y se reclinó en el asiento. Era la suya una sonrisa complacida.

—Es precioso. Se llama Bueño, o Güeñu en asturiano, y es el pueblo con más hórreos y paneras de toda Asturias. Bueno, en realidad, de toda España. Fíjate si es bonito, que la fundación Príncipe de Asturias les otorgó el premio al pueblo ejemplar de Asturias.

—¿Qué es un hórreo?

—Pues una construcción para guardar la cosecha, creo. Es muy chula, porque está en alza sobre cuatro pilares para que no accedan los roedores y alimañas a ella. Ah, pero no te preocupes, que ya sabrás más de ellos cuando visitemos el Centro de interpretación del hórreo.

—¿Y para qué quiero yo interpretar un hórreo? —se guaseó Mina.

—Y yo qué sé. Oye, lo mismo nos sirve para la trama de la novela, ¿no te parece?

—¿Qué trama? ¿Qué novela? —dijo con un deje cínico y cansado.

—Mujer, danos tiempo. Algo inventaremos. Detente cuando puedas, que tengo un hambre de mil demonios.

—Pero si dijiste que pararíamos en el desvío a Benavente.

—Tú lo flipas. Pues anda que no queda todavía. Además, me estoy haciendo pis y a mi edad una no puede aguantarse.

—Qué cerda —se escandalizó Mina, a quien la idea de que la anciana malograra la tapicería del coche le provocó un escalofrío, así que obedeció y paró en la siguiente estación de servicio.

Pero no fue la única parada que hicieron, no. Fueron tres veces las que la anciana la obligó a descansar, hasta que llegaron al túnel del Negrón, que separaba Asturias de León, momento en el que ambas enmudecieron ante la maravilla de paisaje con el que se encontraron.

Ya conforme fueron avanzando se percataron del cambio de clima y paisaje, pues pasaron de los interminables campos yermos de Castilla a majestuosos e impresionantes picos, con sus bases colmadas de verde vegetación y sus cimas coronadas de nieve de un blanco cegador pese a estar casi en verano. Pronto pasaron el puente y el peaje, hasta que al fin llegaron al pueblito que Carmina había elegido.

Lo hicieron, tal y como la anciana había vaticinado, cuando ya las luces del día empezaban a desaparecer y las nubes decidieron descargar, para desconsuelo de Mina, que ya hacía rato venía acusando el cambio de temperatura, algo que desde luego se negaba a confesar.

Llamarlo pueblito era toda una osadía, pues así, a bote pronto, no habría más de ochenta casas, con sus parcelitas de un verde

resplandeciente.

Y hórreos. Montones de ellos.

—¿Dónde está el hotel? ¿Será ese de ahí, el que pone la Cueva II?

—Pues no, creo que dijeron que se llamaba El Sucón. ¡Mira, ese de ahí es!

—Pero si parece un bar de mala muerte…

—Pues es ahí donde hay que inscribirse. Lo mismo las habitaciones están en la planta de arriba.

—¿Y dónde aparco? Porque no puedo dejar el coche aquí en medio. Anda, que menudas calles —protestó.

—Mira —advirtió la anciana—, ahí delante parece que hay una explanada. Lo mismo es un parking.

—Ya, pero está a tomar por saco del bar y mira la que está cayendo. ¡Aguarda, que acabo de ver salir a un empleado! —Mina bajó la ventanilla y comenzó a llamar al hombre, pero o bien la lluvia impedía que el empleado la escuchase, o bien era sordo, porque siguió a lo suyo, que no era otra cosa que llevar la basura a los cubos que había frente al bar. Cuando Mina lo vio volver de regreso, tocó el claxon y le echó las largas del coche, pero, de nuevo, el hombre la ignoró.

Exasperada, y mientras maldecía su mala suerte, pues comenzó a llover con más saña, Mina abrió la portezuela y salió del coche, al tiempo que hacía señas al hombre, que, ¡al fin!, la vio y se acercó a ella. Iba a esperarlo dentro del coche pero de pronto se quedó inmóvil.

Mina no supo qué pensar del hecho de que a cada paso que el hombre daba hacia ella algo se agitara en su interior. Era su caminar tan apabullante, la sensación de alarma tan intensa, que no pudo evitar retroceder al tiempo que él avanzaba. Pero no por miedo, no. Daba un poco de susto, pues su corpulencia y el chubasquero con el que se protegía de la lluvia le daban un aire un tanto siniestro, pero no era eso lo que la puso en ese inexplicable estado de turbación.

Quizá fue la barba perfectamente recortada que asomaba bajo la capucha. O quizá la fiereza de su mirada azulada cuando al fin estuvieron frente a frente.

O tal vez por el hecho de que si Mina tuviera que poner un rostro a sus protagonistas masculinos sería ese.

—Oy, oy, oy —escuchó decir a la anciana. Y sí, su voz sonó maravillada.

—¿*Llamóme*? —dijo el hombre, con una voz tan profunda que pegó un respingo.

—Oy, oy, oy…

—Eh… —Mina tuvo que agitar la cabeza, pues por un segundo se sintió presa de sus ojos. Carraspeó y se puso todo lo recta que pudo, pues la altura del hombre era sumamente intimidatoria. Se colocó la

mano sobre los ojos a modo de visera para protegerse de la lluvia, pese a que ya estaba mojada—. Sí, sí. Gracias por venir. Hágase cargo de nuestro equipaje, por favor.

Regresó al coche para abrir el maletero y fue hasta él. No había bajado la primera maleta cuando se percató de que el hombre no se había movido del sitio.

Lo mismo era tonto.

—¿Disculpe?

—¿Sí? —preguntó el hombre a su vez.

Mina señaló el maletero con las manos mientras ponía una cómica expresión de condescendencia.

—¿El equipaje? —preguntó de forma sarcástica.

—¿Qué le pasa? —preguntó él a su vez al tiempo que, por fin, se acercaba al maletero.

—¿Se puede hacer cargo de él?

El hombre torció la boca y pareció pensarlo.

—¿Por qué?

—Oy, oy, oy… —insistió la anciana, hacia la cual ambos miraron, pero Mina voló rápidamente la vista de nuevo hacia el hombre.

Vaya, era guapo. Más guapo de lo que había apreciado al principio.

—¿Es usted de ahí? —Como había señalado hacia el bar, el hombre asintió—. Pues por eso.

Él, que comenzaba a impacientarse, se llevó las manos a las caderas y miró hacia un lado.

—Disculpe, pero no veo qué tiene que ver que sea del bar con su equipaje.

Mina suspiró.

Sí, era tonto. Un tonto muy guapo, pero un rato largo bobo.

—Si monto un circo, me crecen los enanos —dijo para sí, pero como vio que el hombre entrecerraba los ojos, se irguió y lo encaró—. ¿Acaso no tienen en su hotel servicio de habitaciones?

La expresión del hombre hubiera sido realmente cómica si no fuera porque la situación no tenía nada de graciosa, sobre todo cuando ella estaba pelada de frío, empapada de arriba abajo, el flequillo desecho y el rimel corrido. Pero lo peor, y lo que hacía que pegara respingos de frío, era por llevar las piernas al aire.

Puñeteros pantalones cortos…

—¿Qué hotel?

Mina emuló la expresión contrariada del hombre.

—Pues… ese hotel.

—Eso no *ye* [3]un hotel —dijo para desconsuelo de la mujer, que comenzaba a temerse lo peor.

—Y entonces, ¿qué es?

—Pues… un bar —respondió como si la tonta fuera ella y no él.

—Vale —dijo después de soplar con lentitud—. Y el hotel está en…

—No hay hotel.

Mina lo miró de hito en hito. Igual no era que el hombre fuera idiota, sino que la vieja le había hecho todo el lío…

Se limpió el agua de la lluvia del rostro con una mano y bordeó el coche hasta abrir la puerta del copiloto.

—¿Carmina?

—¿Sí, Mina? —respondió con tal aire de falsa inocencia que activó todas las alarmas de la joven.

—Mira lo que dice aquí el mozo, que no hay hotel.

Carmina se asomó para mirar al aludido, que seguía parado frente al maletero, en esta ocasión con los brazos cruzados sobre su descomunal pecho.

—¿Seguro? —quiso saber. Como el hombre asintió, compuso un gesto de confusión y terror que podía engañar a cualquiera, menos a Mina, que entrecerró los ojos—. Lo mismo me confundí. Solo recuerdo que dijeron que tenía que recoger las llaves en el bar.

—No, no. Si sois las que habéis reservado la Casina de Rosa I, nosotros solo nos hacemos cargo de la entrega de las llaves, por un favor personal a la dueña de la casina —corrigió el hombre—. Nada de servicio de habitaciones —añadió con retintín y girándose un poco hacia Mina.

—¿Acaso me está diciendo que lo que hemos reservado es una casa rural, sin servicio de restaurante, ni de habitaciones, ni de limpieza, ni de…?

—De nada —confirmó el hombre—. *Ye* una casa rural que se alquila, como otras tantas. Esa *ye*, exactamente.

Mina miró en dirección hacia donde señalaba el hombre.

—¿La rosa?

—No, no. La blanca. La de la ladera.

Mina agrandó mucho los ojos y volvió a mirar hacia la casa. Esa que sí, que estaba en la ladera, solitaria.

Prácticamente inaccesible.

—¡¿Pero qué has hecho, insensata?! ¡Me dijiste que íbamos de hotel!

—¡Ay, ay, ay! —lloriqueó la anciana, que se llevó las manos al rostro como si fuera a romper en llanto. Desde luego que con los años había aprendido a ser muy buena actriz—. ¡Ay, nietecita mía, no me regañes! Si es que estoy muy mayor y encima tengo frío, y hambre, y…

—Ya, ya —pidió el hombre compadeciéndose de ella y amonestando con la mirada a Mina—. Venga al bar mientras se aclara todo este asunto. Tenga mi chubasquero, no vaya a coger un *resfriau*.

Con una agilidad impropia, y una sonrisa de triunfo, la anciana

salió del coche y dejó que el hombre le pusiera el chubasquero. Cuando se giró para mirar directamente al hombre y así agradecerle su caballerosidad no pudo evitar llevarse una mano al pecho.

Dos pares de ojos azules se encontraron y algo eclosionó en sus dueños. Ella contuvo la respiración. Él ladeó la cabeza.

—¿Nos conocemos? —musitó él.

Carmina agrandó mucho los ojos y negó con la cabeza.

Él pareció confundido, como si deseara insistir en la pregunta, pero al cabo entendió que no era momento ni lugar, así que le ofreció el brazo a la anciana y la condujo hacia el bar.

Solo se giró el hombre una vez, y la mirada que le dirigió a la joven fue tan extraña, que esta se estremeció.

Y allí se quedó Mina, sola, bajo la lluvia, cada vez más mojada y más confundida, sin saber qué nombre darle a la mirada que la anciana y el hombre habían compartido.

Ni porqué ella sintió lo mismo que, seguramente, había sentido su yo del futuro.

Lo mismo se estaba volviendo loca.

Lo mismo…

Enol no era un hombre fácilmente impresionable. De hecho, poco había ya en esta vida que lo impresionara, tan descreído era y tan hastiado de todo estaba. Pero, justo por esa razón, no entendía qué le acababa de pasar.

Mientras conducía a la anciana hacia el bar obvió el escalofrío que sintió cuando esta se aferró a su brazo y se concentró en intentar recordar dónde la había visto antes, porque lo cierto era que le resultaba familiar.

Demasiado…

La miró de reojo, y luego hacia atrás, donde la joven seguía parada bajo la lluvia, viéndolos marchar y con una expresión que, curiosamente, era exactamente la misma que lucía en esos momentos la anciana.

Obvió también ese hecho, el que ambas parecieran una calca, como si una fuera la versión más joven de la otra.

El hombre volvió a mirar a la anciana cuando le abrió la puerta para que pasara al bar. Torció la boca cuando descubrió que tenía la nariz aguileña.

«Nariz de *bruxa*», le dijo una voz, la del niño de siete años que todavía vivía en él. El mismo que se negaba a irse y al que Enol se aferraba, porque de no hacerlo también desaparecería el recuerdo de

su madre, la haría menos real, como si su existencia solo hubiese sido producto de un sueño…

Enol prácticamente se detuvo cuando descubrió de golpe dónde había visto antes a la anciana, y no; no había sido en este mundo, sino precisamente en el onírico.

Nunca le había dado importancia a los sueños, por eso no entendía por qué esos en los que aparecía una persona en concreto, una mujer mayor para ser más precisos, le dejaban tan desolado, tan perdido, tan… impotente. Sí, esa era la palabra que describía a su estado de ánimo cuando despertaba, jadeando y perlado en sudor.

—¡Hola! —saludó Llara desde detrás de la barra.

—*Ye* la de la casina —informó Enol. Así de hosco era.

Qué le iba a hacer…

—Oh, pensé que ya no vendrían. Es tan tarde ya…

—Ya, bueno, es que mi nietecita se ha equivocado un par de veces… Aunque claro, supongo que eso también es culpa mía, que no he sabido indicarle bien. Soy tan mayor…

—Ya, ya, ya —calmó Enol cuando esta se tapó el rostro con las manos, como si fuera a llorar—. Llara, trae un vaso de agua.

Enol buscó una mesa libre e ignoró la mirada interrogante de los *vieyus* [4], que dejaron de jugar al mus. Condujo con cuidado a la anciana y le apartó la silla con caballerosidad.

—Venga, buena *muyer*, y siéntese hasta que venga su ¿nieta, dijo?

—Sí —respondió la anciana mientras se dejaba caer en la silla—. Ay, ay, la que he armado. Verás el rapapolvo que me pega.

Enol ladeó la cabeza porque, aunque a primera vista la mujer parecía realmente afligida, había algo en su mirada que la delataba. Sí, el hombre descubrió que la anciana no era tan inocente como parecía, pero lo dejó correr, pues llevaba demasiado tiempo viviendo entre gente mayor como para saber cómo solían gastárselas. Y esta era una raposa muy avispada, la condenada, algo que, por otro lado, a Enol le hizo gracia. Sí, la vieja le gustaba mucho.

No así la joven.

No le había gustado ni un pelo que lo tratara como si fuera tonto, cuando era obvio que la tonta era ella, y a las pruebas se remitía. Desconocía los motivos que la tal Mina (un nombre precioso, por cierto) había tenido para dejar que fuese la mujer quien hiciera la reserva de la casa, pero vamos… Que a quién se le ocurría. A una vaga. O a una aprovechada… Seguro que todos los gastos corrían de manos de la anciana. Aunque, por otro lado, ¿por qué narices iba una chica joven y guapa a irse de vacaciones con su abuela? ¿Qué historia había detrás de un comportamiento tan incongruente?

Un rugido captó su atención. Un sonido que procedía del estómago de la anciana.

—Uy, perdón… Es que apenas hemos comido. Como mi nieta está a dieta… Además, tengo el estómago revuelto. Y encima todo lo hago mal…—Y se echó a llorar. Ahí, con fuerza, con ruiditos ridículos…

Enol gruñó por lo bajo. Cada vez le caía peor la joven del pelo rojo.

«Rojo, rojo», gritó el niño.

«Calla ya, *ho*», le ordenó.

Agitó la cabeza e hizo una seña hacia la cocinera, que acababa de salir de la cocina seguida por la pequeña Cova.

Los *vieyus*, alarmados por el llanto de la anciana, dejaron su partida y se acercaron a la mesa.

—¿Qué pasó? ¿Qué tiene? —quiso saber su padre.

Enol lo miró.

—Nada, que la quieren matar de hambre —respondió este—. Valeria, anda, trae algo caliente.

—Pero *muyer*, ya, ya —estaba diciendo su padre a la anciana—, verá como con un *caldín* se le asienta el estómago.

—No, si por la comida no es. Es que mi nieta se ha enfadado conmigo por traerla aquí.

—¿Acaso no sabía a dónde venía?

—Sí, pero es que yo pensaba que… Ay, ahí viene. Verás la bronca que me pega. Verás…

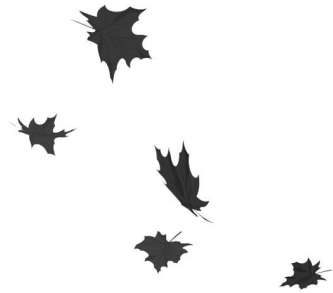
Todos los presentes giraron la cabeza hacia la entrada, donde una joven con el pelo chorreando, una chaqueta de lana larga, empapada y con el rimel corrido miraba a la anciana. Y su mirada no era nada, nada amigable.

Enol decidió en ese momento que le caía mal.

¿Cómo podía alguien mirar así a una persona mayor?

¿Cómo, *coyones*[5]?

¿Y por qué tenía las piernas más bonitas del mundo?



6

Estaba loca. Pero no era una locura sana, de esa que resultaba graciosa, no. Era una locura ladina, del tipo indistinguible y encubierta por mentiras tan bien contadas que parecían verdades.

Mina lo supo cuando entró al bar y seis pares de ojos la asesinaron con la mirada.

A saber qué les había contado esa vieja chiflada…

Mina se había rezagado un poco a propósito; en parte, para volver a meter el equipaje en el maletero y para ponerse la chaqueta larga de lana que siempre llevaba en el coche, pese a saber que esta no la resguardaría de la lluvia, aunque quizá sí del frío.

El otro motivo era porque necesitó tiempo para analizar lo que acababa de presenciar y de sentir.

Que el tipo estaba bueno era un hecho. Que se parecía a la imagen que se hacía de sus protagonistas (daba igual el color de sus ojos o su cabello; siempre era el mismo rostro), también. Que tenía pinta de empotrador, por supuesto. Que era guapísimo y con unos ojos azulísimos, pues cierto también. O sea, que reunía todos los superlativos suficientes como para que ella echara a correr en dirección contraria, entre otras cosas porque lo que menos necesitaba eran distracciones. Y el tipo, tonto o no, era un delicioso pasatiempo para el que no tenía sitio en su agenda. No, si quería acabar la novela, porque, al fin y al cabo, para eso había ido a Asturias, y no para darse un revolcón con el mozo del bar… Siempre bajo el supuesto de que el interés fuera recíproco, algo que, por otro lado, desechó tan pronto entró al bar.

Y allí estaba Carmina, cual reina, recibiendo tributos y agasajos de

su séquito. Un séquito compuesto por cuatro aldeanos, una mujer que, a juzgar por el delantal, era la cocinera del bar, una preciosa joven con cara de ángel y una preciosa niña con rostro de diablilla.

Y el mozo. No debía olvidarse del mozo.

«Como para hacerlo», se dijo después de reparar en sus brazos musculosos y su pectoral amplio y seguramente más duro que una piedra, en su rostro perfecto y en su larga melena castaña clara.

Pero vamos, que poco le duró la admiración, pues cuando sus ojos se encontraron había tanta amonestación en los de él que provocó una irritación instantánea en ella.

—Hola —saludó tímidamente, un tanto intimidada por las miradas reprobatorias con las que la recibieron.

La mujer del delantal la miró de arriba abajo antes de desaparecer por la puerta que daba a la cocina. La chica y la niña la miraron un tanto enfurruñadas. Los aldeanos cabecearon a modo de saludo, aunque su semblante era sombrío.

Y el mozo…

Joder, con el mozo…

Al fin clavó sus ojos en Carmina, que la miraba triunfal. No supo del todo a qué era debido.

—¿Has aparcado en el parking? —preguntó esta.

—Pues no —respondió con un encogimiento de hombros.

La anciana movió la cabeza con reprobación.

—Mal. No se puede aparcar ahí. Estás interrumpiendo el paso, ¿a que sí?

Varias cabezas se movieron a modo de asentimiento.

Como Mina no quería enemistarse con la población autóctona, entre otras cosas porque pasaría allí la friolera de un mes, no protestó y, tras un titubeo, se dispuso a quitar el coche.

—Déjelo —dijo uno de los hombres, el primero que se compadeció de ella, de su maquillaje y peinado destrozados y de su ropa empapada—. Total, a esta hora y con este tiempo tampoco creo que pase nadie por ahí.

—Lo mismo yo tengo que hacerlo —protestó el mozo.

—Pero no ahora —contradijo de forma categórica el mayor, que tenía tanto parecido con el joven que bien podían ser padre e hijo.

El mozo gruñó al saberse derrotado y la miró a ella como si fuera la culpable de ello.

—No se preocupe, lo quito ya mismo —dijo Mina toda digna.

—¡Quieta ahí, *muyer*! —le detuvo la voz del mayor cuando esta se disponía a salir del comedor—. Ya habrá tiempo para eso. Siéntese y tome algo mientras arreglamos este desaguisado.

Mina, que estaba como loca por salir del bar —y de la mirada penetrante del castaño— iba a declinar la propuesta, pero en ese

instante entró la cocinera con dos platos de caldo humeante.

Y su estómago, contentísimo, tuvo a mal ponerse a celebrar el gesto con un concierto de rugidos que provocó varios alzamientos de cejas y algún revuelo de ojos.

Con un resoplido Mina los ignoró y se sentó en la mesa frente a Carmina, que se estaba frotando las manos de placer.

—Ay, ay, muchísimas gracias —estaba diciendo—. Hacía tanto que no comía…

Mina, que acababa de meterse una cuchara de caldo en la boca, casi se atragantó con sus palabras.

Alguien, no supo quién, le dio golpecitos en la espalda, mientras que el supuesto padre del mozo le ofrecía un vaso de agua.

—Serás…

No acabó la frase por pura conveniencia. Estaba claro que la anciana ya contaba con la simpatía de los presentes, al contrario que ella, y no era plan de decir algo que los pusiera bien en contra de la anciana, bien aún más en contra de sí misma.

—¿Acaso no pararon? —quiso saber uno de los aldeanos, calvo y enorme, pero con unos preciosos ojos grises.

—Solo unos minutos —informó la anciana, ganándose con ello una patada de Mina por debajo de la mesa—. Y apenas sí para tomar un café. Ya era hora de comer una comida en condiciones.

De nuevo los ojos de los presentes se clavaron en Mina, acusándola.

Al menos tuvo la suerte de que el mozo desapareció de escena por una orden que el padre le dio, no supo cuál, pues prácticamente se la cuchicheó, lo que le permitió tomarse el plato de sopa tranquilamente. Al menos, en parte, porque el resto seguía allí plantado, aguardando que acabaran su improvisada cena. Desde luego, esa gente no tenía gran cosa que hacer, no.

O quizá sí, porque tan pronto ambas soltaron la cuchara, no les dieron respiro.

—Y ahora que han terminado, ¿cuál *ye* el problema? —preguntó el hombre mayor.

Carmina se llevó una mano al pecho y se le escapó un sollozo. Mina la miró asombrada.

De diez… La actuación era de sobresaliente.

—Ay, ay, que una ya está muy mayor para andar metiéndose en esos aparatos del demonio… los ordenantes esos…

¿Ordenantes? Mina tuvo que morderse los labios para no echarse a reír, pero al cabo recordó que estaba en esa situación por su culpa y la asesinó con la mirada.

—Entiendo, a mí me sucede lo mismo —dijo el hombre—. Hay cosas que a nuestra edad se nos escapa.

—¿A nuestra edad? —Carmina sonrió de medio lado y le dirigió

una mirada seductora. Joder…—. Dudo mucho que usted se acerque ni de lejos a mis ochenta y cinco primaveras.

Los aldeanos pegaron un respingo.

—¿Ochenta y cinco? —repitió la cocinera, que silbó maravillada—. Caray, quién lo diría. Parece muchísimo más joven.

—¿Ustedes creen? —preguntó con falsa modestia, más feliz que una perdiz por los halagos y atusándose el cabello.

—La cuestión —cortó Mina, ya cansada de tanta tontería—, es que la idea era alojarnos en un hotel y no en una casa rural.

—Bueno —protestó Carmina—, lo mismo da, ¿no?

—Pues no, porque tendré que limpiar, y cocinar, y lavar… Y mientras, ¿cuándo trabajo, maja?

—¿Han venido a trabajar?

—Sí y no —respondió la anciana a la joven camarera—. Hemos venido a trabajar y a descansar. Ella tiene que terminar algo y yo la ayudaré en lo que pueda. Tranquila, nietecita, que para eso me has traído. Ya me encargo yo de todas las labores y así tú puedes descansar cuando no estés con el proyecto.

—Hay que ser ruin —escuchó decir al calvo de ojos grises, que aunque lo dijo en voz baja, no lo fue tanto como para que los presentes no lo escucharan y cabecearan ante ellas, señal de que estaban de acuerdo con sus palabras.

Y ella, en esta ocasión, se dispuso a corregir la mala impresión que había causado la explicación de Carmina.

—Has venido para que pasáramos tiempo juntas, abuelita, no para que seas mi chacha. Me niego.

—Tú tranquila —insistió la anciana—, que mientras tú trabajas, yo hago las tareas de la casa.

Mina iba a decir algo al respecto pero entonces algo estrelló contra su cara. Le pilló tan de imprevisto, que durante varios segundos se quedó mirando aquello que había impactado en su rostro y que ahora yacía sobre su regazo: una toalla blanca.

Parpadeando de incredulidad, miró a su alrededor hasta que se encontró con la mirada divertida y altanera del mozo, que la apuntó con la barbilla.

—Eh… ¿Perdona? —preguntó con incredulidad.

—Estás *pingada*.

Mina volvió a parpadear, hasta que miró a la anciana. Había aprensión en sus ojos. Diversión en los de Carmina.

—¿Me acaba de llamar pringada?

—No tengo la menor idea —respondió la anciana entre risas.

—No, no —habló la niña por primera vez—. *Pingada*, no pringada.

La niña era rubísima, con los ojos azulísimos y guapísima. Casi todos los superlativos que reunía el mozo. Lo mismo eran padre e hija.

Sí, debía ser así, pues el parecido era notorio.

—¿Y qué significa?

—Que estás empapada.

—Ah —respondieron las foráneas a la vez.

Mina se encogió de hombros y procedió a secarse un poco con la toalla. Sobre todo, las piernas.

Sí, esas piernas, las que ahora estaba mirando el mozo con deleite y con una sonrisa de canalla, sonrisa que se le borró cuando sus ojos volvieron a encontrarse.

—Ni *les gracies*[6] da —protestó, pero luego se dirigió a la anciana y la invitó a levantarse—. Venga, buena *muyer*, que la ayudaré a subir a la casina.

—Ay, hijo, muchas gracias. Estoy tan mayor… Oy, oy, oy —murmuró cuando se apoderó de su musculoso brazo y mientras se dirigían a la salida.

Mina puso los ojos en blanco cuando Carmina giró la cabeza y se mordió los labios y alzó las cejas repetidas veces.

«Que sí, que ya me he dado cuenta de lo bueno que está, de lo musculosos que son sus brazos y de su culo que… Joder, qué culo… Pero por favor, deja de hacer el ridículo, vieja verde», pensó Mina al tiempo que los seguía.

Fuera seguía lloviendo a cántaros. Carmina no tenía problemas, pues aún llevaba el chubasquero del mozo, y al hombre no parecía importarle mojarse. Probablemente estaba más que acostumbrado.

Mina inhaló con lentitud para darse fuerza antes de echar a correr hacia el coche, pero entonces, como salido de la nada, el hombre le dio un paraguas. Lo hizo sin mirarla y sin girarse. Solo estiró el brazo hacia atrás y esperó a que ella lo tomase. Y sí, Mina era una persona muy orgullosa, y en otras condiciones habría ignorado el ofrecimiento —si es que se le podía llamar así— y hubiera desafiado a los elementos. Pero estaba cansada, tenía frío y temía pillar un resfriado por culpa de su orgullo, así que agarró el paraguas.

—¡*Gracies*! —gritó para hacerse oír. Eso sí, lo dijo con retintín.

Él entonces giró la cabeza. Acompañó su sonrisa condescendiente con el guiño de un ojo que la puso de mal humor. O no… Ella ya no sabía qué nombre darle a los respingos que parecía dar su alma cada vez que sus miradas se cruzaban.

Cuando llegaron al coche el hombre esperó a que ella abriera el maletero. Al ver que había dos grandes maletas, se rascó la cabeza.

—¿Cuál es la suya? —preguntó a Carmina.

—Esta.

Mina quiso gritar, porque la maleta que acababa de señalar su yo del futuro era precisamente la de Mina, la que menos pesaba, pues la anciana había llenado la suya con un sinfín de *porsiacasos* que la

hacían sumamente pesada.

Por supuesto, no dijo nada al respecto, al menos delante del mozo, quien, por cierto, tan pronto la descargó, cerró el maletero. Mina no supo por qué, hasta que…

—Es imposible que puedas subir con el coche hasta allí. Déjalo en ese *prau* para que no estorbe.

—Pero… ¿y mi otra maleta?

El hombre se encogió de hombros y la miró de arriba abajo.

—Ese *ye* su problema, no el mío.

Y echó a andar y Carmina con él, que de nuevo se había agenciado de su brazo y que más ufana no podía ir.

Y Mina se quedó allí, patitiesa, derrotada, con frío… Y con unas ganas tremendas de estrangular a su yo del futuro, porque no solo la había metido en un berenjenal, sino que además le había bastado un par de minutos, y vaya usted a saber qué mentira, para poner al pueblo en su contra, sobre todo al mozo… A ver cómo se las apañaba ella para borrar la mala impresión que había causado, aunque, oye, lo mismo con el tiempo hasta llegaban a ser amigos.

Lo mismo…

7

Estaba claro que nunca podrían ser amigos. Gran parte de culpa también la tenía ella misma, pues tampoco estaba poniendo mucho de su parte. Pero ¿cómo hacerlo, cuando el mozo se lo estaba poniendo tan sumamente difícil?

Ya Mina había aceptado que el hombre le tenía cierta inquina, pero tampoco era plan de regodearse en su victoria mientras ella se las veía negras subiendo la ladera cargada con la pesada maleta de la condenada anciana. Y allí estaba él, en la galería de la casa, cruzado de brazos, con una sonrisa traviesa y disfrutando del espectáculo.

—¿Necesitas ayuda? —gritó cuando ella resbaló por un tramo de hierba y casi cae de bruces.

—¿*Nicisitis iyidi*? —murmuró ella, decidida a ignorarle y a salir triunfal de esa, pese a que tenía todas las de perder, porque entre el terreno irregular, y que no veía ni un pimiento de lo oscuro que estaba, no sabía cómo iba a lograr subir.

Qué narices, ni siquiera sabía cómo Carmina lo había conseguido, por mucha ayuda que tuviese…

—¿Cómo vas, nietecita mía? —preguntó la anciana que apareció de pronto al lado del hombre en la galería.

—Voy —dijo a modo de respuesta y mientras resoplaba porque la rueda de la maleta se quedó enganchada en algo.

—Si es que ya te lo dije —regañó la anciana que comenzó a mover la cabeza con resignación—, que no echaras tanta ropa…

—¿¡Tendrás valor!?

—Y venga, date prisa, que no tenemos toda la noche. Qué floja. Pero qué floja eres.

—¿Te quieres callar de una puñetera vez?

—¡Un respeto a tus mayores, *muyer*! —intervino él.

—Ay, ay… ¿Lo ves? —lloriqueó Carmina, volviéndose al hombre—. Ya otra vez va a empezar a reñirme…

—Nadie la va a reñir —prometió él hombre, que después de mirar a Mina con encono abrazó a la anciana para consolarla.

Mina ignoró al hombre, y a la anciana. Ignoró incluso el cosquilleo de placer que surgió de la nada y se dispuso a acabar de subir la ladera.

Cuando al fin llegó, el hombre, tras mirarla de arriba abajo con triunfo —y con una pizca de picardía—, le dio las llaves y se marchó.

Las dos mujeres se quedaron allí, de pie en la galería, mirando al hombre que bajaba sin dificultad y sin inmutarse ante la lluvia cada vez más torrencial.

Las dos mujeres suspiraron al mismo tiempo.

Las dos abrieron y cerraron las manos de forma convulsiva.

Y ambas contuvieron un ratito la respiración hasta que lo perdieron de vista.

Fue entonces el momento en que joven y anciana se miraron a los ojos.

—O lo haces tú, o lo hago yo —fue Carmina la primera en hablar.

Mina asintió, pero entonces fue dentro de la casa, abrió su maleta y sacó el portátil, que no tardó en aporrear.

Y todo lo demás, dejó de existir para ella. Nada importó su maquillaje desecho, ni sus ropas mojadas. Solo evacuar lo que las Musas tuvieron a bien susurrarle.

Mina no supo el tiempo exacto que estuvo frente al ordenador, solo supo que la inspiración se marchó tal y como vino: de improviso y dejándola un pelín fría y perdida.

—Tengo sed —escuchó decir a la anciana, que habló por primera vez, señal de que sabía perfectamente que Mina ya había acabado de escribir.

—¿No hay agua?

—Ni regalada me bebo yo esta agua —protestó Carmina—. Vete tú a saber si es salubre.

—Mujer, que estamos en el siglo veintiuno. Digo yo que no estarán tan atrasados.

—Pues ya me dirás tú porqué entonces fuera de la Comunidad de Madrid se venden garrafas de agua a cascoporro.

—Puede que tengas razón —claudicó Mina con un encogimiento de hombro y mientras miraba a su alrededor.

Aunque la casa por fuera parecía un palacio, pronto Mina descubrió que poco tenía de tal; ni en cuanto a decoración, ni en cuanto a tamaño, comprendiendo así que la casa se debió dividir entre los

herederos.

La parte de la casa que habían alquilado las madrileñas daba al norte, por lo que probablemente contarían con más sol, que falta hacía, porque la casa había estado cerrada bastante tiempo y hacía un frío del demonio, tanto como para que Mina se plantease encender la chimenea… de haber tenido algo de leña, que no era el caso, aunque, si así fuera, tampoco sabría cómo hacerlo, así que seguía en las mismas.

Antes de secarse y bajar al bar, Mina decidió inspeccionar la casa. Descubrió que tenía tres plantas: una inferior donde había una lavadora, un tendedero y muchos trastos, la principal, con cocina abierta al salón y un pequeño aseo. En la tercera planta se encontraban las habitaciones, una de matrimonio y otra individual, y un baño que a juzgar por la decoración y el alicatado hacía poco que habían reformado, pues era la única estancia de la casa con aspecto moderno. Todo lo demás se veía antiguo, que no viejo, y aunque la decoración era austera, los muebles eran una obra de ebanistería. Los textiles y adornos daban al conjunto una apariencia como de cuento de hadas y rústico, como si aquella casa y sus gentes se hubieran quedado ancladas en un par de siglos atrás.

Satisfecha, aunque no lo iba a reconocer, terminó la inspección y fue hasta la maleta y sacó una *Bomber* roja con capucha. Gruñó, porque no recordaba haber metido muchas de las prendas con las que se topó, incluidas esas maravillosas botas de agua Hunter color rojo que tan gustosamente se calzó, ignorando la mirada de marisabidilla de su otro yo.

—Ahora vengo —avisó encaminándose hacia la puerta.

—¿Vas al bar?

—¿Dónde si no? —respondió como si fuera obvio. Porque lo era.

—Trae algo de comer.

Mina, que ya estaba abriendo la puerta, se detuvo y parpadeó con incredulidad.

—¿Has dicho que te traiga algo de comer?

—Claro. La aguachirri ese se me ha quedado en un diente y me muero de hambre.

—¿Tú sabes la hora que es? ¿Crees que esta gente, un miércoles cualquiera, va a tener la cocina abierta para ti a las… ¡diez!? ¿Pero cuánto tiempo he estado escribiendo? Me voy antes de que cierren… Si no lo han hecho ya.

Mina salió corriendo, dejando a la anciana con la palabra en la boca. Tan deprisa iba, que no recordó lo resbaladizo del terreno y acabó con el culo en el suelo.

—Su pu… ta madre. —Se levantó y se limpió con las manos el barro de las piernas y luego estas en el mini pantalón vaquero, ese que

no se había cambiado todavía.

Una mano salió de la nada, ofreciéndole ayuda para descender. Por la corpulencia, Mina intuyó a quién pertenecía.

Y no se equivocó.

Cuando al fin estuvo frente al hombre, alzó la barbilla, orgullosa, y se preparó para encarar la más que probable mirada burlona del hombre.

—*Gracies*…

La voz de Mina se apagó cuando al fin sus miradas se encontraron. Porque no había burla en los ojos del hombre. Ni inquina. Ni diversión. Ni travesura. Ni nada de las muchas otras cosas que había visto anteriormente.

De hecho, no había nada de nada. Salvo quizá… ¿tristeza? ¿Derrota?

Vaya, lo mismo en la última hora había sucedido algo horrible, y aunque tuvo deseos de preguntar y consolar al hombre, se obligó a guardar silencio y a aceptar su ayuda.

El hombre en esta ocasión fue sumamente gentil, como si no quisiera pleitear, como si tan solo buscara que ella no cayera al suelo nuevamente.

Y así, en silencio y agarrada al asturiano, Mina consiguió bajar la ladera, preguntándose durante el recorrido por qué el contacto del hombre no la hacía vibrar, por qué ahora solo le trasmitía calma y una ternura infinita.

Tal vez por la sonrisa triste que esbozó cuando al fin llegaron al bar. O por la suavidad de sus movimientos, pese a su aspecto rudo y huraño.

—¡Papi! —gritó la niña, que estaba dentro de la barra con la camarera.

—Al fin vienes —regañó esta al hombre—. Llévatela, anda, que está volviéndome loca.

El hombre solo asintió y esperó a que la niña saliera de la barra y se reuniera con él. Bajo la luz del bar Mina apreció que tenía más barba, y que era más rubio de lo que había apreciado antes. Incluso tuvo la impresión de que tenía el cabello más largo, pese a llevarlo ahora recogido en una coleta alta. Antes de marcharse, el hombre la miró y sonrió tímidamente a modo de despedida.

Y Mina se quedó allí, parada en medio del bar y sin saber qué había pasado para que el hombre cambiara tanto, hasta el punto de parecer alguien totalmente diferente.

—¿Te puedo ayudar?

Mina pegó un respingo y se giró de nuevo hacia la barra, donde la camarera la miraba con un deje de diversión. Tal vez estaba acostumbrada a que la gente reaccionara así ante su… ¿marido? Sí,

probablemente eran marido y mujer, de ahí que la niña se pareciera a ambos.

«Así que nada de fantasías ni de miradas embobadas, ¿está claro, Mina?», se regañó antes de responder a la camarera.

—Eh… Esto sí. ¿Tienes agua?

La mujer palideció.

—¡Ups! Lo siento —se disculpó antes de meterse al almacén. No tardó en aparecer con una garrafa de cinco litros—. Ten, con esto creo que tendrás suficiente hasta que hagas compra. —Meneó la cabeza, contrita—. Discúlpame, olvidé subirlas a la casina.

—Ah —respondió Mina, sin saber muy bien qué quería decir la joven.

—Verás —se apresuró a decir esta al ver la cara de desconcierto de la madrileña—, no solo entregamos la llave, sino que Rosa también nos paga para acomodar la casa para los inquilinos. Como habrás podido comprobar, está todo como los chorros del oro de limpio.

—Eh, sí, claro —mintió Mina, porque no se había molestado en pasar un dedo por los muebles para comprobarlo.

—El caso es que tenía pendiente subir el agua, pero se me olvidó.

—No te preocupes. Que todos los males sean ese —quitó importancia. Iba a marcharse pero se detuvo—. Por cierto, ¿no tendrás algún snack? Patatas, cortezas…, no sé.

—No, pero tengo sobras de los aperitivos. Si quieres te preparo una bandejita.

—Si no es mucha molestia… Lo mismo ya ibas a cerrar.

—Sí, en ello estaba.

—Lo siento.

—Nada, *muyer*, pierde cuidado.

Con una enorme sonrisa, la chica desapareció por una puerta que Mina supuso conducía a la cocina, aunque no tardó en regresar.

—Ten —dijo tendiéndole una bolsa con un taper de comida dentro.

—Muchas gracias. ¿Qué te debo?

La muchacha pareció pensárselo, hasta que negó con la cabeza.

—Por esta vez, invita la casa. Además, me has hecho un favor, porque no sabía a quién encasquetárselo.

Mina sonrió con incredulidad.

—¿Tan malos están?

—¡No! —protestó la joven, indignada—. Pero me he pasado con la cantidad y llevamos todo el día comiéndolos.

La madrileña rio por sus palabras y, tras agradecérselo nuevamente, salió del bar. Por suerte ya no llovía de forma tan torrencial, y las farolas ya estaban encendidas, lo que le facilitó bastante la subida.

Cuando llegó a la casina, apreció que la anciana ya se había cambiado de ropa.

—Ese pijama es mío —regañó.

—Tranquila, que he echado otro para ti. De invierno —apuntó con retintín—. ¿Has traído algo de comer?

—Sí. Ten —pidió tendiéndole la bolsa—. Prepara unos platos mientras yo me cambio. La chica me ha dicho que han limpiado todo, pero no sé… Por si acaso, acláralos antes.

—Qué fina nos ha salido la señorita… Cualquiera que te escuche se piensa que te has criado entre algodones en vez de en una pocilga.

Mina apretó los labios para bloquear un recuerdo; el de ella y su hermana abrazadas en una cama de sábanas sucias, tiritando de frío y con hambre.

Cuando al fin se despojó del recuerdo, buscó en la maleta el pijama que su otro yo había dispuesto para ella y se fue al baño. Cuando regresó, la anciana ya estaba haciendo cuenta de la cena.

—Anda que esperas —regañó.

—Ah, ¿pero tú ibas a comer? No sé, lo digo más que nada porque cuando te lo he hecho saber te ha parecido inconcebible que tuviera hambre.

Mina le hizo burla mientras se sentaba a la mesa.

—Una cosa, Carmina, ¿qué has dicho sobre mí en el bar?

—¿Yo? Nada.

—Vieja, que nos conocemos —regañó—. Algo has dicho para que todos me miraran con cara de asesinarme.

—Bah, no es nada personal. Solo quería ganarme su simpatía.

—¿A costa mía?

La anciana se encogió de hombros.

—Ya sabes lo egoístas que somos y lo que nos gusta destacar, aunque para ello tengamos que ir pisando al resto de la gente.

—Yo no soy así —protestó Mina, indignadísima.

—Lo que tú digas. Por cierto, y cambiando de tema que este aburre, hablemos del mozo.

Si bien no era su tema favorito, sí era preferible al anterior, así que Mina aceptó el cambio.

—Me acabo de cruzar otra vez con él.

—¿Y?

Mina frunció el ceño.

—No sé… Estaba…

—¿Buenorro? ¿Empotrable? ¿*Pa* comérselo enterito?

—Nooo —cortó Mina con exasperación—. Solo… Diferente.

—¿Diferencia física, o emocional?

—Pues no sé. —Mina estuvo unos segundos pensando sobre ello—. Física no mucha, salvo sus ojos. Estaba como triste, sin ganas de nada. No sé… Tal vez hayan sido imaginaciones mías. Por cierto, la niña del bar es su hija, y creo que la camarera su mujer.

—Acabáramos… Pues menudo fiasco.

Mina sonrió de medio lado al ver el gesto de desilusión en Carmina.

—Fiasco ¿por qué?

—Coño, porque queríamos ligárnoslo.

—Querrías tú, porque por mi parte ni en un millón de años. Pues menudo tío más borde.

—No es borde —contradijo la anciana—. Solo que tú no le has caído muy bien.

—Y volvemos al tema inicial. —Porque sí, ahora ya no quería seguir con el tema del mozo—. Le he caído mal porque seguro tú le has dicho algo.

—Que nooo, cansina… — Se llevó un pincho de tortilla a la boca y sonrió de medio lado—. Bueno, tal vez les dejé caer que no habíamos comido en el camino porque tú estás a dieta.

—Ya, bueno, eso solo es cierto a medias. Yo sí estoy a dieta… A ratos —señaló justo antes de zamparse un chorizo a la sidra—. Pero tú te has comido a Dios por una pata en cada parada que hemos hecho.

—Ya, claro, eso no lo especifiqué —advirtió con cara de inocente.

Mina resopló.

—No solo no lo especificaste, sino que les hiciste creer que te estaba matando de hambre. Y luego, cuando dejaste caer que te había traído para que fueras mi chacha… Eso fue muy rastrero por tu parte, Carmina.

—Ay, sí —se atrevió a mofarse la anciana mientras se golpeaba la rodilla—. Ahí sí que me pasé un poquito. Casi te matan.

Mina bufó al recordarlo.

—No entiendo qué necesidad tienes de enemistarme con la gente, más aún cuando vamos a estar aquí todo un mes.

La anciana dijo algo, pero como lo hizo tosiendo, Mina no lo captó.

—¿Qué has dicho?

—Dos —respondió esquivando su mirada.

—¿Dos, qué?

—Dos meses.

Mina agrando mucho los ojos.

—¡¿Cómo que dos meses?! —gritó.

—Ay, no chilles, qué escandalosa eres… Sí, dos meses.

Mina parpadeó con incredulidad, pero al segundo se puso rígida.

—Me da igual en lo que hayas quedado con la dueña. Yo no voy a estar aquí dos meses. Por suerte, solo hemos pagado la mitad.

—De la mitad nada, guapa. Está todo pagado.

La joven volvió a abrir y a cerrar la boca.

—¿Ochocientos euros por dos meses? ¿Solo? ¿En serio?

—Una ganga, ¿eh? —dijo la anciana con un guiño de ojos.

Mina iba a responder, pero en ese instante alguien llamó a la

puerta.

—¿Quién será a estas horas? —quiso saber, pero agrandó los ojos cuando vio que Carmina se levantaba—. ¿Dónde vas, loca?

La anciana, como la joven había susurrado, se giró y la miró con confusión.

—¿A abrir? —respondió en el mismo tono bajo.

—Ni por asomo, vamos.

—¿Y por qué no?

—¿Y si es un asesino?

La anciana bufó.

—¿Pero tú crees que un asesino se va a molestar en llamar a la puerta, lerda?

—Vale, pero pregunta antes de… joder —masculló cuando la anciana, ignorando su propuesta, abrió la puerta de par en par.

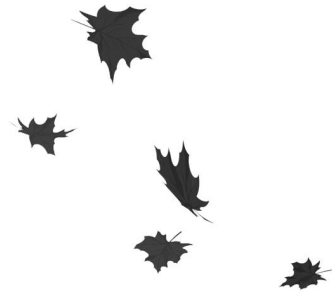
Improperio que repitió cuando vio quién era el visitante.

Y no, no era el mismo que acababa de ayudarla.

Era el otro, el borde.

Porque o bien el hombre era bipolar, o bien en vez de un mozo, eran dos, aunque la segunda conjetura pesaba más que la primera.

Lo supo por el escalofrío que le recorrió toda la columna vertebral cuando sus miradas se encontraron.



8

Esa noche Nel estaba más callado que de costumbre. Cierto que siempre era Cova quien llevaba la voz cantante en sus conversaciones nocturnas, que él se limitaba a escuchar y hacer algún aporte puntual, pero ese miércoles no hacía ni una, ni otra cosa. Su mente estaba muy lejos, muchos años atrás, en un recuerdo en concreto, el cual analizó, pese al dolor que sentía al hacerlo.

Cova debió presentir que esa noche su padre no estaba por la labor de hablar, así que le pidió que la llevara a la cama, donde cogió su cuento favorito y ella sola se dispuso a ver los dibujos. El hombre iba a proponer leérselo, como cada noche, pero la niña, sin mirarle, movió la mano en el aire, echándole de la habitación.

Nel se preguntó desde cuándo su pequeña lo conocía tan bien, cuándo había crecido tanto como para percatarse de que los pensamientos de su padre estaban muy lejos de aquella salita, pero desechó la pregunta y volvió al pasado, a otra habitación, con otras personas, con otros miedos…

Pero, al mismo tiempo, Nel aguardaba.

Sabía que no tardarían en llamar a su puerta, que había otra persona que en ese mismo momento estaba reviviendo una escena en concreto.

Unas palabras.

Una promesa.

Y al fin, la visita llegó.

Nel ni se inmutó. Esperó pacientemente sentado a la mesa. Frente a él una botella de licor de hierbas y dos pequeños vasos que no tardó en llenar. No se molestó en levantarse a abrir la puerta, porque la

visita sabía que esta estaba abierta y tenía permiso para entrar.

«Como Pedro por su casa», pensó Nel cuando lo vio entrar con paso decidido, ahí, apabullando.

—¿Ya acabaste? —fue su saludo.

Nel sonrió, no tanto por la obviedad de la pregunta como por lo abrupto de su entrada. Sí, siempre apabullando.

—Por hoy sí. Ten, Enol, tómate un vasín —invitó.

—Después, que tengo prisa.

—¿Trabajas esta noche?

Enol negó con la cabeza.

—Al final no. Ya sabes que de hacerlo no podría hacer esto. —Agarró el vasín y bebió el contenido de un solo trago. Cuando acabó, miró a los ojos de Nel. Lo que vio en ellos le hizo fruncir el ceño—. ¿Qué?

—La he visto.

El ligero sonrojo de las mejillas del hombre indicó que sabía a quién se refería. Por supuesto, no lo reconocería ni aunque le pagaran.

—¿A quién?

Nel sonrió. Por un segundo sus ojos, cálidos y tristes de normal, brillaron con malicia.

—A la de la casina.

—Ah, esa —dijo como si no le importase—. Menuda *ye*.

— A mí *parecióme* una *ñeña* muy amable. ¿Qué tiene? —quiso saber Nel.

Enol bufó. Bufó mucho.

—Mala leche a raudales.

—*Dixo'l cazu a la sartén*…[7]

Enol miró a Nel de arriba abajo.

—De eso nada. Yo al menos tengo respeto por mis mayores. Tendrías que haber visto cómo trata a la *güela*[8]… Más riquina que *ye*… —Nel iba a decir algo, pero Enol habló rápidamente. Había confusión en su semblante—. Hay algo en ella que no sé qué *ye*. Como si la conociera. Como si fuera alguien crucial en mi vida.

—¿Hablas de la *ñeña* o de la *güela*?

Enol no respondió de inmediato, probablemente porque no procesó la pregunta, tan perdido estaba en sus pensamientos.

En un pensamiento en concreto. En un sueño en particular.

Cuando volvió a la realidad, pegó un respingo cuando vio la forma en que su hermano lo miraba.

—Da igual. Lo mismo da —contestó al tiempo que se incorporaba —. ¿Tienes un radiador de sobra?

—Sí, claro. Están en el cuartito, pero hace calor. ¿Para qué quieres un radiador?

—No es para mí, *ye* para la güela, que con lo fría que *ye* la casa, y

el tiempo que lleva cerrada, no quiero que se muera de frío.

—Ahh, qué amable. Coge dos, *entós* [9]—señaló Nel.

Enol se detuvo y miró a su hermano por encima del hombro.

—¿Dos?

—Para la güela… Y para la *bruxa*. La *bruxa* roja —apostilló.

Involuntariamente los labios del hombre se fruncieron, pero la mueca desapareció con un bufido.

—Estás mal de la chaveta, *hermanu* —dijo en un tono demasiado irritado.

—Tiene el pelo rojo.

—Teñido —corrigió.

—Y sus botas y su cazadora también eran rojas.

Enol frunció al principio el ceño, porque no recordaba verla así vestida, pero se limitó a decir:

—¿Yyy?

—Y sus labios.

—Valeee… ¿Y?

—Toda ella es roja.

El castaño se llevó las manos a las caderas y miró al techo como pidiendo paciencia.

—¿Yyy?

Nel sonrió de oreja a oreja.

—Y tiene nariz de bruxa.

Enol abrió y cerró la boca un par de veces, hasta que echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—Joder, vaya si la tiene —acordó.

—Y aun así, *ye* guapa, la *ñeña*.

—Siempre has tenido un gusto pésimo para las muyeres, Nel —regañó Enol, encaminándose hacia el cuarto y evitando así las fantasías que se había creado su hermano con la madrileña.

Cuando regresó, solo portaba un radiador.

No se despidió, pero antes de marcharse dirigió a su hermano una mirada altiva y condescendiente.

Nel sonrió ya a solas.

Se llevó una mano al pecho, hacia un colgante con una perla que antaño se había usado como pendiente.

Miró al techo y susurró:

—*Gracies*, mamá.

Porque si había esperanza para su hermano, quizá también la había para él.

—*Bones nueches.*

Joder.

Si es que hasta su saludo era sexy.

—Oy, oy, oy… Qué bonito habla, ¿verdad, Mina?

Mina ignoró a Carmina, y al mozo, aunque era una pose fingida, ya que se enderezó en la silla y compuso una expresión condescendiente.

—¿Se te perdió algo? —preguntó, tajante.

—Bah, no le hagas ni caso, que no ha ido al baño en todo el día —mal informó Carmina, para disgusto de Mina, que comenzó a gruñir. Gruñido que aumentó cuando dijo—: Pasa, pasa.

El mozo sonrió de medio lado y entrecerró los ojos, pero en vez de responderle a ella se dirigió a la anciana.

—Disculpe las horas, pero vi que todavía había luz y pensé que la casa estaría fría, así que le he traído esto.

Cuando mostró a Carmina el motivo de su visita, esta comenzó a aplaudir y a dar pequeños saltitos.

—Ay, ay, si es que estás en todo. ¿Has visto, Mina? Nos ha traído un radiador.

—Le he traído un radiador —corrigió enfatizando el singular—. ¿Cuál es su cuarto? *Ye* de hierro y pesa bastante, no querría que se hiciera daño en la espalda al subirlo.

Carmina frunció el ceño, pero al instante sus ojos relampaguearon de malicia.

—Ven, aquí.

Mina alzó las cejas cuando su otro yo dirigió al hombre al piso superior. Todavía no se habían asignado las habitaciones, así que los siguió para ver cuál había elegido la anciana.

Su sorpresa fue mayúscula cuando descubrió que se había quedado con la más pequeña.

—No, no, de eso nada —protestó, sobre todo cuando se percató del encono con que la miraba el hombre. Desde luego, su otro yo no estaba ayudando a corregir la mala impresión que el mozo tenía de Mina—. La tuya es la de matrimonio.

—No, que tú tienes que estar descansada para trabajar.

Mina se apretó el puente de la nariz.

—Yo me duermo hasta en el suelo, abuela.

—Ya, si eso lo sé. Pero yo soy como tú, me duermo en cualquier lado. Además, yo no voy a traer a ningún ligue a casa.

—¡Ni yo!

—Bah, no te hagas la mojigata… —Miró al hombre y sonrió con travesura—. Se piensa que porque soy mayor me voy a escandalizar si se da una alegría al cuerpo, que, todo sea dicho, falta le hace…

—Por favor —interrumpió Mina, dirigiéndose esta vez al hombre—, deje el radiador donde quiera, ya decidiremos en privado el tema de las habitaciones. No le entretenemos más…

—No, si prisa no tengo —informó el hombre con una sonrisa lobuna.

—Pues yo sí. Además, por si no se ha dado cuenta, estábamos cenando, así que si nos disculpa…

—¿Otra vez?

Mina agitó la cabeza.

—Otra vez, ¿qué?

El hombre miró a la anciana, confundido.

—Nada, nada —dijo esta, apoderándose del brazo del mozo y tirando de él hacia las escaleras—. ¿Tú has cenado?

—Todavía no —respondió el hombre.

—Ah, perfecto. —Tan pronto como llegaron al piso inferior, la anciana se volvió hacia la joven—. Mina, anda, trae un plato para el zagal.

Tanto Mina como el hombre comenzaron a protestar, pero una orden tajante de la abuela hizo que ambos enmudecieran; uno, por respeto. La otra, por no liarla parda delante del mozo.

Ya la pillaría a solas, ya… Pero hasta entonces, no le quedaba más remedio que obedecer, así que fue hasta la cocina y cogió un plato, cubiertos y un vaso para el hombre. Lo hizo refunfuñando por lo bajo, y lanzando ocasionalmente algún puñetazo a su adversario invisible, hasta que se dio cuenta de que el hombre se había girado en su asiento para mirarla… Probablemente a instancias de la abuela.

—¿A que se la ve graciosísima?

Sí, a instancias de esa vieja chiflada.

El hombre no respondió, pero ladeó la sonrisa de tal forma que provocó que un escalofrío recorriera su columna, escalofrío que se intensificó cuando la miró de los pies a la cabeza, con ¿deleite?

—Ten —dijo tirando prácticamente el menaje sobre la mesa, sin cuidado ni contemplación ninguna.

El hombre acomodó los útiles al tiempo que dirigía una mirada entre divertida y condescendiente a la joven, pero luego compuso una mueca de hastío cuando vio la bandeja con los aperitivos del bar, gesto que no pasó desapercibido a las mujeres.

—Lamento no poder ofrecerte otra cosa, pero ya sabes… No tenemos ni mierda en las tripas…

—¡Abuela!—regañó Mina por el lenguaje empleado.

—No pasa nada —excusó el hombre a la anciana—. Siento debilidad por las personas espontáneas.

—Uy, en ese caso te vamos a encantar.

El hombre lanzó una breve mirada a Mina que indicaba que dudaba

mucho que eso fuera a pasar.

—Anda y come —animó Mina, solamente para que tuviera la boca ocupada.

—Y tú, ¿no comes? —señaló la anciana cuando dos largos y silenciosos minutos después la joven no probó bocado.

—Pues no. Estoy a dieta, ¿recuerdas? —preguntó con retintín y mientras echaba un vistazo rápido al hombre para ver su reacción, que fue… nula.

Ahí estaba, tan pancho, como si no tuviera otra cosa que hacer ni otro sitio donde ir.

Mira que era raro…

—Los jóvenes y sus tonterías con la dieta… Una guerra os daba yo para saber lo que es pasar hambre. —Mina casi se atragantó de la risa, porque lo dijo con tal convicción que hasta ella se lo hubiera creído de no haber sabido la verdad, aunque lo cierto era que de hambre sabían ellas un rato largo—. Con el cuerpo tan bonito que tiene. ¿Verdad, …? Uy, no sabemos tu nombre.

—Enol.

Las mujeres le miraron con los ojos y la boca muy abiertos, pero al instante, y al unísono, se estremecieron, como si hubieran recibido una descarga eléctrica.

El hombre las miró ceñudo, ignorante al efecto que la mención de su nombre había provocado en ellas, desconocedor de lo erótico que este había sonado.

—E-encantada —fue la anciana la primera en reaccionar—. Yo soy Carmina, y mi nieta…

—Mina —se anticipó Enol—. Ya lo dijiste antes. Tres veces —recalcó, poniendo en evidencia que se había dado cuenta de la treta de la vieja momentos atrás, cuando repitió el nombre de la joven hasta la saciedad.

La joven, que parecía incapaz de reaccionar, parpadeó antes de hablar.

—¿Qué clase de nombre es Enol?

—Astur —respondió el hombre sin más.

—Ya —protestó Mina, que a esa conclusión ya había llegado ella—, pero ¿qué significa?

—Es el nombre de uno de los lagos de Covadonga, ¿a que sí? —preguntó Carmina.

—Sí, bueno, pero no es más que una coincidencia. En realidad, me pusieron Enol porque justo cuando nací cayó la mayor tromba de agua de la historia en Asturias. Y ya es decir —añadió con una sonrisa traviesa.

Sí que debía de haber sido un verdadero aguacero, cuando un autóctono se sorprendía de la magnitud de la lluvia hasta el punto de

ponerle el nombre a su hijo.

—Así que significa lluvia.

—No. En realidad, significa agua.

—Anda, mira qué casualidad.

Tanto la joven como el mozo miraron a la anciana como si no estuviera bien de la chaveta.

—¿Qué es casualidad?

—Lo de vuestros nombres.

Mina parpadeó, alerta de adónde quería ir a parar su otro yo.

—Mi nombre significa poema.

—Anda, qué... poético —dijo el hombre, que le dirigió una sonrisa de listillo por la ocurrencia.

—Sí, sí, poema… Pero también significa: La del campo cultivado.

—¿Y? —preguntaron los jóvenes a la vez, momento que se dirigieron una mirada rápida antes de centrar su atención en la respuesta de Carmina.

—Pues que para que el cultivo crezca, necesita riego.

—Y fin de la conversación —dijo Mina poniéndose en pie. Consciente del sonrojo de sus mejillas, pues captó el doble sentido de las palabras de la anciana, se dirigió al hombre sin mirarlo—. Disculpe, Enol, pero ya es muy tarde y…

—Sí, mejor voy. —Se limpió la comisura de los labios y se levantó. Mina apartó rápidamente la vista cuando sus miradas se encontraron, pero de reojo vio cómo el hombre se inclinaba para besar a Carmina en la mejilla—. No tarde en poner el radiador para que se caldeé el cuarto.

La anciana asintió y le dirigió una sonrisa. De nuevo Mina fue testigo de la forma en que se miraron antes de que el hombre se marchara, como si fuera…

—Magia —dijo Carmina tan pronto como este cerró la puerta.

—¿Cómo dices? —preguntó Mina, aturdida, y un pelín asustada ante la posibilidad de que ahora su otro yo pudiera, además, leerle la mente.

—La forma que tenéis de miraros. Es pura magia.

—¿Nosotros? —La joven se rio con incredulidad—. ¡Sois vosotros los que provocáis fuegos artificiales cada vez que os sonreís?

La anciana agrandó los ojos.

—¿Tú también lo ves? —Ante el asentimiento de Mina, la abuela se llevó una mano al pecho, emocionada—. Es él Mina. Le hemos encontrado.

Mina resopló y se levantó de la mesa.

Mientras recogía los platos, preguntó:

—Y si es así, ¿por qué sigues aquí?

La anciana calló, porque no supo qué responder a eso.

9

No estaba. Fue lo primero de lo que se dio cuenta Mina cuando se levantó, que su otro yo se había marchado.

Todavía sentía en el aire las palabras de la vieja, y aunque Mina prefería ignorarlas, ahí estaban, resonando en su cabeza, tangibles… Reales.

«Es él».

Por suerte, su regente de esa mañana era su lado pragmático, así que eliminando cualquier idea fantasiosa de su mente se dispuso a buscar a la anciana. Mientras lo hacía, mientras registraba la casa palmo a palmo, no supo qué pensar del hecho de que se sintiera tan inquieta por la desaparición de Carmina, porque no sabía si alegrarse o entristecerse.

Alegrarse, porque quería decir que habían logrado su objetivo.

Entristecerse, porque iba a echar de menos a esa vieja tarada…

«De eso nada», se dijo cuando recordó todas sus jugarretas.

Salió a la galería y oteó el pueblo, que más bonito no podía ser, pero en ese momento Mina no estaba para paisajes, entre otras cosas porque lloviznaba, así que como no vio de lejos a Carmina, se apresuró a vestirse para bajar al bar y preguntar si la habían visto. Cuando abrió la maleta soltó un quejido. En verdad había metido demasiadas cosas que dudaba que pudiera usar en semejante lugar, así que tuvo que agradecer en su fuero interno todas aquellas prendas que Carmina había metido a escondidas, en concreto ese vaquero que tan bien le sentaba. Decidió acompañarlo con una de sus camisetas, esa de corte *navy* con líneas blancas y azules y escote barco, porque oye, una cosa era no poder ponerse uno de sus vestidos *pin up* y otro ir como

una zarrapastrosa. Como llovía prefirió prescindir de sus Converse rojas y optó por las botas de agua. Se peinó el flequillo con los dedos, se hizo una cola alta y se pintó los labios de rojo, porque antes muerta que sencilla.

La luz del día, aunque escasa por las nubes, hizo más fácil el descenso de la ladera, pero aun así le costó varios resbalones y unos cuantos tacos. Cuando al fin llegó al bar, nada más traspasar la puerta suspiró cuando vio a Carmina sentada en un taburete junto a una mesa alta. No pudo determinar si su suspiro era de alivio o de desilusión.

—Estás aquí.

La anciana, que iba a llevarse una tostada a la boca, se detuvo y la miró de arriba abajo.

—Pues claro que estoy aquí. ¿Dónde si no iba a estar? —Como Mina no contestó, la anciana agrandó los ojos primero, esbozó una sonrisa traviesa después—. Ya veo… Creíste que…

—Calla —regañó por lo bajo en el momento en que la puerta se abrió para dar paso al mozo, quien, dicho sea de paso, parecía mucho más atractivo que la noche anterior.

Más amable no, sobre todo cuando su saludo fue un gruñido que no invitaba a conversación alguna.

Enol se sentó en la barra y, sin mediar palabra con la camarera, esperó a que esta le sirviera mientras revisaba su teléfono móvil.

—Disculpa —se dirigió Mina a la camarera cuando esta puso el café al hombre—, ¿me puedes poner un café con leche fría?

—Y una tostada de tomate —añadió Carmina.

—No tengo hambre. Con el café basta.

—No es para ti.

Mina meneó la cabeza con resignación.

—Madre mía, lo que tragas.

—Será que tiene hambre acumulada —escuchó decir al mozo.

Mina pegó un gritito, indignada, pero cuando iba a hablar alguien más entró al bar, alguien que confirmó las sospechas de la noche anterior de Mina y que provocó un respingo graciosísimo en la anciana.

—¡Coño! ¿Pero qué me han echado al café, que veo doble?

Los hombres la miraron con una mueca divertida en sus idénticos rostros, mientras que Mina sonreía con maldad. Al verla, la anciana entrecerró los ojos.

—¿Por qué no te asombras? ¿Acaso lo sabías?

—Lo supuse anoche, cuando…

La anciana esperó una explicación que nunca llegó, y en condiciones normales insistiría sobre el asunto, pero en ese preciso momento tenía mucho más interés en los mozos que en pelear con su

yo del pasado.

—*Bonos díes* —saludó el recién llegado a las mujeres, pero luego le dio una palmada a su hermano gemelo—. ¿*Qué ye, ho*?

—Madre, ¿cómo vienes así de *gochu*[10]?

—Estuve cortando leña —informó. Miró a las mujeres de reojo y con algo de timidez se dirigió a ellas—. Luego les llevaré un poco.

—Oy, oy, qué amable son estas gentes, ¿eh, Mina?

—Sí, claro. Muy amables.

Nel asintió antes de darles la espalda.

—Llara, ¿ha llegado algo para mí?

La camarera, sin responder, desapareció al almacén.

—¿Hoy tampoco trabajas? —preguntó Nel mientras tanto a su hermano.

—No, de momento. ¿Y tú?

—A eso iba. Me faltaba material. Espero que haya llegado el pedido entero.

—Pues una cosa te voy a decir —entró diciendo la camarera—, a Cova no me la encasquetes hoy, que tengo mil cosas que hacer y ayer ya tuve bastante.

—Se lo diré a papá, *entós*.

La camarera negó con la cabeza.

—No están, se fueron a comprar a primera hora. No vendrán hasta las doce.

Nel miró entonces a su hermano gemelo, que compuso un gesto de horror bastante forzado.

—Yo me puedo hacer cargo unas horas. Luego…

—Nosotras podemos quedarnos con ella —intervino la anciana, ganándose una mirada de asombro por parte de los hombres.

—¡No! —se le escapó a Mina en un susurro angustiado, no tan bajo como para que los presentes no lo escucharan.

Nel la miró con algo de intriga.

Enol comenzó a gruñir.

—No importa —dijo Nel, dirigiéndose a la anciana, pero mirando de reojo a Mina—. De todas formas, no le gustan los desconocidos.

Enol comenzó a reírse por lo bajo.

—Menuda mentira *ye* esa…

Nel miró a su hermano amenazadoramente, aunque la advertencia cayó en saco roto porque Enol seguía a lo suyo, que no era otra cosa que mirar fotos en el móvil.

—La dejaré con doña Adelina, aunque no me gusta abusar de la buena *muyer*.

—Bah, le encanta quedarse con Cova —restó importancia Llara, la camarera.

Mina perdió el interés por la conversación, porque de pronto

comenzaron a hablar de los achaques de la tal Adelina, de lo enfermo que estaba un tal Paulino y de cosas que, en realidad, no eran de su incumbencia.

Al menos, de la de Mina, porque la anciana había apoyado los codos en la mesa y colocado las manos a ambos lados de su cara y los miraba embelesada, tanto que resultaba incluso descarada su atención, así que a Mina no se le ocurrió otra cosa que pegarle una patada por debajo de la mesa para que dejara de hacerlo.

—¡Oye! —protestó la anciana.

—Estás siendo impertinente —regañó la joven en baja voz.

—A mi edad se me está permitido —se excusó Carmina.

Mina comenzó a negar con la cabeza, pero no insistió porque Enol, muy solícito él, le llevó la comanda por petición de Llara.

—Si es que estás en todo —elogió la anciana al mozo, que le dedicó una enorme sonrisa. Pero luego, cuando su mirada se encontró con la de Mina, entrecerró los ojos y la miró de arriba abajo antes de darse la vuelta y volver a su sitio.

Con su móvil.

Ni siquiera contestó a su hermano cuando este se despidió.

¡Qué falta de educación!

¡Joder, y qué brazacos!

Llevaba esa mañana un vaquero y una camiseta blanca de manga corta. El pelo se lo había recogido en un símil de moño que le hacía más atractivo.

Mina se imaginó a sí misma agarrándoselo para obligarle a ponerse de rodillas y luego…

—Y bueno, ¿qué planes tienes para hoy? —dijo Carmina, trayéndola a la realidad.

A su triste y poco placentera realidad.

—Bueno, lo primero de todo ir a comprar. En cuanto termines de desayunar nos vamos a Oviedo.

—¿Y luego?

—Pues colocar la compra y lim… —Mina miró de reojo a Llara—, recoger un poco.

—¿Y ya? Pues vaya rollazo.

Mina casi se atragantó con el café.

—¿Rollazo? Pues guapa, has sido tú la que has elegido el sitio. Dos meses —puntualizó.

—Ya, pero no vamos a estar todo el día encerradas en la casa. Algo tendremos que ir a ver.

—Sí, pero hoy no. Mañana, si no llueve.

La anciana suspiró, pero se ladeó un poco para llamar la atención del mozo.

—Enol, ¿sabes si mañana va a llover?

El hombre se rio por lo bajo.

—Siempre llueve en Asturias.

Las mujeres, al unísono, pegaron un respingo y se miraron a los ojos. Un observador sagaz apreciaría el erizamiento del vello de sus brazos, o el fulgor de sus ojos azules. Sí, una persona que estuviera prestando atención sería testigo del mágico momento en que la inspiración llegó.

Pero nadie lo vio, así que tanto Enol como Llara la miraron asombrados cuando Mina se bajó de la banqueta, tan deprisa que casi tira el café antes de salir a la carrera del bar.

—¿Le pasó algo? —preguntó la camarera con preocupación.

—Bah, va a evacuar —respondió con naturalidad y al tiempo que le metía mano a la tostada—. Oye, qué rico está este pan.

—Lo hace mi madre —informó Llara con orgullo.

—¿Y no vendéis al público?

La camarera se rascó la cabeza.

—Pues no… Pero si quieres le comento si quiere hacerte un pan.

La anciana aplaudió la idea, pero como ni Enol ni Llara parecían tener ganas de conversación, Carmina se limitó a desayunar y a esperar que Mina regresase.

Lo hizo casi quince minutos después. Llegó como se fue, a la carrera, pero esta vez tenía un brillo especial en los ojos.

Tanto, que Enol, que esta vez sí estaba pendiente de ella, la miró más de lo convenido, como así se lo hizo saber Llara, que carraspeó para llamar su atención.

Este, al saberse pillado, volvió a trastear con el teléfono. Prácticamente, tenía la nariz metida en él.

—¿Qué? ¿Te has quedado a gusto?

—A gustísimo —se rio la joven, pero luego mostró una expresión desencantada—. Vaya, se ha enfriado el café. Disculpa —llamó a la camarera—, ¿puedes calentármelo?

—Claro.

Mina asintió, pero luego se dirigió a la anciana.

—Tenemos que hacernos con un mapa de Asturias, pero en papel y en plan gigante. Y este fin de semana sin falta iremos a Gijón. Lo tengo, abuela —informó con orgullo y con un brillo febril en sus ojos azules—. Tengo la historia.

La anciana aplaudió.

—Esa es mi chica.

—Jesús, hacía tiempo que no hilaba una historia en tan poco tiempo —dijo con entusiasmo Mina—. Solo nos queda hacer un par de rutas por las zonas de interés turístico y empaparnos con la historia de Asturias. Iremos a Covadonga, a ver los lagos y el santuario de la virgen.

—Los lagos están cerrados —informó Enol—. Hay que pedir cita.

Mina lo miró de arriba abajo, amonestando que se metiera en una conversación privada, pero luego lo ignoró y siguió hablando con la anciana.

—Por cierto, que en Oviedo no se nos olvide comprar un par de chubasqueros, por si es cierto eso de que siempre llueve y…

—No siempre —informó Llara, provocando un respingo en Mina.

—¡Ostras!

—¿Otra vez? —preguntó la anciana, porque ella también sintió el hormigueo.

Mina rebuscó en los bolsillos, hasta que encontró un pequeño lápiz de la última vez que estuvo en Ikea.

—Sí. Perdona, ¿Llara? —La aludida asintió—. Llara,¿ podrías darme un poco de papel?

—Sí, pero debo advertirte que el baño está averiado.

Mina iba a preguntar que eso qué tenía que ver cuando sintió un tirón en la manga. Era Carmina, captando su atención.

—¿Lo vas a hacer aquí? —preguntó esta, que miró de reojo a Enol porque este pegó un respingo y dejó de mirar su teléfono móvil para dirigir su atención a Mina, a quien miró con una mezcla de asombro y asco.

—Pues claro. No aguanto hasta la casa. Además, es muy poco.

—Ah, no —se metió Enol en la conversación—. Aquí no puedes hacerlo.

Mina alzó las cejas, sorprendida.

—¿No puedo?

La expresión del hombre era de pura incredulidad por el simple hecho de que la joven se lo plantease.

—Evidentemente, no. Es una… guarrada.

Mina abrió y cerró la boca un par de veces.

—¿Qué, según tú, es una guarrada?

—Pues lo que quieres hacer. Ya sabes, evacuar...

Mina parpadeó, hasta que captó el doble sentido y agrandó mucho los ojos. Roja como un tomate, por la vergüenza y por la rabia, se giró a mirar a Carmina, que tenía prácticamente metida la nariz en el café.

—¿Carmina?

—¿Sí, nietecita?

Mina inspiró para calmarse.

—¿Qué les has dicho a estas buenas gentes? —Como la anciana no respondió, Mina insistió—. Estoy esperando.

—Pues nada —protestó la anciana, enojada por el interrogatorio—, estaban preocupados porque te has ido a la carrera y les he dicho a lo que has ido.

—¿Les has dicho que he ido a… evacuar?

—Claro. ¿Acaso no es lo que has ido a hacer?

Mina resopló. Mucho. Contó mentalmente hasta diez antes de girarse a Enol, que aguardaba su respuesta.

—Soy escritora —se obligó a decir—, y la inspiración aparece en el momento más inoportuno, y a veces de forma tan persistente que sí o sí tienes que ir echando leches a escribir. O, como yo lo llamo, evacuar. Es una forma de decir que tienes que sacar todo de dentro, pero claro, entiendo que aquí, mi abuelita del alma, no se haya dignado a explicar el sentido de evacuación. ¿Cierto?

Enol, que había escuchado muy atentamente, se echó reír, una risa baja y canalla, esa risa que se cuela en cada poro de la piel y envía descargas eléctricas por todo el cuerpo.

—Mira que sois raras —concluyó, estropeando el momento y poniendo de peor humor a Mina, pero como Enol se giró y continuó con su móvil, se perdió la mirada colérica que esta le dirigió.

—Habló el perro verde…

—Esa *ye* una canción de Marea —se guaseó Enol, provocando un respingo en Mina.

Vaya, ¿ese orangután conocía ese grupo? ¿Ese, precisamente? ¿Su favorito?

—Ah, gracias —dijo a Llara cuando esta le tendió un papel y dejando pasar la oportunidad de preguntar al hombre por sus gustos musicales.

—¿Necesitas un bolígrafo también?

Mina no la escuchó, porque ya estaba escribiendo como una loca, así que fue la anciana la que tuvo que responder que no hacía falta.

Y así estuvo Mina durante al menos cinco minutos, en los que nadie habló, cosa que agradeció, porque tenía tendencia a distraerse con una mosca. Cuando acabó, dobló el folio y lo metió en su cazadora.

Satisfecha, se estiró y suspiró. Bebió un sorbo de café, que volvía a estar frío, pero esta vez no le importó, tan contenta estaba.

O al menos hasta que miró a la vieja y la vio trasteando con un móvil.

Corrección: con su móvil.

—¿Pero qué haces? —regañó al tiempo que trataba de quitárselo.

—Estoy wasapeando —respondió como si Mina fuera boba.

—¡Es mi móvil! ¿Cuándo lo has cogido?

—Pues esta mañana, porque no quería que nada te despertara. Además, lo último que necesitas es distracción y reconoce que tienes un problema de adicción a las redes.

Mina abrió y cerró la boca un par de veces, hasta que agitó la cabeza, rendida.

—Trae, anda.

—No, espera que termine.

—¿Estás hablando con la Nana?

—No, con Lina. —La anciana se rio por lo bajo y lanzó una mirada divertida a Mina—. Está que trina.

—Normal… ¡Trae ya, que me la vas a liar! Además, ¿cómo has conseguido desbloquear el teléfono?

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí? —se burló Carmina, dándole golpecitos en la frente—. Siempre usamos la misma contraseña.

—¡Calla! —susurró la joven cuando se percató de que había vuelto a usar el plural.

Para comprobar que no la habían escuchado, o que no habían caído en ese detalle, Mina miró de reojo a Enol, que había elevado el móvil a la altura de sus ojos y estaba agrandando una imagen.

Pero no imagen cualquiera, no.

Eran tetas.

El muy cerdo estaba viendo fotos de tías en bolas.

Tanto le sorprendió, que se quedó paralizada y viendo cómo el puerco iba pasando una foto tras otra.

—Qué asco —susurró volviéndose de nuevo hacia la anciana—. Pero qué ascazo.

—¿Qué pasa?

—Luego te cuento.

En ese instante sonó el móvil de Enol, que con una risa canalla respondió.

—Cómo me conoces, cabrón —fue su saludo—. A ver, ¿cuál crees tú?... Claro, esa. Me encanta. Prepárame una cita con ella… No, cuanto antes, que tengo muchas ganas… Calla, *ho*[11]… —Estuvo un bien rato escuchando a su interlocutor y riéndose, hasta que se levantó de golpe—. ¿Para hoy? ¿En serio?... Sí, sí, claro… ¿A las cuatro? Genial… No me seas *gallu*[12]… Ufff, no sabes las ganas que tengo de meterle mano… Sí, ya hace tiempo, *ho*… Nos vemos. Y David… *Gracies*.

Mina, que había escuchado toda la conversación, no daba crédito. Tan indignada se sintió, que se levantó de golpe.

—Carmina, nos vamos. Llara, ¿me puedes decir qué te debo?

—Ya está pagado —respondió esta.

Mina parpadeó, pero se giró hacia la anciana, buscando una explicación.

—A mí no me mires, que no tengo ni un duro. Como no me das dinero…

La joven agitó la cabeza, como queriendo desechar la pulla contra la vieja, porque su atención estaba en el asturiano, que tras bufar de indignación se encaminó hacia la puerta.

—Perdona… Oye… ¡Enol!

Este se detuvo y la miró. Y no, su mirada no era nada amigable,

indicio de que había reparado en el apunte que Carmina había dicho sobre el dinero, dejándola a ella, nuevamente, en muy mal lugar.

—¿Sí?

Fue tan rudo su monosílabo, tan dura su mirada azulada, que Mina titubeó, hasta que se cuadró y lo encaró.

—Te lo agradezco, pero debo rechazar tu invitación.

Enol ladeó la sonrisa.

—¿Qué invitación?

—Pues… esa invitación —dijo señalando la mesa, donde quedaban los restos del desayuno de la anciana y su vaso de café.

Enol se dirigió entonces a la anciana.

—¿Y usted?

—Uy, hijo, qué va. Yo te lo agradezco infinitamente. Si dispusiera de dinero, otro día te podría invitar yo.

—¡Carmina! —protestó Mina, protesta que cayó en saco roto.

—Qué ruin. Pero qué ruin —dijo Enol mirando a Mina con desagrado—. Para tu información, el desayuno de tu abuela está pagado. Tu café, no.

Y se marchó.

¡Qué personaje más desagradable!

Qué tipa más *repunante*[13].

¿No podría aceptar el café y ya? Pero no, la *bruxa* había tenido que rechazar su invitación. Y claro, con ella también lo rechazaba a él.

Y eso le sentó como una patada en los innombrables.

El porqué le sentó tan mal era algo que tendría que analizar, pero no en ese instante, cuando divisó a su hermano, que caminaba hacia él con una sonrisa traviesa, señal de que se iba a meter un poco con él, si no se equivocaba.

—Vaya cara traes —le soltó tan pronto lo alcanzó. No, Enol no se equivocó—. Déjame adivinar; has tenido problemas con la guaja.

Enol se crispó de inmediato.

—¿Yo? Yo no tengo problemas con nadie. Es ella la que parece tener problemas conmigo.

—Y eso te repatea.

—A mí me da igual —negó sin convicción alguna—. Lo que me llevan los demonios es el alarde de mala educación que tiene y lo mal que trata a la *güela*. ¿Te puedes creer que no le da dinero?

Nel frunció el ceño.

—Hay algo raro en ellas. La forma que tienen de mirarse…

—¿Tú también te has dado cuenta? La muy *bruxa* mira con una cara de asco a la *güela* que da repelús.

—No, no, es al revés, pero no sé explicarlo… ¿Sabes como cuando has metido la pata en algo y te miras al espejo y te atiza el remordimiento?

Enol se encogió de hombros, dando a entender que ya había tomado partido por la anciana y no iba a dar su brazo a torcer, pese a reconocer, en su fuero interno, que sí, que la mirada de la anciana también era de desprecio.

Pues vaya… Ahora ya estaría pensando en ello todo el día, hasta que…

—Ah, por cierto, esta tarde no me podré quedar con Cova.

—¿Y eso? —preguntó Nel, desinflado por la noticia.

—Adivina…

Nel sonrió abiertamente, porque la cara de felicidad de su hermano solo podía deberse a una cosa, así que le palmeó.

—Ya era hora. ¿Cuánto tiempo hacía?

—Dos meses. Joder, me pican las manos y todo de la emoción.

Nel se rio de la cara de entusiasmo de Enol.

—Te dejo, que a mí también me pican las manos —dijo con retintín —. Voy a llevarles leña a las madrileñas y a ver con quien dejo a Cova esta tarde. No quiero abusar de Adelina porque la acabo de dejar con ella, y una cosa es un rato y otra todo el día. Si al menos me dejara pagarle…

—Bah, si solo es un ratín, ¿por qué no te la llevas contigo al hórreo?

—¿*Yes fatu*?[14] *Poneme* todo patas arriba cada vez que entra y pierdo la inspiración. ¡Lo que puede llegar a hablar siendo tan *ñeña*!

Enol se rio, pero luego hizo una mueca.

—Hablando de inspiración, ¿sabes que es escritora?

Nel hizo un gesto de sorpresa, pues el cambio de conversación le pilló desprevenido.

—¿Quién?

—Quién va a ser… La *bruxa*.

La carcajada de Nel fue colosal, pero no por la respuesta, si no por lo que esta implicaba.

—Ay, ay, hermano, que no lo sabes, pero esa *bruxa* te está ganando la partida.

—¿Por qué lo dices? —protestó Enol.

—Porque una sola palabra y te basta para hablar de ella. Eso *ye* señal de que siempre está en tus pensamientos.

—Adiós.

Nel se rio de la cara enfurruñada de su hermano, que se marchó por donde vino, es decir, camino hacia el bar. El asturiano no tuvo claro si

era porque quería volver a verla, o porque quería guerra con ella.

Conociéndolo, con toda probabilidad ambas cosas.

Por desgracia, las mujeres estaban saliendo del bar en ese instante, por lo que Enol pasó de largo sin mirarlas, con la cabeza en alto y fingiendo que no las había visto.

La risa de Nel se acentuó cuando vio que, pasado el peligro, su hermano se giraba para mirarla.

Pero no fue una mirada fugaz, no.

Ni tampoco enojada.

Poco a poco la risa se apagó para dar paso a una sonrisa ladeada y nostálgica. Suspiró y se encaminó hacia su hórreo, pero antes de girar a la izquierda se volvió a mirar a su hermano, que seguí ahí parado con la vista clavada en la *bruxa* de pelo rojo.

10

—Desde luego, más desagradable y no naces —amonestó la anciana tan pronto Enol salió del bar.

—Calla —ordenó, pero se giró a Llara, que la miraba divertida—. ¿Qué te debo por el café?

—Ya te dije que nada —se rio la joven—. En verdad está todo pagado.

—Pues no, me niego. Le devuelves el dinero. O le pones un café de mi parte.

Llara pareció dudarlo.

—No va a querer.

—¿Que le devuelvas el dinero o que yo le invite a un café?

—Ambas. Es muy terco.

—Pero ¿por qué se pone así? No le he hecho nada. No tiene sentido alguno.

—Tú también lo eres —apostilló la camarera con una sonrisa traviesa.

—¿Yo, terca? —bufó.

—Ahora lo estás siendo —intervino la anciana—. De hecho, lo que no tiene sentido es que hayas rechazado su invitación. Eso ha sido muy maleducado por tu parte, reconócelo.

—Ya te dije que tengo mis motivos.

—¿Cuáles?

Mina miró a Llara y le dedicó una sonrisa forzada.

—Ahora vengo a pagarte el café. Lo que hagas con el dinero es asunto tuyo. —Y tiró de la anciana para salir del bar.

—Hale, ahí, haciendo amigos —protestó la mayor—. Anda que…

—Es un putero —soltó en un susurro nada más salir del bar y ya a salvo de oídos indiscretos. Tuvo que tirar de la anciana para que siguiera caminando cuando esta se detuvo bruscamente por la noticia.

—¿Te refieres a Enol? —Como Mina asintió, la anciana la miró con desdén—. ¿Y de dónde te sacas eso?

—Estaba viendo fotos de tías en pelotas. Fotos que, seguramente, le ha enviado el tal David, con el que ha hablado por teléfono. Qué asco… Putas por catálogo…

La anciana entrecerró los ojos y ladeó un poco la cabeza.

—No lo creo. ¿Tú lo has mirado bien? ¿Tú crees que un tipo como ese necesita ir de… putas?

—Yo no creo nada, pero a las pruebas me remito —insistió con terquedad—. «¡Qué ganas tengo de meterle mano!» —recordó las palabras del hombre con retintín y algo de asco.

—Pues si es así, fin de la historia—terminó por aceptar la anciana, aunque con reticencia. ¡Le había gustado tanto el tipo!

Pero, guapo o no, había una cosa que Carmina no aceptaba, y esta era que los hombres pagaran por servicios sexuales. Además de denigrante para las mujeres, su práctica daba pie a que no se erradicase la explotación sexual y la trata de blancas.

Mina asintió, complacida al comprobar que la anciana claudicaba.

—Así me gusta, de modo que nada de tratar emparejarme con él.

La anciana rio por lo bajo.

—Ya, pero a falta de uno, tenemos dos. Y oye, el hermano parece más formal.

La joven hizo un revuelo de ojos.

—Ya te dije que estaba casado con la camarera.

—Pues tampoco sé de dónde te sacas eso. Si te hubieras fijado más en ella, te darías cuenta de que tiene cierto parecido con los chicos, pero claro, tenías la vista clavada en el culo de Enol y…

—¡Yo qué voy a tener la vista clavada en el culo de nadie! Anda, anda, tira para arriba y no andes inventando —regañó cuando llegaron al pie de la ladera, pero abrió mucho los ojos cuando vio que Carmina no la seguía, sino que bordeó la montaña y se perdió detrás de un par de árboles.

—Pero ¿dónde vas, insensata?

La anciana apareció de nuevo.

—Pues a la casa.

—¿Por ahí?

—Claro. Hay unos escalones.

El grito de indignación de Mina no se hizo esperar, que prácticamente corrió hacia donde estaba la anciana para descubrirlo.

Agrandó mucho los ojos y la mandíbula se le desencajó cuando vio frente a ella un sendero con escalones de piedra.

—Pero serás… ¡Ya podrías haberme avisado! —Y volvió a gritar, enfurecida—. ¡Ya podría haberme avisado él!

—Supongo que él creyó que tú nos habías visto subir.

—Ya, claro, y por eso, en vez de tomar este atajo, casi me parto la crisma por gusto, no te jode…

—Esa boca.

Mina hizo amago de echarle las manos al cuello, pero tras bufar y resoplar, decidió que su amigo invisible era mejor objetivo, así que empezó a luchar sola. Lucha que detuvo al instante cuando, al mirar por casualidad hacia abajo, hacia el bar, vio que Enol estaba allí parado mirando hacia ellas.

Y aunque Mina ya había decidido que no quería tener nada que ver con un putero, tampoco le apetecía nada que la viera haciendo el ridículo, así que se cuadró y con la cabeza bien alta, y tan erguida que parecía que le habían metido un palo por el trasero, subió los escalones hacia la casina.

Ya rendiría cuentas con el asturiano…

Con Carmina lo hizo tan pronto estuvieron en la casa. Por primera vez, la anciana la vio realmente enojada. Su tono de voz, sereno y calmado cuando se dirigió a ella, era prueba de ello.

—Estamos aquí por ti, Carmina. Tú me has arrastrado hasta aquí. Tú me has obligado a escribir una novela nueva. Tú me lo estás poniendo muy difícil. Tú, Carmina. Nada de nosotras. No puede haber un nosotras si no trabajamos juntas, si nos empeñamos en ponernos la zancadilla, en… odiarnos.

La anciana suspiró, miró al techo y luego a su yo del presente. Había tristeza en sus ojos azules.

—Nos odiamos, Mina, sí. Y eso es algo que tenemos que trabajar. Y sí, perdóname si soy tan egoísta que haré todo lo que esté en mis manos para cambiar el futuro, aunque sea pasar por encima de ti.

Mina apretó mucho los labios, signo de que se estaba mordiendo la lengua para no replicar a Carmina, porque si lo hacía iba a sacar toda la mierda que la tenía tan amargada. Y para eso no estaba preparada.

No aún.

Quizá nunca lo estuviera…

—Me marcho —soltó.

La anciana abrió grandes los ojos y trató de detenerla.

—¡No puedes irte! Te prometo que cambiaré, que te haré las cosas más fáciles, que…

—¡Me voy a Oviedo! —informó quitándosela de encima. La miró de arriba abajo y bufó—. Ya quisiera yo tener los ovarios de dejarte aquí plantada…

El suspiro de alivio de Carmina fue monumental.

—Ah, bien. Aguarda que coja una chaquetita.

—Me voy sola.

—Ah, no, de eso nada. Yo me voy contigo. Prometo portarme bien.

Mina inspiró para calmarse, pero al cabo, como tampoco le apetecía corretear sola por Oviedo, accedió a llevársela.

Oviedo las recibió con sol.

Pero no era un sol cualquiera, no; era un sol cegador y cálido, el típico sol que hacía que te despojaras de las prendas de abrigo para dejar que sus rayos te acariciaran la piel.

Tan contenta se puso Mina por librarse de la lluvia aunque fuera momentáneamente, que decidió dejar la compra para más tarde y hacer turismo por la ciudad.

¿Y qué decir de Oviedo? Que era precioso era quedarse corto. Que la zona antigua estaba llena de magia, también. Mientras paseaban por sus calles hacia la catedral, Mina revivió algunos de los paisajes de la novela *La Regenta*, que aunque transcurría en Vetusta, en realidad Clarín enmascaró la verdadera ubicación, Oviedo, por miedo a las represalias que una obra tan escandalosa pudieran traer en la época. Y no se equivocó; aun enmascarada, su publicación fue prohibida por el Obispo de la ciudad.

Pero ahora, mucho tiempo después, ahí estaba, la estatua dedicada a la Regenta.

Como dos entusiastas, ambas se echaron una foto con ella. También lo hicieron en el inmenso barril que había en la calle Gascona, bajo la escultura en forma de Paraguas de la plaza homónima y con El viajero [15] de la plaza Porlier.

Mina hubiera recorrido la ciudad palmo a palmo, pero, aunque la anciana no protestó, ya acusaba el cansancio, así que decidió dejarlo para otro día.

Dieron con la calle Manuel Pedregal de casualidad, más conocida como la ruta de los vinos, así que decidieron tomarse algo y descansar.

—Y comer. Que mira qué horas son y ni siquiera hemos hecho la compra.

Mina no pudo menos que reírse.

—Ya lo había pensado. Ahora descansamos, comemos y luego vamos a comprar, ¿te parece bien?

—Lo que me parece bien es el plato de fabes que me voy a meter para el cuerpo. Y un cachopo.

—Vas a reventar —dijo Mina mirándola de arriba abajo con hartura, aunque la que acabó harta horas después fue ella, cuando descubrió cómo se las gastaban en Asturias con los platos.

Qué decía platos… Eso eran fuentes.

Válgame el Señor, si ya solo la ensalada que pidió de pimientos y caballa era para cuatro o cinco personas.

Tanto comió que cuando terminaron necesitó dar un paseo para

bajar la comida.

—Madre de Dios, voy a reventar —dijo mientras paseaban.

—Pues yo me he quedado a gusto.

Mina sacudió la cabeza con incredulidad.

—Lo tuyo no es ni medio normal. Te has comido dos platos de fabes, un cachopo y todavía tenías sitio para un arroz con leche. Y yo ya con la ensalada estaba que se me salía por las orejas.

Carmina se rio, pero de pronto se detuvo y tiró de Mina hacia un soportal.

—¿Qué haces? —protestó esta.

La anciana se llevó un dedo a los labios y se asomó hacia fuera.

—Está ahí.

Perdida, Mina gesticuló.

—¿Quién está ahí?

—¡El putero!

Sorprendida, Mina agrandó mucho los ojos y, a riesgo de ser descubiertas, se asomó.

—¡Hostias! ¡Y va con la puta!

Medio escondidas, la anciana y la joven contemplaron al asturiano, que caminaba con una joven hacia ellas, así que volvieron a esconderse.

—Nos va a ver.

Carmina miró el telefonillo, hasta que, decidida, pulsó uno al azar.

—¿Qué haces? —protestó en un susurro Mina, cada vez más nerviosa por la posibilidad de que Enol las pillase.

Pero pillar ¿haciendo qué? Realmente ellas no habían hecho nada, salvo pasear. Había sido una enorme coincidencia que se encontraran.

—¿Sí? —respondió una voz al telefonillo.

—Abre —exigió Carmina.

Hubo un segundo de titubeo por parte del interlocutor, y de pánico por parte de Mina. ¡Estaba la pareja ya tan cerca de ellas!

—¿Quién es? —hablaron desde el telefonillo.

—Yo —respondió con seguridad Carmina, provocando un revuelo de ojos en Mina, que al instante se tuvo que tragar cuando la puerta se abrió.

Como miró a la anciana pidiendo una explicación, esta dijo:

—De todos es sabido que siempre abren la puerta al tal *yo*.

A salvo, las mujeres esperaron a que Enol pasase de largo. Casi suspiraron de alivio cuando desde la puerta de cristal lo divisaron, pero se les cortó la respiración al ver que se detenía frente al portal.

—Ay, Dios… Nos ha visto… ¡Va a entrar! —exclamó Mina cuando vio que Enol también llamaba a un telefonillo.

—Al ascensor —sugirió la anciana, aterrada.

Mina vio absurdo explicarle que lo más probable era que él lo

tomara, además de no tener tiempo, así que agarró la muñeca de la anciana y la guio hasta debajo de las escaleras.

Con el corazón a mil, esperaron a que ellos cogieran el ascensor y así poder escapar.

—Estoy nerviosa —estaba diciendo la mujer, una chica de no más de treinta años.

—Tú tranquila. Verás cómo quedas satisfecha —respondió Enol, provocando en Mina una punzada de… ¿indignación? ¿Celos?

«No, celos no».

—Eso espero. Me han hablado genial de ti.

Aunque Mina no lo vio, se imaginó que estaría sonriendo, con esa sonrisa suya engreída de medio lado y que se reflejaba en esos ojos canallas.

Al fin sonó el timbre del ascensor, avisando de su llegada. Mina casi suspiró de alivio.

—Aguarda —pidió el hombre repentinamente.

Tanto la joven como la anciana abrieron mucho los ojos cuando, desde su escondite, escucharon sus pasos.

Acercándose.

Deteniéndose a su altura.

Mostrándose, al fin, ante ellas, que lo miraron con idénticas expresiones de asombro.

Enol se llevó las manos a la cintura y meneó la cabeza con resignación. Mina no tenía ni idea de lo que se le estaba pasando al hombre por la cabeza, pero por su expresión cualquiera diría que lo estaban siguiendo, y eso sí que no, así que salió de debajo de la escalera, arrastrando con ella a Carmina y, tras mirar al hombre de arriba abajo, se marcharon de allí sin dar una explicación.

Y que pensara lo que viniera en gana, que a ella le traía sin cuidado.

—¿Cómo ha podido encontrarnos? —se cuestionó Carmina.

Mina se encogió de hombros, malhumorada.

—Nos ha tenido que ver antes por fuerza. Es imposible que supiera que estábamos ahí escondidas.

—Ahora que lo dices… Es probable que él nos haya visto antes que nosotras a él. —La anciana miró a Mina y chasqueó la lengua—. Es que ese pelo tuyo es como una antorcha en noche cerrada.

—No, si ahora la culpa la voy a tener yo…

—Pues claro. Yo paso desapercibida. Tu pelo, no.

Mina se llevó una mano al pecho, como para calmarlo. Ahora no sabía si latía por la sorpresa o por la vergüenza.

Decidió que por lo último, y como siempre se encabronaba cuando se sentía avergonzada, decidió no volver a pensar en el asunto y seguir con su plan del día.

Ya de camino a la casa tras hacer la compra fue la anciana quien lo trajo a colación.

—Oye, ¿te has fijado en la chica?

—¿Qué chica?

Carmina rio por lo bajo.

—Como si no supieras quién… He estado pensando que no tenía pinta de puta. Es más, vestía como una monja y además se la veía nerviosa, como si fuera su primera vez… No sé. Lo mismo es él el puto.

Mina dejó de mirar a la carretera y dirigió la vista hacia la anciana.

—¿Tú te estás escuchando?

—Piénsalo —pidió la anciana—. Lo mismo es uno de esos gigolos.

—Claro, y en vez de que las clientas lo elijan a él, es él quien elige a las clientas, quienes, por cierto, le envían fotos en bolas… Vamos qué… Tienes cada cosa.

—Bueno, tenemos dos meses para descubrirlo, pero ahora sé que no paga por sexo.

—Según tu teoría lo recibe, así que no sé qué es peor, de modo que olvídalo.

—¿Qué quieres que olvide?

—Venga, no te hagas, Carmina. Estás buscando excusas para disculparlo.

La anciana movió la mano en el aire y miró hacia la ventanilla, como queriéndolo dejar estar.

Mina agradeció el silencio, que poco duró.

—Tendremos que darle alguna explicación.

La joven casi se atragantó.

—¿Perdón?

—No, criatura, tanto como pedirle perdón no, pero al menos contarle lo sucedido.

Mina agitó la cabeza.

—Era una expresión de incredulidad, no una sugerencia. Vamos, ni muerta le pido perdón al sieso ese. Perdón ¿por qué? ¿Por ir por la misma calle que él? ¿Por existir? Además, nada de esto hubiera pasado si no me hubieras arrastrado hacia el portal… Que mira que hay portales en Oviedo y tienes que elegir el mismo al que él iba. Manda huevos…

—Es el destino —sentenció la anciana.

—¿Qué destino? ¿Ese que ha hecho que hagamos el ridículo de nuestras vidas?

—Ay, ay, ya empiezas a usar el plural mayestático. Eso es señal de que empezamos a estar más unidas.

Como acababan de llegar a Bueño, Mina evitó replicar a la anciana, así que durante la siguiente media hora la dedicaron a organizar la

nevera y la despensa.

Fue sobre las seis de la tarde cuando las Musas se presentaron, así que Mina se puso a escribir.

O al menos a intentarlo, porque tenía a la vieja pegada a ella leyendo cada palabra que escribía, corrigiéndole algunas, cambiándole otras tantas.

—No, cambia *insinuó* por *inquirió*. Y esa frase está mal… Todo el párrafo está mal. Anda, quita —exigió quitándole el portátil a Mina.

Mina alzó las cejas, sorprendida.

—Pero ¿cómo sabes lo que quiero escribir?

Carmina abrió y cerró la boca un par de veces, hasta que arrugó la frente, pensativa.

—¿Si sé lo que tienes en la cabeza? Lo ignoro. Vamos a averiguarlo.

Durante los siguientes diez minutos la anciana estuvo tecleando, casi en trance, sin parar y sin un solo error, maravillando a Mina. Cuando leyó lo que había escrito la anciana casi le da un soponcio. No solo era lo que ella hubiera escrito, sino que mil veces mejor. Era una verdad como un templo eso de que la práctica hacía la experiencia.

—¿Cómo lo haces? ¿Cómo te metes en mi cabeza? ¿Cómo puedes escribir lo que yo he ideado si ni siquiera te he dicho de qué va la novela?

La anciana la miró como si fuera boba.

—Porque soy tú, que no te enteras. Somos una, Mina. —Como la joven iba a añadir algo al respecto, la anciana movió la mano en el aire, como echándola—. Vete a corretear por ahí y déjame a mí, que estoy *on fire*.

Y tras poner música a todo volumen, la anciana siguió tecleando como si no hubiera un mañana, así que para no molestarla Mina cambió la camiseta por una blusa blanca, se hizo una coleta alta que ató con una bandana roja, se calzó el chubasquero que compró en un bazar (porque había vuelto a llover) y se bajó al bar, ya que la anciana se negó a comprar cervezas.

—No, que te emborrachas y no escribes —le había dicho.

Claro, que eso había sido antes de descubrir que la anciana podía escribir por ella. Caramba, era como el sueño de todo escritor… Siempre había deseado tener una máquina que sacara de su cabeza todas las historias que tenía por escribir, y ahí la tenía, en forma de una anciana de ochenta y cinco años que estaba un pelín tocada de la azotea.

Quizá ella también un poco.

—Buenas tardes, Llara —saludó a la camarera—. ¿Me pones una cerveza?

—Ahora mismo —respondió al tiempo que dejaba unas hojas a un lado.

Mina se mordió el labio, porque no era de las que daba conversación, pero se le hacía un tanto incómodo estar ahí, sola en el bar, así que preguntó:

—¿Te he interrumpido en algo?

—Bah, no te preocupes, ya lo iba a dejar, que llevo toda la tarde estudiando.

—Ah, ¿estudias? ¿Y qué estudias?

—Medicina.

Mina agrandó mucho los ojos.

—Ostras… ¿Alguna rama en concreto?

Llara asintió a la vez que le servía la cerveza.

—Oncología.

La madrileña la miró con admiración.

—Vaya, tiene que ser súper difícil.

—Difícil no —respondió la camarera con un encogimiento de hombros—. Sacrificado. Muy sacrificado. Le tengo que dedicar muchas horas al estudio.

Mina asintió, comprendiendo.

—Pero supongo que la vocación prevalece.

—Ay, sí. Hay que tener mucho amor por la carrera para seguir, aunque a veces te entren ganas de dejarla.

—¿Y cómo compaginas el trabajo, la carrera y una hija?

Era dar palos de ciego, y Mina supo que había errado cuando Llara agrandó mucho los ojos antes de soltar una carcajada.

—Supongo que te referirás a Cova… Ay, no, Cova no *ye* mi hija.

—Entonces, ¿el hombre de ayer no es tu marido?

—¿Nel, mi marido? —Volvió a reírse, hasta que se calmó y sonrió a Mina—. Nel *ye* mi hermano.

Nel le pareció un nombre precioso, pero supuso que era un diminutivo o algún tipo de apodo astur.

—Ah. Siento la confusión. Supuse que la niña era tu hija porque se parece muchísimo a ti.

—Claro, como que *ye* mi sobrina.

—Pues se parece más a ti que a su propio padre.

—Es que los gemelos salieron a su madre, y yo a nuestro padre.

Ahí Mina se perdió un poco. Fue tal su cara de confusión, que Llara se echó a reír.

—Los gemelos y yo somos hermanos solo de padre. Cova y yo somos una calca de él. Los gemelos, sin embargo, se parecen a su madre.

Mina al fin entendió, pero quería saber más. Por desgracia, alguien entró al bar y la ocasión de indagar más sobre los gemelos —sobre todo de uno en concreto—, se perdió.

—*Güenes* [16]—saludó el visitante, a quien Mina se giró. Sonrió con

afecto cuando lo reconoció.

—Buenas, Nel.

El hombre la miró asombrado, tanto que Mina se hubiera echado a reír si no hubiese sido por lo que dijo el hombre a continuación.

—¿Cómo dices?

La joven lo miró, aturdida.

—Nel. Es tu nombre, ¿no?

Vaya, quizá solo los más allegados tenían permiso de usar ese nombre. Vaya usted a saber… Esta gente era tan rara…

—Sí, bueno, no. En realidad me llamo Manel, pero para no confundirme con mi padre, que se llama igual, todos me llaman Nel. Lo que me ha extrañado es que me hayas distinguido.

Mina seguía sin saber a dónde quería ir a parar el hombre, así que pidió con los ojos ayuda a Llara, que sonrió con afecto.

—Nadie, salvo cuatro personas contadas, es capaz de diferenciarlos.

Mina bufó de incredulidad.

—Venga ya… No se parecen tanto.

En esta ocasión el que no daba crédito era Nel.

—¿Qué no nos parecemos? —Estuvo un buen rato riéndose por lo bajo y moviendo la cabeza con incredulidad—. *Ñeña*, somos gemelos idénticos. Idénticos —repitió al tiempo que asentía con la cabeza—. No hay ni una diferencia física en nosotros.

Mina negó con la cabeza.

—Las hay a patadas, Nel. Para empezar, tu barba está menos cuidada que la de tu hermano, y tienes el cabello más claro y más largo. Por no hablar de los ojos… Ahí es donde más diferencia hay.

—¿Los ojos? ¿Qué les pasa a nuestros ojos?

—No sé. Los tuyos son cálidos, tiernos. Me causan simpatía. Los de tu hermano, en cambio… —Como se dio cuenta de que estaba hablando de más, procedió a beber un trago de su cerveza.

—¿Qué le pasa a los ojos de mi hermano?

Bueno, Mina no quería enemistarse con nadie, pero tampoco era de las que se echaban para atrás una vez había abierto la caja de Pandora. Y que fuera lo que Dios quisiera.

—Miran con mala leche. Al menos, a mí.

—Bah, le has *entrau pol gueyu izquierdu*[17], pero ya se le pasará. *Ye* un poco *gafu*[18], pero buena gente en el fondo.

Mina compuso un gesto de fascinación.

—Te daría la razón si supiera lo que has dicho.

Nel echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada, para sorpresa de Mina. Y de Llara, que lo miró con los ojos fuera de sus órbitas.

Vaya, ¿tan raras eran las risas en ese hombre, que su propia hermana se extrañaba de ellas? ¿Cuál sería su historia?

Y no fue el único sorprendido, porque de pronto entraron Enol y su

padre, el citado Manel, y lo miraron con asombro.

—¿Qué le has dado? —le preguntó Manel a su hija, que se encogió de hombros a modo de respuesta y, en vez de responder, sacó una botella de sidra.

Nel tampoco pareció querer seguir con la conversación, pues se dirigió a su hermano.

—¿Qué tal te fue?

—Genial —fue la rápida y entusiasta respuesta de Enol—. Si todo va bien, el martes la veo de nuevo.

—¡*Meca*[19], sí que tienes ganas!

—No lo sabes tú bien, *hermanu*.

Mina vio que Enol la miraba de reojo mientras esperaba a que su hermano le sirviera, pero entonces sus ojos se cruzaron con Nel y ya no los despegó de él. El asturiano estaba escanciando la sidra, y su pose era sumamente sexy.

Sirvió un poco y se lo tendió a Enol, que lo cogió de malas formas.

—Mira que *yes* malo escanciando. *Tas chiscándome*[20]… Trae y aprende del maestro.

Sus ojos se cruzaron con los de Mina por un segundo, como asegurándose de que esta lo estaba mirando.

Y sí, Mina lo estaba mirando. Y sí, su pose, como la de su hermano, era muy sexy. Más sexy.

«Joder, mucho, mucho más sexy», le dijo su demonio lascivo cuando Enol levantó el brazo derecho, ahí, marcando el bíceps, el tríceps y algunos otros músculos de los que Mina ignoraba su nombre.

Y lo peor, tal y como dijo, era un maestro. Cuando estiró el brazo izquierdo hacia abajo con el vaso y basculó la botella con la mano derecha, un chorrito de sidra fue a caer justo dentro del recipiente, sin derramar ni una gota.

Guau…

Y sería más guau si el muy cretino la hubiera dejado de mirar a ella, porque si ya la acción tenía que ser sumamente difícil, sin mirar tenía que ser toda una proeza.

Y todavía sería mucho más guau si, además, la mirada de Enol no estuviera cargada de orgullo y victoria.

Patán…

—¿Qué tal por Oviedo? —preguntó Nel a la joven, más que nada por no excluirla del grupo, algo que acababa de hacer su gemelo al darle prácticamente la espalda.

Mina ladeó la cabeza y entrecerró los ojos. Su mirada se clavó durante un segundo en la espalda de Enol, asesinándolo.

—¿Cómo sabes que fui a Oviedo?

—Me lo ha dicho la *güela*.

—¿Cuándo?

—Hace apenas unos minutos, cuando le llevé la leña. Ya fui antes a mediodía, pero no os encontré, y como no quería dejarla en la puerta porque estaba *orbayando*[21] regresé tan pronto vi el coche.

—Ah, muchas gracias. Ahora ya solo tengo que aprender a encender la chimenea —se excusó entre risas.

—Pierde cuidado, que ya lo he hecho yo. Solo tenéis que atizar las ascuas de vez en cuando… Así se lo he explicado a Carmina, pero creo que no me ha prestado mucha atención. Tenía muchas ganas de volver al ordenador. Jesús, en la vida he visto a nadie aporrear el teclado de esa forma.

Manel lo encaró, confundido.

—Pero si ayer dijo que no sabía usar el ordenador…

Enol rio por lo bajo, como si hubiese adivinado la treta de Carmina. Era la suya una risa de camaradería, esa que no tenía con Mina. El porqué de esa extraña simbiosis entre el asturiano y la abuela era algo que escapaba de la comprensión de Mina y de todo mortal.

Como de pronto se encontró con los ojos de Manel, aguardando su explicación, Mina no tuvo más remedio que encubrir la mentira de la anciana.

—Es con internet con lo que se lía. Y respondiendo a tu pregunta, Oviedo es precioso, Nel.

—Sobre todo los bajos de las escaleras —escuchó decir a Enol. Y sí, había guasa, y mala leche, en sus palabras.

—Ya decía yo que mucho estabas tardando en sacarlo a relucir.

—*Muyer*, me lo has puesto a huevo.

Manel y Nel miraban a uno y a otra, perdidos.

—¿Qué *ye* eso de la escalera?

Como seguramente Enol iba a contar su versión, una versión totalmente distinta a la realidad, Mina se apresuró a hablar.

—Íbamos paseando por Oviedo cuando lo hemos visto venir de frente, y como iba con compañía —dijo la palabra con retintín—, no hemos querido ponerle en un compromiso y nos hemos metido en un portal. Ha sido toda una casualidad que fuera el mismo al que iba Enol.

—Uy, sí. Una gran casualidad —apuntó este último como si no la creyese en absoluto.

—Pues sí. A ver si te crees que nos dedicamos a seguirte. Lo que pasa es que mi abuela se ha puesto nerviosa y ha querido que nos escondiéramos.

—No, si ahora la culpa va a ser de la *güela* —dijo sin girarse siquiera a mirarla.

Era sumamente desagradable hablarle a la espalda de alguien.

—Pues claro que es de Carmina. Ya es muy mayor y hace y dice cosas muy raras. No he tenido más opción que seguirle el juego. Y

además, ¿cómo sabías que estábamos debajo de las escaleras?

—Pues porque no os había dado tiempo ni a coger el ascensor, ni a subir un piso. Al menos, no la anciana. Tú con esas piernas sí te veo capaz.

Mina se puso rígida de golpe.

—¿Qué les pasa a mis piernas?

Tal vez Enol había hablado demasiado, porque de pronto comenzó a gruñir por lo bajo y cortó la conversación radicalmente.

—¿Otro culín, papá?

—Venga. Y ponle otro a la *ñeña*.

Mina iba a rehusar cuando Enol dijo:

—Esto *ye* cosa de *homes*.

Buaa…

Mina agrandó mucho los ojos y abrió la boca, estupefacta. Sacudió la cabeza y lo encaró.

—¿Disculpa? —le dijo a su espalda.

—Lo que oíste —se reafirmó.

Mina se bajó de la banqueta y se puso frente a él, con los brazos en jarras.

Enol la miró de arriba abajo y sonrió como un canalla.

Un canalla machista.

Y además putero.

—Manel, a ver ese culín —pidió sin dejar de mirar a Enol, que finalmente se encogió de hombros.

—Te vas a agachar —advirtió el mozo.

—¿Agachar? —repitió ella.

Mira que hablaban raro…

—La sidrina —explicó Manel por su hijo— no emborracha. Agacha.

Mina bufó de incredulidad.

—Eso ya lo veremos —retó estirando el brazo para que le dieran un culín.

Tal y como hicieran los hombres, y sin dejar de mirar a Enol, se lo bebió de un trago, tan rápido que le picó las fosas nasales y compuso un gesto muy cómico que por desgracia no pasó desapercibido al asturiano.

Lo supo por la sonrisilla de listillo que esbozaba en ese momento.

—Trae otro —pidió dándole el vaso a Enol para que se lo escanciara.

Esa gente no sabía con quien se la estaba jugando, ella, que bebía más que un cosaco. Ella, que era capaz de beberse cinco cervezas y pasar a un ron con limón sin inmutarse. Ella, que se había bebido una botella entera de vino y apenas sí le había hecho cosquillas en el estómago.

Ella.

Sí, ella, la misma que, media hora después, armó la de Dios.

11

Tres hombres rodeaban un cuerpo medio tendido en una mesa. Un cuerpo que, en ese momento, roncaba.

Roncaba mucho.

Tanto, que provocó un gesto de incredulidad en Manel y en Nel. No así en Enol, que rompió a reír con todas sus ganas.

—Encima no te rías —regañó el padre.

—Como para no hacerlo. ¡Menudos bufidos! Compadezco al hombre que duerma con ella.

—Digo yo que de normal no roncará así. Seguro *ye* por el alcohol —aventuró el padre.

—Joder, espero que sí —volvió a reírse Enol.

—Por tu bien —se guaseó el hermano, ganándose una mirada de advertencia de Enol, que iba a replicar cuando la muchacha pegó tres ronquidos seguidos, tan fuertes que parecía que estaba tronando dentro del bar.

Manel se rascó la cabeza y miró a sus hijos.

—¿Qué hacemos con ella?

—A mí no me mires —protestó Nel—. Él la ha emborrachado, él se hace cargo de ella.

—¿Yo? —protestó Enol—. Yo no he sido el que le ha puesto un Hijoputa [22] tras otro.

—*Cagondiola*, porque tú la estabas azuzando todo el tiempo. Cualquiera le decía que no.

—Culpa tuya por chincharla y tuya por darle de beber —acabó Manel—. La cuestión *ye* cómo la reanimamos.

—Pues en el lavadero —replicó Enol como si fuera obvio y

haciendo referencia al lavadero que había en el núcleo del pueblo.

Su sugerencia se ganó una colleja por parte de su padre.

—Serás bruto… ¿Cómo la vas a meter en el lavadero?

—Pues tú dirás —se quejó al tiempo que se llevaba una mano allí donde la mano de Manel tuvo a bien acariciarle.

Sus muelas… Las collejas de su padre todavía dolían como mil demonios…

—Si es que sois como niños —seguía increpando el padre, que se rascó la cabeza, derrotado—. ¿Y si la dejamos dormir aquí?

—Anda, que tú también tienes cada idea —bufó Nel.

En ese instante se abrió la puerta y los tres miraron hacia allí. Al ver a la anciana, poco les faltó para soltar un suspiro de alivio. Ya podían encasquetarle ese muerto a alguien…

—Buenas noches… Uy, ¿y a esta qué le pasa? —preguntó preocupada cuando vio a Mina prácticamente volcada sobre la mesa.

—Creo que está un poquito… perjudicada.

Carmina parpadeó de incredulidad.

—Por perjudicada ¿te refieres a borracha?

—Como una cuba —confirmó Enol.

La anciana abrió y cerró la boca un par de veces, hasta que negó con la cabeza.

—Eso es imposible. —Luego, añadió por lo bajo—: Nosotras no nos emborrachamos nunca.

Solo Enol entrecerró los ojos, señal de que se había percatado del uso del plural, pero como tenían otro asunto entre manos, prefirió preguntar en otra ocasión al respecto.

—Pues he aquí la prueba —dijo señalando a la joven, que soltó un ronquido que pareció un león, provocando una nueva carcajada en Enol y un sobresalto en Carmina.

—Pero ¿qué le habéis dado?

—Lo que ha pedido —respondió Enol.

—Básicamente, sidrina —añadió Nel.

—Dudo mucho que esté así por la sidra. Pues menudas cogíamos… cogía —rectificó cuando vio que Enol alzaba las cejas— el día de las notas, cuando se iba a la plaza mayor a celebrar el comienzo de las vacaciones de Navidad.

—Esa sidra no vale para nada —informó Manel con orgullo—. Una vez baja el Negrón, se echa a perder.

—Que no, que la conozco muy bien y no se emborracha así como así, que sé que es capaz de beberse siete copas en una noche. Y mírala... Está K.O. ¡Y en menos de una hora!

—Bueno —habló Enol rascándose la cabeza y en tono de disculpa —, tal vez tuvieron algo que ver los cinco chupitos que se ha bebido de licor de hierbas.

En ese punto, la anciana agrandó mucho los ojos.

—Ostras, con eso sí que no puede. —Los hombres asintieron por sus palabras, porque era más que obvio. La anciana miró entonces a Mina, a quien zarandeó suavemente—. Mina, despierta. Mina, venga, incorpórate.

La joven hizo un ruido a modo de protesta y se acomodó mejor en la mesa. Exasperada, la anciana la pellizcó.

Fuerte.

Con ganas.

Con mucha mala leche.

—Ay, ¿qué haces? —balbuceó cuando al fin abrió los ojos y vio a Carmina, pero luego, cuando sus ojos se toparon con Nel, una enorme sonrisa se abrió en su rostro.

—¡Nel! Venga, otro vasín —pidió con voz ebria.

Carmina trató de enderezarla cuando la joven comenzó a caerse por un costado.

—Qué vasín ni qué ocho cuartos… Una hostia bien *dá* es lo que te voy a dar… Nada, otra vez fuera de combate... Llara, ¿me puedes preparar un café? Muy, muy cargado, de esos que reaniman hasta a un muerto.

—Ahora mismo —dijo la joven entre risas.

Debía ser la hora de reunión de los vecinos del pueblo, porque de pronto el bar se llenó, para desconsuelo de la anciana, que no le apetecía nada que vieran a Mina en ese estado.

—Mina, espabila, que nos vamos.

La joven obedeció y, aunque a duras penas, logró mantenerse erguida en la silla. Cuando Llara llegó con el café lo aceptó y comenzó a beber, pero al instante básicamente lo escupió.

—¡Joder, cómo quema!

—Tú a mí sí que me tienes quemada. Venga, trata de levantarte —pidió en un susurro—. Qué vergüenza…

—Vergüenza, vergüenza…—repitió la joven y en el mismo tono de voz que la *septa* de Juego de tronos[23] cuando acompañó a Cersei en el paseo de la vergüenza, pero luego abrió la boca y pegó un bostezo grande, grande, hasta que sus ojos se agrandaron hasta lo imposible por algo que había llamado su atención.

A saber…

—¡Ostras, me encanta esta canción! Llara, sube el volumen.

La anciana se llevó una mano a los ojos, exasperada, porque lo que estaba escuchando era el tono de llamada de su propio teléfono, que no era otro que la canción *Muchas Lanzas* del grupo Marea.

Tambaleándose, aunque con decisión, la joven se levantó y comenzó a balancearse al ritmo de la música y haciendo el cornuto. Cuando trató de mover la cabeza, cual heavy metal, se mareó y

trastabilló.

—Eeepa…

—La tengo —se rio Enol agarrándola justo cuando estaba por caerse de bruces.

No supo qué pensar del hecho de sentirse tan sumamente bien cuando ella lo agarró a su vez y se pegó cuanto pudo. ¡Qué suave! ¡Y qué bien olía!

—Nana, ¿te importa si te llamo luego? —respondió la anciana a la llamada—. Ahora mismo estoy un poquito liada… Venga, hasta mañana… Yo también te quiero… —Colgó y se dirigió a Mina—. ¡Qué vergüenza! ¡Qué espectáculo!

Mina ni la escuchó, sino que comenzó a batallar con Enol.

—¡Suéltame, patán!

Enol bufó entre risas.

—¿Yo? Yo no estoy agarrando. Mira —añadió enseñando sus manos.

Mina le dirigió una mirada ebria, hasta que se percató de que era ella la que estaba colgada del cuello de Enol, así que se soltó, tan rápidamente que volvió a tambalearse hasta que encontró un nuevo punto de apoyo.

—¡Nel! —gritó con alegría de nuevo—. ¿Nos tomamos otro chupito? ¡Venga, que yo invito! ¡Invito a todos!

—Ha resucitado —dijo Manel entre risas.

—Madre de Dios, casi que la prefería cuando estaba fuera de sí… Ahora cualquiera la aguanta —se quejó la anciana—. ¡Mina, por Dios! ¿Pero qué haces? —gritó cuando vio que trataba de subirse a la barra.

—Subirme al podio, como en la disco Palladium. ¿Te acuerdas cuando era gogó? ¿Y quién ha quitado la música?

Carmina se restregó la cara con las manos, derrotada.

—No puedo. No puedo con ella así.

—Tranquila, yo la bajo —se ofreció Enol, que fue hasta la barra y con mucha dificultad consiguió bajarla.

Mina quiso darle un puñetazo, pero no dio en su objetivo, que era el rostro de Enol, y lo lanzó al aire, perdiendo equilibrio y cayendo de nuevo en los brazos del asturiano, a quien miró con odio.

—Me caes mal —anunció, muy seria, pero frunció el ceño cuando vio que él sonreía de oreja a oreja—. ¿Qué?

—Que tú no me caes mejor.

Enojada, lo empujó y miró a su alrededor.

—¡Nel!

Manel se rascó la cabeza, cada vez más sorprendido.

—¿Cómo es capaz de distinguirlos con la que lleva encima?

La anciana se encogió de hombros, pero hizo un revuelo de ojos cuando vio que Mina se encaminaba hacia el joven.

—Le ha dado contigo, hijo —dijo Carmina a modo de disculpa.

—Ya veo, ya… ¡*Meca*! —exclamó asombrado cuando ella lo abrazó.

—Tú sí me caes bien. Y eres muy guapo y amable, no como el otro… El putero.

—¡Mina! —advirtió la anciana.

—¿Me ha llamado putero? —preguntó Enol con incredulidad.

—Lo ha hecho, *hermanu*.

—Sí, putero —se reafirmó Mina—. Y es una lástima, porque si no, lo mismo hasta te besaba y todo.

—Qué honor —se guaseó antes de poner los ojos en blanco.

—Se acabó, ridícula, que eres una ridícula. —Carmina la soltó como pudo de los brazos de Nel y la empujó hacia la salida, pero en ese instante Mina se percató de sus intenciones y se soltó del agarre de la anciana.

—Yo me quedo, que ahora empieza la fiesta. ¡Chupito para todos!

—Que no, Mina —negoció con la joven, casi en tono de súplica—. Que no estás en condiciones y todos se están riendo de ti.

Porque, lo cierto, era sumamente desagradable ser consciente de lo vergonzoso que era verse a sí misma, aunque fuera su versión más joven, borracha y haciendo el tonto. Era lo mismo que cuando te grababas un video una noche de fiesta y al día siguiente, al verlo, te quieres morir.

O, peor, era como estar reviviendo las borracheras de otra persona… En otro lugar… En otro tiempo…

Se prometió tener una charla con Mina tan pronto estuviera en condiciones.

Pero no ahora. En ese instante lo que tenía que hacer era… ¿Dónde se había metido?

—¡Llara, por Dios, pero no le des más! —suplicó cuando vio que esta estaba preparando un chupito por exigencia de Mina, que aguardaba pacientemente en la barra.

—Es que me acaba de amenazar con quemarme el chiringuito si no le pongo uno.

—Tranquila —le susurró Enol con una sonrisa de canalla—, Llara ya tiene experiencia en estos casos. Le va a servir de la botella que tiene con agua y colorante para cuando los clientes se ponen cansinos con que les acompañe con un chupito.

—Se va a dar cuenta —advirtió Carmina.

Mina se bebió el chupito de un trago y se limpió la boca con la manga de la camisa.

—Ah, qué rico.

—¡Patética! —gritó Carmina, ya cansada de todo.

Mina la miró de arriba abajo.

—¿Yo, patética? Patética tú. Y vieja. Y amargada. Y tocapelotas.

Y…

—Se acabó —cortó Enol, dirigiéndose hacia ella. Sin previo aviso, y sin dificultad aparente, se la echó al hombro.

—¡Suéltame!

—En un momentín, cuando dejes de comportarte como una gilipollas.

Mina agrandó mucho los ojos y golpeó a la espalda del hombre.

—Gilipollas tú. Y putero. Y… y… y… ¡feo!

—Dios, qué infantil eres —regañó la anciana—. ¿A dónde la llevas?

—Creo que al lavadero —respondió Nel por su hermano.

—¿Para qué?

—Para refrescarla.

Carmina pegó un gritito de sobresalto y salió corriendo detrás de Enol, que ya salía por la puerta, cargado con Mina que no paraba de moverse y de lanzar improperios.

—Ay, ay, para Enol. No me la tires al agua, que se me puede constipar.

—Era mi idea, sí, pero… ¡Estate quieta, *muyer*, que vas a conseguir que nos caigamos!

—Te odiooo. Os odio a todos —gritó, derrotada y al borde del llanto—. Nadie me quiereee.

Carmina bufó cuando la escuchó sollozar.

—Lo que faltaba, que se pusiera llorona.

Enol rio por lo bajo mientras se dirigían a la casina.

—Pues yo lo prefiero. Al menos ha dejado de menearse.

Carmina miró a la joven, que, efectivamente, había dejado de moverse. Y de hablar.

—Mina —llamó la anciana—. Mina, ¿te has dormido otra vez? ¡Mina! Ay, Dios, se ha muerto.

Enol miró a la anciana con los ojos entrecerrados.

—¿Qué va a estar muerta?

—Detente, que voy a comprobar si sigue viva.

Enol la ignoró y, para sorpresa de la abuela, dio una palmada en el trasero de la joven, que, de inmediato, pegó un respingo y un alarido mitad dolor, mitad rabia.

—¿Ve? Sigue viva.

La anciana rio por lo bajo.

—Esto no te lo va a perdonar.

—Bah, ni se acordará.

Habían llegado a la casina, así que la anciana corrió a abrirle la puerta para que pasara.

—¿Dónde se la dejo?

Carmina miró en derredor.

—Ahí mismo —dijo señalando el sofá.

—¿Ahí? ¿No prefiere que la suba a su cama?

—No quiero abusar de ti, Enol. Tiene que pesar lo suyo.

—Puedo de sobra con ella —mintió.

Porque pesaba. Mucho. Y si sumábamos que en ese instante pataleaba nuevamente para que la soltara, la complicación estaba garantizada.

¿Eso le molestaba?

No.

¿Quería soltarla?

Tampoco.

¿Por qué?

Lo ignoraba.

Solo sabía que le gustaba llevarla así, que se deleitaba con el cosquilleo eléctrico que le recorría por el simple contacto, que le encantaba pleitear con ella, aunque no tuviera con qué. No importaba, ya buscaría él el modo de que ella lo encarara, que lo mirara con esos ojos brujos cargados de… fuego.

Sí, aunque aparentaba ser una mujer fría y un tanto snob, Enol había detectado toda la pasión que llevaba dentro, esa que la mujer se empeñaba en ocultar al resto de los mortales.

No supo por qué se prometió sacársela.

«A besos», le susurró la lascivia.

Enol apretó los labios cuando sintió un tirón en los ijares, síntoma de que su mini yo había visto la imagen que su mente ideó de ellos dos juntos, besándose, desnudos…

—¿Cuál es su cuarto? —preguntó cuando llegaron al piso superior.

Ignoró el porqué de su voz ronca.

—Este.

Enol rio por lo bajo y meneó la cabeza al tiempo que entraba al cuarto.

—Al final se quedó con la cama más grande.

Carmina le dirigió una mirada significativa que no pasó desapercibida al hombre, quien lanzó a Mina sobre la cama sin ningún miramiento. La joven en ese instante debía de haber perdido la conciencia, porque ni se quejó y se quedó tal y como había caído.

—¿Te vas? —preguntó la anciana cuando lo vio dirigirse a la puerta y dejando de hacer lo que estaba haciendo, que no era otra cosa que quitarle las botas a Mina.

Enol hizo aspavientos.

—Eh… Claro.

—Ah, no, de eso nada. Anda, ven y ayúdame.

Enol ladeó la cabeza, alerta, pero aun así se acercó nuevamente a la cama.

—¿Qué quiere que haga?

—Ayudarme a desvestirla.

Enol prácticamente dio un salto hacia atrás, como si se hubiera quemado.

—¿Qué? De eso nada.

—¿Por qué?

—Porque… no —respondió como si fuera obvio.

—Por favor —suplicó cual niña pequeña—. Mira que esos pantalones que me lleva son la mar de incómodos y le corta la circulación. —Como Enol apretó los labios y comenzó a gruñir, la anciana siguió intentándolo—. Prometo no decirle que la has visto desnuda.

Enol agrandó mucho los ojos.

—¿Des-desnuda? —prácticamente escupió.

—Bueno, ya me entiendes. Las bragas no se las vamos a quitar, claro, pero todo lo demás sí.

—El sujetador ¿también?

—Claro. Es de aros. ¿Qué quieres, que por casualidad se rompa uno y se le clave en las costillas?

—Yo no voy a quitarle el sujetador —advirtió levantando las manos —. Le quitaré los pantalones y ya.

Carmina disimuló la sonrisa cuando el hombre, tras resoplar y crujirse los nudillos, se puso a la labor, pero la sonrisa se le borró cuando, para su sorpresa y probablemente también para la de Enol, Mina se despertó y, tras gritar, hizo una llave al hombre, que de pronto se vio tumbado de espaldas en la cama, con Mina sentada a horcajadas sobre él y agarrándole por las muñecas, que había subido sobre su cabeza.

—Hola, guapetón —saludó, melosa—. Al final has caído en mis redes.

—Mina, que te estás equivocando.

La aludida miró allí donde procedía la voz. Estuvo unos segundos con la boca abierta hasta que reaccionó.

—¿Y tú qué haces en mi fantasía? Desaparece, que voy a ver si le como el morro a este.

Enol soltó una carcajada, lo que provocó que Mina finalmente reaccionara y lo mirara estupefacta.

—¿Qué crees que haces? —exigió saber.

Enol se desembarazó de sus garras para poder responder con algo de dignidad. Por la Santina, ¿de dónde había sacado tanta fuerza?

—Quitarte el pantalón.

—Hijo de fruta —insultó—. Además de machista y putero, ¿también eres de los que se aprovecha de una chica borracha?

—Te hemos traído para que duermas la mona —intervino la anciana.

—De eso nada. Con la fiesta que había abajo —dijo con media lengua.

—La fiesta se acabó —se rio Enol, pero cuando ella se movió sobre él, ahogó un gemido.

Vaya, se estaba poniendo caliente la cosa. ¿Por qué tenía que moverse de ese modo? ¿Acaso no era consciente de con lo que se estaba restregando?

—Ay, ay, que me va a reventar la cabeza —estaba diciendo ahora —. Y todo me da vueltas… Creo que voy a potar.

Enol dio un respingo.

—Ah, no, eso sí que no. Quita.

—Aguarda, cuando deje de moverse la habitación y…

Sin previo aviso, la joven se dejó caer sobre él. Al segundo, estaba roncando.

—Menos mal, a ver si ya no se despierta más —deseó la anciana.

Enol también suspiró, pero por otro motivo. Ya libre de los restregones de Mina, trató de quitársela de encima, pero ella, incluso dormida, se enroscó a él.

—Ay, no vayas a despertarla ahora —pidió la anciana en un susurro.

—Pues ya me dirá usted qué hago.

Carmina pareció pensárselo.

—¿No te importaría quedarte un rato? ¿Hasta que te suelte?

El asturiano primero gruñó, pero luego resopló.

—Está bien, un ratín. Hasta que me suelte.

Enol se asombró al descubrir que no quería que eso sucediera.

Nunca.

Derrotado, la abrazó a su vez, ignorando la sonrisilla victoriosa de Carmina, que, tras besarlos a ambos en la frente y echarles una cobija, salió de la habitación.

Y si la ignoró fue porque estaba demasiado ocupando lidiando con sus sentimientos.

«Reconócelo», le dijo una voz muy desagradable.

Enol negó con la cabeza, pero al instante suspiró. La derrota se hizo manifiesta cuando Mina restregó su nariz en su pecho y enredó una mano en su cabello, provocándole una sonrisa tierna y un cosquilleo en lo más profundo de su ser; su alma.

Un par de horas más tarde, ya en su propia cama, Enol tenía el ceño fruncido, porque no entendía por qué la echaba tanto de menos.

Por qué se sentía tan frío.

Tan solo…

Ay, que sí, que sí…

Que tenía que reconocer que la guaja le gustaba.

Mucho.

12

Mira que Mina llevaba años bebiendo, pero nunca, jamás, se había pillado semejante borrachera.

La resaca que le produjo daba fe de ello. Era de esas resacas de boca de trapo, de pequeños seres martilleando la cabeza y de desubicación total.

Y, lo peor, de olvido.

La primera vez que abrió los ojos tuvo que cerrarlos de golpe, porque había tanta luz que la cegó. Eso, sumado al dolor de cabeza, le hizo desear morirse.

¿Dónde estaba? ¿En qué cama? ¿En qué siglo?

—Mina, despierta.

La joven gruñó, porque reconoció su propia voz.

—Puñetero Pepito Grillo —regañó—. Déjame con mi miseria.

—¡Que te despiertes, he dicho! Y ya mismo dejas el papel de víctima, que ni lo eres ni te pega.

Mina abrió los ojos, pero pegó un respingo cuando vio a la anciana. Al instante, la realidad la sacudió.

—Todavía sigues aquí…

—Y como sigas así no me voy a ir nunca. Anda, que menudo espectáculo diste. Qué vergüenza.

Mina hizo un gesto de desagrado.

—No vayas a regañarme, que no eres mi madre.

—No, esa seguramente estaría peor que tú.

Ambas hicieron una idéntica mueca de desprecio.

Mina se sentó en la cama y se frotó el rostro con las manos.

—Madre mía, no vuelvo a beber en la vida.

—Ten —dijo la anciana sentándose en el borde de la cama y ofreciéndole una taza de café—. Verás cómo esto te reanima.

—No le habrás echado sal, que tú eres capaz.

—Que nooo —se rio la vieja. Al cabo, se compadeció de ella y la miró con ternura. Incluso le apartó un mechón del rostro y se lo pasó tras la oreja—. Está tal y como te gusta; templado y muy azucarado.

—Y cargado de narices —se quejó la joven tras probarlo.

—A todo tienes que ponerle pegas. Anda y bébetelo. Luego dúchate, que tenemos que hablar. Muy seriamente.

Mina resopló, porque con el dolor de cabeza que tenía lo último que le apetecía era tener una charla —que presentía sería unilateral— con su yo del futuro. Si obedeció, si finalmente decidió enfrentarse a Carmina, era porque tenía mucha curiosidad por saber qué hizo.

Jesús, en la vida había tenido tantas lagunas tras una borrachera.

Estuvo más tiempo del acostumbrado en la ducha, como si quisiera deshacerse del ácido hedor del alcohol de su cuerpo. O tratando de recordar cómo fue que acabó con la borrachera del siglo.

La culpa la tuvo él, claro, por ponerse en plan machista. Y ella, haciendo gala del refrán quien se pica ajos come, no pudo menos que entrar al trapo. ¿Que se iba a agachar? ¡Ja!

Por desgracia, sí se agachó, dándole la razón al hombre. Y eso le repateaba las tripas. Ya se imaginaba su mirada triunfal cuando volvieran a verse, que, por cierto, esperaba que fuera más tarde que pronto.

Gracias a la ducha se sintió mejor, pero no tanto como para arreglarse como tenía por costumbre. Esa mañana le apetecía estar cómoda, así que se calzó unos pantalones tipo ciclista, una camiseta *oversize* que dejaba su cintura al aire y sus zapatillas Fila. No se molestó ni siquiera en secarse el cabello, sino que se lo dejó suelto, pese a saber que al secarse al aire le saldrían esas ondas tan odiosas. El pequeño flequillo se lo peinó con los dedos, y ya lista bajó a la planta principal.

Carmina la estaba esperando en la mesa del comedor, con el desayuno preparado y un vaso de agua junto al que había unos pequeños sobres.

—¡Espidifen! ¿De dónde lo has sacado?

—Lo ha traído Nel, junto a la leña. Más majo que es ese chico… Qué pena que el que nos guste sea el otro.

—¿A mí qué me va a gustar Enol, con lo rancio que es?

—Coño, pues anoche no pensabas lo mismo, cuando querías comerle el morro.

Mina, que iba a proceder a beberse la medicina, la miró con los ojos fuera de sus órbitas.

—Mientes.

—Ni una pizquita —se guaseó la anciana—. Claro, que eso era antes de querer pegarle.

—Eso ya me suena más. —Se tomó el medicamento y se sentó a la mesa—. No recuerdo nada.

—Digo yo que de algo te acordarás.

—Bueno, lo último que recuerdo es que Enol, que por cierto es un machista de manual, se negó a servirme bebida porque, según él, era cosas de hombres.

Carmina la miró con incredulidad.

—Venga ya…

—Te lo juro.

—No tiene pinta de ser de esos. Yo creo que lo que estaba haciendo era desafiarte y tomarte la medida.

—Lo que quería era emborracharme para meterse en mi cama… Espera… ¡Se metió en mi cama! ¡De eso sí me acuerdo!

—Te acuerdas tú de lo que quieres —se guaseó Carmina—. Fuiste tú la que le puso bajo ti. Te juro que me quedé a cuadros cuando vi la facilidad con la que le tumbaste.

—No te creo…

—Como te cuento.

—Pero, ¿qué hacía él en mi cuarto?

—Te trajo, y luego yo le pedí que se quedase.

—¿Para qué? ¿Tan incontrolable estaba?

—En ese momento no. Justo en ese instante estabas frita. Me dio pena que durmieras vestida, fíjate tú, así que le pedí que me ayudara a desnudarte y…

—¿Queeee? —cortó la joven.

—Calla, que al final nos dimos por vencidos y te dejamos la ropa puesta.

Mina parpadeó.

—Esta mañana no tenía puesto el pantalón.

—Ah ¿no? Supongo que habrá sido cosa de Enol.

—¿Supones? ¿Y dónde estabas tú?

—¿Yo? En mi cama. Durmiendo.

—¿Y Enol?

—En tu cama. Supongo que durmiendo. —Mina gritó, pero la anciana la ignoró—. Creo que se fue a eso de las dos de la mañana.

Mina no daba crédito, así que pidió que le narrase, detalle a detalle, cómo fue que Enol terminó durmiendo con ella.

Los siguientes minutos la anciana procedió a contarle los hechos, provocando gritos de estupor y fuertes sonrojos de vergüenza en la joven, quien se llevó una mano a los ojos, como si así pudiera esconderse del mundo.

—No vuelvo a beber.

—A propósito de eso…

La anciana iba a decir algo pero se mordió el labio. Lo que iba a pedirle a Mina requería tacto. El tema que iba a tratar tenía que hacerse con el estómago lleno, así que le sirvió una generosa taza de café y le señaló las tostadas recién hechas.

—Come algo, que se te asienten las carnes.

Mina rio.

—Ay, hacía tiempo que no escuchaba esa expresión.

—Sí, desde que nos fuimos del barrio. —Carmina se mordió el labio —. Deberíamos ir a visitarlas.

—Las llamo a menudo.

Carmina abrió mucho la boca, como siempre hacían cuando algo las sorprendían, pero a continuación le dio una colleja.

—¿A menudo para ti es una vez cada… cuánto… diez años? Prométeme que cuando vuelvas a Madrid lo primero que harás es ir a verlas.

—Lo prometo.

—Y también tienes que prometerme otra cosa.

—Dime —pidió con cansancio.

—Que dejes de beber.

Una ceja perfecta se elevó en el rostro de Mina, pero seguidamente miró a la vieja de arriba abajo.

—Cualquiera que te escuche creería que tengo un problema con el alcohol.

—No hace falta que me escuchen; de eso ya se dieron cuenta todos anoche en el bar.

—Mientes. Solo me sentó un poquito… mal. Y porque mezclé con el licor de hierbas.

—Peor. Te sentó peor. Pero, independientemente de las excusas que te busques, reconoce que estamos a un paso de acabar como ella. Solo que en esta ocasión no estarán las vecinas para salvarnos.

Mina se desinfló.

—Yo no soy una alcohólica —murmuró, un pelín aterrada por esa posibilidad—. Ni una ludópata.

A la mente de ambas vino una imagen en concreto; la de Mina y Nana sentadas en una mesa de un bar cualquiera, frente a ellas un simple vaso de agua, con hambre y sueño y rogando que su madre dejara de echar a la máquina, aterradas cuando, mucho después, volvían a la casa sin pasar por la tienda, con el carro de la compra tan vacío como cuando salieron.

—No, aun no. Pero reconoce que hemos heredado una de esas dos adicciones.

—Adicción no. Solo que… Joder, hasta ahora no había visto nada malo en beber… No había pensado que estaba siguiendo su mismo

camino… ¡Ea, ya me has puesto de malhumor! ¿Por qué tenías que hacerlo?

—Para que reaccionaras. ¿Ves? Estamos avanzando.

—Los cojones —gruñó poniéndose en pie.

—Me da igual que huyas. Sabes que digo la verdad… ¿Dónde vas?

—A dar un paseo. Sola.

Y cerró la puerta tras ella.

Y no, Mina en verdad no estaba huyendo, pero necesitaba pensar, y para pensar con tranquilidad y objetividad tenía que hacerlo caminando, así que anduvo y anduvo, aceptando muchas cosas, cuestionándose otras tantas y regañándose por casi todo.

Caminó tanto que de pronto, y huyendo de la carretera y adentrándose en una senda, se encontró con el río Nalón y con un paisaje que le cortó la respiración y que se le clavaría en la retina por siempre, con sus aguas limpias y briosas y su orilla con un reguero de amarillas margaritas.

Mina dejó de pensar y dejó que la calma y el silencio se apoderaran de ella, que cualquier pensamiento negativo se evaporara. No era momento ahora de entonar el *mea culpa*, sino de disfrutar del paisaje, de los tímidos rayos de luz que atravesaban las nubes, del olor a tierra mojada.

Y de dejar que las Musas se apoderaran de ella.

Era lo mejor de caminar, una vez relajabas la mente, y a cada paso que daba, una secuencia tras otra de imágenes poblaban su mente e iban formando la historia que en ese momento se traía entre manos.

Tanto se metió en la historia, tantísimo se perdió en ella, que la tromba de agua la pilló de improviso.

Aturdida, miró a su alrededor, sin saber el tiempo que llevaba caminando. Y, lo peor, sin saber cómo volver.

—Oh, mierda…

Enol tenía la vista clavada en un punto en concreto. Miró el reloj por milésima vez, al tiempo que resoplaba. Estaba sentado en las escaleras del porche de su futura casa, esa que había comprado hacía tres años a los herederos del difunto Ramiro y que poco a poco iba reformando. Demasiado poco a poco, y menos si se pasaba las horas muertas en el porche, sin aparentemente nada mejor que hacer que mirar hacia el camino.

—¿Qué, *ho*? —escuchó a su hermano—. ¿Acabaste ya de pintar?

Enol miró a Nel con el ceño fruncido, pero rápidamente volvió la

vista al frente.

—No, mañana seguiré. Va a llover.

Nel se encogió de hombros, porque aquella noticia no era nueva. Miró al cielo, como si pudiera ver algo que a él se le escapaba.

—¿Y eso qué tiene que ver?

Enol no respondió, así que Nel, cansado del mutismo de su hermano, de su ceño fruncido yde su expresión preocupada, se sentó junto a él en las escaleras.

Aguardó a que su hermano dijera algo, lo que fuera, pero seguía con sus ojos azules clavados en un punto en concreto, tanto que Nel, que era una persona paciente y que se sentía cómodo con los silencios, comenzó a removerse.

—¿Qué miramos?

Enol volvió la vista a su hermano. Lo hizo de arriba abajo, con una expresión de fastidio que casi provocó la risa en Nel.

—¿Qué quieres?

—Pues saber qué te pasa. Llevas raro unos días.

—Mira el que habla…

Nel alzó las cejas, sorprendido.

—¿Yo?

—Sí, tú. Hacía mucho que no te escuchaba reírte como anoche. Por cierto, ¿de qué te reías?

—¿Anoche? No sé. Supongo que de algo que dijo la *ñeña*.

—Pues yo creo que *ye* porque te *presta*[24].

Nel rio por lo bajo.

—Pues claro. No es nada nuevo que nos guste la misma chica. De hecho, creo que me gusta porque te gusta a ti también.

—¿A mí? ¿Esa… loca?

—Esa loca —afirmó Nel asintiendo con la cabeza—. Pero tranquilo, que sé que *ye* para ti. Además, a ella le gustas tú.

—Sí, claro. Ya lo dejó bien claro anoche, que yo era un putero y que le caía mal, no como tú, que, ¿cómo dijo? Ah, sí, que *yes* guapo y amable.

—¿Estás celoso? —se guaseó, ganándose un puñetazo de su gemelo en el hombro—. Bah, no se lo tomes en cuenta. En mí ve lo que ven todas.

—¿Y qué ven todas? —quiso saber, prestando por fin toda la atención en su hermano. Era rarísimo que Nel hablara tanto, y menos de sí mismo.

Antes de responder, Nel miró al frente, aunque su alma estaba en el pasado. Suspiró y dijo:

—Alguien a quien salvar.

Mentalmente ambos rememoraron las palabras de su madre. Y ambos, sin ser siquiera conscientes, se llevaron una mano a sus

respectivos colgantes.

—La echo de menos —confesó de pronto Nel, para sorpresa de Enol, que agrandó un poquito los ojos.

—¿A Reme?

La mención del nombre hizo que Nel pegara un respingo.

—¿Reme? No, no… Me refería a mamá.

Enol asintió y miró al frente, pero al segundo se giró a su hermano.

—¿Y a Reme no?

Nel se encogió de hombros.

—Supongo… No me gusta pensar en ella.

Enol agitó la cabeza, cansado, porque lo que iba a decirle se lo había dicho un millón de veces.

—Tú no tuviste la culpa de lo que le pasó, Enol.

—Cierto. No se puede salvar a alguien que no quiere ser salvado.

—Pues aplícate el cuento… Y hablando de cuento… Mira, qué riquina. Parece una duendecilla.

Nel, que iba a protestar antes de que su hermano cambiara radicalmente de tema, miró hacia donde señaló Enol con la cabeza.

Se trataba de la señora Carmina, que venía andando hacia ellos con una gracia y una soltura impropias de su edad, como dando saltitos. Cierto que era muy graciosa, la *güela*, pero tanto como para encender la mirada de Enol… Eso no tenía mucho sentido, porque Nel veía la misma magia que cuando Enol y Mina compartían miradas.

La mismita.

—Ay, qué bien que os encuentro —fue el peculiar saludo de la anciana—. ¿Habéis visto a mi nieta?

Nel negó con la cabeza, pero miró asombrado a su hermano cuando este asintió.

—Marchó por allí hace cosa de dos horas.

—Ah, así que eso era lo que mirábamos…

Enol pegó un codazo a su hermano y fue a recibir a la mujer, que aguardaba tras la verja de madera.

La anciana se mordió el labio y miró allí donde le había dicho Enol con preocupación, pero lo que evidenció su desasosiego fue el estrujar de manos que ahora se traía.

—Hace ya mucho que salió… —Miró al cielo y se encogió cuando las primeras gotas empezaron a caer—. Y va a llover…

—Tranquila, que si ha ido por ahí seguro que se ha encontrado con la senda deportiva. Solo tiene que seguirla y aparecerá en el polideportivo.

—Solo seguirla —bufó la anciana—, con el pésimo sentido de la orientación que tiene… Y encima sin móvil… —La anciana se encogió más todavía cuando las nubes descargaron ahora con saña.

—Vaya usted a la casina, que voy a buscarla.

—Gracias, te lo agradezco de corazón, pero llévate un paraguas —advirtió.

Enol sonrió a la anciana.

—Voy en coche.

—Menos mal que ha venido —escuchó decir a su hermano mientras él iba a por el coche—. No sabía qué excusa poner para ir a buscarla.

—¡Te he oído, Nel! —regañó, ganándose una carcajada por parte del aludido, a la que gruñó a modo de respuesta.

Cuando al fin llegó al todoterreno se limpió la lluvia del rostro con la mano y encendió la calefacción. No porque tuviera frío, sino porque seguramente Mina estaría helada cuando al fin la encontrara.

«Como si eso te importara», habló la voz del orgullo.

—Un poco sí, *ho* —se respondió a sí mismo.

Porque le importaba. Mucho.

Cuando la había visto salir esa mañana de la casina y dirigirse hacia la carretera del Rebolón había sentido cierta inquietud, pero luego recordó que era una mujer hecha y derecha que sabía cuidarse de sí misma. Claro, que eso fue antes de pensar en jabalís salvajes, en coches arrollándola, en caídas, en meteoritos y en asesinos y violadores agazapados en los arbustos. La película que se montó al respecto de esto último le hizo regañarse varias veces a sí mismo, porque la zona solía ser tranquila y uno no iba encontrándose con atacantes escondidos entre los árboles, a la espera de que una muchacha ingenua y desvalida decidiera, así por casualidad, darse una vuelta por la senda.

Aunque Mina, desde luego, no tenía nada de ingenua.

Ni de desvalida.

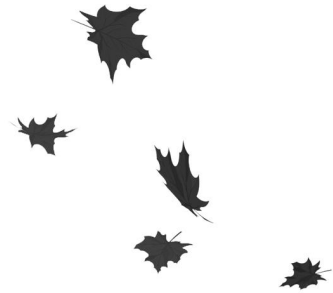
El enorme palo que esgrimía en su mano derecha y la piedra de la mano izquierda daban fe de ello cuando al fin la encontró, cerca ya del área recreativa de Ribera de Arriba, empapada de arriba abajo y mirando con desafío al pobre coche que tuvo a mal pitar para llamar su atención, mirada que repitió cuando vio quién era el conductor.

Enol casi sonrió. Sí, él también se había levantado con ganas de pelea.

Oye, a falta de sexo… Aunque no, él prefería mil veces el sexo.

—Ay, que sí, que sí —se repitió cuando la vio al fin venir hacia el coche, la camiseta mojada y pegada a su pecho, sus preciosas piernas al aire y un contoneo irreverente de sus caderas. Pero, lo peor de todo, fue la emoción, y la anticipación, que sintió Enol a cada paso que Mina daba hacia él.

«Ya está, Enol», se dijo, derrotado. «Nos *presta*».



13

Se tenía que poner a llover precisamente en ese instante, cuando estaba más que perdida, cuando desandar lo andado no era viable, más cuando al fondo, al fin, divisó la central eléctrica, algo que recordaba haber visto la noche que llegaron.

No, mejor seguir de frente… Y que fuera lo que Dios quisiera.

Claro, que no fue tan ingenua como para dejarlo todo al azar, así que cogió un palo que se encontró. No porque fuera eficaz en caso de asalto, pero al menos sí disuasorio, pues había leído muchas veces que los violadores y asesinos preferían a víctimas que iban desprotegidas y despistadas.

Y ella ya no iba despistada. No, cuando estaba cansada, empapada y con más miedo que vergüenza. No, Mina en ese instante era consciente hasta del sonido del paso de las hormigas, por eso corrió a buscar algo más sustancioso cuando escuchó a lo lejos el sonido de un motor. Encontró una piedra de tamaño considerable, tan grande como para hacer pupa a su agresor pero no tan pesada que no pudiera cargarla. Por si acaso, además, se apartó un poco de la senda y miró decidida al frente, hasta que al fin vio aparecer al coche, un Land Rover Defender color negro que no presagiaba nada bueno.

Cuando al fin llegó a su altura, y con el corazón martilleándole a mil por hora, el muy cretino se atrevió incluso a tocar el claxon, así que ella se detuvo y le mostró sus armas.

Que viera que no se lo iba a poner fácil al muy cabrón.

Pero, para su alivio, o no, ya lo analizaría luego, el muy cabrón no era otro que Enol. Que ya podía haber sido otro, como por ejemplo Nel.

Mina prefería mil veces haberse encontrado con el gemelo, y no con el zafío este…

«Eso no te lo crees tú ni harta vino».

Lo que le faltaba… Recordar la noche anterior y morirse de vergüenza delante del hombre.

Enol detuvo el coche y bajó la ventanilla. Mina deseó lanzarle la piedra cuando vio la sonrisa engreída del asturiano.

—¿Qué? ¿De paseo?

—Ya ves —dijo con desdén y haciendo como que no le importaba estar… ¿cómo había dicho la otra noche? ¿Pingada?

Enol rio por lo bajo por su actitud altanera y se estiró para abrirle la puerta.

—Sube, anda.

Mina se miró a sí misma, sintiéndose un poco incómoda de pronto, porque el coche parecía nuevecito y no quería tener que aguantarle luego cuando se quejara de habérselo puesto todo perdido. Aunque claro, prefería mil veces discutir con el asturiano que seguir caminando a la intemperie.

Cuando al fin enfiló hacia el coche sintió las primeras punzadas de las ampollas de los pies, pero se mordió el labio y se tragó la queja. Vamos, ni muerta iba a reconocer que el hombre había sido su tabla de salvación.

Aunque, por otro lado, y si lo analizaba fríamente, a lo peor el verdadero peligro al que se podría enfrentar era precisamente él. Después de todo, no dejaba de ser un desconocido y lo mismo era un asesino en serie…

«¿En serio, Mina?», le regañó la parte objetiva, que tenía frío y hambre y estaba cansada ya de andar.

«Lo mismo», le respondió la otra, la novelera.

—¿Subes o qué? —insistió Enol cuando vio la duda en el rostro de la muchacha.

Mina se irguió y lo miró de arriba abajo.

—¿Sabe alguien que estás aquí?

—Claro. Mi hermano y tu abuela. Estaba preocupada, así que salí a buscarte. —Como Mina agrandó un poco los ojos y lo miró con cara de cordero degollado, Enol vio el momento de pincharla—. Lo he hecho por ella, no te vayas a creer que lo he hecho por ti ni porque estuviera preocupado…

Mina se tragó una sonrisa al tiempo que se subía al coche, porque sin saberlo el hombre se había delatado.

En cuanto a la loca emoción que sintió por saberse importante para el asturiano prefirió analizarla más tarde. O, mejor, nunca.

—No, claro, a mí ni la hora —dijo subiéndose al coche.

Enol achicó los ojos.

—Puedes tirar ya eso.

Mina lo miró antes de dirigir la vista a lo que se refería.

—¿Esto? —preguntó mostrándole el palo y la piedra—. Ni muerta, vamos.

El hombre parpadeó de incredulidad.

—No pensarás que voy a hacerte daño…

—Mujer precavida vale por dos —se excusó—. No soy de las que se suben, así a la ligera, en el coche de un desconocido sin protección.

—¿Soy un desconocido?

Había hecho la pregunta en tono zalamero, pero no engañó a Mina; le había molestado.

—Bueno… Sí. Un poco. Pero aun así —añadió rápidamente y antes de que él hablara—, uno nunca conoce a las personas a fondo. Ha habido casos de vecinos ejemplares que luego han resultado ser asesinos en serie.

Enol parpadeó.

—¿Me acabas de llamar asesino?

—Eh… No. Solo he dicho que podrías serlo.

El hombre chasqueó la lengua y puso el coche en marcha.

—O sea, que a putero, machista y aprovechado le añadimos asesino, ¿no?

Mina enrojeció levemente.

—Y violador. No te olvides que podrías ser un violador.

Al fin el hombre rio.

—Violador… Anda que… Mucho te quieres tú.

La joven refunfuñó y se puso a mirar por la ventanilla, pero al cabo frunció el ceño.

—¿Y cómo sabías que estaba aquí, eh?

Enol suspiró y miró hacia arriba, pidiendo paciencia.

—Te vi coger el camino hacia Quintaniella, pero al no encontrarte por allí supuse que habrías tomado la senda El Llosalín. Como por ahí no puedo entrar con el coche, tenía dos opciones: o esperar allí a que dieras media vuelta, o probar por esta carretera por si habías decidido seguir de frente.

—Vaya, cuantas molestias para alguien que te la trae al fresco.

Y hablando de fresco… Tal vez fue por el brusco cambio de temperatura, pues dentro del coche se estaba calentito, pero de pronto Mina empezó a pegar respingos, tan incontrolables que parecía que le estaba dando un ataque de epilepsia.

Para su sorpresa, Enol frenó de golpe. Mina iba a preguntar algo cuando vio que él comenzaba a quitarse la camiseta.

Y joder… En condiciones normales estaría babeando por el espectáculo, pero como era una teatrera de cuidado se hizo una idea equivocada.

—¡¿Qué haces?! —gritó pegándose un poco a la puerta y mientras, sin dejar de mirarlo, manoteaba buscando la manija de la puerta.

Enol la miró tan sorprendido como lo estaba ella, pero por otro motivo; no llegó a comprender la cara de terror de la muchacha.

—Eh… nada. Ten —pidió tendiéndole la camiseta.

Mina, algo más repuesta, tomó la camiseta y la miró como si no supiera qué hacer con ella.

—Para que te seques.

La muchacha lo miró a él y luego a la camiseta.

—Con esto.

—Otra cosa no tengo —respondió Enol, a modo de disculpa y un poco azorado. Ahora, viendo la expresión de Mina, se sintió un poco ridículo por la propuesta, sobre todo cuando ella se llevó la camiseta a la nariz y la olisqueó.

—No hace falta, gracias —declinó al tiempo que se la devolvía y fingiendo que lo que realmente quería era estampar la cara en ella y empaparse de su olor. ¿Cómo podía oler tan bien el muy desgraciado?

Enol debió pensar lo contrario, porque tras tomar la camiseta y ponérsela con un gruñido, se olió a sí mismo y luego la miró de reojo, como acusándola de haberle rechazado.

Mina casi presintió que volverían a pelearse, pero se equivocó, porque él, en absoluto silencio, puso de nuevo el coche en marcha, haciendo que Mina se relajase y suspirase.

O, al menos, durante dos minutos, tiempo que él estimó era necesario hacer una nueva parada.

Exasperada, bufó.

—¿Y ahora, qué?

—Hablemos —pidió él girándose un poco hacia ella.

—¿De qué?

—De nosotros, obvio.

—¿Por qué es obvio?

Enol la miró confundido.

—¿Cómo dices?

—Pues que no es tan obvio. ¿Tan incuestionable es tener una conversación sobre nosotros?

—Pues… sí —parpadeó Enol—. Tenemos que dejar un par de cosas claras si queremos llevarnos bien.

Mina sonrió de medio lado.

—¿Y quién te ha dicho a ti que quiero llevarme bien contigo?

Enol hizo muecas y se mordió los nudillos, pero tras varios resoplidos, en los que era evidente que estaba pidiendo al Todopoderoso toda la paciencia del mundo, volvió a dirigirse a ella.

—Vale, tú no quieres llevarte bien conmigo, lo acepto, pero por mi parte quiero enterrar el hacha de guerra.

—No escuchas —replicó ella con una risa engreída—. Yo no he dicho que no quiera llevarme bien contigo, sino que me he limitado a preguntar que de dónde has sacado la idea.

—Eh… Vale, ahora entiendo lo de escritora. —dijo más para sí mismo que para ella—. ¿A cada palabra que diga tienes que sacarle puntilla?

—Claro. Es deformación profesional.

—Y, claro, somos tan estrechos de miras que por una vez no podemos ampliar la perspectiva.

Mina lo señaló con un dedo.

—Mira, que si empiezas a insultar, mal empezamos, ¿eh? —advirtió.

—Y ahí quería llegar yo, a los insultos. ¿Por qué putero?

La mujer parpadeó.

—¿Putero?

—Sí. A ver, entiendo lo de machista, porque reconozco que lo hice a propósito.

—¿Por qué? —cortó Mina.

—Lo de aprovechado —continuó él, ignorándola por completo—, pues también, dadas las circunstancias. Si yo soy una tía y despierto de una borrachera sobre un tío pensaría lo peor.

—¿Ves?

Enol le dirigió una mirada un tanto enfurruñada.

—Aunque claro, sería más creíble si hubiera sido yo el que estuviera sobre ti, pero en fin… Lo de asesino y violador… Pues oye, no te lo voy a discutir. Ya dejaste anoche en un discurso feminista muy ofuscado y un tanto radical muy clara tu postura sobre la teoría de que todos los hombres somos asesinos y violadores en potencia…

Como habló con voz de falsete y haciendo amaneramientos, Mina lo señaló con un dedo.

—Por ahí no entres, Enol. No me seas otro Roma Gallardo[25]. Ni creo que todos los hombres sean malos, ni tan ignorante de pensar que las mujeres estamos a salvo. Miles, millones de ellas han muerto de manos de sus parejas, o ex parejas, por no hablar de las violaciones y los abusos. Hay que ser mujer para entender el miedo que pasamos a veces, como en circunstancias como la anterior. Porque eras tú y me he relajado, pero ¿qué crees que hubiera hecho si hubiera sido otro el conductor? ¿Sabes el ataque de pánico que hubiera tenido?

—Y por ello no me he ofendido, Mina. Pero lo de putero… *Cagondiola*, esa espinita la tengo aquí clavada.

Mina apretó los labios, porque realmente parecía molesto.

—¿No lo eres? —insistió, terca en no cambiar su opinión sobre él.

—¡No! —exclamó—. Joder, en mi vida he pagado por… sexo. Me parece… repulsivo.

—Entonces, las fotos del otro día…

Enol sacudió la cabeza, perdido.

—¿Qué fotos?

—Las que te pasó tu amigo. El tal David.

El hombre abrió y cerró la boca un par de veces, hasta que soltó una carcajada. Pero no una carcajada normal, sino una tan estrepitosa y tan duradera que Mina deseó golpearle.

De hecho, le dio un pequeño puñetazo en el hombro cuando se cansó de sus risas, que evidenciaban que ella era una ridícula por pensar así.

—Cretino….

—Un momento —dijo Enol, serio de pronto. Miró a Mina de arriba abajo y frunció el entrecejo—. ¿Y tú cómo sabes qué tipo de fotos me envió David?

Mina pegó un respingo por la pregunta.

—Lo vi por casualidad.

No le gustó nada la sonrisa de galán que en ese momento esbozó el asturiano.

—Así que me espías, ¿eh?

—¡¿Yo?! ¿A ti? —bufó. Por desgracia, le salió demasiado artificial como para que la negativa fuese creíble, así que carraspeó, incómoda —. Fue una de esas situaciones en las que te topas con algo sin querer.

—Claro. Sin querer. Por eso no solo no apartamos la vista rápidamente, sino que la aguzamos hasta que vemos todo con detalle. Incluidas las tetas.

—¡Aha! —exclamó ella, victoriosa—. ¡Lo acabas de reconocer!

—¿Qué he reconocido, que me he perdido?

—Que estabas viendo tías en pelotas.

Enol se rio por lo bajo y movió la cabeza de un lado a otro, cansado de lidiar con ella.

—Tías en pelotas no. Solo tetas.

—Claro, solo tetas. Por eso esa misma tarde te citaste con una y estabas, ¿cómo dijiste?... Deseoso de meterle mano.

—Ah, ahora entiendo por qué me seguiste hasta Oviedo. Querías comprobar por ti misma lo muy putero que era.

—¡Que yo no te seguía!

—Bueno, y cuéntame —continuó él haciendo caso omiso a la mujer —. ¿Qué te pareció mi… puta?

Como dijo la última palabra riéndose, Mina le dedicó una mueca de desprecio.

—Imbécil… Pues ahora que lo preguntas, te diré que no me pareció una puta. De hecho, parecía una monja.

Enol chasqueó la lengua.

—Qué disgusto se va a llevar Lourdes cuando le cuente que has

dicho que parece una monja, con las ganas que tiene de poder enseñar chicha y volver a ser sexy.

—¿Lourdes es la chica de Oviedo? —Como Enol asintió, frunció el ceño—. Ah, ¿y por qué querría enseñar chicha? ¿Y para qué quiere ser sexy?

Enol sonrió con ternura y algo de nostalgia.

—¿Por qué? ¿Y yo qué sé? ¿Por qué se visten algunas mujeres de forma provocativa? ¿Por qué vas tú más pintada que una puerta? ¿Por qué te matas en el gimnasio hasta conseguir esas piernas de infarto?

Mina iba a responder, airada, a la penúltima pregunta, pero entonces la siguiente le hizo agrandar los ojos.

—¿Piernas de infarto?

El hombre, al saberse pillado, se movió en el asiento, incómodo.

—Bueno, ya sabes. *Ye* una expresión.

Una lenta y canalla sonrisa se pintó en el rostro de Mina, que al instante se tornó en otra orgullosa.

—No he ido al gimnasio en mi vida —anunció.

—¿En serio? No te creo. Esas piernas son de otro mundo.

Esta vez Mina apretó los labios para no sonreír por el halago. No quería que viera lo muchísimo que le había gustado.

—Pues créetelo. Supongo que será cosa de genética. —Mina ladeó la cabeza y miró por la ventanilla, cuando un recuerdo le hizo estremecerse; el de sí misma mirando a su madre mientras esta se probaba unos zapatos de tacón y maravillándose de la soltura con la que caminaba, así como del deseo de ser como ella. Claro, que eso fue antes de descubrir que tras su envoltorio elegante y sexy había poco menos que un corazón podrido. Por suerte Mina era mejor persona de lo que sería jamás su madre, aunque lo cierto era que al menos en esa parte, en la física, sí había salido a ella—.Algo bueno tendría que tener —concluyó más para sí que para Enol.

—Sí, porque tu nariz…

Y se rio.

Mina se giró de nuevo hacia él y entrecerró los ojos.

—¿Qué le pasa a mi nariz, eh? —lo encaró ella.

Enol la miró risueño.

—Que pareces una *bruxa*.

—Qui piricis ini briji… —Se burló—. Mejor me callo lo que tú me pareces.

—No, si ya lo has dicho, *guaja*. Has dejado clarito lo que soy. —Se acercó un poco a ella para mirarla fijamente a los ojos y añadió—: Un putero.

Mina, al acercarse tanto, contuvo un poquito el aliento, más tensa que la cuerda de un arpa, a la espera de… ¿qué? ¿De que la tocara? ¿De que la besara?

«Joder, síííi…».

—Joder, no…

—¿Ya no piensas que soy un putero?

Mina agitó la cabeza, porque se había percatado que había hablado en voz alta.

—Eh, no, otra cosa.

—¿Qué cosas?

Y nada, que no se apartaba. ¿Qué pretendía ahora, intimidarla? Pues lo llevaba claro.

—Cosas mías —dijo acercándose a su vez y colocando su rostro a menos de una pulgada del de Enol, que agrandó un poco los ojos.

Pero no se apartó.

Ni ella tampoco.

Y vaya, ¡qué cerca estaban sus labios!

—No me mires así —susurró el sin dejar de mirarla a los ojos, perdido en sus lagunas azules.

—¿Cómo te estoy mirando? —susurró ella a su vez. Expectante. Y sofocada. Leches, muy sofocada…

—Como si quisieras besarme —respondió con esa sonrisa suya de medio lado, sonrisa victoriosa. Sonrisa de canalla.

Patán…

—¿Yo? —Echó la cabeza atrás y soltó una carcajada que más falsa no podía ser, pero que le sirvió para apartarse de él sin que pareciera que estaba reculando—. Ni borracha te besaría.

Enol rio por lo bajo, se puso frente al volante y encendió el motor del coche. Antes de ponerse en marcha, la miró de reojo y sonrió.

—Pues no fue eso lo que dijiste anoche. De hecho, prácticamente echaste a Carmina de la habitación porque, y cito literalmente, querías comerme el morro.

—Ya, pero es que anoche no estaba borracha.

—¿No? ¿Y qué estabas?

—Peor —respondió Mina entre risas.

Enol movió la cabeza con resignación, y la miró de nuevo de reojo.

¡Qué bonita risa tenía, cuando lo hacía de forma sincera y espontánea! Qué lindos ojos colmados de alegría. Qué maravilla de boca…

—Enol… —habló Mina al cabo de un rato.

—Dime —pidió.

—Si no fuiste a Oviedo de putas… ¿A qué fuiste?

El asturiano la miró de reojo. Era la suya ahora una expresión de ternura y cariño.

—A hacer feliz a Lourdes.

Mina lo miró y parpadeó, porque aunque seguramente la intención de Enol había sido que creyera que habían tenido un encuentro sexual,

pagado o no e independientemente de quién lo hiciera en caso afirmativo, Mina supo que la verdad había sido bien distinta, que no habían tenido sexo ni intención de tenerlo.

¿Por qué lo supo?

Lo ignoraba, pero la ocasión de indagar más se perdió, pues acababan de entrar al pueblo. Enol condujo hasta el bar, donde, resguardadas bajo el tejado del bar, Carmina y la cocinera, Valeria, los esperaban.

Antes de bajarse, antes de dirigirse a ellos, Mina miró por un segundo a Enol, que la miraba a su vez. Fue tan intensa la mirada que compartieron, que ambos sufrieron un escalofrío.

Ellos no lo supieron entonces, y probablemente nunca lo sabrían, pero esa fue la primera vez que se vieron.

De verdad.

14

—Que sea la última vez que mandas a nadie a buscarme —regañó Mina a Carmina tan pronto como llegaron a la casina—. Y menos a ese.

—Me vas a decir tú lo que tengo que hacer… —Como la anciana vio que por ese camino mejor no ir, sobre todo cuando Mina se giró a encararla, carraspeó y miró hacia otro lado—. Estaba preocupada. No es la primera vez que nos perdemos, sobre todo en el monte.

Mina rio por lo bajo.

—Sabes de sobra que ese día no estábamos perdidas. Ese día sabíamos muy bien dónde íbamos.

La anciana rio con nostalgia.

—Ay, sí. ¿Qué le contamos a las vecinas, recuerdas?

—Que una vocecilla nos dijo que si seguíamos por ese camino, las encontraríamos.

—Madre mía —susurró la anciana—. Qué fantasiosa éramos ya desde pequeñas.

Mina, con una sonrisa, subió a cambiarse y a secarse. Mientras lo hacía recordó ese día, cuando, aterrada, salió en busca de sus vecinas porque su madre estaba tirada en el suelo, no sabía si viva o muerta. Mientras Nana llamaba a una ambulancia, ella, a sus once años, no se le ocurrió otra cosa que ir a buscar a las vecinas, pero recordó que era justo la hora en la que estas salían a pasear y que lo hacían por el monte.

No lo dudó. Quizá fue ese el primer día que Mina, una niña

asustadiza y tímida, se enfrentó a sus miedos y consiguió vencerlos, porque lo cierto era que había que tener mucho valor para ir sola al monte.

De noche.

Con un suspiro y mirándose al espejo, Mina trató de encontrar en sus ojos a aquella niña, decidida por primera vez, atrevida. Fuerte. Resuelta.

Pero, justo cuando estaba por verla, otra Mina apareció en su lugar, una Mina al borde del desfallecimiento, tirada en el suelo de un baño y empapada en sangre…

—Termina de morirte, ¿quieres? —le dijo entre dientes y antes de darle la espalda a su reflejo.

En un acto de rabia se arrancó la ropa y se metió en la ducha. Fue como si necesitara limpiarse, como si tuviera que quitarse a como diera lugar el hedor a culpa que todavía estaba impregnado en su piel.

Necesitó más de media hora bajo el chorro de agua templada para volver a ser la Mina de siempre.

O, al menos, la Mina actual.

Cuando bajó a la sala principal Carmina estaba frente a los fogones, cocinando algo que hizo que su estómago rugiera.

—Madre mía, ¡cómo huele! ¿Qué es?

La anciana apenas si giró la cabeza ante el sonido de su voz, pero no despegó la vista del caldero.

—Carne con tomate —fue su seca respuesta. Tan hosca, que Mina alzó una ceja.

—¿Estás enfadada?

El fruncimiento de labios de la anciana respondió por ella. Pero lo que hizo que Mina no insistiera fue la mirada que Carmina le dirigió; una mirada de odio, cargada de reproches y… culpa, corroborando la teoría de Mina de que en momentos de emoción intensa compartían los mismos sentimientos.

Tal vez, incluso, los mismos pensamientos.

Y como esa era una conversación que Mina no estaba dispuesta a afrontar, se dirigió al sofá y puso el portátil sobre sus piernas.

—Voy a escribir un rato —anunció, incómoda por el silencio de la anciana, pero cuando abrió el documento con la novela, dejó caer los hombros.

—Ya lo has escrito tú… Joder, esto ha sido justo lo que estaba pensando cuando estaba andando.

—Ya te dije que te ayudaría con la novela —habló por primera vez la anciana, y aunque ya su voz no mostraba enojo, sí lo hizo con un tono bastante neutro, síntoma de que quería mantener las distancias.

Removió el guiso, bajó el fuego y fue a sentarse en el sillón orejero, frente a la joven.

—Ya, y no sabes lo que te lo agradezco, pero, ¿sabes qué? Me siento un poco…

—¿Impostora?

—¡Exacto! Es como si no la estuviera escribiendo yo.

—Estoy segura de que no he escrito nada que no hubieras escrito tú. Somos una, recuerda.

Mina se encogió de hombros, aceptando ese hecho. Cuando volvió a mirar a la anciana, en los ojos de esta vio algo que le hizo ponerse alerta; había súplica. Pero lo que hizo que la joven negara con la cabeza fue cuando la anciana abrió y cerró la boca un par de veces, como si estuviera batallando por hablar.

—No lo hagas —pidió. Y había una severa advertencia en su orden.

—¿Qué cosa?

Mina apretó los labios con fuerza y entrecerró los ojos.

—Hablar de… aquello.

La anciana asintió, comprendiendo que todavía no era el momento, pero temiendo que a ese paso nunca volvería a su realidad. Porque algo le decía que más que cambiar el futuro lo que había venido a hacer a este presente era aprender a aceptarse. A quererse.

A perdonarse.

¿A olvidar? No, eso jamás lo olvidarían, pero tenían que aprender a convivir con ello, hasta que dejase de doler…

—Vale. Hablemos de otra cosa. Por ejemplo, del asturiano.

Mina dejó caer los hombros, aliviada.

—¿Qué quieres que te diga?

—No sé. ¿Qué ha pasado entre vosotros? Y no digas que nada porque he sentido… Uf… Me he sofocado y todo.

Mina agrandó los ojos, sorprendida.

—No me fastidies que también lo has sentido.

—Sí. ¿Por qué ha sido?

Mina se encogió de hombros y dejó el portátil a un lado. Ya no tenía caso escribir.

—No sé, pero hubo un momento que pensé que me besaría… O yo a él si no se apartaba.

La anciana agrandó los ojos y sonrió con lascivia.

—¡Cuenta, cuenta!

Y Mina le contó.

Minutos más tarde, la anciana comenzó a jugar con los pulgares, satisfecha.

—Bueno, ya es hora que reconozcas que nos gusta.

—A ver —aceptó Mina—, está buenísimo, eso es innegable. Pero es tan desagradable que me entran unas ganas tremendas de…

—¿Acariciarle? —se guaseó la anciana.

—Sí. En la cara. Con la mano abierta.

La anciana se rio y se levantó para ir a apagar el fuego.

—Pon la mesa, que esto ya está. Y te tengo que contar muchas cositas.

—¿Qué cosas? —quiso saber Mina, que se levantó a su vez para cumplir la orden de la anciana.

Carmina esperó a servir la comida antes de poner a Mina al día.

—Agárrate: es viudo.

Mina sacudió la cabeza.

—¿Enol?

—Eh… No, disculpa. Nel. Es viudo.

—Pobre… Vaya, qué rico está esto —tuvo que decir tras probar un trozo de carne, pero luego continuó con el tema principal—. Así tiene la mirada tan triste, tan… perdida.

—Ay, sí. Me ha dado una pena el pobre muchacho… Y con una hija. Ah, y por cierto, la camarera, Llara, es hermana de los gemelos.

—De eso ya me enteré ayer, pero no he tenido ocasión de contártelo.

—¿Y sabías que solo son hermanos de padre?

—Sí, eso también me lo dijo, pero no me contó mucho más porque Nel entró entonces y no me pareció apropiado seguir con el tema.

—Pues resulta —continuó la anciana—, que la madre de los gemelos se murió cuando ellos eran unos críos.

—No fastidies —exclamó Mina, asombrada—. Había supuesto… No sé, que estaban separados o algo así. ¿Y de qué murió?

—La atropellaron en Oviedo. Una novata perdió el control en la carretera y otro coche trató de esquivarla, subiéndose a la acera y llevándose por delante a la madre.

Mina dejó caer el tenedor en el plato y se llevó una mano al pecho.

—Dios mío, es… horrible —susurró en un hilo de voz y con los ojos un tanto vidriosos.

—Por lo visto lo fue, porque no murió en el acto, sino que la reventaron por dentro y poco a poco le fueron fallando los órganos.

—Ay, no sigas —pidió con un escalofrío—. Pobre gente… Lo tuvieron que pasar fatal.

—Así fue, según Valeria.

—¿Valeria es la cocinera?

—Sí, y la mujer de Manel y madre de Llara. Ha sido la que me lo ha contado todo. Es más maja, la mujer, más buena… Y no veas con qué cariño habla de Llara.

—Normal… Es su hija, ¿cómo no va a hablar bien?

—No, no, de Llara la madre de los gemelos. Le pusieron a la chica su nombre.

Mina sufrió un escalofrío.

—Joder, hay que ser… morbosos.

—No, no. A ver, según me ha contado Valeria, la madre de los gemelos pidió en su lecho de muerte a su esposo que volviera a casarse, que tenía que darle a sus hijos una hermana.

—O sea, ¿Manel se casó con Valeria por su difunta mujer?

—Mujer, digo yo que algo sentirá por ella.

Mina se encogió de hombros, pero insistió.

—Pues yo me lo pensaría dos veces antes de tener algo con un viudo.

—Ya, porque piensas que no te gustaría competir con una muerta por su amor, ¿verdad? —Mina asintió—. Eso mismo le he dicho yo, pero la tía, que tiene un temple que no veas, me ha respondido que ese es el problema, verlo como una competición.

—¿Y cómo lo ve, entonces?

—Como una unión. Llara se casó con Manel, con sus cosas buenas, sus malas, su pasado. Incluso con su amor por su difunta. En vez de ver en ella una rival, vio una aliada. Aprendió que tenía que vivir con la idea de que nunca, jamás, Manel la dejaría de querer. Y eso es muy loable por su parte.

—Mucho —aceptó Mina—. Y los gemelos, ¿cómo lo llevaron?

—Según Llara, bastante bien. Quizá Nel un poco peor, porque su carácter es más tímido y reservado, me dijo.

—Y encima también pierde a su mujer… Jo, menudo dramón.

—Pero de los grandes —estuvo de acuerdo Carmina—. Pero creo que Valeria en el fondo fue un ángel que la difunta les mandó, pues parecen muy unidos todos. Habla con un cariño y con un orgullo de ellos… De hecho, Enol vive todavía con ellos.

—¿Y Nel no?

—No, Nel vive solo con su hija.

—Pobre…

La anciana asintió.

—A ese muchacho le tenemos que buscar una moza.

Mina hizo un revuelo de ojos.

—Como si la cosa fuera con nosotras.

—Irá con nosotras —prometió la anciana.

—Anda y no enredes —regañó Mina, levantándose de la mesa y poniéndose a recoger—. Por cierto, ¿dónde has aprendido a cocinar así? Porque yo soy nula.

Carmina estuvo un rato pensando.

—¿Sabes algo? Tengo el presentimiento de que antes no cocinaba así.

—Doy fe, lo acabo de decir —añadió Mina, porque era más que obvio.

—No, no me refiero a tu presente, sino al mío. Tengo la sensación…

—¿Qué? —animó la joven.

La anciana, tras pensarlo, negó con la cabeza.

—Bah, tonterías de vieja.

Porque lo cierto era que no quería decir en voz alta lo que acababa de descubrir, porque no; en su tiempo, y hasta donde recordaba, tampoco cocinaba nada, nada bien.

El porqué de un guiso tan rico, y tan complicado, solo tenía una explicación; estaban cambiando el futuro, como si la anciana, en vez de preparar algo rápido en el microondas, estuviera acostumbrada a cocinar para mucha gente.

Tan emocionada se sintió con la idea, que se sintió sumamente cansada.

—Oye, Mina, ¿te importa fregar tú? Me ha entrado mucho sueño de pronto.

La aludida asintió, pero cuando miró a la anciana frunció el ceño.

Tal vez fue esa la primera vez que fue consciente de lo mayor que era, pues casi sintió en su propia piel el paso de los años.

Mina miró con algo de preocupación, y un pelín de ternura, las oscuras ojeras de cansancio de la anciana, su paso lento y encorvado, su mirada casi al borde del sueño… Casi al borde de otro mundo.

Y, por primera vez, Mina tuvo mucho, mucho miedo de perderla.

—Enciende el radiador que trajo Enol —pidió, porque lo último que le apetecía era que cogiera frío.

La anciana, desde mitad de las escaleras, se giró a mirarla.

Sí, tal vez fue esa la primera vez que se dedicaron una sonrisa de afecto, tan sincera como cálida.

Mina suspiró ilusionada, porque a lo mejor, con un poco de suerte y poniendo mucho de su parte, conseguían ser amigas.

Al menos, tolerarse.

Al cabo, Mina negó con la cabeza. No, mientras no se enfrentaran a aquello nunca podrían mirarse a los ojos sin sentir desprecio, y claro, como Mina no quería meterse en ese atolladero, decidió pensar en otra cosa, como, por ejemplo, la novela, de modo que abrió el portátil y se puso a trabajar.

Unos golpes en la puerta la sobresaltaron dos horas después.

Mina dejó el portátil a un lado y fue a abrir. En el camino miró hacia el piso de arriba con preocupación, porque la anciana no solía dormir la siesta, y menos tanto tiempo.

Cuando al fin abrió la puerta, se encontró con una joven, tal vez de su edad, una bonita chica con el cabello de color fucsia fantasía.

—Hola —saludó, sorprendida, porque no recordaba haberla visto antes.

—Hola. Disculpa si la molesto… —Mina vio algo de timidez en ella, pero también decisión, la misma que empleó a continuación cuando se cuadró y respiró hondo—. Mi nombre es Miriam y soy de la

Asociación cultural de Bueño.

Mina alzó una ceja, sorprendida. ¿Ese pueblo tenía una Asociación cultural?

—Encantada, Miriam. Yo soy…

—Mina Marlo, la escritora.

Si antes se sorprendió, ahora la madrileña no daba crédito, porque la muchacha había usado su seudónimo.

—¿Me conoces? —preguntó, fuera de sí de contenta.

Miriam asintió.

—Me he leído todos tus libros y te sigo en todas tus redes sociales, aunque me da un poco de corte y apenas te dejo comentarios.

—Ah, no te preocupes. ¿Quieres pasar? —ofreció echándose a un lado.

Miriam negó con la cabeza.

—No la quiero entretener —dijo mirando hacia dentro y topándose con el portátil—. Veo que la he interrumpido.

—No te preocupes, creo que ya se me estaban acabando las pilas —se rio Mina y tratando de quitarle importancia al asunto. Caray, tenía un fan en el pueblo… Eso sí que era una gran noticia—. Y, por favor, tutéame, que no soy tan mayor. ¿Seguro que no quieres un café?

Miriam sonrió y volvió a negar.

—Tal vez otro día… Esto… ¿Te importa si te traigo las novelas para que me las dediques?

—No, no, al contrario. Será todo un honor.

Miriam se mordió el labio y arrugó la nariz.

—¿Y me concederías una entrevista?

—¿Una entrevista? —dijo una voz tras Mina, que se giró un poco para que viera a la joven de la puerta—. Uy, hola. Yo soy Carmina, la abuela de Mina.

—Mucho gusto. Yo soy… fan de su nieta.

—¡Oy, oy, oy! ¡Una fan!

Miriam no pudo menos que reír cuando la anciana apartó a la nieta y se puso a besuquearla.

—Deja a la chica… Y no solo es una lectora —corrigió, porque en realidad el término fan no le terminaba de agradar—, sino que también es de la Asociación cultural del pueblo y quiere hacerme una entrevista.

—Anda, ¿tenéis una Asociación y todo? —se le escapó a la anciana.

—Sí, bueno… De hecho —añadió con orgullo—, fue gracias a la Asociación que nos dieron el Premio al pueblo ejemplar.

—Yo pensaba que había sido por los hórreos.

—Por la conservación de ellos, cierto, pero no solo por eso. No solo es una cuestión de conservación del patrimonio histórico, sino del patrimonio cultural y de un estilo de vida rural.

Como la chica había hablado con tanto fervor, y tanto orgullo, las mujeres la miraron de otra forma.

—Caray… ¿Y todo lo hacéis vosotros?

—Claro. Pepa, por ejemplo, es la directora del grupo de teatro, que por cierto actúan esta noche, por si queréis ir. Es gratis, y en la casa de la cultura.

—Iremos —prometió la anciana.

—Todo lo hacemos nosotros —recalcó con orgullo la joven—. Los trajes, los escenarios, las entrevistas… Pero, también, *ye* cosa nuestra la conservación de los hórreos y paneras. —Hizo una pausa y aspiró con engreimiento—.Claro que nos merecíamos el premio. Y fíjate que incluso vinieron los entonces Príncipes de Asturias.

—Supongo que eso le dio popularidad al pueblo y el turismo aumentó.

—Mucho. —Sonrió de medio lado—. Bueno, eso y las arcas. También dan un premio en metálico de veinticinco mil euros. Gracias a eso la Asociación ha podido hacer muchas más cosas, porque la cuota de los socios tampoco da para tanto.

—¿Y cuánto es la cuota? —quiso saber la anciana.

—Doce euros.

—Mina, vamos a hacernos socias.

Miriam agrandó mucho los ojos.

—No, no… No hace falta. No he venido a eso y…

—Bobadas. Queremos colaborar de alguna forma, ¿a que sí?

Mina estuvo de acuerdo con la anciana con un asentimiento de cabeza y fue hasta el bolso a buscar su billetero. Cuando regresó con él, la anciana se lo arrebató.

—Ten —dijo tendiéndole un billete de cincuenta euros a la joven, que agrandó mucho los ojos.

Mina la emuló, pero por otra razón.

—Esto… No tengo cambio.

—No nos tienes que dar nada.

—¿Ah, no? —preguntó Mina a su vez y mirándola significativamente.

Joder, cincuenta eurazos…

—Pues no. Doce por dos, son veinticuatro. Por dos, cuarenta y ocho. Y las vueltas para que Miriam se tome un café.

—¿Cómo que por dos?

—Leña, porque yo también quiero colaborar —respondió Carmina.

—Me refiero a veinticuatro por dos.

—Ah, eso. Pues porque así dejamos pagados dos años.

Miriam miró a Mina, quien parecía reacia, pero al final aceptó con una sonrisa falsa. La chica no tenía la culpa de las tretas de su otro yo.

—Bueno, ya no os molesto más. Cuando tenga preparada la

entrevista te aviso, ¿de acuerdo?

—Cuando quieras, Miriam. Estoy deseando.

La joven, tras dedicarle una cálida sonrisa, procedió a marcharse, pero entonces, como si hubiera recordado algo, se dio la vuelta de nuevo.

—Ten —pidió tendiéndole algo que se sacó del bolsillo trasero de su pantalón—. Enol me ha pedido que te entregue esto. Dice que por si lo necesitas.

Mina tomó la tarjeta que Miriam le tendió antes de marcharse.

Asombrada, y mientras cerraba la puerta, se dispuso a leer lo que había en ella.

El grito que pegó fue monumental.

—¡Será hijo de… fruta!

—¿Qué pasa, qué pasa? —quiso saber la anciana.

Mina apretó mucho los labios cuando le tendió la tarjeta a Carmina, que tras agrandar los ojos soltó una carcajada cuando leyó la palabra que Enol había subrayado en rojo y que había causado el grito de Mina: rinoplastia.

—Se va a cagar. Te juro que ese va a saber quién es Carmina Márquez López.

15

Una de las cosas que más le gustaba a Enol de su pueblo era lo mucho que trabajaban todos en conjunto; bien fuera agachando el espinazo en los caminos para que no tuvieran baches y no se malograra el asfalto, bien fuera pagando de su bolsillo todas las actividades culturales, Bueño era, como el propio premio decía, un pueblo ejemplar, un pueblo puramente rural que resistía a la industrialización de fuera.

Enol podría haberse ido del pueblo. Contaba con todos los medios para ello, y, al fin y al cabo, Oviedo estaba a un tiro de piedra y podría ver a su familia siempre que quisiera, pero… no, gracias.

Qué le iba a hacer. Era un chico rural que tenía ancladas sus raíces en el pueblo, como los hórreos. No, a Enol no le gustaba la gran ciudad, ni su trajín, ni sus prisas. Toleraba tener que ir a trabajar, o, si le apuraban, ir de vez en cuando a la ruta de los vinos o a la calle de las sidrerías, pero hasta ahí.

Cualquiera, a primera vista, diría que el pueblo estaba muerto, pero Enol sabía que no era así. Cierto que su población, la friolera de ciento cincuenta habitantes, era principalmente mayor, pero estaban tan activos que no tenían nada que envidiar a los jóvenes. De hecho, gracias a ellos contaban con un programa cultural envidiable, con su Festival de Jazz, sus conciertos de Fados, sus Certámenes de pintura al aire libre, sus campeonatos de juegos de mesa, su grupo de teatro…

Y ahí los tenía a todos, como una enorme familia, en la casa de la cultura, que antaño había sido la Escuela de niños de Bueño, esperando a que la función empezase.

Tenían pocos guajes en el pueblo, pero ahí estaban, entre ellos su

propia sobrina, saludándose desde sus asientos y prometiéndose que luego se juntarían para jugar mientras los mayores comentaban la obra de teatro.

Enol sabía que fuera de su pueblo no sería feliz, que más allá de sus hórreos no encajaría…

Como tampoco encajaba la madrileña.

Llegó a la casa de la cultura acompañada de Carmina, desentonando ambas. La anciana, por sus vaqueros de esos modernos que usaban ahora las chicas, por sus Converses blancas, su camiseta de los Kiss y por su *blazzer* arremangada. La joven, por su cabello rojo fuego peinado al más puro estilo *Rockabilly*, por su vestido de tubo negro con lunares blancos, largo hasta la rodilla y con escote cuadrado en picos y manga francesa, ceñido a la cintura con un pequeño cinturón color rojo, a juego con sus zapatos de tacón.

Pero no cualquier tacón, no.

Mientras Enol las veía dirigirse hacia Miriam y Valeria, se preguntó cómo era capaz ya no de caminar con ellos, sino de sostenerse siquiera.

Cagondiola, lo que no entendía era cómo había bajado los escalones del monte con ellos puestos…

El asturiano se ocultó un poco entre la gente para observarla mejor sin que ella lo pillara. Tenía una bonita figura, nada de pechos descomunales ni cinturas de avispas ni culos a lo Nicky Minaj. Era, en realidad, de líneas armoniosas, nada que necesitase un retoque. Su rostro era altivo, tal vez incluso una pizca soberbio, pero de líneas suaves y proporcionadas, salvo su nariz, evidentemente. Enol sonrió, porque sí que era evidente. Y, sin embargo, perfecta para ella, pues le daba carácter y personalidad. Si le preguntaran, si le pidieran opinión, nunca, jamás, animaría a la joven a retocársela.

Y sus labios… Los llevaba, como era costumbre, pintados de color rojo, pero no era el labial lo que hacía sus labios voluminosos, pues esa mañana los había visto al natural como para saber que no se hacía el famoso *overline*[26].

Al pensar en ellos, y en lo cerca que había estado de los suyos esa mañana, se removió, nervioso, pero al instante un demonio acomplejado le dijo que ella no era para él.

Que no encajaba en su mundo. Ni en su forma de vida.

Pero eso no era del todo cierto.

Enol entrecerró los ojos cuando la escuchó reír por algo que dijo Tomás, un vecino ya entrado en los cincuenta y que más ridículo no podía ser. ¿Qué pretendía tirándole los trastos a la joven? ¿Acaso no veía que podía ser su padre?

Mina en ese instante, como si lo hubiera presentido, giró la cabeza hacia él.

Enol, al saberse descubierto, al principio pegó un respingo, pero, orgulloso como era, además de cabezota, no apartó la mirada, sino que se la sostuvo. Esperó, ansioso, a que ella lo mirara enojada, o con desdén o con rabia, de cualquier forma menos con esa fría indiferencia que le sentó como un jarro de agua fría.

Vaya, tal vez Miriam no le había dado su mensaje. Aprovechó que la joven fue hasta otro grupo para interceptarla y preguntarle.

—Miriam, ¿le diste eso a Mina?

—Sí —respondió la joven—. Esta tarde, cuando fui a verla. ¿Sabes? Me va a conceder una entrevista.

—Genial —dijo rascándose la cabeza y preguntándose porqué la madrileña no se había enfadado con su… regalo.

Miró de nuevo hacia Mina, que charlaba amigablemente ahora con Pepa, la directora de teatro, como si se conocieran de toda la vida.

Y lo cierto fue que durante los siguientes minutos, y hasta que empezó la función, la vio hablar con varias personas.

Como una más.

—¿Sabes? Todos hablan.

Enol pegó un respingo cuando alguien le susurró al oído. Se giró y vio a su hermano.

—¿De qué?

—De ti y de la guaja.

—Pues no entiendo por qué —refunfuñó.

—Dicen que *prestate*.

Para restar importancia, Enol hizo un revuelo de ojos y suspiró con cansancio.

—Y a esa conclusión llegaron porque…

—*Home*… Tal vez tiene algo que ver el descaro con que la miras. —Nel se acercó un poco más a él, como si fuera a contarle un secreto—. Te la comes con los ojos.

—Anda, que menuda película os estáis montando. Lo que hace el aburrimiento…

—Hablando de aburrimiento, ¿puedes encargarte tú de los *guajes* el lunes en el *Pump Track*? Tengo un encargo que terminar y…

—¡Shhh! —protestó alguien, pues la función ya había empezado.

Los hermanos miraron hacia atrás con idéntica expresión de disculpa. Enol, además, se pegó a su hermano más para responderle en un susurro.

—Lo haré, pero ya sabes que se me da fatal. De los dos, tú *yes* el deportista.

—Bah, solo trata de que no se maten —respondió en el mismo tono bajo.

No hablaron más hasta que terminó la obra, momento que se levantaron, pero mientras que Nel llamaba a su hija, Enol miraba a

Mina.

Y sí, sabía que era su mirada lobuna, porque mira que estaba guapa. Se podría tirar toda la noche mirándola… Y vaya si lo haría, si no fuera porque en ese instante escuchó a su hermano reírse.

—¿Qué, *ho*? —preguntó con irritación, ya cansado de sus tonterías.

—¿Te acuerdas cuando empecé a salir con Reme?

Enol, al recordarlo, compuso un gesto asustado, porque lo cierto era que se las había hecho pasar canutas a Nel.

—No te atreverás…

Nel sonrió de medio lado. Izó a Cova, que acababa de llegar a su lado, y le dedicó una sonrisa a su gemelo. Una enorme y malvada sonrisa.

—*Al platu vendrás, arbeyu*… [27]

Mina se sentía eufórica.

Tal pareciera que la mala impresión que causó entre algunos vecinos fomentada por Carmina y la borrachera que se pilló la noche anterior quedaron en el olvido cuando la gente se enteró de que era escritora.

Pronto se convirtió en el centro de atención y todos parecían querer conocerla y hablar con ella.

No supo cómo fue que terminó aceptando dar una conferencia sobre su profesión y ser jurado en el concurso anual de redacción que hacía la Asociación en colaboración con los centros educativos de la zona.

Prometió tantas cosas, que se preguntó cómo haría para abarcar todo.

Y, además, una vez se marchasen dudaba que volvieran alguna vez. ¿Para qué?

Como si su corazón supiese la respuesta, la obligó a mirar en derredor, buscando a…

Sí, a ese patán que la miraba a su vez con una sonrisilla que a ella le encantaría borrar de un sopapo.

Pero Mina había decidido cambiar de estrategia con el asturiano. Se había percatado que entraba muy rápido al trapo, que se dejaba picar con facilidad, algo que tal pareciera le encantaba hacer al asturiano. Pues bien, de ahora en adelante le regalaría la más absoluta indiferencia.

Claro, que sería mucho más fácil si sus ojos no fueran unos jodidos traidores que se empeñaban en buscarlo.

Caramba, pero como para no hacerlo. ¿Por qué tenía que estar tan bueno? ¿Por qué tenía que tener un culo tan perfecto? ¿Por qué le daban escalofríos cada vez que cruzaban miradas?

«Sexo», se respondió. «Es solo sexo. ¿Cuánto hace que no echamos un polvo?».

Mina se puso a contar mentalmente, dando un respingo cuando descubrió que la última vez había sido con un tipo de Tinder[28], al año justo de dejarlo con Esteban, y solo para comprobar que podía tener sexo con otra persona. Y descubrió que sí, que por poder podía, pero otra cosa era disfrutar de ello, algo que no hizo con… Bah, ni se acordaba del nombre. Tan mala experiencia fue, tan insatisfecha la dejó, que no valía la pena ni contarlo, de modo que si echaba cuentas la última vez fue con Esteban, y hacía…

Madre de Dior… ¿Dos años ya? ¡¿Dos años sin sexo?!

Normal que estuviera en celo por el asturiano.

—¿Os venís al Sucón? —preguntó Miriam a las madrileñas—. Vamos a tomar algo allí, que ha vuelto a llover.

—Para no variar —replicó Mina por lo bajo, con cansancio y sacando de su bolso un paraguas rojo.

Carmina la amonestó con la mirada.

—Iremos encantadas.

—¿Qué hablamos esta mañana, Carmina? —recordó la joven.

—Es que no solo sirven alcohol. Puedes beber un refresco. O una cerveza sin alcohol.

Si Mina claudicó fue porque todavía era temprano y no le apetecía volver tan pronto a la casa, con lo que le había costado arreglarse.

«Por eso, y porque quieres volver a verlo», le dijo una voz a la que Mina le puso el mismo rostro que el de la anciana, a quien miró con los ojos entrecerrados.

—Y ahora, ¿qué he hecho para que me mires así?

—Nada —cortó—. Tira, anda, antes de que me arrepienta.

El Sucón, descubrió, más que un bar era un punto de encuentro, pues había muchas personas que no consumieron nada, algo que no parecía molestar a los dueños. Mina incluso vio asombrada que algunos se trajeron sus propias latas de cerveza.

—Estoy flipándolo —le susurró a Carmina.

Porque si aceptaban ese tipo de conductas, el bar no tendría ningún tipo de ganancias.

Oye, que lo mismo no les hacía falta y tenían el bar solo para pasar el rato, para tener un lugar de resguardo los días que llovía tanto que era imposible estar en la plaza.

Lo mismo…

Debía ser así, porque en algunas mesas se dispusieron varios juegos de mesa.

Según le informó la camarera mientras le servía una Coca-Cola Zero, ese día había campeonato de parchís.

—Y tú, ¿nunca descansas? —le preguntó a Llara, pero protestó cuando Carmina llegó hasta ellas y se llevó su bebida.

La camarera se rio al ver a la anciana correr hacia la otra punta, pero entonces recordó la pregunta de Mina y se encogió de hombros.

—Solo trabajo en verano, y porque me aburro en casa. ¿Te pongo otra? —preguntó. Ante el asentimiento de Mina, procedió a servirle una nueva bebida mientras continuaba—. Sobre todo, lo hago para despejarme un poco de los estudios.

—Pero es viernes, mujer. Podrías salir por Oviedo, que tengo entendido que los fines de semana hay mucha marcha.

—No suelo salir mucho —respondió con un encogimiento de hombros—. No bebo, y a la larga termino cabreada porque mis amigas de la facultad se pillan la borrachera del siglo y soy yo la que las tiene que aguantar. Además… lo cierto es que siempre estoy estudiando. —La joven compuso una sonrisa cariñosa—. En eso me parezco mucho a Enol.

Mina alzó las cejas, sorprendida.

—¿Enol estudia?

—Estudiaba, pero recuerdo cuando se pasaba las horas muertas en su habitación estudiando sin parar. Creo que por eso nunca se ha echado novia.

Mina atesoró la información cual urraca.

—De hecho —continuó Llara—, todavía sigue estudiando, pese a que ya acabó la carrera. Cum Laude —informó con orgullo.

—¿Qué… qué carrera? —quiso saber Mina, muy intrigada.

Llara iba a responder cuando Carmina llegó de nuevo hasta ellas, con una sonrisa de oreja a oreja y un brillo de ojos.

—Ven, Mina —dijo tirando de la joven.

—¿Dónde me llevas?

La anciana no respondió, sino que siguió arrastrándola hasta que se detuvo en una mesa donde se estaba jugando al mus, con Manel y Enol de pareja y dos aldeanos.

El asturiano miró a Mina de reojo, pero siguió con el juego, hasta que unos tantos después ganaron la partida.

—¿Echamos otra?

—Otro día —dijo uno de los contrincantes, levantándose—. Tengo esperando en casa a *la mi muyer*.

—Ahora que lo dices… —dijo su compañero de juego, emulándolo.

Los hombres rieron, cómplices. Manel incluso le guiñó un ojo. Y Enol sonreía con malicia.

Y qué sonrisa… Pero qué sonrisa tan bonita…

—¿Qué haces? —preguntó a Carmina cuando esta, de golpe y

porrazo, ocupó el lugar del primer contrincante.

Enol y Manel alzaron sus cejas, sorprendidos.

—Siéntate, Mina.

—¿Qué pretendes? —preguntó esta.

La anciana resopló y la miró como si fuera tonta.

—Pues… jugar.

Manel se echó un poco hacia atrás en la silla.

—¿Al mus? —preguntó con recelo.

—Claro, al mus.

—Levántate, anda —pidió Mina al ver los gestos de desagrado de los hombres.

—Pero… pero… Yo quiero jugar —protestó cual infante y mientras obedecía a su nieta.

—Tal vez en otra ocasión… —se disculpó Manel, pero aliviado.

—O, tal vez, prefieran jugar a la brisca con las *muyeres* —añadió Enol mientras recogía las cartas y barajaba.

Mina, al escucharlo, se envaró y lo miró con los ojos fuera de sus órbitas. Incluso las aletas de su nariz se dilataron por la afrenta.

—Pues mira, no, prefiero jugar al mus —replicó sentándose a la mesa—. Carmina, siéntate.

Manel se rascó la cabeza y miró a su hijo como preguntándole qué debían hacer.

Enol, a modo de respuesta, comenzó a barajar con más ahínco. Eso, junto al brillo de sus ojos, fue lo que delató que era justo la reacción que había buscado.

Los jóvenes se miraron, desafiantes, mientras Manel suspiraba con cansancio y Carmina se frotaba las manos.

—Bueno ¿qué nos apostamos? —preguntó Mina mirando a Enol con engreimiento.

Manel iba a rechazar la apuesta cuando su hijo levantó la mano.

—¿Estás segura de que quieres apostar?

—Totalmente segura.

Enol ladeó la cabeza y estuvo pensativo unos segundos, hasta que sonrió de medio lado y entornó los ojos.

—¿Y qué quieres apostar?

Mina se mordió el labio superior, hasta que negó con la cabeza.

—Da igual. Tú eliges.

La sonrisa de Enol se agrandó hasta límites insospechados. Se levantó de la mesa y pidió a su hermana una hoja y un bolígrafo. Escribió algo en él y volvió a la mesa de juego.

—Ten, pero no lo abras ahora.

—Sí, claro, como que voy a aceptar una apuesta que no sé en qué consiste —resopló ella.

—Tranquila, que no se trata de dinero ni nada ilegal. Nada que no

puedas hacer.

Mina arrugó los labios, pensando, hasta que asintió y se guardó el papel, tres veces doblado, en el bolso.

—¿Cuáles son las reglas? —quiso saber Carmina cuando al fin comenzaron.

Enol dejó de barajar de golpe y enarcó una ceja.

—¿En serio? —preguntó con incredulidad.

Manel, en cambio, se rascó la cabeza.

—El mus *ye* mucho más complicado que explicar las reglas. No se puede jugar sin…

—Sabemos jugar al mus —cortó Mina sin dejar de mirar a Enol, que sonreía con malicia—. Lo que quiere saber son las reglas regionales.

Enol ladeó la cabeza, confuso.

—¿Cómo dices?

Mina sonrió con condescendencia.

—Se nota que no has salido mucho fuera de España. Cada región tiene sus reglas, como por ejemplo, la Real[29].

—Vale la Real —aceptó Enol.

Mina lo miró de arriba abajo.

—Ya, pero ¿cualquier Real? Porque los puristas solo aceptan la Real con la sota de oros.

—Y en otros sitios aceptan cualquier figura —continuó explicando Carmina.

Manel asintió al ver por dónde iban.

—Nosotros jugamos con cualquier sota.

—Perfecto. ¿Y qué hay del mus visto?

Manel y Enol se miraron rápidamente antes de dirigir la vista de nuevo hacia ella.

—No, no vale —respondió rápidamente el hijo.

Mina sonrió de medio lado.

—No sabes ni lo que es… ¿me equivoco?

—Y precisamente por eso *ye* que no vale. Aquí no jugamos así. Oros, copas, espadas y bastos —dijo señalando a cada jugador. Cuando salió copas, le dio la baraja a su padre para que repartiera.

—Carmina, yo tanteo. Tú mira a Manel —pidió Mina.

—Yo tanteo, papá. Tú mira a Carmina.

—Pero eso no es así. Enol debería mirar a… —comenzaron a protestar los mayores, pero enmudecieron de golpe cuando los jóvenes los miraron con reprobación.

El mus es un juego de mesa que se juega con señas, y son importantes tanto como para decirle a tu compañero qué llevas, como para conocer las cartas de tus adversarios, por eso es primordial interceptarlas. Fue por ese motivo que Manel y Carmina protestaron, porque lo normal era que cada uno mirara al jugador de la derecha,

de modo que Enol debería mirar a Carmina y no a Mina.

Los motivos que habían llevado a Enol a hacerlo así estaban claros, al menos para la joven: pretendía intimidarla.

Pues lo llevaba claro…

Al principio del juego los hombres jugaron desganados, casi de forma condescendiente y paternal, pero tras varios juegos, en los que las mujeres iban ganando por veinticinco a quince en el último, comenzaron a sentirse incómodos, pero lo que hizo que Enol se picara, de verdad de la buena, y por lo tanto que admitiera que estaba ante dos grandes adversarias, fue cuando Mina le ganó los pares con dos pitos, y todo porque no la creía capaz de marcarse un farol de esas características, porque había que ser muy valiente, pero mucho, mucho, para echar veinte a pares tras un envite de Enol que, a todas vistas, tenía todas las de ganar al ser mano.

—Ya te vale —regañó Manel—. Anda, que echarte para atrás siendo mano.

Enol no respondió al padre, sino que miró con encono a Mina, que en ese instante estaba barajando con suficiencia y con una sonrisilla triunfal, pero esta se le borró cuando vio a Enol prepararse para la siguiente partida.

Con parsimonia, sin dejar de mirarla y sabiendo muy bien lo que hacía y el efecto que iba a causar en ella, Enol comenzó a recogerse el cabello, que hasta el momento había llevado suelto. Acabó haciéndose un moño de cualquier manera y ajustándolo con una goma que hasta entonces había llevado en la muñeca. Al hacerlo, al levantar los brazos, marcó todos los músculos de sus brazos e incluso pareció que su pecho se ensanchaba.

Leches, estaba más que bueno…

Mina quiso darle dos sopapos por la sonrisa engreída que esbozó al ver cómo ella lo miraba, atenta a sus movimientos, torta que quiso darse a sí misma cuando, de forma involuntaria, se le escapó un suspiro. O cuando sus manos comenzaron a abanicarse y sus labios a soplar.

—Hace calor, ¿no? —dijo mientras repartía.

—Ni pizca —se rio Enol, siempre sin dejar de mirarla.

Como le tocaba hablar a Enol, Mina no miró sus cartas, concentrada como estaba observando la reacción de Enol al ver las suyas, pero el tipo era tan bueno disimulando como ella echándose faroles.

Cuando al fin le tocó hablar a su compañera, Mina miró rápidamente sus cartas.

Mina arrugó la nariz, solo para disimular indecisión, porque lo cierto era que llevaba uno de los mejores dúplex del mus: dos reyes y dos caballos.

—Ponte a hablar —dijo, cortando así el mus e iniciando la partida.

Ya no volvió a mirar sus cartas, sino que las dejó sobre la mesa y miró fijamente a Enol, pretendiendo, vaya que sí, intimidarle.

—Paso hasta mi compañero —habló Enol, imitando la postura de Mina, que en ese instante estaba con los brazos cruzados y los ojos entrecerrados.

—Paso —dijo Carmina.

—Envido —le tocó hablar a Manel.

—Veo —aceptó Mina, porque lo que quería era jugar a pares.

El siguiente cante, la chica, lo dejaron en paso.

—Pares —cantó Enol.

—Ni pares —respondió Carmina.

—Pares buenos —trató de amedrentar Manel.

—Pares —habló Mina.

—Envido —dijo Enol.

—Envido —aceptó ella el envite, y envidado dos tantos más a su vez.

Enol miró de reojo a su padre, que asintió.

—¡Quince! —gritó, ya cansado.

Mina se abstuvo de sonreír.

—¡Órdago! —gritó a su vez.

Enol arrugó la frente, confundido.

—Espera, hijo; hablemos —pidió el padre, que se temió lo peor.

—Va de farol —explicó Enol—. Le he visto hacer la seña de dos pitos.

Mina pegó un respingo.

—Eso es falso.

—Ya, pero puede llevar dúplex —continuó Manel.

—Dúplex llevo yo también.

—¿Buenos?

Enol sonrió y se movió en el asiento. Con total y absoluta seguridad en sí mismo, en su jugada y en la Providencia Divina, enseñó sus cartas.

—Dúplex de reyes y ases—dijo mirando a Mina fijamente y sabiéndose triunfal.

Cuando el asturiano tiró las cartas sobre la mesa, Mina le regaló una enorme, y falsa, sonrisa de victoria.

—Vaya, qué lástima…

Enol agrandó mucho los ojos cuando vio sus cartas.

—Pero… pero…

—*Piri, piri…* —se rio Mina de su balbuceo.

Enol gruñó y la señaló con el dedo.

—Has hecho trampa.

—Enol —advirtió su padre, sabiendo el mal perder que tenía su hijo.

—Pero ¿tú has visto la suerte que tienen? ¡Que ha pillado dúplex de reyes caballos de primeras! ¡De primeras!—exclamó, sorprendido y enojado al mismo tiempo.

Mina lo asesinó con la mirada.

—No estarás insinuando que me las he preparado —advirtió.

Enol, escocido en su orgullo, se negó a dar su brazo a torcer.

—Has tirado una seña falsa.

Ofendida, la joven se llevó una mano al pecho.

—¿Yo?

—Sí. Has hecho la seña de dos pitos.

—Que me muera si es verdad —protestó, enfadada de verdad. Llamarla a ella tramposa…

—A mí también *pareciómelo* —reconoció Manel—. Has hecho así. —Y arrugó la nariz.

—Pero esa no es la seña de dos pitos —medió la anciana—. La seña de dos pitos es sacando la lengua.

Los hombres miraron a Carmina, incrédulos. Enol se giró entonces a Mina.

—¿Por eso le has sacado antes la lengua, cuando me has ganado a los pares?

—Claro —respondió esta. Al ver el gesto confundido del hombre, le dedicó una mirada pícara—. Por eso preguntamos al principio por las reglas regionales.

—Vale, dos vaques [30]a cero —aceptó Manel—. Pero antes de continuar repasemos rápidamente las señas para que no vuelva a pasar.

Enol recogió las cartas y barajó con ahínco.

—Se acabó ya *les tonteríes* —avisó, lanzando una mirada a Mina en la que le advertía que se fuera preparando.

Y aunque las mujeres jugaron tanto o mejor que los hombres, la suerte, por algún motivo, dejó de acompañarlas.

—Joder, cómo ligan estos ahora—se quejó la anciana después de perder la segunda vaca, empatando.

—Tú tranquila —pidió.

Pero era ella la que no estaba tranquila, porque el asturiano más implacable no podía ser con ellas.

Si Mina se puso a rezar en silencio fue solo para darle un canto en los dientes al asturiano, que ya se estaba pasando un poquito celebrando cada victoria.

Justo en ese instante estaban ellas a falta de siete y ellos a falta de dos, así que era momento de echarlo todo a órdago.

Cuando Mina vio la primera carta apretó los labios, pues era un rey, pero se mantuvo a la expectativa. Cuando vio que la segunda era un tres, que equivalía a un rey, se abstuvo de soltar un suspiro de alivio,

pues al menos tenía pares. Cuando la tercera vio que era otro tres, se movió inquieta, saboreando la victoria por primera vez después de muchas malas cartas.

Pero cuando vio que la cuarta carta era otro rey, gritó de júbilo.

—¡Órdago a grande!

Enol sonrió de medio lado.

—A ver con qué —dijo aceptando el órdago.

Mina mostró un rey.

Enol otro. Mina otro. Enol otro. Mina otro. Enol otro.

Mina enseñó el último y lo celebró con una enorme carcajada, sabiéndose triunfal. Carmina, eufórica, comenzó a aplaudir.

—¡Esa es mi chica! —Y chocaron las palmas, cómplices.

Enol se rascó la cabeza y miró a su padre, que no daba crédito.

—Otra vez te ha hecho el lío, *fío*.

—Qué pena… qué pena me da —y enseñó la última carta.

A Mina le faltó poco para que los ojos se le salieran de las cuencas, cual dibujo animado, cuando vio el rey.

Y dado que Enol era mano sobre ella, el juego era suyo pese a tener la musma jugada.

—¡Ese *ye* mi chico! —se guaseó Manel, que emulando la celebración anterior de las chicas chocó los cinco con su hijo.

Enfadada, desinflada y con muchas ganas de partirle la cara al asturiano, Mina se levantó, dando por finalizada la partida y admitiendo, por ende, su derrota.

—¿No vas a ver lo que he ganado? —recordó Enol cuando esta se disponía a salir por la puerta.

Mina se tragó la réplica y sacó el papel del bolso. Cuando leyó lo que él había escrito, aspiró el aire entre los dientes antes de girarse para mirarlo con todo el odio que sentía por él, que tenía ahora una enorme sonrisa de oreja a oreja.

—No hace falta que me pagues ahora. Ya habrá ocasión —fingió compadecerse el muy patán.

Mina lo miró de arriba abajo antes de despedirse con una inclinación de cabeza.

Carmina, que se apresuró a seguirla, se agarró de su brazo.

—¿Qué hemos perdido?

Mina le tendió el papel.

—Léelo tú.

Al leerlo, la anciana al principio agrandó los ojos, pero luego saltó y rio de júbilo.

—Oy, oy, oy…

—Estate quieta ya y camina. —Mina se giró hacia el bar y vio que Enol la miraba desde la ventana. Y sí, tenía esa sonrisa que hacía que a ella le entraran ganas de estrangularle.

—Pues si esto es lo que has perdido, tendremos que perder más veces.

Mina no dijo nada, ni entonces ni los minutos siguientes.

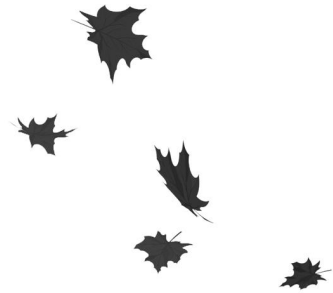
Ni siquiera cenó, sino que subió y se encerró en su habitación.

Una hora después, pese a todo su empeño, seguía sin poder dormir. Y todo porque no paraba de recrear el momento en que pagara su apuesta.

Con un suspiro, Mina agarró la nota que había dejado en la mesita de noche y la releyó.

Una vez. Y otra. Y otra…

«Quien pierda, besa».



16

Todo buen norteño sabe que cuando uno sale de casa a primera hora de la mañana tiene que ir bien abrigado y con un chubasquero, pues era más que probable que cayera una ligera llovizna, que allí llamaban orbayu mañaneru. Luego, el sol salía, tímido al principio, casi despiadado después, por lo que había que ir despojándose de ropa.

Mina comprobó ese día cómo se las gastaba el sol asturiano, pues cuando salió a andar a primera hora de la mañana, y en vistas de su último paseo, se había preparado para lo peor, pero en esta ocasión lo peor había sido el calor.

Esa mañana Mina se había puesto unos leggins deportivos y una sudadera bastante gruesa, amén del ya imprescindible chubasquero. Ya no le importaba caminar bajo la lluvia, siempre que estuviera protegida, síntoma de que se estaba aclimatando. Tanto, que el calor la pilló de sorpresa.

Tantísimo calor hacía que temió que le diera un síncope, así que se quitó la sudadera, quedándose solo con el top deportivo que hacía las veces de sujetador y con el chubasquero, que, al ser de plástico, pronto comenzó a molestarle también, así que se lo quitó y lo llevó en la mano durante el resto del paseo.

Como había salido preparada siguió el mismo camino que el día anterior, hasta llegar al punto donde Enol la recogió. Al recordarlo sufrió un escalofrío, que aumentó cuando se imaginó el momento en que le pagara la apuesta.

Continuó hacia adelante, siguiendo el camino que había tomado el asturiano el día de atrás, hasta que dio con un edificio que ya antes le había llamado la atención pero que se le olvidó preguntar a Enol por

él; se trataba de un edificio que emulaba a los hórreos y paneras, de madera y acristalado.

«Centro de Interpretación del hórreo», leyó.

A Mina le hubiera gustado entrar y visitarlo, pero estaba cerrado. Bueno, ya tendría ocasión, pues según le contó Miriam la noche antes muchas de las actividades culturales se hacían allí, como por ejemplo la presentación del cartel del Festival anual de Jazz, del cual se encargaba el ganador del certamen de pintura al aire libre.

Mina lo bordeó para examinarlo mejor, pues de pronto se le ocurrió una idea para la novela, pero al girar pegó un respingo cuando vio una figura casi agazapada. Iba a echar a correr, porque el individuo no la divisó, cuando lo distinguió.

—¿Manel? —llamó.

El hombre giró la cabeza en su dirección y emuló su respingo.

—*Muyer*, *asustasteme* —dijo cuando se repuso. Se levantó y caminó hacia ella.

—¿Qué hacías? —quiso saber ella.

Manel, a modo de respuesta, le enseñó un cigarrillo encendido, ganándose una risa suave de Mina.

—Escondiéndonos de la mujer, ¿eh?

—Uy, qué va. Si *la mi muyer* está como yo. Nos turnamos para venir aquí a fumar.

Mina no daba crédito.

—Pero ¿por qué? —quiso saber entre risas—. Es un vicio que no comparto, pero tanto como para tener que esconderse…

—Tú no tienes en casa tres doctores —se excusó Manel.

—¿Tres? —preguntó con asombro.

Vaya, así que Enol era doctor…

Manel dio una calada y pidió a la joven que se sentara con él.

—Bueno, Nel no *ye* propiamente un doctor, pero estudió psicología y sabe un rato largo de adiciones y se pone muy pesado con el tema. Llara todavía no se ha graduado, pero como si lo fuera. Y Enol… ese *ye* el peor de todos.

—¿Qué tipo de doctor es Enol?

—Cirujano plástico —respondió Manel con orgullo de padre.

Mina se abstuvo de soltar un resoplido.

—Vale, ahora entiendo lo de las fotos de tetas que le envía un tal David —dijo casi de forma condescendiente, sobre todo porque recordó la tarjeta de una clínica de estética que Miriam le dio el día anterior de parte de Enol.

Todavía escocía aquello…

—David *ye* su socio. En realidad, son cinco trabajando; dos jóvenes que se encargan de los retoques más básicos, David, que es cirujano maxilofacial experto en rinoplastia, Marina, que *ye* cirujana de

digestivo y Enol, que se encarga de las reconstrucciones de mama. Tienen la clínica en Oviedo… —Miró de reojo a Mina y sonrió con picardía—. Bueno, creo que tú ya sabes dónde queda.

La joven resopló.

—Ya les dije que fue pura casualidad y…

—¡So! —pidió levantando las manos en señal de tregua—. Que no *ye* conmigo con quien tienes la guerra.

—Yo no tengo guerra con nadie —protestó.

Manel rio por lo bajo y le pellizcó la mejilla de forma paternal.

Mientras apagaba el cigarrillo y sacaba otro de una pequeña pitillera, Mina lo observó. Era guapo, a sus pasados sesenta años, con su buena mata de cabello, ya cano, y sus ojos azules, avispados, chispeantes, como los Enol, pero, al mismo tiempo, cálidos y tímidos, como los de Nel.

Se le veía buena gente. La relación estrecha que tenía con sus hijos era una muestra de ello.

Por un segundo, y mientras Manel se encendía el cigarro, Mina se preguntó cómo sería crecer con un padre, pero entonces recordó las circunstancias a las que los empujó el suyo y sacó el pensamiento de su cabeza.

—Le *prestas* —confesó.

Mina arrugó la frente, perdida.

—¿Qué le presto?

Manel se rascó la cabeza, pero luego sonrió.

—No, no. *Prestar* de gustar, no de dejar algo.

—Ah… —respondió Mina, los ojos muy grandes, maravillada con la forma de hablar de esas gentes—. Perdone, no hablo bable.

Manel prácticamente escupió.

—¿Ba-ba… Bable? No, no, guaja. Aquí no lo llamamos así.

—¿No? ¿Y cómo lo llaman?

—Pues… *asturianu*— respondió como si fuera obvio—. O la *llingua asturiana*. No oirás a ningún *asturianu* referirse a ella como bable. Y no cambies de conversación y responde.

Mina agitó la cabeza, perdida.

—Que responda ¿a qué?

—Pues a si te gusta o no mi *fio*.

—No lo ha preguntado —respondió Mina, alerta.

—Lo estoy haciendo ahora. ¿*Prestate*? —Como Mina miró al suelo y se movió inquieta, Manel sonrió—. Sí, *prestate*. Y eso me pone muy contento y muy triste a la vez.

—¿Y eso por qué?

—Contento porque le haces bien. Nunca lo había visto tan vivo. —De pronto miró al frente y arrugó la frente—. Triste porque le va a costar un riñón conquistarte. —Clavó sus ojos en Mina con fijeza.

Había casi una súplica en ellos—. Tienes todas las puertas cerradas.

Mina apretó los labios.

—No he tenido una vida fácil.

—Se ve, se ve. Tú no lo sabes, pero se te escapa el alma por los ojos, por eso sé que *prestate* Enol, pero que, al mismo tiempo, pondrás todo de tu parte para no entregar tu corazón. —Manel dio una calada y volvió a mirar al frente. En ese momento volvía a sonreír—. Pero hasta las puertas más recias se vienen abajo ante una avalancha de agua.

Mina recordó el significado del nombre de Enol y compuso una mueca descreída.

—Que lo intente —advirtió.

—Oh, lo hará. Si su corazón le ha susurrado que tú *yes* su *bruxa* roja, lo hará.

Mina se envaró.

—¿*Bruxa*… roja?

Manel rio y le palmeó la rodilla. Cuando Mina se enfrentó a su mirada azul, había ternura y nostalgia en los ojos del anciano.

—Cosas de su madre.

—Llara —recordó Mina.

Manel alzó las cejas.

—Vaya, veo que te han hablado de ella.

—Sí, bueno, no. No a mí. Valeria le contó un poco por encima a Carmina, pero no se lo tengas en cuenta, que a veces Carmina puede ser muy insistente.

—¿Y por qué se lo voy a tener en cuenta? No *ye* ningún secreto. Mi Llara murió, pero *envióme* una nueva familia, mi Valeria y mi Llarina.

Mina se mordió el labio para no preguntar, pero al final decidió hacerlo.

—¿Por qué le pusieron a la pequeña el nombre de Llara?

—Ah, eso fue cosa de Valeria, en su honor. Más riquina que *ye la mi muyer*…

Mina entonces, al oírle hablar con tanto cariño y ternura de Valeria, supo que no se había casado por no estar solo ni por darles a sus hijos una madre; realmente estaba enamorado de ella.

—Manel…

—¿Sí, *fía*?

Como el hombre parecía dispuesto a hablar, Mina se atrevió a seguir preguntando.

—¿Cuántos años tenían los gemelos cuando…?

—¿Cuándo murió su madre? Siete años.

—Pobres… ¿Y lo pasaron muy mal?

Manel pareció pensar la respuesta.

—Los primeros años, sobre todo Nel, pero todo se normalizó

cuando llegó Valeria. Realmente fue una suerte para nosotros, pero aun así la enfermedad y muerte de su madre los marcó de un modo. A todos nos marcó —acabó susurrando, pero luego, cuando la miró, había esperanza en su semblante—. Con Nel nos equivocamos, pero me da en el corazón que Enol va a tener más suerte.

Como Mina no quería meterse en terreno pantanoso, se encogió de hombros a modo de respuesta. Manel suspiró con cansancio.

—No te voy a engañar; Enol *ye* terco, pendenciero y a veces un poco *fatu*, pero *ye* un *home* íntegro y de palabra.

Mina lo miró con recelo, porque quería creerle, pero no debía hacerlo.

—De esos ya no quedan, Manel.

—¿Tú crees? —Como Mina insistió en su negativa, Manel sonrió de medio lado—. ¿Y a cuántos *homes* conoces que lleven la promesa que le hizo a su madre con apenas seis años hasta el extremo de graduarse *Cum Laude*?

Mina abrió y cerró la boca, atónita.

—¿Se hizo cirujano plástico por una promesa a Llara?

El hombre asintió.

—Sí, *fía*. No porque quisiera estar viendo tetas todo el día. Y eso te dará una idea del tipo de *home que ye*.

Manel, intuyendo que no iba a conseguir que la muchacha hablara, se levantó y echó a andar.

—¡Manel! —llamó Mina.

—Dime, *ñeña* —pidió deteniéndose y girándose ligeramente.

Mina se apretó los labios, pero luego, resuelta, alzó el mentón.

—¿Sabe dónde puedo encontrar a Enol?

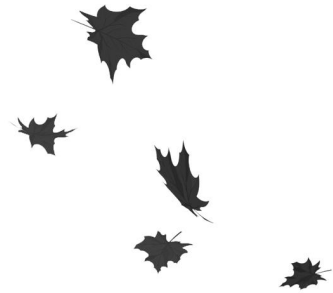
—¿A esta hora? Seguro estará en su casa.

—¿Su casa? —preguntó Mina, porque tenía entendido que vivía con Manel.

—Sí, la última casa del camino que va al Rebolón, la de la fachada roja. ¿Por qué?

Mina se levantó y caminó hacia él.

—Tengo algo que darle.



17

A Enol le encantaba Marea, sobre todo cuando trabajaba. Esa mañana, y pese a que tenía una revisión en la clínica a media mañana, se había levantado con ganas de trabajar en la casa.

El porqué de esas prisas repentinas era algo que intuía, pero que de momento prefería pasar por ello de puntillas.

Era tan pronto…

¿Cuánto tiempo hacía que la conocía? ¿Tres, cuatro días?

Sí, demasiado pronto.

Pero, si era así, ¿por qué sentía que ya pertenecía a su mundo, como si llevara en él toda la vida?

«*Ye* por el sueño», se dijo.

Mientras metía el rodillo en el bote de pintura, Enol frunció el ceño.

Si bien era cierto que nunca había hecho caso a la predicción de su madre, al contrario que Nel, que tal pareció que incluso forzó la suya (para mal), Enol intuía que esta acabaría cumpliéndose, sobre todo cuando comenzó a soñar con la anciana.

Con alguien muy, pero que muy parecido a Carmina.

O, al menos, con una nariz muy similar; nariz de bruja.

Al principio Enol no había relacionado sus sueños con la predicción de su madre, porque la anciana pese a tener aspecto de bruja, no era roja.

Hasta que vio a Mina. Como dijo su hermano, toda ella roja.

Muchos años atrás, y debido a esos sueños, Enol llegó a la conclusión de que solo encontraría a la mujer de su vida en su vejez, por lo tanto nunca había tenido el más mínimo interés en echar raíces. Cierto que había tenido muchas relaciones, aunque ninguna formal.

¿Para qué perder el tiempo? Pero, además, influyó un factor importante en esa conclusión, y era que nunca, jamás, había vibrado como lo hacía ahora cada vez que se encontraba con Mina y sus miradas se cruzaban.

Sí, a Enol le gustaba Mina. No supo en qué momento sucedió, con lo mal que le cayó cuando la conoció, pero que le gustaba, le gustaba. Y mucho. Tal vez demasiado. Y aunque según las señales que Mina le enviaba el sentimiento era mutuo, presentía que la joven no se lo iba a poner fácil, que era tan terca como él, orgullosa como ella sola y, además, totalmente cerrada al amor.

Lo sabía por la forma que tenía de mirarlo; con una advertencia de prohibido tocar so pena de recibir un guantazo mezclado con la súplica silenciosa de que no la lastimase.

Enol sonrió al tiempo que comenzaba a pasar un rodillo por la pared, porque daño, lo que se decía daño, no era precisamente lo que quería hacerle a la madrileña.

Más bien al contrario.

Al pensarlo sintió un tirón en la entrepierna, a la que miró con amonestación.

Decidido a acabar ese día de pintar por lo menos una pared del salón, echó a Mina de su mente, pero entonces sonó la canción Muchas lanzas, de Marea, y volvió a pensar en ella, porque recordó que era la canción que Mina llevaba de tono de llamada en su smartphone y lo mucho que le gustó a él que compartieran gustos musicales.

Alguien llamó a la campana de fuera, así que como la puerta no tenía el cerrojo echado, gritó para que el visitante entrara.

Cuando vio de quien se trataba, la recibió con una enorme sonrisa y con una mirada lasciva cuando apreció su figura, sus leggins ajustados que resaltaban esas piernas que tanto le gustaban a él y ese top que dejaba al aire su tripita.

—Hola, Enol. Marea, ¿eh? —dijo guiñándole un ojo, cómplice.

—Vaya, vaya… —fue el recibimiento que Enol le dio—. Mira a quién tenemos aquí. ¿Qué, vienes a pagar tu deuda?

—Tus ganas —susurró, pero luego alzó el mentón y lo encaró—. Tu padre me dijo que podría encontrarte aquí y... ¡Ohhh!

Enol miró hacia donde miraba ahora la joven, que avanzó unos pasos hacia ello. Cuando el asturiano vio lo que había llamado tanto la atención de Mina, sonrió más y la siguió.

—Y así, *ñeña, ye* cómo *Asturies* te roba el alma —dijo cuando llegó a su lado, mirándola con intensidad y en un susurro—. Así *ye* como la tierrina se te mete dentro.

—Madre mía, Enol —susurró ella ignorando su comentario, maravillada frente a la pared acristalada que mostraba un paisaje de

ensueño; las montañas, coronadas de nieve y los prados, de un verde cegador. Asturias en su máxima expresión—. Qué vistas…

—¿*Prestate*?

—¿Gustarme? —Mina lo miró con sus enormes ojos azules agrandados, maravillados aun por el paisaje—. Es de… ensueño.

Enol se mordió las mejillas por dentro para no sonreír como un idiota por el cumplido.

—Pues imagina cuando esté acabado. Ven, que te enseño la casa.

Mina se dejó llevar por él, sorprendida cuando él tomó su mano y la arrastró escaleras arriba. Como al llegar al piso superior él seguía agarrando su mano, ella se soltó molesta y lo miró como diciendo: «¡Menudas confianzas!».

Él, en cambio, refunfuñó al verse privado del agarre.

¡Qué manos más suaves tenía!

La casa era enorme, de dos plantas más un ático. La baja era una planta abierta, donde la cocina se mezclaba con el espacio reservado al salón, con su acceso a la galería, sus paredes acristaladas y su chimenea. La planta superior tenía mucho trabajo por delante, pero según le contó Nel contaría con cinco habitaciones, de las cuales una sería un vestidor, y dos baños. El ático era lo que peor estaba, pero como Enol quería poner un pequeño despacho y un gimnasio, no tenía gran prisa en terminarlo.

—Es enorme —dijo Mina cuando bajaron a la planta principal.

—Pues me costó dos duros —informó Enol abriendo una mini nevera y tendiéndole una cerveza a Mina, que rehusó. No así a la Coca-cola, que agradeció con una sonrisa—. Estaba fatal.

—Tiene mucho trabajo, cierto —reconoció ella—. Pero ya solo con las vistas merece la pena. En Madrid matarían por una casa así. ¿Cuánto te ha costado, si no es indiscreción?

—No lo es. Unos cincuenta.

Mina agrandó mucho los ojos.

—¿Millones?

Enol se atragantó con la bebida.

—¡No, *muyer*! ¿Cómo va a costar cincuenta millones? Cincuenta mil euros.

Mina abrió la boca. Estuvo con ella así varios segundos, asimilándolo, hasta que agitó la cabeza.

—Lo flipo.

—En Asturias el precio del suelo suele ser más barato, sobre todo en los pueblos. Si a ello le sumamos las condiciones en las que estaba la casa, y la prisa de los herederos por venderla, pues pude hacer un buen trato. Además, cuando quiero algo puedo ser muy persuasivo.

Era una advertencia, que a juzgar por la mirada altanera que Mina le lanzó había captado a la primera.

Por desgracia, esa mañana la muchacha no parecía querer entrar en su juego, o tal vez las vistas la habían impresionado tanto que no quería guerra.

—Me encanta —dijo al cabo—. Y a ese precio… Vamos, dime dónde puedo adquirir una casa así a este precio y firmo con los ojos vendados.

Enol la miró con intensidad.

—¿Te vendrías a Asturias?

Mina se encogió de hombros.

—¿Por qué no? No tengo nada que me ate a Madrid.

El asturiano se removió, inquieto, cuando su corazón comenzó a galopar con brío por la información recibida.

—¿No tienes familia? —quiso saber.

—Solo tengo a mi hermana —respondió ella, más tiesa que una tabla—. Y vive en Toledo…

Enol asintió como indicando que aceptaba que no diera más datos, porque lo cierto era que la joven había hablado de forma bastante cortante. Al menos, de momento no haría preguntas sobre su familia, aunque sí sobre…

—¿Y novio?

Mina lo miró de arriba abajo.

—Si tuviera novio no sé qué coño haría aquí perdida.

Enol sonrió y bebió otro trago, pero luego frunció el ceño.

—¿Y Carmina?

—¿Qué pasa con ella?

—Has dicho que solo tenías a tu hermana cuando he preguntado por tu familia.

La muchacha enrojeció y apartó la mirada.

—Eso es mucho más complicado de explicar…

—Eres escritora. No creo que tengas problemas.

Mina sonrió de forma cínica.

—Vale, me corrijo: eso es mucho más complicado de entender.

Enol chascó la lengua.

—Ñeña, mira que si has venido a insinuar que soy tonto… —dijo, dejando la advertencia en el aire.

—No, no, vine por otra cosa.

—A darme un beso —recordó él con una sonrisa de canalla.

—Que no, cansino —regañó ella alargando las vocales. Se cuadró y lo enfrentó—. Vine a disculparme.

La sorpresa de Enol fue evidente.

—¡*Meca*! Eso *ye* nuevo.

Como lo dijo riéndose, Mina comenzó a gruñir.

—Si vas a reírte me voy por donde he venido.

—Vale, vale. *Entós*, ¿disculparte, por qué?

—Por llamarte putero.

—¿Ya no crees que lo sea?

—No.

—¿Y qué te ha hecho cambiar?

Mina sonrió de medio lado.

—Tu padre. Me encontré con él en…

—El Centro de interpretación —acabó él por ella.

Mina agrandó mucho los ojos.

—¿Acaso nos vistes?

—No.

—¿Entonces cómo lo sabes?

Enol hizo una mueca.

—Porque todas las mañanas va por allí. Y Valeria también. A fumar —añadió guiñando un ojo.

—Lo sabes…

—Claro que lo sé. Todos lo sabemos.

Mina lo miró con el ceño fruncido.

—Y si lo sabéis, ¿por qué no les dejáis fumar a gusto?

—Porque entonces fumarían mucho más. Y un par de cigarros al día tienen un pase. Más, no. ¿Tú fumas?

—En mi vida —dijo entre risas—. Creo que le cogí asco por lo mucho que fumaba mi madre. Mira, ese es uno de los vicios que no he heredado de ella.

Enol procesó rápidamente el trasfondo de sus palabras. Tal vez Mina no fue consciente de la cantidad de información que había dado en una sola frase.

—¿Y cuáles sí?

Pensó que Mina no iba a responder, porque la vio negar con la cabeza, pero para su sorpresa, dijo:

—El *drinking*. Bueno, no es que tenga vicio propiamente dicho, al menos no soy una alcohólica —añadió rápidamente al ver la cara de asombro de Enol—, pero sí que suelo beber… alguna copita… de vez en cuando.

—No *ye* malo, si lo haces de forma ocasional. Créeme, hablo con propiedad.

—Bueno, sí. —Mina miró al frente y suspiró. Era increíble el efecto sedante que el paisaje tenía sobre ella, pues no pudo evitar susurrar—: Me encanta. Me tiraría horas aquí sentada mirando por el ventanal.

Enol se sentó en el escalón que separaba la cocina del salón e invitó a Mina a hacer lo propio.

—Pues esto mismo quiero hacerlo en el dormitorio —informó Enol —. Imagina, Mina, lo que sería hacer el amor con estas vistas…

Mina se apartó un poco de él y lo miró con encono.

—Yo no tengo que imaginar nada —protestó—. Ahora, como lugar

de inspiración es… Uau.

Enol sonrió y dio un trago a su refresco. Durante todo un minuto permanecieron así, uno sentado al lado de la otra, mirando al frente y sin hablar, perdidos en uno de esos silencios en los que se dicen muchas cosas y se procesan otras tantas. Cómodo, en cualquier caso.

—Tu madre ¿era alcohólica? —fue Enol quien rompió el silencio, ganándose con ella un bufido de Mina. El asturiano pensó que, de nuevo, la joven iba a rehusar responder, pero, y otra vez de nuevo, se equivocó.

—No. No era alcohólica. —Hizo una pausa, donde miró a Enol de reojo antes de fijar la vista al frente—. *Es* alcohólica.

De nuevo volvía a ser cortante, pero Enol no dio su brazo a torcer e insistió. ¿Por qué? Porque quería saberlo todo de ella; lo bueno, lo malo, lo peor… Todo.

—Y, por lo que intuyo, no quiere ayuda.

Mina resopló.

—¿Ayuda? Ni aunque le paguen por ella. Además, no está en mi mano salvarla. Mira, en eso también me parezco a ella, en lo egoísta.

Enol rio por lo bajo.

—Tú no eres egoísta.

Mina se giró un poco para mirarlo de frente.

—Mucho, Enol. Me guste más o menos, es un defecto que he heredado de ella… O una consecuencia de las circunstancias.

—Y esas circunstancias son… —animó él.

Mina lo miró con fijeza, como si se estuviera debatiendo sobre hablar de ello, o dejarlo pasar. Cuando suspiró, Enol supo que finalmente se abriría.

—Pues un padre que se marchó a otro país, dejándonos solas a mi hermana y a mí con una madre despechada, ludópata, alcohólica y vete tú a saber si también drogadicta.

—Jo-der —se le escapó a Enol.

Mina asintió, porque esa palabra, y expresada de esa forma, lo decía todo.

—¿Quieres escuchar toda la historia?

—¿Quieres contármela tú? —preguntó Enol a su vez.

—Asombrosamente, sí. —Compuso una sonrisa ladeada que le daba un aspecto de pilluela—. Por norma general a mis enemigos no les doy ni agua, pero creo tú no vas a aprovecharte de mis puntos débiles, sobre todo porque no te voy a dejar —advirtió.

—Tranquila, que este enemigo no usará tus defectos en tu contra —se rio.

Mina sonrió de forma tímida, pero luego se puso seria.

—Éramos una familia de bien, ¿sabes? Corría el año noventa y seis, cuando más trabajo había y gozábamos de un estado de bonanza. Mi

hermana y yo íbamos a un colegio privado, vivíamos en un chalet enorme y se podía decir que éramos niñas bien, pero entonces le salió un trabajo a mi padre, que era ingeniero de caminos, en Perú. ¿Sabes cuáles fueron las últimas palabras que nos dijo? «Vamos a ser millonarios». No un «Os quiero», ni un «Os echaré de menos», no. Vamos a ser millonarios. En realidad yo apenas noté su ausencia, porque tiraba más por mi madre, pero mi hermana, que es tres años mayor que yo y ya se iba oliendo el percal, adoraba a mi padre, así que lo pasó francamente mal.

»Yo no supe hasta pasado un año de su marcha que mi padre no tenía ninguna intención de volver, porque allí conoció al amor de su vida —dijo con petulancia y haciendo el signo de las comillas con los dedos—. Así que ahí estábamos las tres, mi hermana llorando por las esquinas, mi madre encerrada en su cuarto bebiéndose hasta el agua de los floreros y yo… Bueno, yo en mi cuarto escribiendo cuentos».

—Así que lo de escritora no es algo fortuito.

—No. Es algo que forma parte de mí desde bien pequeña. Era mi…

—¿Vía de escape? —aventuró Enol.

—Exacto.

—¿Y ahora?

Mina chistó.

—No, ahora ya forma parte de mí y no tengo forma de desprenderme de las musas.

Enol sonrió con ternura.

—Hablas como Nel… —Suspiró y miró a Mina de reojo. Se preguntó por qué ahora la veía más… bonita. Y más accesible—. ¿Cómo conseguisteis salir adelante?

—Malamente. Mi madre no trabajaba, y el dinero que mi padre mandaba no llegaba para todos sus gastos… Y repito: sus gastos. Durante mucho tiempo intentó mantener el mismo tren de vida, con su visita semanal a la peluquería, sus tardes en el bingo con las amigas, sus ropas caras, sus bolsos de Louis Vuitton y sus zapatos altos de tacón… —Mina apretó los labios con rabia—. La admiraba, Enol. La veía tan elegante, tan hermosa… Y, al mismo tiempo, tan inaccesible… Tenía la impresión de que ni subiéndome a una escalera conseguiría llegar hasta ella, que no había forma de llamar su atención. Y lo intentaba, con todas mis fuerzas.

Mina guardó silencio y miró al suelo, recordando.

Enol tuvo el deseo de estrecharla entre sus brazos, pero supo que en ese momento ella lo rechazaría.

No, en ese momento Mina estaba lidiando con su pasado. Y en esa guerra Enol no tenía cabida.

Solo esperar.

—Fíjate si la admiraba, Enol, que estaba ciega. Nunca creí que

fuera culpa suya que nos cortaran la luz y el agua, ni que no hubiera ni un triste yogurt en la nevera, sino de mi padre, que, como mi madre decía, no nos enviaba dinero. —Mina rio con cinismo—. Patrañas, Enol. Puras mentiras. Mi padre no solo pagaba la manutención impuesta por la ley, sino mucho, mucho más. Enviaba a mi madre la friolera de trescientas mil pesetas, unos mil ochocientos euros al mes. Él creía que seguíamos en el colegio, y dado que la casa estaba pagada, pues la heredó de sus padres, nunca supo la verdad. Y la verdad era que mi madre se gastaba todo el dinero en ella. Entró en un círculo vicioso del que ya ni quería ni podía salir; se lo fundía todo en el bingo, y luego, cuando ya casi no le quedaba dinero, lo intentaba en las tragaperras. Se jugaba el dinero de la comida, Enol, y luego, cuando lo perdía todo, subíamos a casa, sin compra, con hambre y frío porque no teníamos calefacción… Asustadas, Enol, cuando le entraba un ataque psicótico y rompía todo. Aterradas cuando perdía el conocimiento y pensábamos que se había muerto…

Esta vez no pudo, ni quiso, evitarlo, así que le agarró la mano y se la estrechó. Y cuando ella lo miró, él tuvo la sensación de que la veía de verdad, que ella se estaba desnudando para él.

—¿Y Carmina? —dijo tras unos segundos de tregua.

Mina suspiró.

—Carmina entonces estaba… lejos. Muy lejos.

—¿Por eso la odias?

Mina alzó las cejas.

—Yo no odio a Carmina.

Enol asintió, terco.

—Tanto como odiar quizá no, pero os miráis de una forma que pone los pelos de punta.

—¿Cómo? —quiso saber ella, recelosa.

—No sé… Alertas. Con un millón de reproches.

Mina se encogió de hombros, pero luego frunció el ceño.

—Creo que lo que nos pasa es que en realidad somos unas desconocidas… Da igual —cortó—. Ya estamos trabajando en ello.

—Pero, si ni tu madre ni Carmina se encargaban de vosotras, ¿quién lo hacía?

Mina sonrió con afecto y ternura, una sonrisa preciosa que no había visto hasta ahora.

—Nuestras vecinas. Ellas nos salvaron. Y mi hermana… Ella tuvo que asumir desde bien pequeña el papel de madre. Creo que por eso ella es tan familiar y yo tan… despegada. —Mina sonrió con tristeza esta vez—. Hay que ver lo que son las cosas, Enol. Mismas circunstancias, diferentes personalidades.

—Es normal —respondió Enol, que tenía el corazón en un puño por la información recibida—. Como dices, tu hermana era mayor como

para saber la verdad y no tener a tu madre en el pedestal en el que tú la tenías. Ella ya tenía criterio suficiente como para entender mejor los motivos de tu padre. —Enol ladeó la boca, pensativo—. Tú, sin embargo, debiste de crecer odiándolo.

Mina asintió.

—Pero en realidad no era un odio propio. Era un odio manipulado. Mi madre decía que había que maldecirlo, que él era el causante de todas sus desgracias, y yo no tenía más remedio que creerla, porque, al fin y al cabo, ¿qué otro referente adulto tenía? Ninguno.

—¿Y nunca has tenido contacto con tu padre?

Mina se mordió el labio superior.

—Vino una vez, cuando ya éramos adultas, para cambiar las escrituras de la casa a nuestro nombre y que hiciéramos con ella lo que quisiéramos, pero ya era un desconocido para nosotras. El contacto cero funciona, ¿sabes? No sentí nada cuando lo vi. Nada.

—¿Y es por eso por lo que no tienes novio?

Mina lo miró, sorprendida.

—¿Y qué tiene que ver?

—No sé. El psicólogo *ye* Nel, no yo, pero vamos, tampoco hay que ser un lumbreras para saber que muchas veces la imposibilidad de enamorarse es debido a un trauma infantil.

—Pero yo me puedo enamorar —protestó ella—. De hecho, lo hice. Varias veces —se rio, pero luego se puso seria—. Aunque tal vez tengas algo de razón, porque lo cierto es que solo con Esteban cuajó la cosa.

Y llegaban a un punto muy interesante para Enol.

—No, no cuajó. Y a las pruebas me remito, porque ya no estás con él, ¿me equivoco?

Mina se encogió de hombros.

—Bah, eso fue culpa mía.

—¡*Meca*, una mujer reconociendo su culpa! —Como Mina le pellizcó, él se echó a reír, pero luego sonrió—. No, ahora en serio, así que no tienes ningún problema con los hombres.

—Pues no. De hecho, Esteban es un cacho de pan al que todavía adoro.

—Pero…

—Pero la cosa se enfrió, aunque nos quisimos mucho. Muchísimo. En realidad, creo que el problema lo tengo conmigo misma —reconoció.

—Pues yo creo que no os queríais tanto como dices. El amor verdadero no se enfría.

Mina lo miró con asombro al principio, con frío cinismo después.

—No tienes pinta de creer en el amor verdadero —le picó.

—¿Por qué?

—Mírate. Estás… soltero.

—*Cagondiola*, porque no he encontrado a mi media manzana —replicó como si fuera obvio.

—¿Media manzana? —se rio Mina.

—Bueno, aquí lo que más abundan son las manzanas. Ya sabes lo que dicen de Asturias, que es el paraíso, o sea, manzanas, pecados… —terminó alzando y subiendo las cejas con picardía.

—Idiota —se rio ella golpeando su hombro con el de Enol.

Enol sonrió a su vez, pero luego retomó la conversación.

—¿Y qué es de tu madre?

Mina se encogió de hombros.

—Lo ignoro. Cuando yo cumplí los dieciocho mi hermana la echó de casa y nunca más supimos de ella. Por Nana lo hubiera hecho antes, pero no pudo debido a que mientras que yo fuera menor ella tenía la custodia y por tanto el derecho de uso de la casa. Al cumplir la mayoría se le acabó el chollo de tener un techo sobre el que dormir. Lo mismo regresó a Barcelona. Lo mismo está en la calle, viviendo en ella o haciéndola. Lo mismo hasta está muerta.

—¿Y eso cómo te hace sentir?

Mina negó con la cabeza.

—Me robó lo más preciado que tiene una persona: la infancia. Nos obligó sin querer a trabajar el desapego, a buscarnos la vida por nuestra cuenta, a desear tener contacto cero. Cuando se fue, lo que sentí fue alivio. —Para reforzar sus palabras suspiró, como si se acabara de quitar ese peso de encima—. No pienso en ella, Enol. Ni para bien, ni para mal. Ya hizo todo el daño que podía hacer. Ahora soy yo la que está arriba. Ahora es ella la que está bajo la escalera. Ahora soy yo la inalcanzable.

Enol le apretó la mano antes de besársela.

—Gracias.

Mina arrugó la frente.

—¿Gracia por qué?

—Por desnudarte para mí.

Y, como en esta ocasión, no había nada de sexual en sus palabras, Mina le sonrió con afecto.

Con camaradería, incluso.

—Ha sido fácil —admitió—. Lo cual es extraño, porque ni siquiera con Esteban lo hice. Tal vez tenga que ver que tú seas un desconocido.

El asturiano resopló.

—Y dale molino… ¿En serio? ¿Todavía estamos con esas?

—Hombre… es que aparte de que eres un chico que vive con sus padres…

—Hasta dentro de poco —cortó él, enfurruñado.

—Que te gusta picarme… —continuó ella.

—Eso sí —admitió él con una sonrisa lobuna.

—Y que te hiciste cirujano plástico para ver tetas todo el día…

—¡Oye! —protestó, ahora sí que sí enfadado de verdad.

Por lo menos, hasta que ella rio, con una risa sincera y cantarina que conseguía disipar cualquier nubarrón.

—Estaba bromeando. Ya tu padre me dijo que lo hiciste por una promesa a tu madre.

Enol compuso un gesto de infinita ternura.

—Así fue. ¿Quieres que te cuente cómo fue?

Mina ladeó la cabeza, pensativa. Cuando lo miró a él, estaba algo sonrojada.

—Quiero que quieras contármelo.

Tal vez ella no fue consciente, o, como era habitual en ella, no había usado ningún filtro para hablar, pero había revelado muchísimo más de lo que le hubiera gustado.

Porque sí; Enol captó lo que había implícito en sus palabras.

Iba a responder, pero entonces sonó una alarma, provocando un respingo en Enol.

—*Cagondiola*, pero ¿qué hora *ye*?

Mina se encogió de hombros, porque no usaba reloj y el móvil se lo había agenciado Carmina con la excusa de que a ella le distraía.

Enol fue hasta el móvil y agrandó mucho los ojos.

—Las doce ya… —Miró a Mina con una disculpa en sus ojos—. Tengo que irme. Tengo una revisión en la clínica a la una y…

—No te preocupes —dijo Mina levantándose—. Ya otro día te desnudarás para mí.

Enol sonrió de oreja a oreja.

—¿En el sentido literal, o en el figurado?

—En el figurado, claro —respondió ella en un tono que dejaba claro que no, que no solo era en el figurado y mientras pasaba por su lado y se encaminaba hacia la puerta.

—¡Eh! —gritó Enol en un tono protestón—. ¿Y qué pasa con mi beso?

Mina se detuvo y lo miró por encima del hombro, con los ojos entrecerrados y la cabeza ladeada.

—Está bien —aceptó, dándose la vuelta y caminando hacia él—. Te lo has ganado.

Enol contuvo la respiración, a la expectativa. Incluso cerró los ojos y se inclinó cuando ella se detuvo frente a él.

Llegó incluso a bajar la cabeza para encontrarse con sus labios, al tiempo que entreabría los suyos.

Y el beso al fin llegó.

Un beso suave, dulce, cálido y… en la mejilla.

Sorprendido para mal, la miró de arriba abajo.

—Pe… pe…

—Ea, deuda pagada —dijo ella con una enorme sonrisa de victoria.

—De eso nada. Yo me refería a otro tipo de beso.

—¿A qué tipo? —quiso saber ella con falsa inocencia.

—Pues a uno de verdad —respondió Enol como si fuera boba—. En la boca. Con lengua…

—Ah, ¿con lengua y todo?

—Con mucha lengua —susurró él, lobuno.

Mina lo miró fijamente. Un segundo. Dos. Tres.

—Pues haberlo especificado —dijo antes darse la vuelta y echar a correr hacia la puerta y sin darle margen a que él reaccionara y corriera tras ella, el rojo cabello al viento diciéndole adiós.

Y Enol se quedó allí, encendido. Frustrado. Cabreado. Ilusionado.

Con el corazón gritando que sí, que era ella.

Que era su bruja roja.

—*Al platu vendrás, arbeyu*…

Y, si no, el plato tendría que ir al guisante, pero él no se quedaba sin su beso.

18

Cuando Mina entró en la casa, prácticamente a la carrera y entre risas, la anciana supo que lo que había sentido no habían sido imaginaciones suyas.

—¿Qué ha pasado, qué ha pasado?

Mina sonrió, pero fue a la cocina, donde abrió la nevera y agarró una botella de agua. Mientras bebía, miró de nuevo a la anciana y esta pudo ver la risa bailando en sus ojos.

—¿Qué ha pasado de qué? —preguntó a su vez cuando acabó de beber.

—Le has visto, ¿a que sí?

Mina sonrió, pero al ver su reflejo en el cristal y ver la magnitud de su sonrisa se alarmó.

Vaya, sí que le estaba dando fuerte con el asturiano.

—Luego te cuento. Voy a darme una ducha.

—Vale, pero dime qué te apetece de comer.

—Fabes.

Como Mina todavía no había sucumbido a los placeres culinarios de la tierrina por la dieta, la anciana agrandó los ojos.

—¿Fabes?

—Fabes —confirmó ella asintiendo con la cabeza—. Con su compango y todo.

—¿Y me lo dices ahora, criatura? ¿Tú sabes lo que cuesta hacer unas fabes en condiciones, eh?

Mina rio mientras subía las escaleras.

—He hecho reserva en el restaurante que vimos cuando regresamos del teatro, la Nozaleda —informó cuando vio que la anciana la seguía

al piso de arriba.

—Ay, qué bien. Entonces, ¿hoy no escribimos?

—Lo que digan las Musas —dijo entre risas y mientras rebuscaba en la maleta—. Ah, aquí está.

Sacó un top rojo de estampado Vichy, escote en uve y anudado al cuello que conjuntó con un pantalón corto de cintura alta y con dos hileras de botones en el frente que provocó un resoplido en la anciana.

—Pero alma cántaro, ¿dónde me vas tan fresca?

—Hace un calor que te mueres —replicó la joven—. Ya verás cuando salgas a la calle. —Miró en derredor y se frotó los brazos—. Esta casa, en cambio, parece una tumba.

—Vale, pero por si acaso, cógete una chaqueta. —Miró las piernas de Mina cuando se quitó los leggins y chasqueó la lengua—. Y unas medias.

Mina la ignoró y se metió en el baño, donde se dio una ducha larga y relajante.

Mientras dejaba que el agua acariciara su cuerpo pensó en el extraño efecto que Enol tenía sobre ella, porque unas veces quería matarlo, otras achucharlo y otras tantas —muchas más— besarlo.

Pero un beso de verdad. Con lengua.

«Con mucha lengua», recordó que había dicho el asturiano, a lo que sonrió como las tontas, pero luego, cuando imaginó el beso, se encendió.

Mucho.

Tanto como para meter la mano entre sus piernas y…

—Oye, Mina, ¿qué te parece este conjun…? —irrumpió la anciana, porque, como era costumbre en ellas, la joven no había cerrado la puerta del baño—. ¿Qué hacías?

Mina protestó, porque por una vez que sentía un latigazo de pasión, tenía que venir la vieja a estropeárselo.

—Ducharme, ¿no lo ves? —dijo ahogándose en su propio deseo y dándole la espalda.

La anciana en ese instante se abanicó con las manos, pero entonces sonrió con picardía.

—Ay, ay… Te estabas masturbando, ¿a que sí?

—¡Carmina! —gritó roja de vergüenza.

—A mí no me engañas. Y si no, dime tú a cuento de qué tengo yo este sofoco tan tonto. —La anciana ladeó la cabeza, hasta que asintió —. Venga, fuera, que si tú no te avías me avío yo.

—¡Carmina! —volvió a gritar, totalmente escandalizada de solo pensar en ella… tocándose—. ¡Puaj!

—Puaj para ti. Mmm para mí —se rio la anciana, que esperó a que Mina saliera de la ducha para meterse ella y mientras se desvestía.

—Vieja verde… ¡Hostias, al final nos operamos las tetas! —gritó al

ver a la anciana desnuda, con casi todo colgando menos el pecho, que seguía ahí, más firme que una roca.

Carmina se miró a sí misma y luego a Mina.

—¿No te habías dado cuenta?

—Pues no. —Se acercó y presionó con el dedo índice el pecho de la anciana—. Qué tía… Están más duras que una piedra.

La anciana rio por lo bajo y se metió en la ducha, zanjando la cuestión, pero cuando Mina salió e hizo amago de cerrar la puerta, pegó un grito.

—¡Ni se te ocurra!

Mina se puso rígida, pero al cabo asintió y dejó la puerta entreabierta. Por si las moscas, advirtió:

—Y no vayas a tocarte, cochina.

—No necesito tocarme. Para eso está la alcachofa de la ducha —replicó entre risas.

Mina se llevó una mano a los ojos y suspiró pidiendo paciencia, pero como no se fiaba de la anciana, y para no escucharla, puso música a todo volumen en un pequeño altavoz que se conectaba con el móvil.

Ese día Mina se dividió el pelo en dos mitades, que enroscó para hacerse dos moñitos. Con eso, además, conseguía que por la tarde, en caso de que le apeteciera darse una vuelta por Oviedo, tuviera el pelo ondulado. No usó mucho maquillaje, apenas un delineado, un poco de máscara de pestañas y, por supuesto, su labial rojo preferido.

—Ya estoy lista —anunció la anciana, que sonrió al verla—. Qué cuqui vas. Monísima.

—Tú también.

Porque lo cierto, y pese a su edad, iba muy a la moda, con su pantalón pirata blanco, su blusa de seda blanca y sin mangas y su peinado de ondas playeras.

—Déjame el labial, anda, que es lo que me falta.

Mina se lo dejó, pero luego fue hasta la maleta y estuvo rebuscando.

—Ten —dijo cuando al fin encontró un cinturón rojo estrecho—. Con esto ya vas brutal.

La anciana se lo puso y se miró al espejo.

Como Mina se puso a su lado, sonrió.

—Mira, Mina. Somos…

—Idénticas —dio Mina en un hilo de voz.

Carmina asintió y negó a la vez.

—Idénticas, no. Una, Mina. Somos una.

Emocionada, y aterrada a partes iguales, Mina tragó saliva y se apartó del espejo. Porque seguir mirando su reflejo la obligaría a hacer frente a algo que no quería, que no podía, afrontar en ese

momento.

—¿Nos vamos? —pidió.

La anciana asintió y se calzó las manoletinas rojas de Mina, que protestó, porque era el calzado que había elegido, así que sin más remedio optó por unas sandalias de cuña imposible en negro, pero que no se molestó en calzarse hasta que salió fuera.

—No se te ocurrirá ir descalza.

Mina miró la cuesta y luego a la anciana.

—No querrás que baje esa cuesta con esto —replicó mostrándole las cuñas que llevaba en la mano.

—Te vas a cortar con algo —advirtió.

—En peores sitios he pisado —dijo con una mueca cínica—. Además, ¿cómo crees que bajé ayer, que me puse los *Stilettos*?

Carmina suspiró con cansancio, pero cuando la vio bajar agitó la cabeza con incredulidad.

—Como las gitanas… Anda que…

Mina, que la oyó, se volvió y le guiñó un ojo, pero tan pronto llegó abajo se sentó en el tocón de un árbol, sacó una toallita húmeda y se limpió las plantas de los pies antes de calzarse.

—Lista.

Como era temprano decidieron dar una vueltecita por el pueblo, que aunque pequeño era muy bonito. Había hórreos que estaban en un estado precario, pero otros estaban adornados con maceteros, dando color y alegría al paisaje.

Uno de los hórreos tenía a modo de maceteros unas madreñas, un zueco de madera con tacos en la suela muy típico en Asturias.

Y vacas.

En realidad, era una vaca y el ternero, pero aunque tenían toda la pinta de ser mansos ni Mina ni Carmina se atrevieron a pasar delante de ellas y dieron media vuelta.

—¿A qué hora tenemos la reserva? —quiso saber la anciana.

—A las dos y media.

La anciana se sacó el móvil de Mina del bolso para mirar la hora.

—Pues es pronto. La una y media. ¿Y si nos tomamos una en el Sucón?

Mina sonrió de forma ladeada.

—No te va a servir de nada —se mofó—. No está en el pueblo.

La anciana vio absurdo negar la treta, que no era otra que encontrarse con Enol.

—¿Y eso cómo lo sabes tú, eh?

—Porque me lo ha dicho antes, cuando he ido a su casa a pedirle disculpas por llamarle putero. ¿Sabes? Es cirujano plástico, me lo dijo su padre.

—¡Caramba! —La anciana frunció el ceño—. ¿A su casa? ¿Pero no

vivía con sus padres?

—Lo hace, hasta que termine de reformarla. Tendrías que haberla visto, Carmina… Es… Uf, de ensueño.

—Así que el mozo está bien asentado, ¿eh? Tiene su propia casa, un buen trabajo…

—Más que un buen trabajo —cortó Mina—. Es socio de una clínica de estética en Oviedo. Adivina dónde…

—Donde nos pilló.

—Justo ahí.

La anciana silbó, porque la calle donde se habían encontrado era una de las mejores zonas de Oviedo.

Zona de ricos.

—Así que ha resultado ser todo un partidazo, ¿eh?

Mina la amonestó con la mirada.

—No es eso lo que me interesa en un hombre.

Carmina frunció los labios.

—Cierto. En ese sentido, no somos interesadas. Nunca nos ha importado el dinero, pese a no haberlo tenido.

—Hubo una época que sí tuvimos —recordó Mina.

—Bah, de eso ya ni me acuerdo. Solo del frío. ¡Cuánto frío hacía en esa casa! Y del hambre… Oye —dijo de pronto cuando cayó en la cuenta de algo—. A lo mejor es por eso que comemos tanto, por todo el hambre que pasamos.

—Comerás tú —se rio Mina—. Yo soy un pajarito comiendo.

Carmina ladeó la cabeza.

—A lo mejor con la edad cambiamos y la figura deja de importarnos.

—Lo dudo, y a las pruebas me remito —repuso señalando el pecho de la anciana, ahí erguido, apuntando al frente—. Que vamos, muy bien ha debido de irnos la vida como para someternos a un aumento de pecho, con lo tacañas que somos.

Carmina sonrió, porque Mina, sin darse cuenta, había usado el plural. ¿La estaría aceptando? ¡Dios lo quisiera!

—Sí que somos tacañas —estuvo de acuerdo—. Al menos, para con nosotras, porque luego no nos importa compartir.

—Eso es cierto.

—Para que luego digas que somos egoístas…

—No en cuanto al dinero. En cuanto a lo demás… Me cuesta mucho… desnudarme. Por cierto, lo he hecho con Enol.

Carmina se detuvo de golpe y agrandó mucho los ojos.

—¿Ya? ¿Tan pronto?

—Hablaba en sentido figurado —señaló rápidamente para que la vieja no se hiciera ilusiones.

La anciana asintió enérgicamente.

—Y yo. Ya sé que eres una mojigata y que no te vas a acostar con él así como así, pero… ¿Qué le contaste?

—Lo de mamá. Lo de papá. Todo aquello —respondió, incómoda como siempre que hablaba del tema. Menos con Enol. En absoluto.

—Jesús, Mina… Si ni siquiera se lo contamos a Esteban. Le dijimos que se fue a Barcelona y que no teníamos contacto con ella. Recuerdo que eso nos llevó a muchas discusiones, porque él quería conocerla y pensaba que nosotras no queríamos porque no íbamos en serio.

—Sí, por eso al final tuvimos que decirle que era tóxica y narcisista y que un psicólogo nos aconsejó contacto cero.

—Y no faltamos a la verdad. Era narcisista y tóxica. Y una psicópata de manual.

—Sí, pero no entré en detalles.

—Y con Enol ¿sí?

Mina asintió.

—Fue tan… fácil.

—Increíble. Me parece increíble que le hayas contado todo.

—¿Verdad? No sé qué me ha llevado a contárselo. Y, ¿sabes qué? No me he sentido avergonzada. Incluso si me apuras, me he sentido aliviada al contárselo. Me ha resultado tan natural hablarlo con él, como si presintiera que me iba a entender. Como si supiera que no lo iba a usar en mi contra.

—No seré yo la que ponga nombre a eso, pero…

—No me estoy enamorando de él —protestó Mina, enfurruñada, porque a lo peor, y solo a lo peor, un poquito sí. Por suerte, llegaron al bar—. Y cambia de tema —advirtió, entrando en él.

Había bastante ambiente, así que pronto las madrileñas olvidaron el tema y se mezclaron con las gentes del lugar.

Era ya casi la hora de marcharse cuando Enol llegó. Hizo su entrada como ya era habitual en él; apabullando. Pero pronto uno sabía que no se lo proponía, que era tal el magnetismo que irradiaba que era imposible no reparar en él.

Y a todo ello se le sumaba un cuerpo que ni el David de Miguel Ángel, un pelo precioso y una sonrisa de canalla.

Cuando sus miradas se encontraron, Mina tuvo la impresión de que sus ojos se habían estado buscando.

Y una extraña emoción la invadió cuando vio que él le hacía un repaso que se detuvo más de la cuenta en sus piernas.

A modo de saludo, Mina movió la cabeza, pero luego tiró de la anciana porque ya llegaban tarde.

—¡Oye, Mina! —lo escuchó llamarla cuando ya salían por la puerta.

—Dime, Enol.

Algo relampagueó en los ojos del hombre. Quizá la risa. Quizá la misma emoción que sentía Mina.

—Esta noche vamos a Oviedo a *entamala*. ¿Vienes?

Mina arrugó la frente.

—¿Qué es *entamala*?

—A beber hasta el agua de los floreros —dijo entre risas Pedro, el vecino calvo de ojos grises de la primera noche.

Mina negó con la cabeza.

—Ya sabes que no quiero beber.

La sonrisa de Enol se agrandó más aún.

—¿Y por qué crees que queremos llevarte?

Mina entrecerró los ojos, porque de nuevo él volvía a pretender pincharla.

—Llama a un Uber —respondió dándole la espalda.

—Vale, pero ¿vendrás o no? —le oyó gritar.

Sin volverse, y a modo de respuesta, Mina le enseñó el dedo corazón, provocando carcajadas entre los aldeanos.

Carmina rio mientras caminaban hacia el restaurante. Se agarró del brazo de Mina y se pegó a ella.

—Irás, ¿no?

La muchacha le guiñó un ojo.

—Pues claro.

Aunque solo fuera para evitar que él se enredase con alguna.

Aunque solo fuera para intentar que, de enredarse con alguien, fuera con ella.

Eran las siete de la tarde y Enol ya se estaba mordiendo las uñas. Estaba en el Sucón, esperando a que Mina apareciese, o, al menos, a verla salir de la casa, en la que se había encerrado a eso de las cuatro de la tarde.

Y lo cierto era que él había hablado en serio. No en los motivos de su invitación, claro, pues para eso tenían a Llara, que no bebía ni una triste gota de sidrina, pero quería que saliera con ellos esa noche. ¿Por qué? Porque quería mostrarle lo bonito que era Asturias.

Quería enseñarle que merecía la pena quedarse allí.

—¿Otra vez has agarrado ese vicio? —escuchó a su hermano.

Enol lo miró sin comprender.

—¿Qué vicio?

—El de morderte las uñas.

—Pues no. *Ye* que estoy…

—¿Nervioso?

Como lo dijo con una sonrisa de malo de cuento, Enol se puso

rígido.

—No sé por qué.

—Porque Mina no le ha dicho nada todavía —intervino Llara, ganándose una mirada asesina de su hermano.

Nel compuso un falso gesto contrariado.

—Pero, según me han contado, la chica ya le ha dado una respuesta.

—Di que sí; metiendo el dedo en la llaga —regañó Enol.

—Precisamente —se rio Nel—. El corazón, si concretamos.

—*Yes fatu* —insultó, pero como no quería enfrentarse a su hermano, se volvió a Llara—. Peque, anda y ve a preguntarle si al final va a venir.

—¿Yo? —preguntó con incredulidad la camarera—. ¿Y por qué yo?

—Pues porque así lo verá como una salida de chicas y no se negará.

—Ya, pero en verdad no es una salida de chicas. Nosotros vamos también —pinchó Nel.

Enol lo miró de arriba abajo, sorprendido.

—Ah, que tú ¿vienes?

—Pues claro. Quiero ver cómo haces el ridículo con ella.

—¿Y por qué voy a hacer el ridículo, eh? —gruñó.

—Porque la voy a sacar a bailar —alardeó Nel, ganándose una serie interminable de quejidos por parte de Enol.

Porque lo cierto era que, al contrario que él, Nel sabía bailar. Sabía bailar muy bien. Sobre todo, los bailes pegados.

Era una pena lo que las féminas se estaban perdiendo con Nel, que cada día se volvía más cerrado y más ermitaño, siempre trabajando, siempre aislado en su hórreo, siempre encerrado en sí mismo, pero hubo una época en la que era el más ligón, el más bailón y el más activo, pese a su carácter tranquilo y tímido.

Sí, era una lástima, pero Enol sabía que no debía mostrársela a su hermano, así que evitó mirarlo y clavó los ojos en Llara.

—¿Vas o qué? —apremió.

—¿Y qué le digo?

—Pues lo que ya le he dicho yo. Que vamos a salir por Oviedo.

—Ya, pero a eso ya te ha contestado, como dice Nel —se rio la joven.

Enol se restregó la cara con una mano, pero luego entrecerró los ojos y la apuntó con un dedo.

—Ya mismo estás yendo a preguntarle o le cuento a papá dónde fuiste cuando le dijiste que ibas a la conferencia médica de Valladolid.

Llara abrió grandes los ojos.

—No serás capaz…

—Ponme a prueba.

La joven apretó los labios, pero como sabía que sí que era capaz

salió a la carrera.

—¡Ah, Llara, y pregúntale si va a ponerse esos pantaloncitos!

Tal y como hiciera unas horas antes Mina, Llara le enseñó el dedo corazón.

—Por la Santina, qué desesperado estás para usar el chantaje —se carcajeó Nel.

Enol no contestó, sino que miró por la ventana, a la espera de que Llara volviera. Como ya tardaba mucho según él, comenzó a morderse las uñas de nuevo y a mover la pierna.

—Vaya tele-tele te traes.

—Cállate —rugió a su hermano—. Y esta noche tú no vienes. Bastante tengo con lidiar con David.

Nel alzó las cejas.

—¿David viene? ¿Y se lo has dicho a Llara?

El gemelo lo miró como si fuera tonto.

—Ni de coña. Y tú tampoco se lo dirás.

Nel se frotó las manos.

—Con lo mal que se caen… Ay, sí, lo de esta noche no me lo pierdo.

Enol iba a protestar cuando vio venir a Llara.

—¿Qué ha dicho? —quiso saber tan pronto esta entró al bar.

—Que ya verá.

—¿Cómo que ya verá? —insistió con evidente enojo.

—Pues eso. Que ahora no le apetecía salir, pero que lo mismo luego se animaba. Bueno, eso último lo ha dicho Carmina, pero ella ni ha afirmado, ni ha desmentido. Por si acaso, le he dicho que quedábamos a las diez en el lavadero.

Enol no se quedó del todo conforme, aunque eso era mejor que una negativa. Claro, eso fue antes de ver cómo se las gastaba la esperanza, porque las siguientes tres horas se las pasó nervioso, quejumbroso y de mal humor.

Porque lo cierto era que desde esa mañana había planeado tener una cita con ella, pero como era muy orgulloso, y un cafre en esos menesteres, Enol no sabía cómo pedírsela, de ahí que hubiera decidido salir esa noche en grupo, para que no se echara para atrás.

Esa noche no llovía, aunque eso en Asturias no quería decir que no lo hiciera en los minutos siguientes, así que pese a que hacía bastante más calor del habitual Enol se decantó por un pantalón chino color negro, una camisa negra ajustada de manga larga que se remangó hasta el codo y el pelo suelto. No era un hombre presumido, pero reconoció que se le veía bastante atractivo, aunque, para atractivo, su gemelo.

Se presentó con unos vaqueros viejos, una camiseta blanca cualquiera de manga corta y un moño mal hecho. Y ya.

Y, aun así, se le veía espectacular.

Enol gruñó, gruñido que aumentó cuando vio salir a su hermana, que se había enfundado en un vestido negro de tirantes, bastante ceñido para su gusto, pero como no era quién para decirle a su hermana cómo debía vestirse no dijo ni esta boca es mía, al contrario que Nel, que empezó a regañarla, sin éxito.

Miriam esa noche los acompañaba, al ser muy amiga de Llara, y se había puesto un vestido de flores que acompañó con una cazadora vaquera y unas camperas color marrón.

A David lo recogerían por su piso en Oviedo, un dato que de momento prefería omitir hasta que llegaran allí, por eso habían decidido ir en la furgoneta Renault Trafic de Nel, que tenía seis asientos; dos adelante, tres atrás, y uno confrontado a ellos, algo que les venía de perlas para no tener que coger dos coches, como esa noche.

Eso contando con que Mina se dignase a ir con ellos.

—Bueno, ¿nos vamos? —preguntó Nel cuando ya pasaban cinco minutos de las diez.

Enol lo miró como si estuviera loco.

—Espera.

—¿A qué? —pinchó.

—Como si no lo supieras.

—¿Mina? No vendrá. Ya estaría aquí. Son pasadas las diez.

—Anda y no malmetas, que solo han pasado cinco minutos. Démosle unos minutos más.

—¿Cuántos?

Enol lo miró.

¿Cuántos? Todos los que precisase, con tal de que finalmente apareciera.

Y lo hizo.

Al principio, al ver su silueta bajando, Enol suspiró de alivio, pero al verla más de cerca se le cortó la respiración.

Lo primero que distinguió fue su cabellera, larga, ondulada y roja fuego, como una bengala en noche cerrada. No llevaba el pantaloncito corto del mediodía, ese que le gustaba tanto a él y que había disparado su imaginación y su libido, sino que había enfundado sus preciosas piernas en un pantalón de cuero negro que por poco provocó que Enol entrara en combustión espontánea. En la parte superior se había decantado por una camiseta tipo nadadora y ajustada de los *Guns N's Roses* y una *biker* de cuero negra que llevaba en una mano.

Cuando Enol vio lo que llevaba en la otra, se echó a reír.

—Oye, Enol, ¿*la tu ñeña* va descalza? —le susurró el hermano, patidifuso.

—Va, va.

Mina procedió a limpiarse los pies. Mientras lo hacía, miró hacia donde la estaban esperando, y Enol tuvo la impresión de que sonreía, con esa sonrisa suya de medio lado y engreída que ya iba conociendo bien.

—¿Por qué no me has corregido?

Enol bufó y al fin se giró a su hermano.

—¿En qué, *charran*[31]?

—He dicho *la tu ñeña*.

Enol lo miró de arriba abajo.

—¿Y?

—¿No vas a negarlo?

—No —respondió aspirando e inflando el pecho—. Así que ya sabes, las manos a la vista.

—Tranquilo, *gallu*, que en ese corral no quiero meterme —replicó Nel entre risas.

—Pues cierra el *picu* ya —advirtió Enol cuando vio que Mina ya estaba a su altura.

—Buenas noches —saludó.

Llara la miró de arriba abajo y silbó.

—Por la Santina, Mina, qué taconazos. No sé cómo vas a aguantar tanto rato con ellos.

—Llevo salvavidas en el bolso —se rio mostrándole el pequeño bolso que llevaba cruzado—. Siempre llevo unas manoletinas en el bolso de esas de usar y tirar.

—Y si no, descalza —se rio Enol.

—Y si no —siguió Nel—, en mis brazos.

Los presentes se abstuvieron de echarse a reír cuando Enol le clavó el codo en las costillas a su gemelo.

Mina, en cambio, se sonrojó.

—Venga, vámonos —apremió.

Para la ida conducía Nel, con Enol a su lado, mientras en la parte de atrás las chicas le adelantaban a Mina el plan de la noche. Primero irían a las sidrerías de la calle Gascona, donde además cenarían cualquier ración, y luego irían a la calle Mon y a un local llamado La Radio que se encontraba en lo que allí conocían como el Triángulo de las Bermudas, porque según las malas lenguas allí se corría el peligro de desaparecer.

Llara, que llevaba tiempo sin salir, era la más animada, hasta que vio que paraban en doble fila para recoger al socio de su hermano.

—No —protestó cual infante—. Vaya, con lo bien que se presentaba la noche.

—¿Qué pasa? —quiso saber Mina.

—El socio de mi hermano, David, que no le aguanto —respondió en voz alta, y justo cuando la puerta de atrás se abrió para dar paso a un

hombre de unos treinta y pocos, moreno, con el pelo rizado, ojos negros y sonrisa de malote.

—*Güenes* —saludó al tiempo que ocupaba el asiento que se había quedado libre, el que estaba enfrentado a ellas. Miró a Llara y con toda la mala leche del mundo le pellizcó la mejilla, pero esta le pegó un manotazo.

Y una patada.

David se rio, pero luego centró su atención en Mina, a quien le dedicó una sonrisa de seductor.

—Tienes razón, Enol. *Ye* sexy la *ñeña*.

—Ah, ¿ahora soy sexy? —preguntó la aludida con retintín—. Lo digo porque hasta hace poco era una bruja.

David se rio con ganas.

—Bah, lo dice por tu nariz —trató de quitar importancia el socio—. Pero si quieres, te puedo hacer un arreglito.

—No, gracias. Me gusta mi nariz… ¿Y tú de qué te ríes, imbécil? —preguntó enfadada cuando Enol soltó una carcajada.

—De la autoestima que tienen algunas —se guaseó.

—¿A ver, déjame verla? —pidió David, quitándose el cinturón y levantándose para poder verla mejor.

—¡Que no! —protestó Mina.

—*Muyer*, que en esto soy un experto. Díselo tú, Enol.

—Como si lo que fuese a decir él tuviera alguna relevancia para mí… ¡Quita! —gritó cuando David le pellizcó el puente.

—¿A que es inaguantable? —habló Llara.

David, para pinchar más a la jovencita, le guiñó un ojo, pero en ese instante Nel tomó una rotonda y David se tambaleó.

—Joder, Nel, a ver si tienes más cuidado. ¿O eres Enol?

—Mira que *yes*… ¿Después de todos estos años y todavía no eres capaz de distinguirnos? —se rio Nel.

—Coño, es que sois iguales.

—Pues Mina sí puede hacerlo —informó con orgullo Enol.

—¿Ah, sí? —David se acarició el mentón—. Eso *ye* porque sois almas gemelas. Una vez leí que el amor verdadero es capaz de diferenciar a los gemelos idénticos.

—Por Dior, me estoy arrepintiendo de haber salido… —repuso Mina acariciándose la sien.

—Tú tranquila, que ya mismo nos echamos unos bailes y te olvidarás de estos dos *pesadillus* —prometió Nel, ganándose un gruñido muy largo, y un pellizco, por parte de su gemelo.

—Oye, Mina —siguió David—, perdona que insista, pero me gano la vida con esto, así que si alguna vez cambias de opinión…

—No lo haré.

—No lo hará.

Como lo habían dicho a la vez, Mina alzó las cejas. Enol no se giró a mirarla, sino que seguía plácidamente en su asiento mirando al frente.

—¿Y por qué no, según tú?

—Porque no te hace falta.

—Y eso ¿desde cuándo? —preguntó con el mentón alzado—. Porque desde el primer día te estás metiendo con ella.

Los hombres, cómplices, rieron por lo bajo. Las chicas se contuvieron algo más, pero evitaron mirarla.

Pero Mina, terca, no quería dejarlo así.

—Y si según tú no me hace falta, ¿por qué le diste a Miriam la tarjeta de tu clínica?

—Porque quería darte pistas de lo que había ido a hacer a Oviedo. —Enol se giró para mirar hacia atrás—. Para que vieras que no soy un putero.

Mina se movió inquieta en el asiento y optó por guardar silencio y mirar por la ventanilla.

Si de día Oviedo era bonito, de noche era precioso, con sus luces de neón alumbrando los edificios más antiguos y emblemáticos.

¡Y tan limpio siempre todo!

Aparcaron en un parking público y luego fueron directos a la calle Gascona.

La primera media hora Enol tuvo muchas esperanzas de poder entablar conversación privada con Mina, pero la terminó perdiendo cuando las chicas acapararon su atención, sobre todo Miriam, que no paraba de hablar de sus novelas.

Luego ya fueron a un local y allí hablar, lo que se dice hablar, como que apenas se podía, salvo una conversación trivial que no llevaba a ningún lado. Y lo cierto era que Enol quería contarle muchas cosas a Mina; cosas de sí mismo, de su pasado, de sus gustos… que por cierto no era la música que ahora sonaba, la misma que había impulsado a bailar a las chicas.

Sobre todo, a Mina.

Cagondiola, qué bien bailaba la condenada.

Nada de *twerking* [32]exagerado, sino que se movía de forma suave y controlada. Sexy. Elegante. Sensual.

Y erótica, vaya, cuando la canción lo requería.

Enol supo que si se lo hubiera propuesto hubiera sido una bailarina de primera, pues tenía el ritmo metido en el cuerpo, al contrario que él, que era arrítmico por naturaleza.

No así su gemelo, que se marcó un baile con Mina que hizo que muchas de las personas del local les hicieran un corrillo.

—Estás sonriendo —le dijo David con una sonrisa de cretino.

—¿Y qué pasa, que no puedo? —se quejó, mirándolo sin saber

adónde quería llegar su socio.

—En condiciones normales, estarías gruñendo a tu hermano por pegarse tanto a *la tu muyer*.

Enol frunció el ceño, porque eso era cierto.

En ese instante hubo un cambio radical de música y sonó una canción de su paisano Melendi, en concreto *Déjala que baile*.

Y ahí fue cuando vieron a Mina en todo su esplendor, cuando se descalzó y comenzó a bailar sin que le importara el dónde, el cuándo, el cómo ni el porqué. Solo ella y lo que la música le hacía sentir.

—¿Gruñir, David? —dijo Enol cuando pudo hablar y con una risa baja y sin despegar los ojos de Mina—. En condiciones normales lo haría, *sociu*. El Enol inseguro, acomplejado y que solo piensa en sí mismo estaría poniendo el grito en el cielo y se comportaría como un energúmeno queriendo matar a todo macho viviente que quisiera acercarse a ella.

—*Entós*, ¿no tienes celos?

Enol agrandó mucho los ojos.

—¿Celos? No, diablos. No ahora. No en este momento. No soy yo ni mis sentimientos lo que importan aquí. Solo importa ella. Por la Santina, David, mírala. Mira qué feliz se ve. Mira la amplitud de esa sonrisa. Mira esa mirada. Mira cómo brilla. ¿Quién soy yo para apagar ese brillo? ¿Qué derecho tengo para estropear este momento? —Sonrió de medio lado y luego se giró a su amigo para mirarlo a los ojos—. Déjala que baile.

David, que había escuchado muy atentamente, no daba crédito a las palabras de su amigo. Estuvo un buen rato sin poder articular palabra, con la boca abierta y una expresión de pura incredulidad.

—¿Tú sabes lo que acabas de confesar, *sociu*? —preguntó cuando se repuso.

Enol asintió con calma, para nueva sorpresa de David, que pensaba que iba a negarlo.

Este miró a Mina, con su cabellera roja ondeando cual bandera, sus labios rojos pasión y su brillo… Porque sí, la joven ahora brillaba.

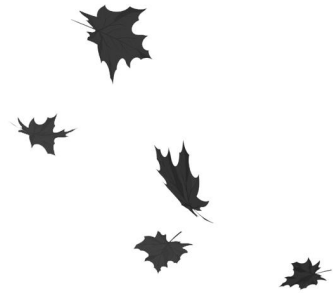
—*Ye* tu *bruxa* roja.

Y no era una pregunta.

—Lo es —respondió Enol con una sonrisa, pero luego, cuando miró a su amigo, suspiró entrecortadamente.

—Estás acojonado, ¿a que sí? —se rio este cuando vio sus ojos cargados de pánico.

—Mucho, amigo. Muchísimo.



19

Mina esa noche descubrió muchas cosas. La primera, que se podía salir sin beber y pasárselo de muerte.

La segunda, que Nel era un bailarín de primera y que era una pena que no fuera él quien hiciera que su corazón latiese encabronado.

Porque, y aquí llegaba la tercera, pero no por ello la menos importante, se estaba pillando mucho por Enol.

No supo qué fue exactamente lo que hizo que estuviera a la expectativa de que él se acercase, que le hablase. Que incluso la sacase a bailar aunque le destrozara los pies. Y todo por estar a su lado. Por sentirlo cerca, muy cerca.

Y sabía que él sentía exactamente lo mismo que ella, porque cada vez que lo miraba él tenía los ojos clavados en ella, con una mirada que conseguía que todo el vello de su cuerpo se erizase de anticipación.

Joder, con lo mal que le había caído al principio… Con lo que le sacaba de sus casillas…

Si Mina tuviera que decantarse por un estilo musical este sería el heavy metal, pero eso no quería decir que no le gustasen otros, pues era una melómana de cuidado, de ahí que bailase todo lo bailable, sobre todo si una canción tenía tanto significado como la canción de Melendi.

Cuando era pequeña ella siempre había admirado a su madre. Siempre había querido ser como ella, vestir su ropa y ponerse sus zapatos. Lo que esa niña no sabía era lo mucho que estos zapatos apretaban. Lo muchísimo que oprimían. Lo que le impedían caminar, crecer, ser libre. Y así iba por la vida: apretada, oprimida, impedida…

Menos cuando bailaba.

Entonces se sacaba los zapatos de un puntapié y dejaba que la música se apoderase de ella, incluso de su alma. Y fue eso precisamente lo que hizo esa noche, librarse de sus complejos, de sus miedos. Y también de sus reticencias.

Mientras tenía los brazos en alto y movía las caderas, miró de reojo a Enol, que la miraba a su vez con admiración y respeto.

Y algo más que le asustó mucho.

«No, Mina», le dijo una voz. «Te lo prohíbo».

Porque estaba segura de que sus ojos mostraban lo mismo que los de Enol.

O al menos antes de que se pusiera a bostezar.

—Estás ya *vieyu* —se rio David al ver que ya no podía disimular los bostezos.

—Habló el rapaz —dijo con desagrado Llara al socio de su hermano, que comenzó a hacerle burla—. Yo por mí nos retiramos, que tampoco quiero trasnochar mucho.

—Qué carcas estáis hechos —siguió David—. Si apenas son las tres de la mañana.

—Yo abogo por irnos —dijo Nel, que había salido solo por pinchar a su hermano, algo que, asombrosamente para él, no consiguió ni siquiera cuando bailó bachata con Mina.

Todos miraron entonces a Mina, porque Miriam, como Enol, llevaba un buen rato bostezando.

—Por mí nos vamos.

Tras despedirse de David, que había visto a un grupo conocido y decidió quedarse un rato más, recogieron la furgoneta del parking y regresaron a Bueño, donde Nel detuvo el coche en el mismo sitio donde los había recogido.

Mina agradeció la invitación y se despidió con la mano, pero, para su sorpresa, Enol se empeñó en acompañarla.

—No hace falta que me acompañes, que nada me va a pasar. No creo que haya un hombre escondido entre los árboles esperando a que yo llegue.

—Un hombre no, pero a lo mejor hay un jabalí.

—No jodas —exclamó ella con los ojos muy abiertos por el miedo y deteniéndose, pero Enol agarró su mano y tiró de ella a la par que reía.

—Puede darse el caso, así que sí, sí hace falta.

Mina comenzó a bufar, pero no volvió a decir nada hasta que llegaron a la puerta de la casina, momento que aprovechó para recuperar su mano.

Al hacerlo, al soltarse, todo su cuerpo protestó. Su corazón y su alma, también.

Pero su mente, esa que era retorcida hasta decir basta, aplaudió complacida.

—Bueno ¿qué tal te lo has pasado?

—Genial.

—¿Tanto como para repetir?

Mina sonrió.

—Claro. Siempre y cuando dejéis de meteros con mi nariz.

Enol rio por lo bajo y se acercó un paso a ella, que retrocedió dos.

—¿Te confieso algo?

—Dime —dijo cortante, porque él de nuevo se había acercado y ella ya no podía retroceder más, pues ya se había topado con la puerta.

Enol agachó la cabeza y se pegó un poquito más a ella.

—Me gusta tu nariz —susurró.

—Pues no lo parece —replicó ella en el mismo tono, pero agrandó mucho los ojos cuando vio que bajaba la cabeza y sus labios buscaban los suyos—. No lo hagas, Enol.

Y no sabía si era una advertencia, o una súplica.

Enol se detuvo y la miró a los ojos.

—¿No?

—No —insistió, sin convicción alguna.

Con un suspiro, y sin dejar de mirarla a los ojos, Enol se apartó.

—Buenas noches, Mina.

La muchacha tragó saliva cuando él comenzó a girarse para marcharse, momento que su cuerpo dejó de apoyarse en la puerta y se impulsó hacia adelante, como si se negase a dejarle marchar.

—En… —comenzó a decir, justo en el momento en el que él, tras detenerse bruscamente y soltar una maldición, se volvió de nuevo hacia ella y la tomó en sus brazos.

Si les preguntasen, ninguno sabría decir quién fue el que dio el primer paso. Ninguno sabría decir exactamente quién fue atacante, ni quién atacado. Tal vez porque se movieron al unísono, sus labios se encontraron con las mismas ansias, sus cuerpos se pegaron con el mismo ímpetu, sus brazos buscaron el abrazo tanto tiempo ansiado.

Y así al fin comenzaron a besarse, con todas las ganas que les habían ahogado durante toda la noche.

Quizá desde mucho antes.

Mina siempre se había preguntado si la barba de Enol pincharía, pero la tenía tan bien cuidada, y era tan suave, que le encantó la sensación, ese suave cosquilleo que provocaba en su piel.

Y besaba bien. Muy, muy bien. Enol era de los que mordía el labio, de los que se recreaba en ellos, en sorberlos, en lamerlos, hasta que ella sacó la lengua y él profundizó el beso, que se volvió carnal, erótico, esos besos que tienen como objetivo la rendición del otro, o provocar un incendio, ese que ahora los mantenía jadeando mientras

sus lenguas trataban de imponerse, pero al mismo tiempo también entregarse. Tan perdidos estaban en el beso, en lo que estaban sintiendo, que se olvidaron de dónde estaban y Enol comenzó a subirle la camiseta.

¿Ella se lo impidió?

No. Ella arqueó el cuerpo para facilitarle el acceso, al tiempo que tomaba su propia iniciativa y metía una mano entre ambos para llegar a su entrepierna.

Al encontrarse con ella, al acariciar su erección por encima del pantalón, Enol jadeó por la sorpresa, momento que aprovechó para empotrarla —más— contra la puerta, ya totalmente fuera de control.

Ya perdido en el deseo del todo.

Ya perdida ella también cuando él le apartó el sujetador y cual lobo hambriento se apoderó de su pezón, provocando que Mina gritase de puro placer y se olvidase de todo…

Hasta que una luz proveniente del interior rompió la magia.

Con un manotazo Mina consiguió apartarlo de su pecho. Enol aún no había reaccionado a la luz, así que pensó que ella había tenido un ataque de pudor y cambió su objetivo, que no era otro que volver a besarla en la boca, pero Mina le tapó la suya con una mano mientras que con la otra buscaba la manilla de la puerta para huir.

¿De qué? De él. De lo que sentía. Incluso de sí misma.

Cuando al fin la encontró, empujó a Enol y, tras colarse dentro, le cerró la puerta en las narices, mientras se llevaba una mano al pecho y jadeaba sin control.

—¿Mina? —lo escuchó decir.

Mina, como si pudiera verla, negó con la cabeza.

—¡Mina! —pidió él, llamando esta vez suavemente con los nudillos en la puerta.

En ese instante vio a Carmina en la escalera, mirándola con los ojos muy abiertos y, al igual que ella, la respiración agitada.

—¡Mina! —volvió a llamar Enol, de forma tan lastimera que la muchacha estuvo a punto de claudicar.

Por suerte, o desgracia, la anciana se adelantó a ella y abrió la puerta para enfrentarse a Enol.

—Vete, Enol. Es tarde.

Enol la miró y luego a Mina, que estaba de espaldas y abrazándose a sí misma, tratando de controlar los temblores que la sacudían.

Los mismos que también lo sacudían a él, que suspiró entrecortadamente y, tras asentir, se marchó.

La anciana lo vio marchar un ratito, hasta que cerró la puerta para atender a Mina, que se había dejado caer en el sofá y boqueaba.

—¿Estás bien?

Mina negó. En sus ojos se veía reflejado todo el deseo insatisfecho

que le provocaba escalofríos.

—Me… me quemo… Ardo…

La anciana asintió y fue hasta la nevera, donde cogió una botella de agua y regresó a su lado.

Como si fuera un nómada sediento en pleno desierto, Mina se la arrebató y se la bebió de un trago.

Si bien no disipó el deseo, que ahora dolía como mil demonios pinchando en su entrepierna, al menos consiguió hablar.

—¿Tú también lo has sentido, Carmina?

La anciana asintió.

—Fue lo que me hizo despertarme de golpe. Yo… Lo siento, Mina. Lo he estropeado…

Mina negó con la cabeza.

—Me has salvado. Estaba a punto de cometer una locura.

La anciana frunció el ceño.

—Tampoco es tan malo acostarse con él.

—No, vieja. Eso no es lo malo.

—¿Entonces?

—Casi lo hago, Carmina. —Tragó saliva para deshacer el nudo de la garganta y negó con la cabeza con resignación—. Casi le entrego mi alma.

Enol se sentía profundamente disgustado.

Entendía que Mina no diera señales de vida el domingo, pues según le había dicho Llara se habían ido a pasar el día a Covadonga, donde se encontraba el santuario de la Virgen de Covadonga, patrona de Asturias.

El lunes él había estado con los chavales en el *Pump Track* y luego había tenido guardia en la clínica, así que no tuvo ocasión de verla, aunque de no haber sido así se enteró de que esta vez habían ido a Cangas de Onís y a los lagos.

El martes por lo visto se le había antojado visitar el castro de Coaña, y el miércoles hacer la ruta del Cares.

A ver, Enol entendía que hiciera turismo, pues ir a Asturias y no visitar los sitios más emblemáticos era un delito, pero tampoco era para darse la paliza en tres días. *Cagondiola*, que tenía dos meses por delante para verlo todo.

¿Y todo para qué? Para no enfrentarse a él. Eso lo tenía más claro que el agua.

En el fondo la comprendía, porque si él hubiera tenido la vida que

había tenido ella, si estuviera tan cerrado al amor como lo estaba ella, haría exactamente lo mismo; ponerse a correr en dirección opuesta y no detenerse hasta que hubiera un continente de por medio.

Pero Enol no estaba cerrado. Una vez había comprendido el porqué de esa antipatía irracional que había sentido por ella al principio, había aceptado lo que ella era para él.

O lo que sería, si no se lo pusiera tan difícil la muy condenada.

—*Túu, tengo fame*[33].

Enol miró a su sobrina y le dedicó una sonrisa. Esa tarde le había tocado a él quedarse con Cova y estaban sentados en el porche de su futura casa.

—Si acabas de merendar, gatina.

—Ya, pero sigo teniendo *fame*.

Enol negó con la cabeza y la señaló con un dedo.

—No voy a darte más chocolate, que tu padre luego me regaña.

—Por fa…

—Que no, que si te lo doy no vas a cenar —. La niña hizo un puchero, ganándose una sonrisa tierna por parte de Enol—. Pero si quieres te puedo dar un vaso de zumo. ¿Quieres?

La niña se encogió de hombros, porque menos era nada, así que tío y sobrina fueron cogidos de la mano al bar.

Al verlos entrar, Llara bufó.

—No vayas a dejármela, que hoy está tranquila la cosa y quiero acabar este tema.

Enol sabía lo que dura que era la carrera de medicina y por eso entendía la queja de su hermana.

—No, solo venimos por un zumo.

Pasó dentro de la barra y él mismo se lo sirvió a su sobrina. Luego, para tenerla entretenida, le puso dibujos en la televisión.

—¿Cuánto le quedará a Nel? —se interesó Llara—. No es normal que se demore tanto con un pedido.

—Ya, a no ser que pierda el tiempo pinchando a su hermano — protestó Enol.

—Eso *ye* cierto. Está desconocido. Es como si de pronto le interesara la gente.

El asturiano suspiró con cansancio y lástima.

—Siempre le interesa la gente, Llara, solo que prefiere no involucrarse.

La chica frunció los labios. Miró de reojo a la niña y luego se acercó a él para susurrarle.

—Ya, pues debería hacerle más caso a Cova.

Enol la amonestó con la mirada.

—Siempre le hace caso. *Ye* este último pedido, que le tiene absorbido. Además, le van a pagar un pastón por él, suficiente para no

tener que preocuparse por muchos meses. Quizá incluso le alcance para todo un año.

Llara resopló con incredulidad.

—Como si le hiciera falta el dinero.

Enol comprendía las quejas de Llara, pero también entendía la postura de su hermano.

—Llara, ahora mismo esa *ye* su única fuente de ingresos, y, además, como te he dicho, le van a pagar el dinero suficiente como para no tener que trabajar por mucho tiempo y así, además, poder dedicarse a su hija en cuerpo y alma, que *ye* lo que viene haciendo desde que Reme murió. ¿Qué importa que le quite un poco de tiempo a su hija si luego se lo va a compensar con creces?

—Ya, pero Cova ya empieza a darse cuenta de las cosas. Debería tener más tacto con ella, sobre todo cuando Cova se cuela en el taller.

—Es que entiéndelo… Ella solo quiere jugar con su trabajo.

—¡*Ye* una *ñeña*! ¿Cómo no va a querer jugar? —Volvió a resoplar, disgustada, aunque en el fondo Enol sabía que ese disgusto era porque Llara, o ninguno de ellos, sabía cómo hacer para que Nel saliera de la depresión en la que había caído demasiados años ya.

—Algún día lo comprenderás —dijo a su hermana, pero agrandó mucho los ojos cuando la puerta se abrió de golpe y entró Carmina a la carrera.

—Ah, estás aquí, gracias a Dios —fue lo primero que dijo.

Enol salió raudo de la barra para ir a su lado.

—¿Qué pasa, qué tienes? ¿Le ha pasado algo a Mina?

La anciana, sin resuello, negó con la cabeza.

—Toma —pidió tendiéndole un papel, tras lo cual hizo amago de echar a correr de nuevo.

Pero Enol se lo impidió agarrándola del brazo.

—Aguarda, ¿qué es esto? ¿Qué sucede?

—No tengo tiempo. Mina no me deja hablar contigo. Lee, lee —ordenó haciendo aspavientos con las manos antes de marcharse a la carrera.

—¿Qué pasa? —quiso saber Llara llegando a su lado.

Enol se asomó por la ventana, para ver a Mina regañando a Carmina y tirando de ella hacia la casina.

Cuando las perdió de vista, desdobló el papel que Carmina le había dado y lo leyó.

—¿Qué *ye*? ¿Qué pone?

Enol sonrió muy lentamente.

Y muy lobunamente también.

Había un brillo especial en sus ojos cuando miró a su hermana, a quien guiñó un ojo. Luego, se volvió a su sobrina, que tenía los codos apoyados en la mesa y sujetaba su carita entre las manos mientras

veía la serie de dibujos *Peppa Pig*.

—Oye, Cova, ¿te gustaría ir mañana a la playa?

20

La playa de San Lorenzo, en Gijón, tenía una longitud de un kilómetro y medio, y debido al solazo que hacía ese día estaba a reventar, sobre todo la zona que se le antojó a Carmina, que sí o sí tenían que quedarse allí.

—Es que es donde más cerca nos queda el socorrista —se excusó—. Que una ya está muy mayor y lo mismo nos ahogamos.

—Anda que no eres novelera —bufó la joven, que dejó caer la sombrilla, la hamaca y las bolsas—. Y ya podrías haber llevado algo, que esto pesa un quintal.

—A todo tienes que ponerle pegas. ¿O qué quieres, que a mi edad coja peso?

—Ya, pues eso deberías haberlo pensado antes de hacerme comprar esta hamaca y la sombrilla.

—Hombre, es que no voy a tirarme todo el día tumbada. Es malísimo para mis lumbares. —La anciana cogió la hamaca, la abrió y se sentó en ella—. Ay, mira qué bien. Qué a gusto. Pon la sombrilla aquí, que no quiero quemarme.

Mina resopló, pero hizo lo que la anciana le pidió, con tal de no escucharla.

Una vez colocó la sombrilla, que tuvo que cambiar tres veces porque no le convencía a la anciana, se sentó a sus pies.

—Hazme unas trenzas, anda.

La anciana alzó las cejas.

—Uy, pues no sé si me voy a acordar.

—¿Cómo no te vas a acordar, si eso es como montar en bici?

Carmina apretó los labios.

—¿De raíz?

Mina ladeó la cabeza.

—Mejor de boxeadora.

Cuando la anciana se puso a la tarea, Mina miró al frente y lanzó un suspiro.

—Ya tenía ganas de playa.

—Y yo de no andar correteando por ahí, porque anda, hija, menuda semanita llevamos para arriba y para abajo.

—Ya, pero ¿a qué es bonito?

—Precioso. Nos gustaría mucho vivir en la tierrina.

Mina sonrió ante la palabra. Era lo que tenía mezclarse con las gentes del lugar, que el acento, y el dialecto, se pegaba.

Y hablando de gentes…

—Oye, Carmina, ¿viste ayer a Enol en el bar?

La anciana rio por lo bajo.

—Mucho estabas tardando ya en preguntar. —Como Mina hizo intento de girar la cabeza para mirarla, le dio un tirón—. Estate quieta.

Mina volvió a ponerse tiesa y volvió a suspirar. Era increíble el efecto que la visión del mar, sus sonidos y olores provocaban en ella.

Y era más increíble aún que Enol también ejerciera ese efecto en ella.

—No me has respondido.

—Sí, lo vi.

—¿Y?

—Y nada. Entré, saludé y me fui.

—Entonces, ¿no te preguntó por mí? ¡Ay, que me haces daño!

—Pues deja de moverte. Y no, no me preguntó por ti —mintió solo para pincharla.

—Pues menudo cretino.

—Ya te dije que no le di tiempo. Si no me hubieras prohibido hablar con él…

Mina resopló, pero se abstuvo de moverse so pena de quedarse calva.

—Es que te conozco y sé que me la vas a liar y necesito tiempo.

—¿Tiempo para qué? —quiso saber la anciana, pese a saber la respuesta, pero era bueno que Mina lo verbalizara.

Cuanto antes se hiciera a la idea de lo que sentía por Enol, antes volvería ella a su tiempo.

—Como si no lo supieras —intuyó la joven.

Carmina rio por lo bajo.

—Ea, esto ya está. Mira qué guapa estás.

Mina sonrió a la anciana antes de extender su enorme toalla. Luego, se quitó el pantalón y la camiseta y empezó a echarse crema.

—¿Eso es aceite? Mira que este sol *ye traicioneru*.

Mina dejó de extenderse el bronceador para mirar a Carmina.

—¿Cómo que *ye traicioneru*? —dijo entre risas incrédulas—. ¿Ya empiezas a imitar?

Porque una cosa era que se te escapara algún vocablo y otra que construyera frases.

—Me estaré aclimatando. Y hablando de clima —añadió rápidamente cuando vio que la joven iba a pincharla un poquito—, hace un día cojonudo, ¿a que sí?

Mina meneó la cabeza cuando se percató de que algunas personas miraban escandalizados a la anciana.

—Qué boca… Pero qué boca tienes.

Cogió los cascos, se los puso y se tumbó.

—Y no me molestes ya más, que voy a ver si me pierdo un poquito con las musas —pidió poniéndose las gafas de sol y conectando los auriculares al móvil.

—¿No vas a hacer *topless*?

Mina negó con la cabeza, pero luego se miró y asintió.

—Mira, sí.

Con total desvergüenza, porque estaba más que acostumbrada, se desprendió de la parte de arriba y se tumbó boca abajo.

Por el rabillo del ojo vio que Carmina sacaba la novela en la que estaba enfrascada esos días, Astur, de Isabel San Sebastián, así que suspiró de agradecimiento y se dispuso a disfrutar de su día de descanso.

Porque vaya semanita que llevaba, todo el día para arriba y para abajo, como había dicho Carmina.

Y todo con tal de evitar encontrarse con Enol, por mucho que se repitiera que no, que era para documentarse para la novela y bla, bla, bla.

Mina se regañó, porque no quería pensar en él, so pena de volver a encenderse.

Porque vaya cuatro días que llevaba…

Su intención había sido la de patear hasta caer rendida en la cama y así dormir de un tirón, pero su deseo iba por libre y siempre acababa apareciendo, hasta el punto de despertarla por la noche tras un sueño muy real donde él le hacía de todo. Tan real era el sueño que despertaba sudorosa, jadeando y con la pepitilla palpitando, exigiendo ser atendida.

Incómoda cuando se dio cuenta de que estaba recreando el beso que se dieron el sábado por la noche, se puso boca arriba y se prometió no volver a pensar en él.

Y lo consiguió en parte cuando comenzó a pensar en la novela. Era ese uno de esos momentos en los que no necesitaba escribir, tan solo recrear la escena hasta aprendérsela de memoria para que en cuanto encendiera el portátil escribirla del tirón.

Sonrió, porque esa novela tenía muchos de esos momentos. Estaba tan bien planteada que prácticamente se escribía sola. Y no, no lo decía por la ayuda que tenía de Carmina.

Mina ya llevaba mucho escribiendo como para saber que eran las musas las que elegían la banda sonora de la novela en cuestión, de ahí que en vez de estar escuchando heavy o rock español se estuviera deleitando con una canción que mezclaba el *reggae pop* con la música tropical[34].

♪Así es que me gusta a mí, gritó, gritó.
Así es que me gusta así, gritó, gritó.
Baby, sigue, sigue ahí, gritó, gritó
Y le dije: bajito, shhh, bajito, shhh
Que nos escuchan los vecinos.
Bajito, shhh, bajito, shhh…♪

Mina dejó de cantar cuando se nubló. Tanto, que incluso con los párpados cerrados lo sintió. Con un resoplido, y temiendo que el tiempo cambiara y se pusiera a llover, abrió los ojos.

—¡Hostias! —gritó cuando vio lo que le estaba quitando el sol e incorporándose a medias de la impresión y quitándose las gafas de sol.

—Hola, hola —saludó el individuo en tono cantarín y alzando y bajando las cejas repetidamente.

Mina parpadeó y abrió y cerró la boca un par de veces, hasta que agitó la cabeza y se quitó los cascos.

—¿Qué… qué narices haces aquí? —preguntó cuando se recuperó de la impresión.

—¿Yo? —dijo él a su vez en un tono de falsa inocencia—. He venido a pasar el día, ¿verdad, chicas? Claro, si no se pone a llover antes, porque, *cagondiola*, *muyer*, mira que cantas mal.

—¡Imbécil! —regañó, pero justo entonces cayó en la cuenta de que estaba desnuda de cintura para arriba. Bueno, prácticamente también de cintura para abajo, si tenía en cuenta las minúsculas dimensiones de la braga del bikini, pero esa parte le importaba menos a Mina que el pecho, porque pese a que estaba más que acostumbrada a hacer *topless,* hacerlo delante de Enol le provocó un profundo sonrojo y una naciente incomodidad.

Con un rápido giro, le dio la espalda y buscó la parte de arriba en el bolso.

—Mira que eres mojigata. Si ya te las has visto —se guaseó Carmina.

Mina le lanzó una mirada asesina.

—Tú cállate, anda. Así que a eso fuiste al bar, a decirle dónde estaríamos hoy.

—¡¿Quién intenta?! —exclamó la anciana, una expresión muy manchega que habían heredado de una de sus antiguas vecinas—. Que me muera si de estos labios ha salido palabra alguna.

—No tienes rollo tú ni nada… —dijo con un revuelo de ojos y mientras se abrochaba el bikini, pero justo entonces se percató de la mirada traviesa que le estaba dedicando Enol. Tan descarado era, que Mina se sonrojó más aún y lo miró enfurruñada—. ¿Qué? ¿Te gusta lo que ves?

—Pues claro. Sobre todo esas trencitas. Las tetas… psss.

Mina entrecerró los ojos.

—Gilipollas.

—Ha dicho una palabrota —advirtió una voz de niña, que resultó ser la de Cova, que estaba junto a Llara.

—Y más que va a decir —se rio Enol por lo bajo antes de dejar las bolsas en el suelo.

—¿Qué haces? —preguntó Mina al verlo y con un deje de histeria.

Él la miró como si fuera boba.

—¿Poner las toallas?

—No hay playa… —replicó ella por lo bajo, porque una cosa era ser borde con él, y otra hacerles un feo a las chicas, que miraban la escena risueñas—. Hola, Llara. Hola, Cova.

La joven la saludó con la mano, pero Cova la miró asustada y se refugió tras las piernas de su tía.

—Vaya… —pudo decir apenas, pues aunque se sentía un poco incomoda con los niños, y no porque no le gustasen, nunca había recibido el rechazo que la niña le prodigaba.

¿Tanto asustaba?

—Anda y dale un beso a Mina, Cova —pidió Llara con ternura a la niña, que negó con la cabeza.

—Pero bueno, Cova —amonestó Enol.

—No la regañes —habló Carmina—, que no hay que obligar a los niños a dar besos.

Tal vez la niña vio una aliada en la anciana, o tal vez se establecieron entre ellas ese vínculo que había entre senectud e infancia, porque, en cualquiera de los casos, Cova sonrió a la anciana y a ella sí fue a darle un besito.

—No le tengas miedo —pidió Enol a la niña y señalando a Mina, que apretó los labios, disgustada—. Ladra, pero no muerde.

La niña agrandó mucho los ojos y se volvió a mirar a Mina. Tras determinar que no corría peligro con ella, se relajó un poco.

—Ven, gatina, que te quite el vestido y te ponga cremita.

—No me gusta la crema. Está *pegunjosa* —protestó la infante.

Mina sonrió por la palabreja, sonrisa que se tornó tierna cuando vio el cuidado con el que Llara le untaba la crema a la niña.

Una imagen se coló en su mente, y con ella una esperanza, que desechó con un enérgico movimiento de cabeza. Cuando al fin lo tuvo bajo control, miró de reojo para ver qué hacía Enol, sobresaltándose cuando este apareció frente a ella tendiéndole un bote.

—Toma.

Mina miró el envase y enarcó una ceja cuando vio que era protector solar.

—Ya me he echado, gracias.

—No es para ti —replicó Enol.

Y se quitó la camiseta. Y comenzó a hacerse un moño. Y sonrió cual canalla. Y movió los pectorales.

—¿Qué haces? —regañó ella con cara de asco.

O, al menos, había sido esa su intención, porque lo cierto era que sus ojos no perdían detalle y se estaban dando un atracón.

¿Por qué tenía que estar tan bueno? ¿Por qué tenía que ser tan guapo, con esos ojos azules, esa melena castaña con reflejos rubios y esa boca de pecado que difícilmente podía esconder esa barba tan bien recortada y tan suave?

¿Y qué coño hacían esas chicas? ¿Acaso no veían lo ridículas que se las veía dando voces para llamar la atención del asturiano?

—Venga —apremió él ofreciéndole el bote, pero Mina lo miró como si fuera un artefacto peligrosísimo.

Porque lo era.

—Que te la eche Llara —dijo rehusando el protector solar.

—Llara está ocupada con Cova —dijo él con tono cansado y poniéndole el bote en la mano. Se acercó un poco a ella y susurró—. Además, me gustan más tus manos.

Mina miró el bote y luego a él, que le estaba ahora ofreciendo la espalda.

Lloriqueó, porque ella lo que quería no era echarle crema; era lamerle de arriba abajo. ¡Menudas espaldas!

Al principio titubeó, pero luego se llamó boba, porque tampoco es que estuviera haciendo nada pecaminoso, ni nada que pusiera en peligro su paz mental, solo echar crema y ya.

Pero… No era tan simple la cosa, porque se trataba de Enol, y no de cualquier otro que no le importase en absoluto y por el que no sintiese escalofríos con solo una mirada.

Cuando al fin se decidió, echó un poco de crema en sus manos y las frotó para que no estuviera tan fría al aplicársela.

Ninguno estaba preparado para el impacto que tuvo en ellos el contacto. Mina se estremeció y Enol pegó un respingo.

—¿Está fría? —preguntó en un hilo de voz.

—No —respondió Enol con voz ronca.

Mina le echó más protector, deleitándose ahora. Acariciaba, más que limitarse a esparcir la crema. Y lo hacía con tanta devoción, con tanta sensualidad, que pronto Enol comenzó a gruñir y se apartó.

—Suficiente —dijo antes de tumbarse en su toalla.

Boca abajo.

Mina sonrió, ladina. Carmina rio por lo bajo. Llara, enrojeció.

—Tía, ¿hacemos un castillo?

—Venga —aceptó Llara cogiendo los cubos y las palas.

—Voy con vosotras —se animó Mina.

Cova abrió mucho los ojos, pero al cabo le ofreció su manita. Con una sonrisa tierna, Mina se la tomó.

No había pasado ni media hora cuando vio venir a Enol, con su paso apabullante y los ojos clavados en ella.

Por Dior, era todo un espectáculo de hombre… Qué maravilla… Qué piernas, qué pectorales, qué brazos…

—Ven —dijo cuando llegó a su altura y agarrándola del brazo para levantarla.

Qué cretino...

—¡No! —protestó ella desembarazándose de su agarre.

Enol suspiró como pidiendo calma, hasta que asintió.

—Está bien —dijo sentándose con ellas—. Hablemos de lo del sábado.

Mina se sobresaltó por la petición y miró rápidamente a Llara, que se mordía los labios para no sonreír.

Cova, en cambio, presintió que ahí había algo interesante, porque dejó de llenar un cubo y poniéndose de cuclillas miró a uno y a otra.

—¿Qué pasó el sábado?

—Pues verás, Cova, a veces pasa que cuando un hombre y una mujer se…

—¡Vamos! —gritó Mina poniéndose en pie y tirando esta vez ella del brazo del hombre, que comenzó a reírse a la par que se incorporaba y se dejaba llevar por ella al agua, que seguía rezongando —. Vamos que… No puedo creer que fueras a contarle lo que pasa entre un hombre y una mujer…

—*Muyer*, solo iba a contarle lo del beso —se excusó entre risas.

—Lo mismo da. Con lo chica que es. ¿Cuántos años tiene? ¿Siete? ¿Ocho?

—Cinco.

Mina se detuvo de golpe y lo miró con estupefacción.

—¿Cinco años? ¿Solo? Caray, es… enorme para su edad.

Enol sonrió de medio lado.

—Es que nosotros somos muy grandes. Dicen que tenemos sangre

de vikingos —alardeó—. ¿Sabías que los vikingos llegaron a *Asturies*?

Mina asintió pero siguió caminando.

—Sí, el otro día en Coaña nos hablaron sobre ello y… ¡Me cagüen la puta, qué fría está! —gritó cuando una pequeña ola le alcanzó el vientre.

—Para nada —se rio Enol.

—Para ti, que estarás acostumbrado a este agua. Yo soy más del Mediterráneo —informó dándose la vuelta.

—Alto ahí, *bruxa*. ¿Dónde crees que vas?

Mina sufrió un respingo cuando el agua volvió a alcanzarle la tripa.

—Pues a un sitio donde no perezca de frío.

—Ven —pidió él arrastrándola hasta otra zona, donde la corriente traía flujos de agua más cálida y donde contaban con más privacidad, pues no había casi nadie alrededor y el agua les cubría hasta el pecho —. ¿Mejor aquí?

—Mucho mejor.

—Hablemos, pues.

Mina miró hacia otro lado y se sonrojó.

—¿De qué?

—Del sábado.

La joven se encogió de hombros.

—No hay gran cosa que decir.

—Pues yo creo que sí. Me dejaste…

Mina ahora sí lo miró. Aspiró aire entre los dientes y le dio un empujón.

—No vayas a decir que te dejé caliente. No se te ocurra llamarme calientapollas.

Enol la agarró cuando hizo amago de echar a nadar para regresar a la playa. Ya no la soltó.

—No, a ver, caliente sí me dejaste, pero no me refería a eso. Si me dejaras terminar…

—Está bien —aceptó ella, muy digna, aunque en el fondo trataba de ignorar lo mucho que le gustaba que él la agarrara de esa forma.

Lo muchísimo que le apetecía rodearle a su vez la cintura con sus piernas…

—Me dejaste perplejo —continuó Enol—. No llegué a comprender del todo por qué saliste corriendo.

Mina apretó los labios y miró hacia el horizonte, donde cielo y mar se unían. Con un suspiro, confesó:

—Me asusté.

Enol se pegó un poco más a ella y agachó la cabeza para estar un poco a su altura.

—¿De mí?

Mina lo miró, porque había hablado en un susurro dulce y la

miraba con carita de cordero degollado.

—No. De lo que sentí… De mí.

Enol rio por lo bajo.

—No debes asustarte, Mina. Algo que hace sentir tan bien no puede ser malo.

—Tú dile eso a Adán y a Eva… Y mira la que armaron con la manzanita de los cojones.

El asturiano echó la cabeza hacia atrás y rompió a reír, justo cuando una ola los engulló.

Mina pasó de estar sujeta por las manos de Enol a estar pateando bajo el agua, descolocada, desubicada y sin saber cómo salir, hasta que unas manos la agarraron y la subieron a la superficie.

—¡Te tengo! —dijo Enol entre risas y mientras ella tosía sin parar.

De forma inconsciente, sus piernas rodearon la cintura de Enol mientras le echaba los brazos al cuello. Y todo ello sin dejar de toser mientras Enol reía suavemente y le daba suaves palmaditas en la espalda.

—Madre, que casi me ahogo —dijo ella cuando al fin se recuperó.

—Sí, claro, como que ahora que te he pescado voy a dejarte escapar, pececillo —susurró junto a sus labios.

Mina contuvo la respiración, y aunque era el momento de escapar, no lo hizo.

No podía.

¡No quería!

Así, dejó que él, tras ese breve segundo de tregua en el que le dio tiempo para que ella lo rechazara, y al ver que no lo iba a hacer, se apoderó de su labio inferior.

Mina jadeó y se pegó más a él, sacando la lengua para lamerle, para encontrarse con la de Enol y comenzar a juguetear.

Y así, mientras el mar los mecía comenzaron a besarse. Suave. Lento. Sin prisas pero sin pausas, alargando el momento y envueltos en una burbuja donde estaban libres de miedos, de dudas, de incertidumbres.

Solo pasando lo que debía pasar cuando un hombre y una mujer se encuentran después de mucho buscarse y descubren que están hechos el uno para el otro.

Solo dejando que el calor los envolviera, que el deseo los engullera. Porque sí, Mina no se cortó ni un pelo cuando sintió la erección de Enol y sin vergüenza alguna comenzó a restregarse contra ella.

—Mina —dijo él jadeando y mirándola con devoción.

—Enol —susurró ella a su vez antes de lanzarse de nuevo a su boca.

Presos ya del deseo, y olvidándose que estaban en un lugar público, se abrazaron fuerte, fuerte, como si quisieran incrustarse en el otro, como si tuvieran la necesidad de unirse para convertirse en un solo

ser.

Enol movió las caderas para presionar su erección contra la entrepierna de Mina. Una vez, y otra, y otra…

—¿Cómo puedes estar tan duro con lo fría que está el agua? —preguntó ella maravillada por la dureza de su erección.

Y por el tamaño, también.

—Eso *ye* culpa tuya, *ñeña* —dijo él entre risas, pero ahogándose en su pasión.

—Joder, Enol —protestó ella, porque nunca había sentido tanto placer, nunca había perdido la cabeza como estaba a punto de hacerlo. A punto… —. Me… quemo…

—No podemos hacerlo aquí —musitó Enol, temblando de deseo y consciente al fin de dónde estaban y de que ya había gente que los miraba. Pero no fue eso lo que le echó para atrás—. No tengo protección.

Mina asintió, comprendiendo, pero lejos de apartarse se apretó más contra él, aunque sí dejó de restregarse.

—Dame un segundo que se me pase —pidió contra su cuello, que, golosa, lamió con sensualidad—. Sabes a sal.

Enol le acarició la espalda y luego descendió para apresar sus caderas. Le devolvió el lametón en el cuello y sonrió junto a él.

—Tú también.

Mina miró hacia la playa, donde vio que Carmina caminaba hacia el agua y no se detuvo hasta que no estuvo bien cubierta por ella.

La joven sonrió, porque no era a hacer pis a lo que había entrado su yo del futuro; era más que probable que Carmina también hubiera sentido la ola de deseo que estuvo a punto de engullirla a ella.

—Será mejor que volvamos.

Enol asintió y dejó que ella dejara de rodearle la cintura con las piernas, pero no permitió que se marchara.

—Aguarda —pidió poniéndola de cara al mar y colocándose él a su espalda.

—¿Qué haces? ¿Qué pasa?

Mina se estremeció tanto por la risa baja de Enol como por el contacto de nuevo cuando él agarró su cintura.

—*Que arda la casa, pero que nun eche fumo* [35].

Mina iba a girarse para que le explicara cuando él metió de pronto una mano entre sus piernas.

—¡Enol!

—No te muevas, no vayas a levantar la caza. Y no grites —pidió contra su oreja, justo antes de apoderarse de su lóbulo y mordisquearlo y al mismo tiempo que le apartaba la braga bajo el agua para acariciarla.

Mina gritó de la impresión y agrandó mucho los ojos.

—¡Enol! —regañó en un susurro—. Nos van a pillar.

—No, si te estás quieta y no gritas. ¿Cómo cantabas? Ah, sí; bajito, shhh, bajito, shhh…

Mina, con la respiración acelerada, miró al frente, pero cuando sintió los dedos de Enol recorriendo todos sus pliegues los cerró y se apoyó en él, dispuesta a disfrutar.

Vaya, Enol era de los que sabían cómo tocar a una mujer, pues tan pronto metía dos dedos dentro de ella, como tan pronto estimulaba el exterior, haciendo hincapié en el capuchón del clítoris pero sin descuidar el resto.

Y así, controlándose para que sus gemidos no fueran audibles, inmóvil por miedo a dejarse llevar y restregarse contra la mano de Enol a la desesperada, esperó a que el placer se desbordara. Lo hizo mordiéndose los labios para no gritar y apretando las muñecas de Enol para indicarle que fuera más rápido. Más fuerte. Más implacable.

Y al fin, y sin poder controlarse ya, se dejó ir con un pequeño gritito y estremeciéndose de placer, mareada cuando sintió por un segundo que perdía incluso el conocimiento.

Cuando al fin el placer empezó a remitir, detuvo la mano de Enol, que ahora se movía suave y lenta, alargando los espasmos del orgasmo y de forma golosa. Aun así, Mina necesitó la friolera de dos minutos para recuperarse.

Cuando al fin volvió a ser persona, sonrió con los ojos cerrados y lanzando un suspiro.

—Te debo una —dijo volviéndose al fin para mirar a Enol.

—Ya lo creo que sí —respondió él con una sonrisa de lobo.

Mina le echó los brazos al cuello y le dio un suave beso en los labios.

—Gracias. —Repitió el beso antes de apartarse de él—. ¿Volvemos?

—Ve tú. Yo voy a ver si bajo esto.

Mina sonrió, pero luego agrandó los ojos.

—¿Cómo? —preguntó, escandalizada.

Enol la miró enfurruñado.

—Nadando, malpensada. Nadando.

Y Mina se quedó allí unos segundos más, viéndolo marchar mar adentro con largas y expertas brazadas.

—Madre mía, Mina —se dijo—. Estamos locas…

«Por él», le susurro una voz.

—También. Eso también…

Ya de regreso a la playa, vio que Llara le hacía señas.

Preocupada, corrió hasta ella.

—¿Qué pasa?

—Nada, no te preocupes, solo quería avisarte que tu abuela se encuentra mareada.

Mina apretó los labios, porque sabía la causa, así que agachando la cabeza para que Llara no viera que por dentro se estaba descojonando de risa fue hasta las toallas, donde Carmina se abanicaba con las manos.

—Carmina, ¿estás bien? —preguntó cuando llegó a su lado.

La anciana le dirigió una mirada elocuente antes de cerrar los ojos.

—Ya estoy bien.

Llara, ignorante, se restregó las manos.

—Lo mismo es la tensión. Si queréis, vamos a una farmacia a que se la tomen y…

—Ya estoy bien —reiteró la anciana abriendo los ojos y mirando enfurruñada a Mina cuando a esta se le escapó la risa—. Dame agua, anda.

Mina fue hasta el bolso y cogió un botellín de agua y se lo entregó a Carmina, que prácticamente se lo bebió de un trago.

—No bebas tan deprisa, que te va a sentar mal —advirtió Mina, cogiendo una toalla para secarse.

Cuando se tumbó, vio que la niña volvía a mirarla con recelo. Vale, cierto era que en condiciones normales agradecería la ausencia de contacto, pero era tanta la tensión de la niña que no le gustó. En absoluto.

Sonrió a Cova y palmeó la toalla para que se sentara a su lado, pero esta, tras correr de nuevo tras las piernas de Llara, negó con la cabeza, en los ojos un poquito de miedo mezclado con la advertencia de que no se le ocurriese acercarse.

Mina suspiró de resignación.

—No le caigo nada bien a tu sobrina —le dijo a Llara, que miró a Cova y se sentó en la toalla.

—Ven aquí, Cova —pidió tirando de ella para que se sentara en sus piernas—. Dime, ahora que no nos escucha nadie. ¿Por qué le tienes miedo a Mina? —preguntó en un susurro.

La niña abrió mucho los ojos y miró a la aludida de reojo antes de volverse a su tía.

—*Ye* una *bruxa* —susurró al oído de Llara y tapando la boquita con la mano para que Mina no pudiera escucharla.

Llara compuso un cómico gesto de confusión.

—¿Una *bruxa*? —Miró a Mina y la señaló—. ¿Tú crees que tiene pinta de *bruxa*? ¿Entonces de dónde sacas eso? —insistió cuando la niña negó con la cabeza.

—Lo dijo papá. Le dijo al *tíu* que *ye* su *bruxa*.

Llara se mordió los labios y miró de reojo a Mina, que estaba resoplando.

—Hablaban de broma. Y si no, mírala. ¿Cómo son las *bruxas*?

—Feas, viejas, con un solo diente y con una verruga en la nariz —

respondió la niña.

—¿Y cómo *ye* Mina?

La niña la miró, ya parte del miedo perdido.

—Joven y muy guapa. —Mina sonrió por el cumplido, pero la sonrisa se le borró cuando añadió—: Pero tiene nariz de *bruxa*.

La joven alzó las manos al cielo.

—¿Pero qué les pasa a todos con mi nariz? Al final me vais a crear complejo y voy a terminar operándomela —protestó.

—Ni se te ocurra —dijo Enol, que acababa de llegar y estaba cogiendo una toalla para secarse.

—¿Por qué? —quiso saber Mina.

—Porque te hace ser quien eres. Te da… personalidad. —Enol frunció el ceño, como pensando—. *Cagondiola*… Ella por sí sola es toda personalidad —terminó guaseando.

Mina resopló y le lanzó una mirada asesina.

—Mira que me caes mal a veces, ¿eh?

A modo de respuesta, Enol le guiñó un ojo, pero luego tomó a Cova en su regazo y comenzó a hacerle pedorretas.

Y a Mina se le cayó la baba por la imagen. ¡Qué tierno! ¡Cómo miraba a la niña! ¡Qué cuidado pese a estar ahora lanzándola por los aires!

¡Y qué bonita la risa de la niña!

Y qué penita, tan joven y sin mamá… Aunque había casos peores, como el suyo. Al menos, Cova contaba con un padre amoroso y unos tíos que se desvivían por ella.

—¡Te voy a comer la tripa! —amenazó el asturiano.

La niña dejó de reírse de golpe y miró a su tío muy seria antes de lanzar una rápida ojeada a Mina.

—*Tíu, tíu, mentísteme* —regañó, enfurruñada.

—¿Yo? —protestó Enol—. ¿Cuándo te mentí?

—Antes. Dijiste que la *bruxa* no mordía.

—Y no lo hace.

—Sí lo hace —insistió la niña, asintiendo exageradamente con la cabeza—. A ti te ha mordido. Ahí y aquí—dijo señalando al mar primero, a su boca después.

Mina enrojeció. Llara agrandó mucho los ojos y apretó los labios. Carmina rio por lo bajo. Y Enol… Enol comenzó a revolcarse de la risa.

—¡Encima no te rías, gañan! —regañó Mina.

Cuando Enol se recuperó, pellizcó el moflete de Cova.

—No me mordía. Nos besábamos.

La niña, terca, negó con la cabeza.

—Así no se besa. Se besa así.

Y, agarrando la cara de Enol con sus manitas, le dio un casto beso

en la mejilla.

—Pero los novios se besan de distinta forma —aclaró el tío.

—¡Enol! —gritó Mina, atónita.

Cova agrandó mucho los ojos antes de reírse tapándose la boca.

—¿Sois novios?

—Sí —respondió Enol.

—¡No! —corrigió Mina fulminándolo con sus ojos azules.

—Calla, *muyer* —regañó Enol—. No vayas a confundírmela.

—¡Y tú no le mientas!

Enol la miró con falsa indignación.

—Ah, ¿que no somos novios?

Mina iba a negarlo de nuevo, pero entonces miró a Cova y apretó los labios. Con un gesto airado, buscó sus cascos y se los puso.

—Paso de ti.

Mina cerró los ojos y se dispuso a tomar sol, pero sintió que alguien se sentaba a su lado. Cuando abrió los ojos, vio a Cova. Se incorporó a medias y le tocó la nariz.

—¿Qué pasa, peque? —preguntó quitándose un audífono.

La niña se pegó a ella y le susurró al oído.

—No te enfades con el *tíu*, por favor.

A Mina se le derritió el corazón.

—No me enfado. Solo que, a veces, a los hombres hay que regañarles.

—Pero, ¿sois, o no sois novios? —insistió.

Mina determinó que la insistencia de la niña era producto de la confusión, por lo que la agarró, la sentó en su regazo y le susurró al oído:

—Te lo cuento si me guardas el secreto.

La niña asintió. Era increíble lo guapa que era y lo dulce que parecía pese a lo diablilla que decían que era en realidad.

A Mina, sin embargo, le parecía una niña entrañable.

Con una sonrisa traviesa, se acercó más a ella y le dijo dos palabras. Complacida, aunque todavía confusa, la niña le dio un beso en la mejilla antes de volver a su toalla.

Enol miró a una y a otra.

—¿Qué le has dicho?

—Nada. Cosas nuestras.

Enol estuvo unos segundos mirándola, como esperando a que respondiera, pero entonces, al comprender que no lo iba a hacer, engatusó a su sobrina.

—Cova, ¿qué te ha dicho la tía?

Mina agrandó mucho los ojos cuando la llamó así. Cova, también, pero se tapó la boca con las manos para retener la risa.

—*Ye* un secreto —informó asintiendo y alzando las cejas a la vez.

Enol frunció el ceño.

—¿A que te quedas sin chocolate? —amenazó.

—Tranquila, que yo te lo doy —se apresuró Llara a decirle a Cova y ganándose una mirada asesina de su hermano.

—Todos estáis en mi contra —protestó.

—Yo no —indicó Carmina, dejando su novela a un lado cuando sus tripas crujieron—. Madre, qué hambre tengo. ¿Qué hora es?

Mina sacó su móvil para ver la hora.

—Las doce y media. Voy a llamar al restaurante que vimos de camino para reservar mesa. ¿Os quedáis a comer?

Para disgusto de las chicas, Enol negó con la cabeza.

—Tenemos una hospitalización en la clínica y me toca guardia esta tarde.

—Pero yo me quiero quedar… —se quejó la niña.

—Y yo —la acompañó Llara.

—*Ye* lo que hay —dijo Enol alzando las manos en señal de inocencia.

—Que se queden con nosotras —invitó Carmina.

La niña comenzó a pegar saltitos.

—¿Sí, *tíu*? ¡Porfi, porfi!

Enol miró a Mina, que asintió con la cabeza.

—Está bien —aceptó, pero luego, mirando a Mina, lanzó un suspiro —. Ya me gustaría a mí también quedarme todo el día…

Mina le sonrió.

—Pero a comer sí te quedas, ¿no? Lo digo para reservar.

Enol, tras pensarlo, asintió.

Porque si tenía que rascarle minutos, segundos a la vida para estar con ella, lo haría rogando al cielo para que el tiempo no corriera.

Pero como suele pasar cuando uno se lo está pasando bien, cuando uno es feliz, el tiempo voló entre risas, juegos y miradas cruzadas que se prometían un momento a solas, que no lograron hasta después de comer, cuando Enol y Mina fueron a cambiar el alzador de asiento de Cova del coche de Enol al de Mina.

—Esta tarde ya no te veré —informó ya cuando estaba por irse—. Lo más probable es que la guardia dure bien entrada la noche.

—Bueno —dijo ella con un encogimiento de hombros—, hay más días que longanizas.

Enol rio por lo bajo y, agarrándola por la cintura, se pegó a ella.

—Hablando de longaniza…

Mina bufó y rio a la vez.

—Mira que eres cochino.

Enol sonrió junto a sus labios, que no tardó en besar, un suave y dulce beso de despedida que pronto exigió más, así que jadeantes, se apartaron por miedo a no poder controlarse.

—Hasta mañana, Mina.

Mina le despidió con la mano y suspiró cuando este se subió al coche. Ya lo había puesto en marcha cuando bajó la ventanilla.

—Por cierto, ¿cuál es la respuesta?

Mina sabía a lo que se refería, pero se hizo la tonta.

—¿A qué?

Enol bufó.

—No te hagas, que sabes a lo que me refiero. ¿Qué le has respondido a la *ñeña*?

Mina sonrió ladinamente.

—Que aún no.

—¿Aún no?

—Aún no —insistió ella.

Enol ladeó la cabeza, pensativo.

—¿Y cuándo sí?

Mina se alejó dos pasos del coche e hizo un gesto engreído.

—Cuando me lo pidas —contestó antes de girarse y echar a correr hacia la playa.

—¡Te lo estoy pidiendo ahora! ¡Mina!

Pero Mina, sin girarse, alzó la mano a modo de despedida.

Enol suspiró al verla irse, con un vaivén de caderas y las trenzas golpeando su espalda por el trote.

Enol estaba en doble fila, así que alguien pitó porque estaba obstaculizando la salida.

Solo por eso Mina se libró de que él fuera tras ella.

Solo por eso Mina se libró de arrancarle un sí a base de besos.

21

Mina se decantó ese día por la ruta larga, la que bordeaba el pueblo y el río, aquella que había tomado la primera vez que salió a caminar.

Estaba ya a la altura de la central eléctrica cuando vio el coche de Enol. Con una sonrisa se encaminó hacia él, porque no había esperado encontrárselo hasta por la tarde. Ignoró los nervios que la atizaron de pronto y esa extraña y loca emoción y caminó con paso decidido hacia donde estaba aparcado el coche.

Enol no estaba solo. Estaba con un grupo de chicos que patinaban en un circuito que tenía el terreno irregular. El asturiano tenía puesto un casco y unas rodilleras, provocando en Mina un alzamiento de cejas. Se acercó a la verja y estuvo un rato allí, viéndolo patinar y dando indicaciones a los chicos.

Debieron de pasar varios minutos hasta que él la divisó. Cuando lo hizo, la sonrisa que le regaló a Mina provocó que el corazón le diera un vuelco.

Con largas zancadas Enol se dirigió a la entrada del recinto. Mina, a su vez, fue su encuentro.

Cuando al fin estuvieron frente a frente, la muchacha evitó mirarle a los ojos, porque sabía que él estaba aguardando a que ella le diera un beso.

Y ni loca iba a dar el primer paso…

No aún…

—Buenos días —saludó con una sonrisa—. Vaya, tienes una pinta estupenda.

Enol se quitó el casco y sonrió.

—¿A que sí? Si es que estoy buenísimo.

Mina hizo un revuelo de ojos.

—Me refiero a que estás de una pieza. Llara me ha dicho a primera hora de la mañana que la guardia se te complicó y llegaste de madrugada.

Enol asintió.

—A las cinco, pero estoy acostumbrado a dormir poco. Bueno, eso, y que me he tomado ya como un litro de café —se rio de sí mismo—. Además, le prometí a Nel que esta semana me encargaría de los chicos, ya que va de culo con un pedido.

Mina miró a la pista.

—*Pump Track* —leyó un cartel—. ¿Qué significa?

—Es un circuito corto y desigual para monopatines, bicicletas… Está hecho así para no tener que impulsarte con el pie ni tener que dar saltos, ni pedalear, solo usando la inercia.

—Me gustaría probar —dijo Mina, pero luego negó con la cabeza—. Mejor no, que soy malísima para los deportes.

Enol alzó las cejas.

—Anda, mira, otra cosa que tenemos en común.

Mina resopló.

—Tú no eres malo. Mírate.

—Ya, bueno, tal vez no del todo malo, pero comparado con Nel soy pésimo.

—¿Nel es buen deportista?

—Buenísimo. No hay deporte que se le dé mal, en todo me ganaba. Menos nadando. Ahí le gano con creces. El año pasado competimos en la piscina y…

—¿Qué piscina? —cortó Mina con evidente sorpresa.

Enol señaló un punto a lo lejos.

—¿Y por qué nadie me dijo que teníamos piscina?

Enol no dijo nada del hecho de que hablara en plural. Como si fuera a quedarse.

Como si fuera una más.

—¿No la viste cuando fui a buscarte el otro día?

Mina lo miró como si fuera bobo.

—¿Tú crees que si me hubiera dado cuenta hubiera perdido la oportunidad de ir? Con lo que me gusta a mí tomar sol.

—Sobre todo en *topless* —añadió él subiendo y bajando las cejas, picarón.

—No, yo solo hago *topless* en la playa y siempre y cuando no haya ningún conocido por la zona.

—Ah —exclamó él, que le guiñó un ojo—. De modo que ya no soy un desconocido.

Mina se puso tiesa y con pose de fingida ofensa.

—Yo a los desconocidos no les dejo meter la mano entre mis

piernas.

Enol rio por lo bajo y se acercó a ella, pero esta retrocedió al ver que varios chicos miraban en su dirección. El asturiano siguió su mirada y suspiró resignado.

—¡Descanso, chicos! —gritó.

Como si hubiera recibido una orden, los chicos corrieron en su dirección.

Enol, al verlos venir, abrió el maletero y comenzó a sacar bocadillos, que empezó a repartir conforme fueron llegando.

—¿Quieres uno? —preguntó a Mina ofreciéndole uno.

—No, gracias. Pero si tienes agua te lo agradeceré eternamente.

Enol terminó de servir a los chicos, que corrieron hacia un aparte donde procedieron a devorar sus bocadillos.

—Lo que zampan —dijo Enol moviendo la cabeza de un lado a otro y tendiéndole un botellín a Mina—. Creo que lo de patinar les da igual, que vienen por el bocadillo.

—Están en edad de crecer —se rio Mina mientras abría la botella.

—Bueno, por el motivo que sea, vienen, en vez de escaparse a Oviedo para fumar porros. Nel hace un trabajo cojonudo con ellos. Los mantiene entretenidos y lejos de las drogas y de problemas.

Mina sonrió con afecto.

—Me cae bien Nel. Es buena gente.

Enol arrugó la frente.

—Ya, eso ya lo has dejado claro en varias ocasiones. Al contrario que yo.

Mina rio con suavidad.

—Guarda tus uñas, gato, que no es a él a quien le como el morro.

Algo relampagueó en los ojos de Enol, que mostró una sonrisa tierna.

—Gato… Así me llamaba mi madre, gatín. Ven —pidió de pronto cogiendo su mano.

—¿Dónde?

—Allí —respondió señalando un merendero—. Tengo algo que enseñarte.

Mina no protestó porque la llevara de la mano, porque lo vio natural y porque le encantaba lo que le hacía sentir, pero luego, cuando se dio cuenta que se estaba acostumbrando a esas muestras de cariño, buscó una excusa para soltarse.

Enol no se dio cuenta, porque acababan de llegar al merendero y estaba ocupado sacando su móvil y buscando algo en él.

—Quería habértela enseñado antes, pero como has estado huyendo de mí…

—Yo no huía de ti —protestó golpeándole en el hombro.

Enol puso los ojos en blanco.

—Mira —dijo mostrándole la pantalla.

Mina parpadeó, sorprendida.

—Va-vaya —pudo decir al cabo de varios segundos.

Enol sonrió de medio lado.

—Es horrible, ¿a que sí?

Mina asintió. Porque, si debía ser sincera, la foto que le acababa de mostrar era cuando menos espeluznante; la foto de una chica con el pecho destrozado.

—Mira ahora —pidió cambiando de foto.

En esta ocasión, Mina soltó una exclamación ahogada.

—¡Qué maravilla! —exclamó sin pensar. Miró a Enol y sí, esa misma maravilla mostraban sus ojos ahora al mirarlo—. ¿Es la misma chica?

Enol asintió y miró la foto con orgullo antes de darle el móvil a Mina para que viera otros de sus trabajos.

—Y *ye* por esto por lo que gano un pastizal.

—No me extraña… Sabiendo esto, lo bueno que eres, hasta puede que me anime a operarme.

Enol rio por lo bajo.

—Pues conmigo no cuentes.

—¿Por qué no? —protestó enfurruñada.

—Tu pecho está bien así. Es… perfecto para tu silueta. Y créeme, te lo dice un experto.

Mina resopló.

—Ya, pues ayer no decías eso. Ayer dijiste: psss.

—Claro. Me encanta meterme contigo. —Acercó su rostro al de Mina y alzó las cejas—. Pero más me encantaría meterme en ti.

—Quita, bobo, que los chicos miran —le apartó Mina cuando él fue a besarla.

—¿Y qué?

Mina hizo muecas, hasta que él, resignado, se apartó. Mina miró las fotos una vez más y le devolvió el móvil.

—Un trabajo de diez, en serio. No entiendo cómo no tienes más pacientes, con lo de moda que está ahora ponerse pecho.

Enol se guardó el móvil y frunció los labios.

—No *ye* eso lo que me interesa, Mina. —Suspiró y miró al frente—. No me malinterpretes, me encanta mi trabajo, pero no me hice cirujano plástico para que una niña a la que no le hace falta se le antoje ponerse el pecho porque es lo que se lleva. Y no es que lo vea mal, *ye* que yo me veo incapaz de hacerlo.

Mina lo miró con ternura porque él se había puesto serio.

—Por eso descartabas fotos el otro día.

Enol asintió.

—Cuando haces lo que yo hago, cuando te especializas en

reconstrucción mamaria, ves a chicas con un pecho precioso que dicen estar acomplejadas por el tamaño, y luego lo comparas con los casos que suelo aceptar y te dan ganas de darle dos sopapos, te lo juro. No quiero decir que la clínica no se haga cargo de ellos, pues Manuel *ye* buenísimo en eso. Pero yo, no. Yo me hago cargo de casos difíciles, de mujeres a las que le han hecho una chapuza o a las que le han hecho una mastectomía, como a mi madre.

Mina agrandó mucho los ojos.

—¿Mastectomía? Disculpa si meto la pata, pero tenía entendido que tu madre murió por un atropello.

Enol apretó los labios, disgustado por el recuerdo.

—Sí, murió porque me la reventaron por dentro, a la pobre mía.

—Entonces…

Enol la miró sin comprender, hasta que entendió la confusión de Mina.

—Antes de eso tuvo cáncer de mama.

—Oh, Dios —exclamó en un susurro ahogado Mina y tapándose el rostro. Entonces recordó que Manel le había mencionado algo sobre una enfermedad de la madre.

—Pero lo superó. ¡Pues menuda era ella! —exclamó Enol con orgullo y con una sonrisa tierna—. Peleó como una jabata. —Miró a un lado y apretó la mandíbula por la rabia, por la injusticia de perderla después de todo lo que había capeado—. ¿Te lo puedes creer? Con todo lo que luchó, con lo feliz que estaba porque había superado el cáncer… Fue una putada. Con las ganas que tenía de vivir… Qué ironía. Qué crueldad.

Mina, como no supo qué decir, le tomó la mano. Él se giró a mirarla y sonrió. Había tristeza en sus ojos azules, tanta que a Mina se le partió el corazón.

—La echarás mucho de menos —dijo la joven en un susurro y acariciándole el brazo.

—Mucho —corroboró él—, pese a que apenas me acuerdo ya de su rostro, aunque gracias a Nel lo tenemos muy presente. De lo que sí me acuerdo *ye* de su sonrisa. ¡Qué bonita era, Mina! ¡Cuánta luz había en sus ojos! Siempre estaba riendo. Siempre preparaba juegos y sorpresas. No había hogar más feliz que el nuestro. No importaba lo malita que estuviera tras una sesión de quimio, ella siempre sonreía, siempre tenía un momento para nosotros. —Hizo una pausa y suspiró, tal vez para darse fuerzas y para contener el llanto, pero entonces se rio—. ¡Que viene el *cuélebre*[36], que viene el *cuélebre*!, decía poniendo los dedos en garras y corriendo tras nosotros, y cuando nos alcanzaba nos hacía retorcernos de risa con las cosquillas. Siempre, Mina, siempre riendo… menos una vez.

Mina aguardó a que él continuara, con el corazón en un puño y

mirándolo como si lo viera por primera vez.

Como si estuviera viendo a un hombre totalmente distinto.

A un hombre desnudo.

—No sé por qué es tan relevante en este recuerdo la lluvia, si siempre llueve en Asturias, pero por algún motivo lo recuerdo con total nitidez. Era sábado por la tarde. Lo sé porque ese día no habíamos tenido colegio y estábamos un poco aburridos porque no podíamos salir a jugar, así que ahí estaba yo, mirando por la ventana cómo llovía. Recuerdo que llegó mi padre y nos trajo plastilina, así que empezamos a jugar en el salón. Nel era buenísimo haciendo figuras, pero yo era un desastre. Yo siempre he sido más de coco que de manualidades —se excusó con una sonrisa triste—. Pero ese día, hice un símil de perro la mar de chulo, así que antes de que Nel le enseñara el suyo, que era una obra de arte, fui corriendo a buscar a mi madre a enseñarle el mío primero y que así no pudiera compararlos. Has de saber que Nel y yo siempre hemos sido muy competitivos.

Enol apretó los labios y achicó los ojos. Su nuez bajó y subió un par de veces.

—No estaba preparado para lo que me encontré cuando entré al cuarto, pero ¿quién lo estaría? —Apretó la mandíbula y miró a Mina —. Ahí estaba ella, con la camisa abierta frente al espejo del armario, mirando su pecho mientras las lágrimas corrían por sus mejillas. Y eso me impactó más que la cicatriz de su pecho o que la ausencia de uno. Y comprendí, de algún modo, que ese día el cielo rompió a llover para acompañar a mi madre en su duelo. No sé el tiempo que estuve allí, viéndola llorar, escondido a medias tras la puerta, esperando que su llanto fuera más suave, aguardando, como si un niño de seis años entendiera que en ese momento no debía molestar a su madre, porque ese momento le pertenecía a ella. Y solo cuando dejó de sollozar, cuando comprendí que había aceptado su situación, miré mi perro de plastilina, que sin darme cuenta había destrozado. Y fue entonces cuando tuve una idea que a mí me pareció magnífica: hice una bola con él y caminé con resolución hacia mi madre. «No llores, mami», pedí tendiéndole la bola de plastilina. Ella me miró sobresaltada, pero se repuso rápidamente y, tras limpiarse las lágrimas y abrocharse la camisa, me sonrió. «¿Y esto qué *ye*?», preguntó. Yo no pude responder, así que le señalé el pecho. ¡Cómo me miró, Mina! ¡Cuánto amor en sus ojos azules! «Es de mentira, mami», le dije, «Pero cuando sea grande, te haré uno de verdad». Y entonces, rompió a llorar. Pero estas lágrimas me gustaron, porque iban acompañadas de besitos y suaves risas. Todavía no llego a comprender por qué de pronto dejó de llover y el sol salió, radiante.

Mina apenas respiraba. Temblaba tanto que no podía controlarse. La congoja se aprisionó de su corazón, al que apretó fuerte, fuerte,

devastándolo. Miraba a Enol con los ojos cargados de lágrimas, pero tal era su imposibilidad de llorar que no pudo hacerlo. Su alma, en cambio, gritaba de angustia mezclada de emoción.

Por la madre de Enol. Por el niño que había sido. Por el maravilloso hombre en el que se había convertido.

—Uf, Enol —dijo en un hilo de voz y todavía acongojada.

Él la miró y sonrió. Le agarró la mano y se la besó.

—Y así fue cómo me dediqué en cuerpo y alma a estudiar. Pero no me bastaba con estudiar, no. Tenía que ser el mejor. —Enol volvió a mirar al suelo para que Mina no viera la profunda tristeza que sentía ahora. Tal vez para darse fuerza, acarició la perla de su colgante—. Pensaba que, aunque ya fuera demasiado tarde para mi madre, había muchas personas más a las que podría ayudar. ¿Qué importaba que no saliera de mi cuarto, que apenas tuviera vida social, que no estuviera con ninguna chica? ¿Qué importaban tantos sacrificios, tantas noches de robarle horas al sueño si con ello conseguía ser el mejor para así hacer feliz a alguien en el futuro?

Volvieron a guardar silencio.

Enol, recordando. Mina, luchando con la emoción.

—Nunca se me olvidará la primera vez que hice una reconstrucción, el día que vino la mujer a revisión y se vio por primera vez. ¡Qué feliz se puso! ¡Qué sonrisa, Mina! Y me imaginé que así hubiera sido la sonrisa de mi madre si la vida me hubiera dado la oportunidad de cumplir mi promesa en ella. Que, tal vez, esa era el reflejo de la sonrisa de mi madre desde el cielo.

—Estoy convencida —apuntó Mina en un susurro cargado de dulzura, pero que debido a la emoción tuvo que resoplar para calmarse.

Tantas emociones no eran buenas, porque a la emoción compartida del relato, se le unió otra más aterradora; sin proponérselo, Enol le había ganado la partida.

Le acababa de robar el corazón.

Y el muy tuno debió presentirlo, porque, tras recuperarse, la miró a los ojos y sonrió.

—Y esta *ye* mi historia. Como ves, de putero nada.

Mina sonrió, porque entonces comprendió porqué le había sentado tan mal que ella hubiera pensado eso de él.

—No, nada de nada. Madre mía, Enol, es lo más bonito que he escuchado en mi vida. Y lo más triste también. Seguro que las chicas caían a tus pies cuando se lo contabas.

Enol frunció los labios.

—Lo cierto *ye* que esta *ye* la primera vez que lo cuento.

Mina alzó las cejas.

—¿A nadie?

Enol negó.

—A nadie. —La miró directo a los ojos y sí, había una declaración en ellos, que corroboró al añadir—: Ni a mi familia. Ellos saben de la promesa, pero no de lo que me llevó a hacerla.

Mina suspiró entrecortadamente, sorprendida y asustada por lo que eso implicaba.

Al verla así, Enol ladeó la sonrisa.

—¿No te estarás enamorando de mí, Mina? —preguntó en un susurro y a menos de una pulgada de sus labios.

Mina se apartó y se abanicó con las manos a la par que lo miraba enfurruñada.

—Tenías que estropear un momento tan mágico con estupideces…

—Ah, que enamorarte de mí ¿*ye* una estupidez?

—El hecho en sí, no. Preguntarlo, *sí* —replicó poniéndose en pie—. En cualquier caso, gracias por compartirlo conmigo.

Enol se encogió de hombros.

—*Quid pro quo*, Mina. Tú te desnudaste para mí, y ahora me tocaba a mí.

Mina trató de contener una emoción, pero fue tan intensa que la impulsó hacia adelante y le echó los brazos al cuello.

—*Gracies* —dijo antes de darle un suave, dulce y tierno beso en los labios.

Enol sonrió y la miró a los ojos como si quisiera llegar hasta su alma.

—Y bien, Mina, ahora que ya estamos los dos desnudos, ¿qué hacemos?

Mina sonrió y volvió a besarle, esta vez profundizando el beso, pero se apartó cuando los chicos comenzaron a jalearles. Miró en su dirección antes de clavar sus ojos azules en los de Enol. Sabía que él aguardaba una respuesta, pero ella, por el motivo que fuese, que eran muchos, no pudo dársela.

—Luego te veo —dijo a modo de despedida y apartándose de él.

—Ya veo —dijo él, desilusionado—. Aún no, ¿eh?

Mina, que ya había echado a andar, se giró y le dedicó una triste sonrisa.

—Aún no.

22

Nada más atravesar la puerta, Mina se dejó caer en ella y se llevó una mano al pecho. Y no, no se debía a la carrera que había emprendido de vuelta. Todo le daba vueltas, como cuando bebía más de la cuenta, o como cuando de niña dabas vueltas sin parar y al detenerte todo giraba a tu alrededor.

En cualquiera de los casos, feliz. Y asustada, también.

Carmina no tardó en presentarse frente a ella. Tenía los ojos cargados de pánico, pero también de un brillo que Mina no había visto hasta entonces. No supo por qué, supo que los suyos emitían la misma luz.

—¿Qué ha pasado, Mina? —preguntó, acongojada—. ¿Qué es esta extraña emoción que me embarga? ¿Qué es este miedo, esta pena, esta alegría, este… todo?

Mina sonrió y suspiró.

—Espera que me recupere y beba algo.

La anciana asintió y fue a la cocina a por agua.

Mina, que se sentó en el sofá, rio por lo bajo al verla.

—Creo que esta vez vamos a necesitar algo más fuerte, vieja.

La anciana negó, resuelta.

—No. Tenemos que acostumbrarnos a superar las cosas sin alcohol mediante.

Mina aceptó, porque tenía más razón que un santo.

Tras beberse el vaso de un trago, y rellenarlo de inmediato, Mina comenzó a narrarle la historia de Enol. Como hiciera ella, la anciana se llevó las manos al pecho para sofocar la emoción.

—Dios mío, Mina —pudo hablar cuando esta concluyó—. Es lo más

triste, y lo más bonito, que he escuchado nunca.

Mina asintió.

—Me han entrado hasta ganas de llorar.

Carmina la miró, pensativa.

—Pero no lo has hecho.

Mina pensó que le estaba recriminando ese hecho, porque la miró enfurruñada.

—Ni tú ahora cuando te lo he contado.

—No, no, no te lo estoy echando en cara. Estoy constatando un hecho. —Frunció los labios y arrugó la frente. Había desconcierto en sus ojos—. ¿Por qué, Mina? ¿Por qué no podemos llorar?

La joven se levantó de golpe y caminó hasta la ventana.

—Porque estamos muertas, Carmina —susurró sin volverse y mirando a través de la ventana—. Morimos hace tres años, un mes, quince días y tres horas.

Carmina, como la joven, rememoró aquel día, pero no pudo enfrentarse a ello y agitó la cabeza.

No era tiempo de pensar en el pasado. Era tiempo de corregir el presente para arreglar el futuro.

—Entonces, si tan muertas estamos según tú, ¿por qué nos estamos enamorando de Enol?

Mina se giró y la miró de arriba abajo mientras bufaba.

—No dices más que estupideces —regañó a la par que iba a la cocina—. ¿Qué tienes liada aquí?

Carmina hizo un revuelo de ojos y suspiró de resignación.

—Me asombra la facilidad que tienes para cambiar de tema. —Como encontró una advertencia en los ojos de Mina, se dispuso a informarle—. He hecho tortilla, pimientos fritos, pisto y esto es rabo de toro.

Mina agrandó los ojos.

—Joder, el tiempo que llevábamos sin comerlo—. Sin pedir permiso, metió una cuchara para probar la salsa—. ¡Mmm! ¡Madre, qué bueno está esto! Sabe igual que el de la Nana.

—Pues claro. Como que ha sido ella quien me ha dicho cómo hacerlo paso a paso.

—¿Qué se cuenta?

La anciana se encogió de hombros.

—Poca cosa. Tiene turno de noche y ya sabes que si no duerme no es persona y apenas cuenta nada, pero vamos, que está bien. —Como hizo Mina, probó la salsa y se relamió—. Sí que está bueno, sí. Ya me estoy soltando con la cocina, ¿a que sí?

—Soltando dice… Me parece increíble que te atrevas con un guiso así y que encima te salga de diez.

—Ya te dije que estaba cambiando. Y no es lo único que está

cambiando.

Mina ladeó la cabeza, atentísima.

—¿Qué es lo que está cambiando? —preguntó prácticamente en un susurro.

La anciana, tras pensarlo, se levantó la camiseta.

—Míralas.

Mina se encogió de hombros.

—Yo te las veo bien.

Carmina negó con la cabeza y se desabrochó el sujetador. Al hacerlo, la ley de gravedad hizo su trabajo, provocando un respingo en Mina.

—Toca —pidió, además, Carmina.

Con los ojos llenos de estupor, Mina se acercó y hundió el dedo índice en el pecho derecho. Fue monumental el salto que dio hacia atrás, como si hubiera recibido una descarga eléctrica.

—¡Están blanditas! —gritó.

—Y cada día más.

Mina abrió la boca y estuvo varios segundos así, hasta que frunció el ceño.

—¿No será que los implantes se han reventado?

—Puede ser.

—Le preguntaré a Enol. Porque lo de llevarte al médico lo tenemos jodido, Carmina.

—No hace falta. Sé de sobra que lo que pasa es que estamos cambiando el futuro, al fin.

Mina recordó lo hablado con Enol.

«No te hace falta».

¿Sería verdad? ¿Estarían cambiando el futuro y esa era la prueba de ello?

—Puede ser que tengas razón. La historia que me ha contado me ha calado tan hondo que se me han quitado las ganas de operarme sin necesidad. —Se miró el pecho y sonrió—. Yo creo que tengo las tetas muy cuquis, ¿a que sí?

—Psss —dijo la anciana entre risas, a lo que la joven le hizo burla —. Y yo no lo creo; tengo la absoluta certeza de que hemos cambiado el futuro.

Mina hundió las mejillas y puso cara pez antes de negar con la cabeza.

—No. Aún no.

Carmina la miró enfurruñada.

—¿Tú qué sabrás?

—Sigues aquí, ¿no? —respondió Mina, que de pronto le entró mucha hambre y fue a pinchar un poco de tortilla.

—Estate quieta, que eso no es para nosotras —regañó Carmina

dándole un manotazo.

—¿Y eso?

—Vamos de *folixa*.

—¿Y eso qué es? —dijo riéndose la joven porque la anciana había vuelto a hablar en asturiano.

—Es una fiesta de *prau*, o prado, para las incultas como tú. Habrá orquesta y sidra y luego, sobre las diez de la noche, encenderán las hogueras en la fuente grande por San Juan.

—¿Y a qué hora empieza? Porque me gustaría escribir un ratito.

—Según me han dicho, sobre las siete, así que te da tiempo de sobra a escribir un poco. Y si te portas bien, te dejaré que bebas un culín de sidra.

—Vaya, qué amable —replicó poniendo los ojos en blanco.

—¿Ya has pensado lo que vas a ponerte? —preguntó Carmina, que fue a remover el guiso.

—Cualquier cosa. Tacones no, desde luego.

—Estarías loca —se rio la anciana, pero luego la miró de reojo—. Oye, Mina, ¿te acuerdas cuando te dije que tenía un presentimiento con el vestido rojos de volantes? —Como Mina no dijo nada, la anciana se giró a enfrentarla. Sonrió, porque la joven estaba conteniendo la respiración, aguardando la respuesta—. Es el momento.

Mina frunció el ceño.

—Pero, ¿y si llueve?

La anciana negó con la cabeza.

—Que llueva.

Lo dijo con tal convicción, y al mismo tiempo de forma tan enigmática, que Mina supo que iba a hacerle caso a esa vieja chiflada.

Aunque se pelase de frío.

Nel golpeó la puerta principal de la casa de su hermano, pero no esperó a que este le diera permiso.

Total, era más que probable que ni siquiera hubiera escuchado la llamada, tal era el volumen de la música. Sin embargo, y para no asustarlo, cuando entró al salón fue hasta el altavoz portátil y lo apagó, provocando un respingo en Enol.

—Ah, eres tú —dijo a modo de saludo y mientras volvía a la labor, que no era otra que terminar de pintar el salón.

—¿Y quién creías que era ¿La *bruxa*?

Enol se detuvo un segundo para suspirar, pero raudo continuó con

la labor.

—Qué más quisiera yo, *hermanu*.

Nel fue hasta la mini nevera y se sirvió él mismo una cerveza, no sin antes ofrecerle otra a su hermano, que negó y continuó pintando.

—Te está costando conquistarla, ¿eh?

Enol frunció el ceño.

—No, si conquistada creo que la tengo. Lo que me está costando es que lo acepte. *Ye* más terca que una mula.

—Habló el indulgente —dijo Enol entre risas, pero luego sonrió picarón—. ¿Y tú, lo has aceptado?

—¿Que me gusta? Pues claro. Es obvio —respondió haciendo un revuelo de ojos.

Nel negó con la cabeza.

—No. Que te gusta no. Que te has enamorado de ella.

En esta ocasión, Enol bufó.

—*Ye* muy pronto para eso, Nel. —Se detuvo y miró a su hermano —. Las personas no se enamoran así como así, de golpe y *porrazu*. —Miró a su hermano, interrogante—. ¿O sí?

—A mí no me mires —se rio este alzando las manos—. Yo nunca me he enamorado.

Enol puso los ojos en blanco.

—Te has enamorado miles de veces. Siempre estabas tras alguna guaja.

—Eso en psicología tiene un nombre y es necesidad de llenar vacíos.

—¿Ni de Reme? —preguntó asombrado.

Nel negó con la cabeza, pero algún pensamiento turbio debió de cruzarle por la mente porque agitó la cabeza.

—Ahora sé que lo de Reme fue lo que fue; sexo y amistad. Pero ¿amor? —Y volvió a negar con la cabeza—. Lo más cerca que he estado del amor era tan raro que no sabía cómo gestionarlo. —Estuvo un rato callado y con los ojos entrecerrados, como si hubiera caído en algo—. Tal vez aquello sí era amor, porque llegó de golpe y sentí que me aporreaban. Fuerte, fuerte... Bah —desistió al cabo de un rato—, tontunas de *guajes*.

Enol guardó silencio con su hermano, hasta que lo miró a los ojos.

—¿Y si es eso, Nel? ¿Y si lo que siento por Mina es solo sexo?

—Ya lo comprobarás cuando se marche. Porque se va a marchar, Enol.

El asturiano agrandó mucho los ojos y su respiración se alteró. Tal fue el impacto de las palabras de Nel, que tuvo que llevarse una mano al corazón y compuso un cómico gesto de pánico.

Nel rio por lo bajo.

—Y ahí tienes la respuesta, *hermanu*.

Enol cogió el rodillo de nuevo y miró enfurruñado a su hermano.

—Anda que… ¿Qué necesidad había de darme un susto así, *ho*? ¿Y a qué has venido, a amargarme la existencia? ¿No tendrías que estar con el pedido?—protestó enfurruñado.

—El pedido lo acabo de enviar y he venido a avisarte de que son las ocho y media y que hay fiesta en el *prau*, por si lo has olvidado.

Enol alzó las cejas y se miró el reloj de pulsera.

—Vaya… Ahora voy, cuando acabe esto.

—Déjalo, anda. Mañana sigues.

—Mañana quiero empezar con la parte de arriba —informó.

Nel le regaló una sonrisa y Enol lo miró con desdén. En condiciones normales Enol estaría feliz porque hacía mucho que su hermano no sonreía tanto y tan a menudo, pero como el motivo no era otro que pincharle a él, pues no le hacía ni puñetera gracia.

—¿Y esas prisas?

—Mira que *yes fatu* —regañó sin mirarle y moviendo el rodillo con brío.

—La *bruxa* ya está allí.

Nel sonrió cuando vio a su hermano detenerse bruscamente y hacer amago de echar a correr, pero como era orgulloso hasta decir basta se contuvo y fingió que le daba igual.

—Luego la veré —dijo mirando a la pared pero sin intención de continuar.

—Tomás está hablando con ella —pinchó.

Pero Enol se encogió de hombros.

—Puede hablar con quien quiera.

Nel lo miró divertido.

—Vaya, si mal no recuerdo solías ser bastante celoso.

—Recuerdas bien, pero esta vez *ye* diferente.

—¿Por qué?

Enol miró a su hermano de tal manera que este no necesitó respuesta, pero como cogió de nuevo el rodillo, Nel decidió volver a picarle.

—Lleva un vestido.

Enol apretó la mandíbula fuerte, fuerte.

—Luego lo veré —repitió.

Nel esperó unos segundos a que su hermano se moviera, pero como no lo hizo su sonrisa se agrandó.

—Es muy, pero que muy mini.

Enol rechinó los dientes y le dirigió a su hermano una mirada asesina.

—Es rojo —soltó Nel la última bomba, consiguiendo al fin la reacción que había estado buscando en su hermano, que no era otra que agrandar los ojos y soltar el rodillo.

—*Cagondiola*… —dijo mientras se dirigía hacia la puerta principal y echaba a correr hacia la casa de su padre para ducharse antes de bajar al *prau*.

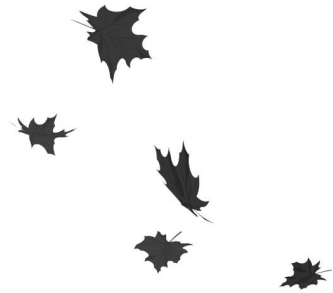
Nel se quedó allí, riéndose por lo bajo y recogiendo el rodillo que había dejado caer al suelo y que si no lo limpiaba se echaría a perder, así como la pintura que había dejado abierta.

—Lo que hace el amor —se rio, pero luego se puso serio cuando recordó una cabellera rubia y unos ojos verdes como el *prau*…

¿Sería aquello amor?

Con un enérgico movimiento de cabeza echó un recuerdo a un lado; ese en el que mientras estaba haciéndole el amor a Reme sus ojos se cruzaron con otros, de un verde tan intenso como los *praus* de Asturias.

Y ya nunca pudo olvidarlos.



23

Asturias es una tierra de cultura celta, con sus leyendas y criaturas mitológicas, con sus xanas, cuélebres, pesadillus y guaxas, y sus tradiciones ancestrales. Una de ellas es la noche de las fogueras de San Xuan, que al igual que el resto de España se celebra la noche del veintitrés al veinticuatro de Junio, coincidiendo con el solsticio de verano. Es una noche mágica, plagada de supersticiones y rituales, una noche donde el poder del sol debilita los malos espíritus. Noche de quemar lo malo, y celebrar que la luz se impone a las sombras de la noche.

Noche, incluso, de pedirle una ayudita a San Xuan para que nos eche una manilla con ese amor que se nos resiste… O para afianzar lazos.

Rituales de estos últimos Mina escuchó esa noche a patadas, tantas ganas tenía esa gente de que lo suyo con Enol cuajara.

Hay que ver la facilidad con la que la gente sacaba conclusiones. Acertadas o no, daba igual; ellos ya habían decidido que era la novia de Enol y no había más que hablar. Y todo por un par de besos mal dados… Bueno, mal dados no, pero vamos, que tampoco habían pasado a más como para formalizar la relación, algo que ella, desde luego, aún no estaba dispuesta a asumir.

Aún no.

¿Cuándo? Lo ignoraba. Tal vez nunca estaría preparada.

Tal vez tendría que pasar dejar la oportunidad por miedo a salir lastimada o, peor aún, por no saber entregarse como Enol se merecía, por miedo a que su relación acabara tan fría como con Esteban. Y no, no se refería al sexo.

Mina intuía, presentía, que el sexo con Enol sería grandioso, pero era lo que podía derivar de ello lo que la aterraba.

Por el rabillo del ojo vio a Carmina, charlando con las mujeres de la asociación cultural, como una más… Feliz.

¿Podría ella ser feliz en un lugar así, tan pequeño, con tan poca gente, tan… rural?

«Sí», le dijo el corazón. Porque era cierto. Ella sabía que allí podría ser feliz, que no era eso lo que la echaba para atrás; era lo que no podía darle a Enol.

Y eso era demoledor.

Desanimada, trató de centrarse en lo que le estaba diciendo Miriam, que no era otra cosa que recordarle que esa semana tendría la entrevista lista.

Ya eran casi las diez de la noche y la hoguera ya estaba encendida y los vecinos dispuestos a bailar la Danza Prima como era costumbre.

Y Enol seguía sin aparecer.

Era ya noche cerrada y a lo lejos vio venir una figura, pero suspiró de desilusión cuando vio que se trataba de Nel, que llevaba a Cova en brazos, vestida con el traje tradicional asturiano, como casi todos los vecinos.

Y como Enol.

Cuando al fin lo vio, cuando lo vio venir, el corazón le dio un vuelco. Se había hecho una coleta baja para poder ponerse la montera. La chamarra y pantalón eran negros, en contraste con la camisa y las medias, que eran blancas, y la faja, de un rojo tan intenso como su propia ropa interior. Porque sí, había hecho caso a Carmina y había decidido estrenar el conjunto y el vestido rojos esa noche.

Cuando Enol la vio se detuvo un segundo, pero entonces caminó con resolución hacia ella. Ya estaba casi a su altura cuando algunos vecinos les interceptaron y los obligaron a unirse al círculo que habían hecho alrededor de la hoguera para bailar la Danza Prima.

Separados, pero sintiéndose más unidos que nunca, se dejaron llevar por la danza y bailaron sin dejar de mirarse a los ojos mientras alguien empezó a cantar y el resto le siguieron.

♪Señor San Xuan
en la foguera
ya no hay qué quemar.
Viva la danza
y los que en ella están.
Válgame la Soberana.
Hemos de seguir danzando
hasta venir la mañana.♪

A esa le siguieron otras canciones, hasta que poco a poco deshicieron el círculo y cada cuál fue a lo suyo. Los más jóvenes empezaron a turnarse para saltar la hoguera, momento que Enol aprovechó para unirse a ella.

—*Bones nueches* —saludó, su acento musical asturiano más marcado que nunca y con una sonrisa traviesa.

—Hola, Enol —saludó ella. No supo por qué se sintió tan tímida de pronto. Tal vez porque todos los vecinos estaban pendientes de ellos.

—¿Te gusta? —preguntó señalando su figura.

Mina asintió, porque era cierto. Al menos, en él.

Antes de eso, antes de verle a él vestido con el traje tradicional asturiano, le había parecido un tanto… gañan, así como viejuno, rancio, algo que a día de hoy se había quedado anticuado.

Pero en Enol… Ufff, no.

¿Viejuno? En absoluto. Era devastador.

Enol, al ver cómo ella lo miraba, y al escuchar cómo suspiraba, sonrió complacido.

—A mí me gusta tu vestido —le dijo al oído, provocando un millón de descargas eléctricas en ella, a quien se le erizó el vello—. Ven —pidió de pronto agarrándola de la mano.

Ella agrandó los ojos, y, aunque se dejó llevar, lo hizo un tanto reticente.

—¿Dónde me llevas?

Enol no le dijo nada. Tan solo, y a modo de preparatoria, le guiñó un ojo.

Cuando Mina vio que se ponía en la cola que habían formado los saltarines, se desembarazó de su mano.

—Ah, no. Ni loca —dijo echando pie para marcharse, pero Enol, con una risa malvada, la agarró por la cintura y se lo impidió.

—*Yes una cagalona*[37] —se rio Enol.

—Si eso quiere decir cobarde, la respuesta es: sí.

Enol volvió a reír, pero le impidió que se marcharse.

—Suéltame —pidió en un susurro cuando vio que todos los vecinos de Bueño estaban pendientes de ellos.

—Si me das tu palabra de que no vas a echar a correr.

—Te lo prometo —aceptó.

Enol ladeó la cabeza y frunció los labios antes de volverse nuevamente a ella.

—Y también me tienes que prometer que vas a saltar conmigo.

Mina comenzó a gruñir por lo bajo.

—Vaaale.

Enol asintió, satisfecho. Pero entonces, nuevamente la miró.

—Y también que…

—¡No tientes a la suerte! —cortó ella, que resopló para darse valor

cuando vio que la fila avanzaba.

—Iba a decir que me dieras un besito, pero bueno… Ya me buscaré las mañas para robártelo.

Los dos jóvenes que iban delante de ellos giraron sus cabezas y se echaron a reír, cómplices.

—¿Te quieres callar? —pidió ella, enojada y amonestando a los jóvenes con sus hermosos ojos azules. Como volvieron a avanzar, Mina volvió a resoplar—. Está muy alta la llama…

—En absoluto. Y tienes buenas piernas para saltarla. Mmm, muy buenas piernas —añadió poniendo un tono meloso a su voz grave.

Los chicos volvieron a reírse y a hacer gestos un tanto obscenos.

A falta de poder darles a ellos un sopapo, pegó a Enol en el hombro.

—Compórtate, anda —pidió, poniéndose muy tiesa para darse valor, pero volvieron a acercarse a la hoguera y se desinfló—. Me voy a quemar —protestó cual infante quejumbrosa—. Y este vestido es de tan mala calidad que lo mismo echa a arder.

—¿Para qué crees que hay arena alrededor? Para que si te quemas te eches al suelo y ruedes.

—¡No jodas! —exclamó.

—¡No! —se rio Enol a carcajadas—. ¿Cómo va a ser por eso, *muyer*? *Ye* para controlar que el fuego no se extienda fuera del círculo. Además, ¿qué clase de *bruxa yes* que le tienes miedo al fuego? ¿Acaso no sabes que las *bruxas* no arden?

—Los cojones —soltó enojada.

Enol volvió a reírse, pero se contuvo cuando ya les tocó el turno.

—No tengas miedo —pidió agarrándole la mano—. ¿A la de tres?

Mina asintió y sopló para infundirse valor.

—Venga. Una, dos y tres…

Con un grito, Mina echó a correr con Enol, que no le soltó la mano en ningún momento. Y, aunque sintió el calor, no se quemó ni echó a arder, como tanto temía. Ya en el suelo, ya superada la prueba, empezó a dar saltos y gritos de alegría.

—¡Ay, ay! ¡Cómo ha molado!

Enol sonrió de oreja a oreja.

—¿Qué, repetimos?

—Ni loca —respondió ella con una sonrisa de oreja a oreja y un brillo de ojos casi sobrenatural.

—¡Enol! —llamó alguien, que resultó ser Manel—. Ven, anda, escancia tú, que tu *hermanu* está *chiscándome*.

Con un suspiro de resignación Enol obedeció al padre, arrastrando a Mina con él.

Cuando llegaron, Enol bufó a su hermano.

—Mira que *yes malu* —se rio de su gemelo y agarrando la botella

para escanciar la sidra.

Nel no dijo nada, pero miró a Mina de reojo.

—No lo soy —informó en un susurro.

—¿No? —dijo Mina entre risas.

—No. Lo hago aposta.

—¿Por qué? —quiso saber, risueña.

Nel se encogió de hombros.

—En algo tiene que ser mejor que yo.

Mina sonrió y miró al frente. Lo cierto era que el espectáculo que estaba dando Enol era una maravilla. Con un suspiro, miró a Nel.

—Y nadando —salió a favor de Enol.

Nel alzó las cejas, sorprendido.

—Vaya, así que eso sí te lo ha contado... ¿Qué pasa, Cova? —pidió cuando sintió un tirón en su pantalón.

—¿Saltamos, saltamos?

Mina sonrió con ternura, pero se le borró cuando él respondió:

—Pues claro.

—¡Nel! —regañó, más asustada que enfadada.

—No le va a pasar nada. Apenas hay llama.

Se subió a Cova a los hombros y corrió hacia la llama, que no dudó en saltar, provocando que Cova gritase de júbilo y que Llara y Valeria, como hiciera Mina, regañaran al asturiano.

Nel regresó con Cova y la dejó en el suelo. Se agachó para darle un besito en la frente y decirle:

—Ahora ya somos inseparables. Ahora ya nuestro amor será eterno.

Mina se sintió sobrecogida, porque Nel había hablado, y mirado, a su hija con infinito amor.

—Anda, que ya te vale —regañó Llara que acudió a rescatar a su sobrina—. Más *brutu* y no naces…

Nel sonrió a su hermana, que ya se marchaba y llevaba a Cova con el resto de *guajes.* Cuando miró a Mina, le guiñó un ojo.

—Toma, Mina —le dijo Enol tendiéndole un vaso de sidra y antes de seguir sirviendo al resto.

—Ten cuidado —advirtió Nel entre risas.

Mina lo miró de arriba abajo con condescendencia.

—La sidra no emborracha; agacha. —Bebió el contenido de un trago y señaló a Nel con un dedo—. Son tus Hijoputas los que te dejan K.O.

—¡Y tanto! —estuvo de acuerdo entre risas, pero luego sonrió lobunamente—. Te he visto saltar la *foguera* con Enol.

—El muy gañán, que se ha emperrado.

—Ya. ¿Y no te ha dicho lo que significa?

Mina frunció el ceño.

—No.

—Ya veo.

Mina abrió la boca, como siempre que no sabía qué decir o cuando aguardaba una respuesta, pero al ver que Nel miraba al frente, ignorándola, bufó.

—¡Nel!

—¿Qué, *muyer*?

—Que me digas lo que significa.

—¿Has escuchado lo que le he dicho a mi hija? —Mina agrandó los ojos y contuvo el aire—. Pues eso, Mina. Dicen que la pareja que se atreva a saltar la *foguera* y no se suelten de la mano serán inseparables.

Mina lo miró durante varios segundos, pero luego apartó la mirada y la clavó en el suelo. Si se hubiera mirado en un espejo habría visto toda la guerra que llevaba dentro y todo el dolor y la pena. Tal fue su gesto de pánico, que Nel la miró con ternura.

—¿Tan malo *ye* eso que guardas, Mina? —Como ella no contestó, suspiró de resignación—. Deberías dejarlo salir. Si no, te destruirá.

—No hagas eso, Nel —pidió ella, seria—. No me des lecciones de psicología.

—No, de eso ya no ejerzo —replicó Nel, que en absoluto se enojó por sus palabras—. Ejerzo como amigo.

Y, sin mediar más palabras, Nel la miró de forma significativa y fue junto a Manel, que hablaba con otros aldeanos.

Y Mina se quedó allí, sola en mitad del *prau* y rodeada de personas.

Paradójicamente, nunca se sintió tan perdida. Ni tan sola.

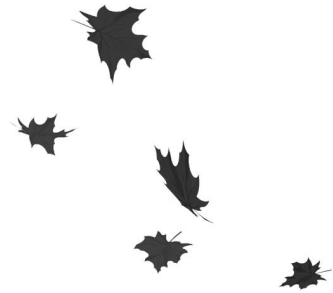
Su mirada se cruzó con la de Enol, que la miró con preocupación, por lo que se vio obligada a forzar una sonrisa y a alzar el pulgar, y aunque ya no se sintió tan sola, sí seguía perdida.

Entonces una mano se aferró a la suya. Mina miró a su derecha y se topó con unos ojos iguales a los suyos, que le dieron fuerza, valor. Calor.

Los ojos de Carmina.

Y Mina sintió al fin que todo estaba en su sitio.

Que se acababa de encontrar.



24

Debían ser las dos de la mañana cuando algunos vecinos, los más ancianos, comenzaron a retirarse.

Menos Carmina.

¡Pues menuda era ella como para perderse lo mejor de la fiesta! Y aunque ya habían apagado los megáfonos, los jóvenes pusieron sus propios altavoces, que si bien su volumen no era tan estridente al menos sí era suficiente para ellos.

Estaban todos sentados alrededor de la hoguera, que inexplicablemente seguía intacta, jugando a los chinos. Mina, que era bastante buena en los juegos de azar, ya llevaba varias partidas ganadas, y por la cuenta que le traía, porque el precio de perder era beberse un chupito de Hijoputa que había traído Nel, o pagar prenda, que dependía de los deseos de la persona con la que se perdía.

Tan buena era, que al final solo quedaron ella y Carmina.

—Más te vale ganar —advirtió la vieja con una sonrisa malvada—, porque otra borrachera no te aguanto.

Los presentes se rieron al recordarlo, pero Mina se removió, avergonzada.

—Tranquila, que ni a palos me acerco al licor de Nel.

—Uy, pues prepárate para mi prenda.

Mina se encogió de hombros y ocultó las manos a su espalda, preparándose para el juego.

—Conociéndote, ya sé qué me vas a obligar a hacer —dijo mirando de hacia atrás, donde estaba Enol, que captó la indirecta y le guiñó un ojo.

Las madrileñas se pusieron frente a frente y se miraron a los ojos.

Mina puso los tres chinos en una mano y esperó a que Carmina estuviera lista.

Casi al mismo tiempo, ambas sacaron las manos, cerradas en puños ocultando los chinos.

—Cuatro —dijo Carmina.

Mina, nunca, jamás, salvo esa noche, jugaba con los tres chinos, algo que Carmina sabía. Trató de pensar rápidamente, porque si había dicho cuatro era porque la anciana llevaba mínimo dos chinos. Aventurar menos era una insensatez.

—¡Cinco! —exclamó con una sonrisa triunfal, y sabiéndose ganadora.

Al unísono, las mujeres mostraron sus chinos.

Y Mina agrandó los ojos cuando vio que en la palma de Carmina había un solo chino.

Atónita, comenzó a tartamudear.

—Pe… pe… pe…

—Pe, pe, pe —se mofó la anciana.

Mina agitó la cabeza, y se enfrentó a la anciana.

—Eso es imposible. Eso es… —Miró en derredor, como buscando una respuesta, hasta que se giró y vio a Enol, que se mordía los labios para ocultar la sonrisa que sí se mostraba en sus ojos—. ¡Has sido tú! ¡Le has dicho lo que llevo! —regañó.

—¿Yo? La Santina me libre —replicó alzando las manos de forma inocente.

—Anda y no inventes —regañó Carmina—. Hay que ver el mal perder que tienes.

Mina la apuntó con un dedo.

—Sabes de sobra que yo nunca, nunca, jugaría con tres chinos. ¿Cómo lo has sabido, eh? —increpó.

—¿De verdad quieres que te lo diga? —preguntó significativamente.

Mina frunció los labios, porque no era momento ni lugar de hablar abiertamente, aunque, para ser sincera, Mina dudaba que la razón de que hubiera acertado fuera que en realidad eran una y pensaban igual. Ah, no; ahí Enol había tenido algo que ver. Pues se iba a enterar, porque como lo que le pidiera en prenda fuera que lo besara iba a agarrar la botella de Nel y se la iba a beber de un trago. Todo con tal de no complacer a esos dos borricos.

—Venga, ahora, paga prenda.

—Tú dirás —dijo Mina, roja de la rabia.

Carmina achicó los ojos y sonrió lenta, muy lentamente.

—Baila —dijo casi en un susurro.

Mina agitó la cabeza, perpleja.

—¿Has dicho que baile?

—Aja.

Mina miró a todos y luego a la anciana.

—¿Aquí?

—Aquí. Y ahora.

Mina entrecerró los ojos, porque la petición era tan fácil de cumplir que aguardaba a ver dónde estaba la trampa.

—Vale —dijo preparándose para ello y con recelo.

Sonaba en ese momento *Shape of you* de Ed Sheeran, una canción con suficiente ritmo para poder bailarla, pero no había dado ni un paso de baile cuando la anciana alzó la mano para detenerla.

—Esa no. —Fue hasta el chico que era el dueño del altavoz y le susurró al oído. Como este no le entendió, le quitó el móvil, impaciente, y buscó ella misma la canción. Cuando la encontró, y mientras le daba al play, miró a Mina—. Esta.

Y Mina agrandó los ojos, porque ya con los primeros acordes reconoció la canción.

—Puta loca… —susurró.

Porque no había canción más sensual y erótica que *esa*.

Porque ella siempre entraba en trance con *esa*.

Porque le era imposible controlarse con *esa*.

Y *esa* era *Huron Beltaine fire dance*, de Loreena McKennit.

De todos los recuerdos de su niñez, había uno que Enol recordaba con total claridad, y era el recuerdo de la película de Disney el Jorobado de *Notredam*.

Pero no era la película en sí lo que le llamó la atención, sino una escena en concreto; la del juez *Frollo* frente a una chimenea cantando mientras las llamas se convertían en una mujer que bailaba y lo tentaba. Enol recordó abrir mucho los ojos, maravillado. De sus labios surgió un *Oooooh* que obligó a su padre a sonreírle.

«—No tengas miedo —dijo Manel, como si él estimara que la escena era lo suficientemente turbia, con las sombras de los monjes de fondo, como para asustar a un niño de ocho años.

—No tengo miedo —replicó él, pero aunque efectivamente sus ojos no expresaban aprensión, su rostro sí que mostraba confusión—. ¿Será así, papá?

—¿Qué cosa?

—Mi *bruxa* roja. ¿Será así?».

Y sí. Era así.

Una cosa era ver bailar a Mina en un pub, con un montón de gente

alrededor y, estaba seguro, controlándose para no dar la nota, y otra muy distinta era verla en su estado más puro y primigenio.

Porque no, ni Enol ni ninguno de los presentes estaban preparados para el espectáculo que iban a presenciar.

Hasta ese momento Mina había llevado una cazadora vaquera sobre el vestido rojo, pero tras bufar a la anciana se la quitó, junto a las manoletinas, que se despojó de un puntapié.

La canción, en opinión de Enol, era lenta y un tanto tétrica, aunque apreció que era de origen celta, tribal, con timbales que marcaban el ritmo y la voz de una mujer que sonaba como lejana, como un lamento y muy antigua.

Hasta el momento Mina apenas se había movido, como si temiese hacerlo, como si supiera que, de hacerlo, se dejaría llevar hasta perderse en sí misma. Y tal vez Carmina lo presintió, porque le agarró la mano y se colocó frente a ella.

Las madrileñas se miraron a los ojos, y solo entonces comenzaron a moverse al mismo tiempo, llevando el mismo ritmo y los mismos movimientos de manos y brazos, como si fueran una.

Lento. Suave. Erótico… Puramente carnal.

Enol contuvo el aliento cuando comenzaron a caminar en círculos, siempre mirándose, siempre a la par, como si fuera una coreografía que ambas conocían de memoria y la hubiesen bailado juntas un millón de veces.

A los timbales se le unió un instrumento de cuerda, dando intensidad a la canción en un *crescendo* que los mantenía a todos a la expectativa.

Y, de pronto, la música cambió radicalmente. Se hizo más rápida, más armónica. Las madrileñas ya no bailaban juntas, sino que ambas habían cerrado los ojos y se habían separado. O, tal vez, Carmina estimó que ya no le hacía falta a Mina, que ya podía seguir sola.

Y ahí estaba ella, con su vestido rojo, su pelo rojo suelto, descalza, moviendo el cuerpo en una danza antigua y primigenia, una danza tribal que los llevó a todos a una catarsis colectiva, sobre todo a las mujeres, quienes, tras emitir algún que otro gritito de ánimo, de unión, de cofradía, se vieron arrastradas a la arena y comenzaron a saltar y a bailar; Miriam, Pepa, Llara, Manolita… Incluso Valeria.

Todas con los mismos movimientos.

Todas con la misma expresión.

Como si hubieran recibido la llamada de una bruja líder; de Mina.

De pronto comenzó a llover, pero esto no rompió la magia, ni disolvió el baile. Si le apuraban, a Enol le resultó más fascinante aún.

Tenía los ojos fijos en Mina, que de pronto abrió los suyos y los clavó en él.

Y así, jadeante por el baile, por los saltos y por la emoción, ella

bailó para él.

Solo para él.

Mientras el fuego la envolvía en una luz rojiza y la lluvia acariciaba su piel, los movimientos de ella se volvieron más precisos, menos tribales pero más hipnóticos. Era un simple movimiento de caderas y, al mismo tiempo, una declaración de intenciones.

La canción acabó, y todas, menos Mina, comenzaron a aplaudir y a echar a correr buscando refugio, felices, como si el baile mezclado con la lluvia las hubiera purgado de todo mal.

Y Mina seguía ahí, mirándolo. Jadeante. Expectante.

Pero Enol era incapaz de moverse, de emitir sonido alguno. Solo mirarla. Solo empaparse con su imagen.

—Válgame la Santina —escuchó decir a su hermano, en un tono de voz maravillado—. Si tenías alguna duda de que era tu *bruxa* roja, ahora…

—No tenía duda —cortó en un hilo de voz y justo en el momento en el que Mina echaba a correr hacia la casina.

Enol la siguió con la mirada, pero en ese momento Mina se detuvo y miró en su dirección.

—Te está esperando —le advirtió Nel al ver que él no hacía nada por seguirla.

—Lo sé.

Nel le dio un pequeño empujón.

—¿Y a qué esperas?

Eso. ¿A qué esperaba? ¿Qué era lo que le impedía echar a correr tras ella, alcanzarla y besarla y…?

Miedo.

Enol, por primero vez en su vida, tuvo miedo. Pero no miedo a sus sentimientos, no. Esos ya los había asumido; era miedo a que aquello no fuera real, a que, cuando la atrapase, cuando le ofreciese su corazón, ella se desvaneciese.

«Porque se marchará», recordó las palabras de su hermano, atormentándolo y paralizándolo.

«Pero ahora está aquí», le dijo su corazón.

Fue el impulso que necesitaba, porque echó a correr con todas sus fuerzas y con un único propósito: abrazarla. Y ya no soltarla nunca más.

Mina entró en la casa y se detuvo en medio del salón de cara a la puerta, que había dejado abierta. Rogaba, ¡suplicaba!, que él la hubiese seguido, porque ella estaba más que dispuesta a entregarse.

Del todo.

Tal vez al día siguiente, o al otro, Mina se arrepintiera de esa decisión, pero no esa noche. No, esa noche era momento de dejarse

llevar, de dejar que todo el fuego que tenía dentro prendiese.

Aunque se quemase.

Con la respiración agitada, y ya varios segundos de espera, Mina comenzó a flaquear al ver que no aparecía. ¿Acaso él no quería? ¿Acaso él no había captado todas y cada una de las señales que ella le había lanzado?

Tragó saliva y miró la puerta con desasosiego, al tiempo que echaba un pie hacia adelante dispuesta a salir corriendo para buscarle.

Pero no hizo falta.

Con un quejido, que contenía mucha alegría, Mina lo vio entrar. Enol se detuvo en el umbral y la miró, con tal devoción, tan maravillado, que el corazón de Mina comenzó a latir, fuerte, fuerte. Y sabía que era más que probable que ella luciera esa misma expresión, que sus ojos hablaban por sí mismos, aunque sus cuerpos permanecieran inmóviles.

¿Por qué?

Tal vez por miedo a que aquello no fuera real, a que no fuera más que una ilusión.

Tal vez porque sus mentes los estaban reteniendo, dándoles la última oportunidad de recapacitar y no cometer una locura.

Ah, pero la mente tenía tres aliados en contra; el cuerpo, el corazón y el alma.

Por eso, tras un primer titubeo, cada uno se abalanzó sobre el otro, para fundirse en un abrazo y en un beso que los devastó.

Desesperada por sentirle, y sin importar que ambos estuvieran empapados de arriba abajo, Mina se pegó a él, tanto que ni un alfiler cabría entre ellos, mientras Enol la apretaba contra él y le aprisionaba las nalgas para que sintiera su erección, todo el fuego que ella había provocado en él.

Fuera de control, y más excitada que nunca, Mina subió una pierna para restregarse mejor contra él, pero Enol, tras sorberle con un gruñido el labio inferior la alzó en volandas y fue con ella rodeándole la cintura con sus piernas en busca de un apoyo, que no fue otro que una pared, a la que la empotró mientras gemía y temblaba.

Quizá eran demasiadas emociones para ambos, porque necesitaron un segundo de tregua, en el que se miraron a los ojos, con tal expresión de idéntica sorpresa mezclada con pasión que los hizo jadear.

Fue Mina quien rompió el contacto visual para besarlo, para morderle los labios con algo de saña mientras gemía de apremio.

Enol, orgulloso por los gemidos que despertaba en Mina, rio por lo bajo antes de ser él quien le devorara la boca, quien se convirtiera en agresor, quien marcara con su lengua, suave y con ligero sabor a sidra, el ritmo del beso, hasta que él también se desbordó y, sin soltar a

Mina, comenzó a subir las escaleras.

Fue Mina la que, cuando llegaron al dormitorio, se bajó para empezar a desvestirle, mientras Enol hacía lo propio con ella.

Al ver la ropa interior, los ojos de Enol se agrandaron por un segundo, pero luego sonrió de medio lado.

—Rojo —susurró con admiración, pero luego apresó los labios de Mina y tiró de ellos antes de añadir—: Toda roja. Mi *bruxa* roja.

Mina, presa ya del todo de la pasión y mientras trataba de quitarle el chaleco, le dio un mordisco en el cuello. Enol gruñó y se quejó, pero en sus ojos se vio que claramente le había gustado, así que Mina lo repitió, una vez, y otra, y otra, y todo mientras se peleaba con el fajín de Enol, al que, tras apartarse de él, miró con odio.

—Demasiada ropa —se quejó tirando del fajín y ganándose una carcajada de Enol, que la detuvo para ser él quien se despojara de la prenda y terminara de desnudarse.

Mientras, Mina, golosa, no se perdía detalle de cada trozo de piel que se le iba mostrando. Jadeaba, y gemía de impaciencia y se retorcía las manos, hasta que él se mostró ante ella tal y como su madre lo trajo al mundo. Pletórico en su desnudez, un adonis de carne y hueso que ella estaba como loca por comérselo enterito.

Sin pudor alguno, Mina descendió la vista hasta su entrepierna y sonrió con amplitud cuando vio ya no solo el tamaño, sino el estado en el que se encontraba Enol.

Mina no era de las que disfrutase con el sexo oral, ni hacerlo ni que se lo hicieran, pero esta vez, y sin dudas ni reparos mediantes, se dejó caer de rodillas al suelo y miró la erección antes de alzar la vista para ver la reacción de Enol, que pegó un respingo y contuvo la respiración, a la espera.

Traviesa, Mina le lamió de la base a la punta, momento en el que Enol ya no pudo soportarlo más y echó la cabeza hacia atrás para soltar un largo y agónico gemido de placer, gemidos que se repitieron cuando ella, tras mucho jugar con él, al fin se metió todo el pene en la boca y lo succionó.

—¡Para, para, para! —gritó él cuando sufrió un espasmo. La tomó de los brazos y la obligó a levantarse, mientras ella se reía y él la amonestaba con los ojos—. ¿Te parece bonito? Ahora te vas enterar.

Mina pegó un grito cuando él la cogió en brazos y la tiró en la cama sin contemplación alguna. Raudo, Enol buscó su cartera en el pantalón, pero al ver que ella, entre risas, trataba de escapar, lo dejó caer y fue tras ella.

—¿Dónde crees que vas? —preguntó, a tiempo de agarrarla por el pie e impedir que abandonara la cama.

Mina rio por el juego, pero entonces él comenzó a bajarle el tanga con una mano y a desabrocharle el sujetador con la otra, algo que hizo

con tal destreza que impresionó a Mina, que según tenía entendido tampoco había tenido tantas novias como para ser tan mañoso. Iba a decir algo al respecto cuando Enol cubrió su cuerpo con el suyo y, tras besarla en la boca, descendió por su cuello para apropiarse de un pecho, que lamió y chupó y sopló, provocando que Mina se olvidase hasta de ella misma y empezase a gritar de placer.

—¿Sabías que se puede llevar a una mujer al orgasmo solo lamiendo sus pezones? —informó en un susurro y mientras pegaba pequeños y cuidadosos mordiscos a los pezones de Mina, que sentía duros y erectos. Los sentía tan sensibles que por momentos era insoportable, pero otras veces, las más, le otorgaban tal placer que Mina no protestó y dejó que él la lamiese cuanto quisiera, mientras la mano de Enol se metía entre ellos y comenzaba a acariciarla.

Suave, cuidadoso, lento…

Condenadamente lento, joder…

Enol entonces dejó de lamerla y empezó a descender por su cintura. Al ver a dónde se dirigía, Mina agrandó los ojos.

—¿Qué haces? —preguntó, un tanto reacia, pues las veces que le habían practicado sexo oral la experiencia había sido cuando menos incómoda para ella, sobre todo porque le solía dar un ataque de risa y enfriaba el momento.

—Comerte entera —susurró él junto a su sexo, depiladito, preparado para él. Porque sí, Mina tenía que reconocer que ese día se había depilado totalmente para él, aunque no para eso.

Dispuesta a protestar, o al menos a decirle que no hacía falta, Mina le agarró del cabello cuando sintió el calor abrasador de la boca de Enol en su sexo, un segundo antes de que le diese un lametón preciso y decidido.

—¡Hostias! —exclamó Mina por la sorpresa, pues no había previsto tanto placer, tanto calor, tanto fuego, hasta el punto de sentir que casi, casi obtenía un orgasmo.

Tan caliente estaba, tanto deseo sentía, que a Enol solo le bastó un par de minutos de juegos, de lametazos, de chupetones y de sorbos en el clítoris para que ella no tuviera más remedio que dejarse llevar so pena de morir de puro placer. Y así, mientras Enol seguía lamiéndola, Mina obtuvo su orgasmo.

Tan fuerte e intempestivo fue, que sintió que el corazón se le iba a salir por la boca.

—Virgen Santa —susurró maravillada y ganándose una carcajada por parte de Enol, que lejos de apartarse siguió y siguió para encenderla de nuevo y prepararla para él.

Mina no supo el momento preciso en el que él se colocó protección, tan abstraída estaba con sus caricias, pero entonces él le abrió las piernas y le colocó los pies sobre sus hombros.

Y todo ello sin dejar de mirarla ni de sonreír. Estaba tan duro, tan tieso, que necesitó ayudarse con una mano para buscar la hendidura de Mina y penetrarla.

Cuando al fin lo hizo, lenta y suave, ambos gimieron de placer.

Tal vez de algo más.

La necesidad de estar así, unidos, sin moverse y disfrutando solo de la unión, era la prueba de ello.

—*Cagondiola*, Mina… *Ye tan buenu*… Tan jodidamente *buenu* estar dentro de ti —musitó Enol en un susurro y apoyando la frente en la de ella.

Pero entonces Mina movió las caderas y Enol salió de ella con lentitud antes de volver a hundirse. Una vez, otra, y otra… Siempre despacito. Siempre con cuidado. Siempre alargando el momento.

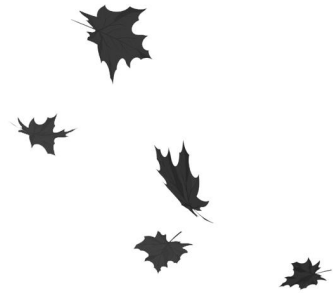
Pero el momento llegó cuando Enol, ya incapaz de contenerse más, aumentó el ritmo de las embestidas y empujó fuerte, duro, salvaje. Y justo cuando tronó a lo lejos y rompía a llover de forma torrencial, el orgasmo llegó para ambos, mientras ellos dejaban que el amor hablara en forma de gemidos de éxtasis, de jadeos de incredulidad y de gritos que morían en la boca del otro.

Temblando como si fueran uno.

Empapándose del olor del otro, un aroma a sexo, humo de turba y lluvia.

Mirándose a los ojos para que estos expresaran las palabras que la emoción mantenía a raya en sendas gargantas…

Amándose, al fin.



25

Mina no supo cómo sentirse cuando despertó y vio que estaba sola en una cama de sábanas revueltas y con el dulzón olor a sexo en el aire.

Aliviada, porque necesitaba estar sola para poner sus ideas en orden antes de enfrentarse a Enol.

Asustada, porque sus ideas la estaban llevando a un punto que a Mina no solo no le gustaba ni un pelito, sino que además le aterraba.

Indecisa, porque al ser él quien se marchó —y sin despedirse siquiera— las inseguridades aparecieron para susurrarle que no se hiciera ilusiones, que lo que habían vivido no había sido más que sexo. Sexo del bueno, de ese que te obliga a repetir una y otra vez y del cual uno no se cansa nunca. Pero eso: sexo.

Lo otro, lo que había visto en los ojos de Enol, lo que incluso había sentido en su propia piel, no era más que una quimera.

No, no era bueno que se enamoraran. Era, según su opinión, lo más estúpido que podían hacer.

Y ahí volvían las inseguridades, para decirle que tampoco se viniera arriba, que para Enol no había sido más que una noche de sexo y lujuria digna de recordar el resto de su vida, que no había nada más, que tal vez repitieran en alguna ocasión, o tal vez Enol había tenido suficiente y ya no volverían ni a mirarse a la cara y que había sido una gilipollas por entregarle su corazón.

Pero entonces habló el orgullo, y le dijo a sus inseguridades que no se fliparan, que a ella le traía sin cuidado que Enol no volviera a mirarla, que no es que ella pretendiera que él le pidiese matrimonio ni nada por el estilo, y que oye, mira, así se ahorraba el mal trago por el que seguro pasaría al romper con él cuando se marchase a Madrid.

Porque se iba a marchar, y ella no creía en el amor a distancia.

Vale, pero, si todo eso era cierto, ¿por qué narices dolía tanto? ¿Por qué temblaba de solo pensarlo?

¡Era absurdo! Además, ella no estaba preparada para un compromiso, ni a corto ni a largo plazo, así que ¿para qué planteárselo siquiera?

Así que fin de la discusión.

Ya estaba: la cosa acabó mucho antes de empezar.

Con los ánimos por los suelos se dio una ducha y se puso un pantalón corto de deporte y un sujetador deportivo, porque volvía a hacer calor.

Tan apagada estaba, que entró en la cocina con la cabeza gacha y arrastrando los pies.

Carmina estaba en los fogones, tostando pan y con unas ojeras por el suelo.

—¿Estás bien? —preguntó Mina preocupada.

Carmina la miró de arriba abajo, enfurruñada.

—Pues no.

—Ya veo que te has despertado de mal humor —dijo Mina haciendo un revuelo de ojos y sirviéndose una taza de café humeante.

—Para despertarme primero tendría que haber dormido. Anda que…

—Envidiosilla —se burló Mina a la par que se llevaba las manos al estómago cuando las tripas comenzaron a rugir—. Leches, qué hambre tengo. Me comería a Dios por una pata.

—Normal, con el trajín que te trajiste anoche.

—¿Me oíste?

—Yo y todo el pueblo. Mira que eres escandalosa —regañó mientras apagaba el fuego y ponía las tostadas en un plato.

Mina entrecerró los ojos y ladeó la cabeza.

—¿Y lo… sentiste?

Carmina comenzó a gruñir, pero no respondió, aunque la mirada que le lanzó fue suficiente.

Con una sonrisa traviesa, Mina sacó un cuchillo para untar el tomate en la tostada, pero al verla Carmina le dio un manotazo.

—¿Qué haces? —amonestó la anciana.

Mina la miró como si estuviera loca.

—Comerme una.

—De eso nada. Si quieres te las haces tú.

Mina volvió a poner esa expresión de incredulidad.

—Pero si hay cuatro… No creo vayas a comerte todas.

Carmina bufó y la miró disgustada.

—Ni que fuera una glotona… Yo con un par tengo.

Mina señaló el plato.

—¿Y el resto?

—Pues para él —dijo señalando al fondo, hacia el salón.

Mina pegó un respingo y miró hacia allí, donde Enol, plácidamente sentado y con el portátil sobre sus piernas, la saludó con la mano y una sonrisa traviesa.

—¡Hostias!

La muchacha miró con regaño a la anciana antes de volver a mirar a Enol, que había vuelto a lo que fuera que estuviera haciendo con su ordenador.

—¿Qué hace aquí? —preguntó a Carmina de malas maneras.

Enol, sin apartar los ojos de la pantalla del portátil, chasqueó la lengua.

—Hablando de levantarse de mal humor…

Mina lo ignoró y miró a Carmina, que pasó frente a ella con el plato de tostadas y los puso en la mesa de la cocina.

—Ea, esto ya está, Enol.

El asturiano dejó el portátil a un lado y caminó con resolución hacia la mesa frotándose las manos.

—Qué ricas. Gracias, Carmina —dijo sentándose a la mesa.

Carmina no tardó en secundarle y le sirvió una taza de café.

Y Mina estaba allí, de pie, mirando a uno y a otra, que la ignoraban por completo mientras devoraban sus desayunos.

—Lo flipo…

Agarró su taza de café y fue al salón, donde ocupó el lugar de Enol, intrigada por ver qué era lo que había estado haciendo, pero antes echó una rápida mirada al asturiano.

Se había duchado y cambiado de ropa, por lo tanto, había pasado por su casa.

Y, si era así, ¿por qué no había desayunado con su familia? ¿O solo, lo mismo daba?

—¿Tú no desayunas? —le habló Carmina.

—No—respondió de malas maneras.

—Pero si decías que estabas muerta de hambre.

—Se me han quitado las ganas.

La anciana suspiró.

—¿Ves, Enol? Te dije que no era buena idea que despertara sin que tú estuvieras a su lado, que como la dejaras sola sus inseguridades la iban a atormentar.

Mina miró con odio a la anciana y comenzó a pegar puñetazos al aire.

Enol tragó un bocado y se limpió la comisura de los labios.

—¿Estás enfadada porque me he marchado esta mañana? —preguntó, conciliador.

Mina lo miró, y lo vio tan guapo, tan perfecto y tan suyo que se

aplacó.

—No —replicó volviendo la vista a la pantalla, consciente de que él seguía con los ojos clavados en ella, pero entonces vio qué era lo que Enol había estado viendo en el portátil—. ¿Qué hacías tú con esto?

Enol, que había dado otro mordisco a la tostada, sonrió de medio lado.

—Estaba leyendo.

Mina parpadeó, incrédula.

—Pero esta es mi… novela.

El hombre se encogió de hombros.

—Tranquila, que no te la voy a plagiar. Por cierto, la próxima vez quiero que me hagas eso.

Como lo último seguramente lo había escrito Carmina, si era cierto que no había pegado ojo, Mina leyó rápidamente lo último.

—¡Jesús! —exclamó tras hacerlo y mirando a la anciana, que le devolvió la mirada y le guiñó un ojo.

¿De dónde sacaba la anciana eso? Vamos, con lo vainilla y pava que era ella… Y no solo en su vida personal, sino que además solía pasar muy de puntillas por las escenas de sexo en sus novelas, que por cierto eran bastante *blancas*[38].

Pero lo que había escrito Carmina era, cuando menos, erotismo puro y duro.

Y muy, pero que muy parecido a lo que Mina había vivido esa noche. Porque lo cierto era que el sexo no había sido nada… soso. Sí, esa era la palabra que describía a todo su recorrido sexual hasta la noche anterior.

Mina no había sido de tener muchos novios. De hecho, prácticamente el primer novio formal que tuvo fue, además, su único hasta el momento: Esteban. Antes de él Mina solo había tenido dos relaciones; Juan, que a los seis meses y tan pronto como consiguió lo que quería, que no era otra cosa que follársela, le hizo un *ghosting* [39]de campeonato, y Pablo, que, como Juan, solo estaba interesado en el sexo y con el que apenas estuvo tres meses.

En el mal sexo, recordó Mina, porque el pobre tenía un problema de eyaculación precoz que tenía que hacérselo mirar.

Luego llegó Esteban, demasiado pronto, cuando recién cumplía los diecinueve, y con el que estuvo la friolera de once años.

Mina caminó hasta la ventana y miró al exterior, sin verlo, pues sus pensamientos estaban lejos, muy lejos, cuando se conocieron y conectaron desde el primer momento, pese a que Esteban era un caso perdido, y no por feo. Pero era muy tímido y cerrado, y apenas tenía amigos, salvo unos cuantos colegas de juegos virtuales de los que solo conocía su avatar y poco más.

Y era extraño, porque Esteban era un chico muy guapo y de cuerpo

atlético, que contrastaba con su carácter dulce, casi aniñado. Porque sí, Esteban era un niño cuando se conocieron, pese a tener ya veinte años. Y virgen…

Tal vez por eso sus relaciones habían sido tan sosas, tan básicas, por la inexperiencia de ambos. Y tal vez la culpa fue de los dos, que se sintieron cómodos con ese tipo de sexo, ahí en plan misionero, que nunca habían necesitado probar algo diferente.

Mina sufrió un escalofrío al darse cuenta de lo pobre que había sido su vida sexual, de lo diferente que había sido con Enol, de las cotas de placer a las que le había llevado, del fuego que los engulló, de lo guarrilla que había sido esa noche… De lo que había sentido con él.

Y, de pronto, tuvo miedo de marcharse de Asturias y no volver a sentir lo que sentía con él.

Sus muelas…

Acababa de descubrir, y de aceptar, que se había enamorado del asturiano.

Enol casi sintió en su propia piel el conflicto por el que estaba pasando Mina, así que en vez de abalanzarse sobre ella y comerle la boca prefirió darle espacio y tiempo.

Mientras Carmina hablaba sobre la novela de Mina Enol miraba de vez en cuando a esta, que tras ir a la ventana y tras echarse a temblar había vuelto al portátil y había comenzado a escribir.

¡Qué bonita! ¡Y cómo escribía de rápido! Enol se maravilló al verla, pues sus dedos prácticamente volaban sobre el teclado, de una forma tan elegante que bien pareciera que estuviera tocando un piano. De vez en cuando suspiraba y otras sonreía de medio lado y sus ojos estaban muy, muy lejos de aquel salón.

Muy lejos, incluso, de sí misma.

Enol le pidió a Carmina que subiera a echarse un rato, porque lo cierto era que la mujer tenía muy mala cara por su culpa, que al igual que Mina tampoco se había controlado y había gritado como un animal y sin pensar que la pobre mujer trataba de dormir en la habitación de al lado.

No la dejó ni siquiera que recogiera el desayuno, sino que él se encargó de ello y de limpiar. Mientras fregaba un vaso sonrió cuando escuchó rugir las tripas de Mina, a quien miró por encima del hombro, pero esta ni se percató de ello, tan concentrada estaba escribiendo.

Sufrió un escalofrío cuando vio la escena como algo natural, algo cotidiano, como si formara, o fuera a formar, parte de su día a día,

escalofrío que se intensificó cuando reconoció que quería que fuera así. Asustado, y mientras le preparaba una tostada y otro café a Mina, se estrujó los sesos pensando cómo hacer para que ella no se marchara, en lo muchísimo que se lo tendría que currar para que Mina no deseara regresar a Madrid.

O, en su defecto, que lo dejara a él compartir su vida en Madrid, o donde fuera.

Fue hasta ella y le puso el desayuno en la mesita auxiliar sin decir nada.

Mina, que tenía los ojos clavados en la pantalla, miró de reojo y sus dedos se quedaron inmóviles sobre el teclado, hasta que reparó en él, que se había sentado en el sillón frente a ella.

—Vaya —dijo volviendo en sí y mirando a Enol con asombro—. Se me había olvidado que seguías aquí. —Miró en derredor y entrecerró los ojos—. ¿Y Carmina?

—Ha subido a acostarse un ratito.

—Pobre —dijo ella, pero entonces sus tripas crujieron—. ¿Esto es para mí?

Enol asintió.

Mina dejó el portátil a un lado y se lanzó a por la tostada.

—Al final me las ha hecho —dijo traviesa y antes de darle un gran bocado.

—No, ella no.

Mina abrió mucho los ojos y se tapó la boca con dos dedos para hablar sin mostrar la comida.

—¿Las has hecho tú?

—Claro —respondió con una sonrisa canalla y golpeándose el pecho—. Macho dar de comer hembra.

—Idiota —se rio.

Enol se levantó.

—Bueno, te dejo que sigas, pero luego, si tienes un ratito, me gustaría que me ayudaras con una cosa.

Mina tragó rápidamente y se levantó a su vez y lo miró como si no deseara que se marchase. Y eso puso muy feliz al asturiano.

—¿En qué?

—Pues verás —comenzó rascándose la cabeza, un gesto muy parecido al que solía hacer su padre—, me gustaría elegir ya el suelo y yo no tengo ni idea en eso de decoración. No sé si tú sabes de esas cosas...

Mina parpadeó y lo miró a los ojos.

—Bueno, eso es algo muy personal… Pero te puedo ayudar, si quieres. —Hizo una mueca descreída a la par que se encogía de hombros—. Mal gusto no tengo.

—Perfecto. Cuando termines con eso te espero en casa.

Y enfatizó la palabra casa, involucrándola.

Si Mina se percató de la treta, no dio muestras de ello. Tal vez porque estaba muy ocupada cerrando el portátil.

—Ya he terminado —dijo regresando junto a Enol, que sonrió grande, grande.

—Pero si estabas en pleno apogeo creativo…

—Sí, pero has espantado a las Musas.

—Vaya, lo lamento.

Mina bailó la mano en el aire.

—Bah, no es culpa tuya, son mis ojos, que te buscan.

Eso era lo más bonito que Mina le había dicho, señal de que aún estaba bajo el influjo de las Musas. Porque lo cierto era que una cosa era como ella hablaba, las expresiones que usaba y lo cortante y fría que era, y otra muy diferente cómo escribía. ¡Cuánta luz desprendían sus palabras! ¡Cuánto fuego, cuánta pasión! ¡Qué bonito escribía en comparación con lo malhablada que era…!

—¿Y se van así, de golpe? —dijo entre risas. ¡Era tan parecida su forma de hablar de la de su hermano Nel!

—Así, de golpe, fíjate si son maleducadas —dijo con una enorme sonrisa.

—¿Y tu desayuno?

Mina miró el plato y titubeó, pero entonces agarró la tostada y empujó a Enol hacia la puerta.

—Me la como por el camino.

Enol no cabía en sí de gozo al ver las ganas que tenía ella de ayudarle, pero entonces Mina se detuvo bruscamente y giró sobre sus talones.

—¿Dónde vas?

—Esto me lo llevo —apuntó cargando el portátil bajo su brazo. Al ver cómo la miraba Enol, se sonrojó—. Es por si me vuelve a venir la inspiración, algo más que probable, con ese ventanal y esas vistas.

Enol sonrió, orgulloso. Y esperanzado.

Ya en la casa le enseñó las muestras y le contó un poco la idea que tenía.

—Mira que soy asturiano de pura cepa, pero con esto no me decanto por el estilo rural tan típico por aquí, sino que me gustaría algo más… claro.

—¿Nórdico? —preguntó Mina con los ojos muy abiertos.

Enol frunció el ceño.

—¿Y eso cómo *ye*?

Mina sonrió y le pidió que buscara fotografía en el móvil. Cuando Enol lo hizo, y tal y como hiciera antes Mina, abrió mucho los ojos.

—*Cagondiola*, justo es esto lo que quiero —susurró.

—En ese caso, creo que deberías poner este suelo —señaló una

muestra de suelo en color arce. Miró las paredes y sonrió—. Además, ya veo que algunas paredes las has pintado en crema. Uf, lo veo, Enol.

Enol asintió y volvió a mirar la pantalla del smartphone.

—Me encanta, Mina. Fíjate que cuando le hablé a mi familia de cómo quería decorar la casa me dijeron que tenía deformación profesional.

Mina arrugó la frente.

—¿Deformación profesional?

Enol sonrió de oreja a oreja.

—Dicen que va a parecer un hospital, todo tan blanco y tan aséptico.

—Pero le vas a dar una luz del copón bendito. Y para no hacerlo tan soso y aburrido puedes jugar con los textiles y con las plantas. Con la cantidad de luz que vas a tener aquí, puedes poner montones de ellas. —Mina se encaminó hacia el ventanal y suspiró. Tenía una mirada ensoñadora que la hacía más bonita si cabía—. Dices que no quieres seguir la línea decorativa de las casas asturianas, pero lo que harías sería justo lo contrario: traer Asturias aquí… El blanco de los picos nevados de las montañas, el verde de los *praus*, la madera de los manzanos… —Señaló el ventanal y suspiró—. La luz de Asturias cuando sale el sol. —Mina se giró y lo miró—. Lo veo, Enol.

Enol caminó hasta ella y la tomó de la cintura al tiempo que colocaba su frente en la de Mina.

—Yo no.

—¿No? —preguntó Mina, que miró sus labios, hambrienta de nuevo y no de comida.

—No.

—¿Y qué es lo que no ves? —insistió ella en un susurro, captando que ahora Enol no hablaba de la casa.

—Lo que me daba tanto miedo ver —confesó.

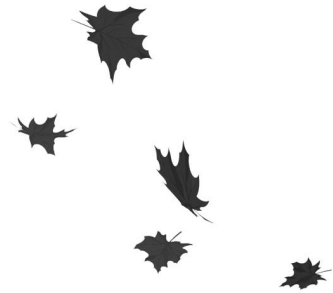
Durante un instante se miraron a los ojos.

—¿Y qué es?

Enol buscó sus labios, hasta estar a un suspiro de ellos, y susurró:

—Arrepentimiento.

Ya no se dijeron más. Ya solo el amor habló.



26

Hay que ver cómo pasa el tiempo cuando eres feliz. Mina trataba de no pensar en ello y se limitaba a disfrutar el momento, pero la sombra de la despedida pendía sobre ellos, sobre todo sobre Enol, que al contrario que ella sí lo tenía muy presente y se lo dejaba caer a menudo. Pero ella siempre optaba por cambiar de tema.

Era muy consciente de que Enol comenzaba a impacientarse, pues cada día hacía mención de ello, pese a estar más unidos que nunca y no se separaban ni a sol ni a sombra. Lo hacía de forma muy sutil, y siempre sin meter presión ni avasallar al personal, pero pese a ello Mina se sentía como si la espada de Damocles pendiera sobre ella, sabiendo que, cayera del lado que cayera, ella terminaría lastimada.

Y Enol también.

Por suerte esos momentos de dudas eran los menos, pues por lo general se les solía ver juntos, riendo por los caminos del pueblo, peleando en el campeonato de mus o comiéndose a besos resguardados del *orbayu* bajo los tejados de los hórreos… Y dando rienda suelta a su pasión en la casina.

¡Ay, si esa casa hablara!

Hablaría no solo de noches de sexo y lujuria, sino también de mañanas de desayunos compartidos, de tardes de lluvia y confidencias frente a la chimenea, de peleas por hacer trampas al parchís y de cómodos silencios donde los ojos se buscaban para dedicarse una sonrisa.

Eran esos momentos tan felices, tan despreocupados, que Mina se olvidaba hasta de sí misma.

Y de Carmina.

Pero, por alguna razón que no llegaba a entender, Carmina seguía en este presente, señal de que no habían cambiado el futuro, algo que confundía todavía más a Mina.

La anciana llevaba unos días muy rara, como preocupada.

Esa mañana, y pese a que Carmina respondía a sus preguntas y aparentemente la escuchaba con atención, Mina supo que no le estaba haciendo el menor caso. Tal vez era su mirada, como ausente, lo que la hacía pensar así. O, tal vez, el estrujar de manos que traía.

Pero había algo más que hizo recelar a Mina, y era la paciencia, la contención con la que aguardaba a que ella terminase. ¿Para qué? Mina lo ignoraba, pero estaba dispuesta a averiguarlo.

—Y a ti ¿qué te pasa? —soltó sin rodeos.

La anciana suspiró, y Mina supo que lo hizo para darse fuerzas para enfrentarse a aquello que fuera a tratar. Y eso puso en guardia aún más a Mina.

—Tengo algo que decirte.

Mina se mordió la lengua, como dudando si rehusar, pero al cabo se acomodó en el sofá y esperó.

—Suéltalo —pidió, deseosa de acabar cuanto antes para ir a ver a Enol.

—Es que… —Carmina se estrujó las manos y miró al suelo—. No sé cómo decírtelo.

—Déjame adivinar… No me va a gustar.

—Sí y no.

—Joder, Carmina, si lo que quieres es causar intriga lo estás consiguiendo.

—No es mi intención, te lo juro. Llevo más de una semana con una lucha interna que no me deja conciliar el sueño.

—Ni comer —añadió Mina con el ceño fruncido, porque acababa de recordar que los últimos días la anciana, que por norma se comía a Dios por una pata, apenas si probaba bocado.

—Ni comer —confirmó Carmina—, fíjate si será grave la cosa.

—Vale, ahora me estás asustando.

Carmina asintió, como diciendo que ella también estaba asustada.

—Se trata de Nana.

Mina se puso tiesa como una tabla y se llevó una mano al pecho.

—¿Qué le pasa?

—No, no, ella está bien. Ella está… —Miró de reojo a Mina, pero cuando sus miradas se encontraron la apartó rápidamente al decir—: embarazada.

Mina siseó y luego retuvo el aire. Tanto tiempo, que Carmina la miró por miedo a que hubiera dejado de respirar.

Fue necesario casi un minuto de silencio y de asimilación por parte de Mina, que miró a la nada.

Como si quisiera perderse en ella. Como si tal vez la hubiera engullido.

—¿De cuánto tiempo?

—De seis meses. No te lo quiso decir al principio porque no sabía cómo te lo ibas a tomar, pero yo se lo saqué.

—¿Por eso no me dejabas hablar con ella?

Carmina asintió y la miró casi con disculpa.

—Tuve… tengo miedo de tu reacción.

Mina la miró. Había algo más que enojo en sus ojos azules. Algo muy parecido a la rabia. Algo que se asemejaba mucho al odio.

—Pues deberías saber cómo iba a reaccionar. ¿Cómo te lo tomaste tú?

Carmina estuvo pensando durante varios segundos.

—Bien por un lado. Me alegré mucho por ella. Ya sabes que lleva mucho tiempo buscando. Pero… reabrió viejas heridas.

Roja como un tomate, Mina afrontó la situación con resolución.

—Bueno, era algo que tarde o temprano pasaría, ¿no? No nos queda más que alegrarnos por ella y rezar porque todo salga bien.

Carmina agachó la cabeza.

—Es un embarazo con preeclampsia.

—¿Y eso qué es?

—Ya sabes cómo es Nana, que no sabe explicar muy bien las cosas de los médicos, pero por lo que he investigado es una afección, que presenta presión arterial alta.

—Pero ¿es peligroso?

Para desconsuelo de Mina, Carmina asintió.

—Puede derivar en eclampsia, que son convulsiones o incluso puede inducir al coma.

Mina entendió al fin la tesitura en la que se había visto la anciana, porque aunque sí, era una buena noticia, tenía un pero como una catedral. Y ese pero podía llevar a la muerte al bebé… o a su hermana.

—Va a ir todo bien —dijo con un nudo en la garganta.

Carmina asintió, pero luego miró a Mina con cautela.

—¿Cómo te sientes? —quiso saber.

Mina apartó la cara.

—Deberías saberlo. Somos una ¿recuerdas? —expresó con retintín.

La anciana sabía que por su bien lo mejor era guardar silencio.

Pero no pudo. No quiso.

—No fue culpa nuestra, Mina.

—Cállate —advirtió poniéndose en pie prácticamente de un salto.

—No puedo, Mina. Nunca volveré a mi presente si no nos enfrentamos a esto.

—Ca-lla-te —exigió, ahora con una nota amenazante.

—Pues mira, no. —Carmina se puso en pie y la enfrentó—. Dilo. Di que no fue culpa nuestra.

Mina la miró con los ojos muy abiertos y los labios apretados, pero no dijo ni una palabra ni movió músculo alguno.

—Di que sabes que aunque no hubiéramos hecho ese viaje habríamos perdido el bebé de todas formas.

—¡Calla, calla, calla! —gritó tapándose los oídos, pero Carmina, con una rabia nacida de la impotencia y que le otorgó toda la fuerza del mundo, le apartó las manos para obligarla a escuchar lo que tenía que decirle.

—Era un embarazo ectópico, Mina. No había forma de que sobreviviera.

—No tendría. No tendría que haber ido a ese Congreso. Tendría que haberme quedado en casa, a salvo… —Un sollozo la obligó a callarse, pero este, como ya era habitual, se quedó anclado en la garganta, impidiéndole llorar.

—No te hagas esto, por favor. No te culpes por ello. ¿No lo ves, Mina? ¿No ves que eso nos está matando?

Mina bufó y gruñó como un animal herido.

—Me da igual. La mitad de mí murió en aquel baño del tren. Lo único que lamento es no haber muerto yo. Debería, ¡joder!, debería haberme muerto con mi pequeño…

—Pero estamos vivas, Mina. Tenemos una oportunidad de ser feliz y… ¡Mírame! —rogó cuando la joven le dio la espalda—. Mira en lo que acaba toda esa culpa, todo ese rencor, todo ese odio hacia nosotras…

—Odio, sí —escupió Mina, con los ojos ensangrentados, la mandíbula fuertemente apretada y las manos agarrotadas, como si tratase de evitar echarse sobre la anciana para acabar con ella, y, de paso, con toda aquella locura—. Me odio, pero más te odio a ti. ¿Por qué, Carmina? ¿Por qué no pudiste venir antes? ¿Por qué no lo hiciste entonces, para obligarme a quedarme en casa?

—No hubiera servido, Mina. Aunque hubiera podido elegir, no hubiera podido prevenirte. Y lo sabes.

—Lo único que sé es que ya estoy cansada. De todo esto. De mí, de ti… ¿Por qué no desapareces? ¿Por qué no me dejas sola de una vez?

—Mina —pidió cogiéndola de un brazo, pero la muchacha se desembarazó con rabia, porque su solo contacto le repudiaba.

—¡Vete! ¡Desaparece de mi vista!¡De mi vida!

Y salió corriendo escaleras arriba, donde se dejó caer en la cama y hundió el rostro en la almohada…

Ahogándose, pudriéndose… muriendo.

Si al menos pudiera liberar a su alma de tanto peso, de tanta negrura… Pero no podía llorar, solo sangrar por dentro todo lo que

ese día no acabó de sangrar por fuera.

Pero peor que todo eso era el hedor a culpa que parecía tener impregnado en la piel, como un perfume sempiterno. Con paso cansado, se dirigió al baño, donde aún sin desvestirse se metió en la ducha, se sentó en el suelo y encendió el grifo. No se molestó siquiera en regular la temperatura. El agua estaba tan fría que pareció que millones de cuchillas le atravesaban la piel, pero no le importó. Necesitaba sentirse viva, escapar de ese agujero, de la forma que fuese.

Y mientras estaba allí tirada esperando una tregua, llegó la imagen de Enol.

Como si hubiera sido el remedio que su corazón necesitaba, este dejó de cabalgar y pasó a latir de forma suave, relajada. Su respiración al fin se normalizó y su cuerpo dejó de temblar por dentro y solo riló por fuera.

Apagó el grifo y se desprendió de las prendas mojadas para envolver su aterido cuerpo en una enorme toalla con la que prácticamente se cubrió, como si quisiera esconderse de cualquier mal y permanecer allí, a salvo, caliente. Solo ella y el recuerdo de Enol.

Solo ella y… la esperanza de que hubiera salvación para ella.

Cuando al fin estuvo preparada para enfrentarse al mundo, cuando consiguió esconder el dolor en ese agujero negro del que Carmina no debió sacar, decidió que era hora de enfrentarte a ella.

Si bien habían sido capaces de hablar sobre lo peor, Mina presentía que todavía tenían mucho que trabajar, aunque no esa tarde.

Uy, no, Mina no era tan masoca como para enfrentarse a una nueva verdad. Eso lo dejaría para otro día, cuando no estuviera tan… desarmada.

Pero, al menos, debía disculparse con Carmina y hacer las paces con ella. O qué menos que izar bandera blanca, de modo que se puso lo primero que pilló, dispuesta a pedir perdón.

Una de las mejores, o peores, según se mire, cosas que tenían los géminis era la facilidad de pasar de un tema a otro, de aparcar el dolor y seguir adelante fingiendo que todo estaba bien, encubriendo con una sonrisa la eterna tormenta que se fraguaba por dentro.

«Cual zombi», dijo mientras, tras vestirse, bajaba al salón, porque la anciana no estaba en su habitación.

—Carmina —llamó.

Bueno, sí, ella era un poco zombi, pero ¿quién decía que los zombis no podían ser felices?

—¿Carmina? —gritó al tiempo que miraba en el aseo de abajo.

Como no la halló, frunció el ceño.

Llovía, para no variar, de modo que se calzó las botas de agua y el chubasquero y salió a buscarla.

No había ni un alma en las calles, algo que no era del todo inusual, así que enfiló hacia el bar. Cuando entró, Enol la recibió con una sonrisa.

—Hola, gata con botas —saludó con una risilla, pero al ver su rostro se puso serio—. ¿Pasa algo?

Mina se encogió de hombros, restando importancia, aunque en el fondo tenía un mal presentimiento.

—No, nada. Solo que no sé dónde está Carmina. ¿La habéis visto?

Los presentes negaron con la cabeza, por lo que Mina miró en derredor, como si esta fuera a aparecer de un momento a otro.

—¿Estás bien?

Mina negó con la cabeza.

—Discutimos. Yo le dije que se fuera y…

No pudo concluir, porque decirlo en voz alta lo hacía más real. Más tétrico.

—*Muyer*, en algún lugar andará —animó Manel al ver a la joven restregarse las manos y mirar con algo de susto a Enol, que le pasó un brazo por los hombros.

—Tranquila, que ya se le pasará.

—Pero no es normal que no esté en casa… Ni aquí.

—Bueno, en algún lugar tendrá que estar. Uno no desaparece así como así.

Mina hizo una mueca cínica ante las palabras de Manel. Incluso sonrió con cansancio.

—Voy a dar una vuelta por ahí, a ver si la encuentro —dijo a Enol.

—Voy contigo.

Mina esperó a que Enol se pusiera el chubasquero antes de salir afuera.

Al principio vagaron en silencio por las callecitas, esperando que estuviera al resguardo de la lluvia bajo un hórreo, pero tras recorrerse todo el pueblo sin éxito Enol decidió llamar a aquellas puertas de los vecinos más cercanos a las madrileñas. Miriam, por ejemplo, no la había visto en todo el día. Pepa tampoco. Adelina, sin embargo, la vio caminando por la carretera de Quintaniella.

A Mina le faltó poco para echar a correr, pese a que la buena mujer le gritó que de eso hacía ya más de una hora.

—Tranquila, la encontraremos —pidió Enol.

—Tú no lo entiendes —replicó ella caminando con resolución y cada vez más aterrada—. Tengo que encontrarla. No puedo perderla. No ahora…

Enol notó que había mucho más que preocupación en la voz de Mina; había pánico.

—Detente un segundo —pidió cuando la escuchó boquear—. Mina, Mina… ¡Para, Mina!

Mina lo miró sin ver. Había lágrimas retenidas en sus ojos azules.

—No puedo, Enol. No puedo…

—Estás teniendo un ataque de pánico. —Consiguió que ella se detuviera y la abrazó por la cintura—. Mírame. Concéntrate en mi voz.

Mina se llevó una mano al pecho, porque no podía respirar.

—Cuenta conmigo, *ñeña* —susurró Enol, preocupado—. Uno, dos, tres…

Al principio a Mina le costó, pero poco a poco consiguió seguir las indicaciones de Enol, hasta que al fin logró respirar con normalidad.

—¿Quieres que vayamos mejor a por el coche?

Mina negó.

—No. Si se ha adentrado por la senda, no podremos entrar. Y hay una parte peligrosa. ¿Y si se ha caído al río? ¿Y si ha tropezado y se ha desnucado? ¿Y si ha… desaparecido?

Incomprensiblemente para Enol, la última conjetura fue la que provocó un espasmo y una mueca de horror en Mina.

—La encontraremos. ¿Ya respiras mejor? ¿Puedes caminar?

Mina, a modo de respuesta, echó a andar. Agradeció a todos los Santos del cielo que Enol le agarrase la mano. Eso la reconfortó como nada en el mundo podría hacerlo.

—¿Por qué os habéis peleado, Mina?

La joven estuvo a punto de eludir la pregunta, pero al mirarlo de reojo sintió que le debía una explicación. Que a él no podía, ni quería, ocultarle la verdad.

—Sacó un tema doloroso para mí.

—¿Qué tema? —insistió Enol cuando ella hizo una pausa. Como la vio titubear, le apretó la mano.

—Mi aborto.

Enol a punto estuvo de detenerse, pero como la joven tiró de él siguió caminando.

—¿Hace mucho de eso?

—Tres años. Pero duele, Enol. Duele como nada en el mundo.

Los siguientes minutos Mina le contó todo: la ilusión con la que Esteban y ella habían recibido la noticia, las primeras compritas, los sueños de futuro… Le contó el viaje en tren a un Congreso de Literatura, porque al fin y al cabo estaba de poco tiempo y ¿qué mal había?

Le contó el primer pinchazo.

Le relató, sin omitir detalle alguno, el momento en el que entró al

baño del tren para ver qué era eso húmedo que sentía entre las piernas, el grito de horror que lanzó al descubrir la sangre. El desmayo. El despertar, sola, a punto de desangrarse, allí tirada en el baño del tren, su susurro de auxilio… El golpear de la puerta al otro lado… La imposibilidad de abrirla… La muerte, que no acababa de llegar, pero que cuando lo hizo se equivocó y se llevó a su pequeño.

Le narró la culpa de después. La imposibilidad de mirar a Esteban a la cara, las frías noches que siguieron, uno al otro lado del otro en la cama dándose la espalda. Las lágrimas vertidas de Esteban cuando creía que nadie lo veía. Las lágrimas contenidas de ella que la ahogaban en un mar de amargura.

La imposibilidad de dar cariño.

La sensación de que no tenía derecho a recibirlo…

—No te hagas esto, Mina. Tienes todo el derecho del mundo a ser feliz.

Mina se detuvo y le miró a los ojos, como si quisiera creerlo.

—Tú no sabes…

—¿Que no sé lo que es perder al alguien? —preguntó con escepticismo, provocando una mueca lastimera en Mina—. Soy un experto, Mina.

—Lo siento… —Mina dejó que Enol la abrazara, pero fue cuando le dio un suave beso en la frente cuando ella supo que todo estaría bien —. ¿Cómo lo haces, Enol? ¿Cómo puedes llevarlo tan bien?

Enol suspiró y miró al frente.

—Aprendí desde bien pequeño la lección. Y esta es que a veces pasan cosas que no podemos controlar, cosas en las que no tenemos ni voz ni voto, Mina. Solo nos queda aprender a vivir con la pena, con el dolor por la pérdida.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta siempre. Pero una vez que *yes* consciente de que siempre será tu compañero de viaje, aprendes a tolerarlo y te centras en lo que tienes. En lo que tendrás —añadió mirándola con intensidad.

Pero Mina negó con la cabeza.

—Tendrás otro —vaticinó Enol con insistencia.

Mina lo miró un poco asustada.

¿Otro? ¿Sería ella capaz de pasar por algo parecido?

«No», le dijo su parte lógica.

«Sí… con Enol», le replicó el corazón.

Y eso asustó mucho más a la joven, porque ella nunca había creído tener la capacidad, ni el derecho, de tener una familia. De intentarlo siquiera.

Al borde del pánico otra vez, Mina echó a andar, ahora cada uno al lado del otro pero en silencio, agarrados de la mano, pero mientras que Enol apuraba el paso, el caminar de Mina era cada vez más lento,

como si supiera, como si presintiera, que no iba a encontrar a su yo del futuro.

Por eso motivo pegó un grito cuando al llegar a la fuente de arriba la vio.

Allí. Sola. Resguardada bajo el tejado. Tan pequeñita y tan grande a la vez…

Tan asustada.

Con el corazón en un puño, Mina echó a correr hacia ella, hasta que llegó a su lado y se miraron a los ojos.

En los de la anciana había una disculpa. En los de la joven un millón de ellas.

Y, al fin, lágrimas en los de ambas.

—Yo… —fue Carmina la primera en hablar—… Me he perdido.

Mina apretó los labios cuando estos comenzaron a temblar, pero al cabo, y tras abrazarla como si no quisiera soltarla nunca más, dejó de contenerse y lloró.

Fuerte. Con ganas. Con sollozos desgarradores. Con convulsiones. Con todas las lágrimas retenidas desde hacía demasiado tiempo ya.

—Nunca más —pidió entre sollozos y apretando más fuerte a la anciana contra sí—. No vuelvas a dejarme nunca más.

La anciana sonrió entre lágrimas.

—Siempre estaré contigo, Mina. Te quiero.

—Te quiero —respondió la joven.

Y Enol, que esperaba pacientemente apartado, tuvo la sensación de que esa era la primera vez que se lo decían.

Que incluso, tal vez, acababan de descubrirlo.

27

—¿Y esa cara llarga?[40] Déjame adivinar; Mina ha vuelto a hacer trampas al parchís.

Enol miró a su hermano, que estaba sentado en las escaleras de su hórreo y bebiendo una copa de licor de hierbas. Iba a pasar de largo, pero de pronto tuvo mucha necesidad de *no-hablar* con su hermano.

Porque eso solían hacer cuando se sentían apesadumbrados; sentarse uno al lado del otro y hablar de tonterías hasta que el malestar desapareciese. Ese día, además, Enol tuvo el deseo de contarle a su gemelo lo que le estaba matando por dentro. ¿A quién mejor que a él, si no, aunque fuera en forma de alegorías, como ya era habitual entre ellos?

—*Poneme* uno, *ho* —dijo sentándose unos escalones más debajo de su hermano.

Nel fue dentro del hórreo a por un vaso para su hermano, momento que Enol aprovechó para mirar a la casina de Rosa, donde Mina a esa hora probablemente estaría aporreando el teclado.

—¿Estuviste pintando hoy también?

Enol se miró sus ropas llenas de salpicaduras de pintura y sonrió.

—Sí, pero al fin ya acabé. Mañana quiero empezar a poner el suelo.

—¿Quieres que te ayude? No tengo ningún encargo y me aburro como *les ostres*.

—Te lo agradezco, *ho*. Voy un poco de culo.

Nel miró a su hermano con el ceño fruncido.

—¿De culo? Pues yo creo que has avanzado en un mes más de lo que llevas de propietario. ¿Cuánto hace ya? ¿Cuatro años?

Enol se encogió de hombros.

—No tenía motivación.

—¿Y ahora sí?

Enol le dedicó a su hermano una mirada condescendiente.

—¿Tú que crees?

Nel rio por lo bajo y le dio un capón a su gemelo, que, asombrosamente, no protestó.

—Ten *cuidáu*, *fio*. Las prisas no son buenas.

—Yo no tengo prisa —protestó Enol, pero sí; tenía prisa. Y mucha.

Quería tener la casa medio lista antes de que se cumpliera el plazo de alquiler de Mina.

—Sí la tienes, y eso puede ser fatal —continuó Nel—. Si no estás pendiente, si no vas con cuidado, puedes cometer un error garrafal.

Enol se giró un poco para mirar a su hermano. Tenía ahora el ceño fruncido.

—¿Como cuál?

Nel chasqueó la lengua.

—Un problema de estructura, por ejemplo. Imagina que en tu empeño de derribar muros tiras uno de carga y se te viene todo abajo…

Enol agrandó mucho los ojos, porque captó la alegoría.

—¿Y cómo sé yo lo que *ye* un muro de carga?

—Mirando los planos, *hermanu*. Y yendo despacito y con tiento, no a las bravas.

Enol asintió y miró a la nada. Estuvieron un rato así, callados, hasta que Enol suspiró.

—No sé cómo hacerlo, Nel —confesó—. No sé qué hacer ni qué decir para que desee quedarse.

Nel sonrió con tristeza.

—¿Se lo has preguntado?

Enol lo miró como si fuera tonto.

—Pues claro. Se lo he dejado caer un millón de veces y…

—No. Una cosa *ye* dejar caer algo y otra preguntar abiertamente. ¿Le has preguntado: «Mina, ¿qué vas a hacer cuando se te acabe el alquiler?»? O si vais a seguir juntos aunque sea en la distancia. O, si me apuras, sobre qué piensa hacer contigo. Ahí, de forma directa.

Enol negó con la cabeza.

—No quiero avasallarla.

Nel hizo un revuelo de ojos.

—Enol, *yes* el rey del avasallamiento.

—Ya, pero con ella no puedo ir en ese plan.

—¿Por qué?

Enol tomó aire y lo expulsó de forma pausada, como si necesitase calmar su alma.

—Está totalmente rota, Nel. Y no lo digo por sus traumas infantiles.

—Enol miró a la casa y frunció el ceño—. Ella cree que no se merece ser feliz. Que no tiene ningún derecho a formar una familia. —Miró al suelo y añadió de forma triste—: Que nunca podrá ser madre.

Nel asintió, comprendiendo la tesitura de su hermano.

—¿Hay algún problema por tu parte con lo último, Enol? ¿Te sentirías desdichado si ella se negase en rotundo a pasar otra vez por algo parecido? —preguntó, pues unos días atrás Enol le contó lo del aborto de Mina.

—No —expresó con fervor y sin dudas.

Nel volvió a asentir. Y de nuevo guardaron silencio.

—¿Sabes? —rompió Nel el silencio—. Todo el mundo quiere una bohardilla diáfana, vaya. No conozco a nadie que le gustan los pilares. ¿A quién puede gustarles? Están ahí, en medio, estorbando… Una auténtica barrera visual y un incordio de *coyones*. Pero son necesarios. Sin ellos, la casa se vendría abajo. La casa no sería la que *ye*.

Enol aspiró el aire entre los dientes y miró a su hermano con una mezcla de derrota y esperanza que rompió el corazón de su gemelo.

—¿Y qué puedo hacer, Nel?

El psicólogo sonrió y miró hacia la casina de Mina.

—Vivir con ellos. Hacerlos más atractivos. Decorarlos… No dejarán de ser pilares, Enol, pero serán mucho más agradables a la vista una vez se acepte que forman parte de la casa y tras integrarlos en la decoración. Como el hórreo de Adelina, que sus pilares están llenos de flores.

Al fin Enol sonrió de oreja a oreja y se levantó de golpe.

—Gracias, *hermanu*. —Como Nel bailó la mano en el aire, se bebió el licor de hierbas de un trago y bajó los escasos escalones del hórreo. Iba a marcharse pero entonces se volvió a mirar a su hermano—. Anda que… Pilares… —Agitó la cabeza y sonrió—. No entiendo cómo no ejerces, con lo bueno que *yes*.

Deseó haberse mordido la lengua cuando vio que la sonrisa desaparecía del rostro de Nel y su rostro palidecía.

—No lo soy —susurró.

Enol apretó la mandíbula, furioso consigo mismo y por traer a su hermano recuerdos *non gratos*. La rabia aumentó cuando no supo qué decirle, cuando vio que ahora su hermano estaba lejos, muy lejos de allí. Muy lejos de sí mismo.

Perdido en un abismo de culpa y remordimientos, en el que durante segundos se estuvo debatiendo, hasta que agitó la cabeza y, tal y como hiciera Enol, se bebió el licor de un trago antes de levantarse.

—Ve con tu *bruxa*, anda.

Enol frunció el ceño.

—¿Estás bien?

Nel se encogió de hombros.

—No estoy mal —fue su respuesta antes de dedicarle una sonrisa falsa y anunciar—: Me pican las manos. Voy a trabajar un rato. ¿O quieres que te eche una mano con el suelo?

Nel miró en su móvil la hora.

—No, ya esta mañana no haré nada. Voy a ver si Mina quiere que vayamos a la piscina. ¿Quieres que me lleve a Cova? Así te deja un rato tranquilo.

Nel miró al cielo y negó con la cabeza.

—Va a llover. Además, hoy vamos a jugar a tomar el té.

Enol rompió a reír cuando su hermano, tras hacer un gesto lastimero, hizo un revuelo de ojos.

—Bendita paciencia…

—Bendita paciencia…

Nel volvió al interior de su hórreo, probablemente a no hacer nada, mientras que Enol apuraba el paso para llegar cuanto antes a casa de Mina.

Mientras ascendía, iba practicando.

—Oye, Mina, ¿qué vas a hacer cuando se acabe el alquiler? ¿Vas a volver a Madrid? ¿Y qué pasará con nosotros?... ¿Vas a dejarme?... No, Enol, así no… A ver… —Suspiró y miró al frente—. ¿Qué haremos cuando se acabe el alquiler? Mmm… Sí, así mejor.

Una vez frente a la puerta, sopló fuerte para infundirse valor antes de llamar al timbre.

Fue Carmina la que le abrió, en un estado que activó todas las alarmas de Enol.

—¿Qué ha pasado?

La anciana, con lágrimas en los ojos, se hizo a un lado y señaló al fondo, donde Mina se tapaba el rostro y temblaba y lloraba.

Y Enol sintió de pronto mucho, mucho miedo.

—Mina, Mina, ¿qué pasa? —preguntó Enol corriendo a su lado.

Aún presa de temblores, Mina se descubrió el rostro para mirar a Enol, que tenía una expresión de congoja.

Vaya, su estado debía ser muy lamentable, para que el asturiano se asustara tanto.

—Lo he hecho, Enol —dijo entre hipos y sorbiéndose la nariz—. La he acabado. He terminado la novela.

—¿Ya? —preguntó asombrado.

Mina asintió y aceptó un pañuelo de papel que Carmina le tendió. Se sonó con fuerza y se limpió las lágrimas con el dorso de la mano.

—Ufff… No puedo creerlo. ¡En un mes! Y es tan, pero tan bonita, Enol… —Mina de pronto miró al fondo, donde la anciana se sonaba a su vez.

Impulsivamente se levantó y caminó hacia ella con largas y apuradas zancadas para estrecharla entre sus brazos.

Y así, joven y anciana lloraron, y rieron, y bailaron… Emocionadas por haber terminado algo en lo que habían participado juntas. O como lo que eran en realidad: una misma persona.

—Estoy muy orgullosa de ti —le susurró Carmina mientras la abrazaba ahora con cariño y cuidado y acariciándole la espalda.

Mina se sintió tan feliz, tan contenta, que no quiso soltarse de la anciana.

Porque, una vez habían hablado de aquello, una vez se habían enfrentado, era mucho más fácil tolerarse.

Tal vez incluso quererse.

—Eh… Yo mejor me voy… —escucharon decir a Enol, azorado.

Carmina sonrió y apartó suavemente a Mina. La miró con admiración y afecto y le dio un beso en la frente.

—Tú te quedas —dijo apartándose de Mina y yendo a por una chaqueta—. Ea, aquí os dejo. —Miró a Enol y le guiñó un ojo—. Ya verás la que te espera, ya…

Enol se rascó la cabeza, perplejo.

No había hecho más que cerrar la puerta cuando Mina se abalanzó sobre él y lo empotró contra la pared.

—Fóllame —exigió, la respiración agitada y una expresión de locura.

Enol iba a decir algo, Mina no sabía qué, ni tampoco le importó, porque tiró de su larga melena para poner su rostro a su altura y devorarle la boca, mientras una mano le subía la camiseta y la otra le desabrochaba el pantalón.

—Mina, espera… —protestó Enol un poquito.

Pero Mina ya le había metido la mano dentro del pantalón y comenzaba a acariciarle.

—Tú no lo entiendes, Enol —dijo ella mordiéndole el cuello, el lóbulo de la oreja, un pezón… todo él—. Estoy cachonda. Muy, muy cachonda.

Le tomó de la mano y lo subió a la habitación.

Ya dentro, lo empujó a la cama y, sin darle tiempo a pensar, se sentó a horcajadas sobre él.

—El momento de poner fin a una novela es brutal para un escritor —comenzó a explicarle en un susurro cargado de erotismo y mientras se restregaba contra él, que gimió por la fricción—. Sientes tantas cosas, tantas emociones… Lloras de alegría, porque lo has conseguido. Lloras de pena, porque te despides de sus personajes, con los que has

creado un vínculo tan especial que ya forman parte de ti. —Mina se quitó la camiseta, mostrando sus pechos desnudos a los que Enol miró como un lobo hambriento. La joven se los ofreció, golosa—. Y te sientes viva. Y feliz… —Lo miró con adoración y le dio un beso que provocó un fuego en ambos—. Y contigo, además, cachonda perdida.

Enol gruñó y sonrió de medio lado antes de tomarla por la cintura y rodar con ella en la cama.

—¿Muy perdida? —susurró metiendo la mano en el pantalón de Mina, donde sabía se encontraba su premio.

—Mucho. Fóllame —exigió de nuevo.

—¿Fuerte? —dijo él en un susurro ronco, grave, un susurro que advertía de las consecuencias en caso de que la respuesta fuera afirmativa.

—Duro —pidió ella abarcando su erección.

Casi al mismo tiempo ambos comenzaron a desnudarse. Mina fue la primera en acabar, así que se tumbó en la cama a la espera de que él la cubriese con su cuerpo y la tomase, pero entonces él le dio la vuelta y le alzó un poco las caderas para ponerla a cuatro patas, provocando que Mina se pusiese rígida.

—Por detrás no —suplicó.

Enol rio por lo bajo y jugueteó un poco, prodigando caricias alrededor del ano pero sin llegar a rozarlo.

—Por detrás, no. Desde atrás —advirtió antes de embestirla.

Fuerte. Duro.

Salvaje.

Mina gritó, pero no de dolor. Ya desde el principio estaba húmeda y preparada para él, como era habitual con Enol, pero el placer que le dio al penetrarla fue distinto esta vez. Fue un placer que la atravesó de arriba abajo y que la cegó.

Tan imprevisto fue el orgasmo, tan intenso y duradero que temió morir. Y ahí seguía Enol, bombeando casi con rabia, tan fuerte que ella tuvo que clavar las uñas en el colchón para no salir disparada.

Y ya cuando estaba alcanzando su segundo orgasmo, escuchó rugir a Enol, maravillado y pletórico de felicidad.

Y eso le hizo a ella sentirse muy dichosa.

¿Sabéis esas veces que sientes cómo te palpitan hasta los oídos? Pues así se sintió Mina, presa de temblores y de zumbidos, como si estuviera por perder el conocimiento pero no llegase a hacerlo. Borracha de felicidad.

Ebria de satisfacción.

Necesitaron varios minutos para reponerse, en los que ni uno ni otra se movieron, en los que solo aguardaban a que su mundo se reestableciera.

Consciente de que debía retirarse, Enol se apartó, agarrando con

cuidado la base del preservativo para dejarlo en la mesilla.

Mina se desplomó entonces, saciada y cansada como nunca. Sonrió cuando Enol, tras reírse con orgullo, le dio pequeños y suaves besos por toda su espalda.

—¿Estás bien? —preguntó junto a su oído.

Mina solo tuvo fuerzas para emitir un sonido a modo de asentimiento.

¿Bien? No había estado tan bien en toda su vida.

Suspiró cuando él se apartó, pero no le importó, porque sabía que Enol había ido a lavarse y que no tardaría en regresar.

Cuando lo hizo ella seguía boca abajo, tal y como él la había dejado, pero entonces Enol se tumbó a su lado y giró la cabeza en su dirección para mirarlo.

—*Cagondiola*, Mina… —exclamó, todavía maravillado. La miró y sonrió de oreja a oreja—. ¿Y cuándo dices que vas a terminar la siguiente novela?

Mina soltó una carcajada y se incorporó un poco para besarle en los labios, pero luego apoyó la cabeza en su pecho y lo acarició con lasitud, hasta que se topó con el colgante.

—Nunca me has dicho qué representa este colgante —advirtió.

Enol sonrió con ternura.

—¿Y por qué crees que representa algo?

—Porque tu hermano tiene uno igual y es un colgante puramente femenino.

Enol gruñó y la miró con el ceño fruncido.

—No lo es. ¿O qué pasa, que los hombres no pueden llevar perlas?

Mina no quería ofenderlo, porque presentía a quién pertenecían esas perlas, así que le dio un besito conciliador y le dedicó una sonrisa.

—Claro que pueden. ¿Eran de tu madre?

Enol asintió y se lo llevó a los labios para darle un beso.

—Eran sus pendientes. Según cuenta mi padre, cuando le diagnosticaron cáncer puso todos sus asuntos en orden. ¡Pues menuda era ella! A previsora no le ganaba nadie, así que como quería que nosotros lleváramos algo suyo encima siempre, hizo de sus pendientes dos colgantes. Eran sus favoritos, los que hicieron que se enamorara de mi padre.

Mina apoyó el codo en la almohada y la cabeza en la mano, dispuesta a conocer la historia.

—Háblame de ello.

Enol sonrió y bostezó al mismo tiempo, pero entonces sus ojos se clavaron en un punto en concreto de la habitación y su semblante se ensombreció. Mina miró hacia allí, pero al no ver nada extraño frunció el ceño.

—¿Pasa algo?

Enol agitó la cabeza y suspiró. Puso la mano bajo su cabeza y miró al techo.

—¿Por qué siempre tienes las maletas hechas?

Mina vio su pregunta absurda.

—Pues porque soy muy vaga y no hay cosa que odie más que hacer las maletas, de modo que no las deshago del todo y conforme voy lavando la ropa la voy guardando.

Enol se mordió la lengua y la miró con un poco de enojo.

—Ya, claro, menudo incordio.

Y aunque lo había dicho con desdén, Mina no se percató de ello.

Ese día ya podía caerse el cielo que ella ni se enteraría, tal era su estado de plenitud por haber concluido la novela.

—Total —estuvo de acuerdo—. Pero así es más fácil. Listo y preparado.

—Para salir corriendo, ¿no?

Al fin Mina se percató de que él estaba enojado.

—Pues… si se diera el caso, sí; para salir corriendo.

Enol apretó los labios y su nuez subió y bajó de seguido. Se pellizcó el puente de la nariz y lo masajeó.

—Pilares, Enol, pilares —comenzó a decir, para desconcierto de Mina.

—¿Pilares, qué? ¿Qué dices? ¿Qué te pasa?

—Nada, trato de invocar a Santa Paciencia.

Mina frunció el ceño.

—¿Para qué? ¿Ahora estás enojado? ¿Por qué?

Enol se sentó en la cama, muy serio.

—¿Qué harás, Mina? ¿Qué planes tienes cuando se acabe el alquiler?

Y, al fin, Enol se atrevía a hacer las preguntas para las que Mina no tenía respuesta.

—Pues… —Miró hacia un lado y se sonrojó—. Supongo que tendré que volver a Madrid.

Enol asintió, como si esa respuesta la esperase.

—¿Y… nosotros?

Mina suspiró de forma entrecortada y se levantó de la cama.

—Bueno… Supongo que… No sé… —Y de pronto se sintió atacada. Censurada. Acorralada. Y eso era muy, muy malo—. No me gustan las relaciones a distancia. No creo en ellas.

Enol puso boca de pez y miró a un lado. Era evidente que se estaba controlando.

—Vale. ¿Y las otras?

Mina parpadeó, descolocada.

—¿Qué otras?

—Pues… cualquier otro tipo de relación. ¿Crees en ellas?

La madrileña necesitó varios segundos para responder, entre los que se debatía entre darle largas, o enfrentarse a algo que ya era inevitable.

—No.

Enol abrió la boca, atónito.

—¿Y nosotros qué somos, *entós*?

Mina se miró las cutículas. Era incapaz de enfrentarse a los ojos azules de Enol.

—Bueno… Somos amigos… con derechos.

—Amigos con derechos —repitió él en un susurro.

Mina entonces sí se atrevió a mirarlo. Y lo que vio no le gustó.

—Oh, venga, Enol… ¿Qué creías que iba a pasar? Pertenecemos a ciudades distintas, a mundos distintos. Ambos éramos conscientes de que esto tendría que acabar en algún momento, que no es viable…

—De puta madre —dijo él levantándose de golpe.

—Enol —suplicó ella—, no te enfades. Es que… No sé muy bien qué quieres de mí.

Enol dejó de vestirse para mirarla. Estaba más que serio.

—Quiero mi *bruxa* roja.

Y sí, ambos vieron que ese era un argumento muy infantil, pero Mina no dijo nada sobre ello por respeto a la madre de Enol.

—Cariño, por favor… Entiéndeme. Todo esto me… asusta. Todo lo que siento me ha venido grande y no sé cómo lidiar con ello. Y no estoy preparada para una relación sentimental, Enol. —Miró al suelo y susurró—: Yo no he buscado esto. No quería esto…

—Pero ha pasado.

Mina asintió.

—Sí, ha pasado. Pero todo lo que empieza, ha de acabar.

Enol alzó las cejas.

—¿Estás rompiendo conmigo?

Mina negó con la cabeza.

—No, Enol. No se puede romper algo que no se ha unido. Aún no —recordó.

El asturiano estuvo varios segundos allí, de pie, inmóvil, mirándola como si no la creyera y a la espera de que ella se retractase de sus palabras.

Pero no lo hizo.

—*Coyonudo*.

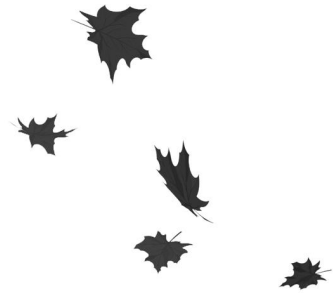
Y terminó de vestirse y se marchó.

Y Mina se quedó allí, desnuda, en una cama vacía, sola. Con el corazón destrozado, porque su alma se negaba a dejarlo marchar, y enojada consigo mismo por empeñarse en boicotear su propia felicidad.

Ese día Mina rezó. Necesitaba más que una señal divina.

Poco o nada sabía ella que esa noche sus plegarias serían escuchadas.

Aunque no para bien.



28

—Mina, Mina, despierta…

La joven al fin abrió los ojos, sobresaltada. Perdida aún en el sueño, vio a su yo del futuro prácticamente inclinada sobre ella y con el rostro desencajado. Miró en derredor, como buscando algo aunque sin saber qué.

—¿Qué pasa? —preguntó restregándose un ojo y con la garganta seca.

—Levántate. Tenemos que irnos.

—¿A dónde? ¿Y qué hora es? —protestó, aunque como ya empezaba a espabilarse fue consciente del tono de alarma y apremio de la voz de Carmina.

—Son las tres de la mañana. Y nos vamos a Toledo.

Mina parpadeó y vagó la mirada por el cuarto, sin llegar a comprender el porqué de esas horas. De esas prisas. De ese deseo de su otro yo de ir a…

—¡Nana! —exclamó saltando de la cama y moviéndose por el cuarto como pollo sin cabeza.

—Tranquila, tranquila… Está… controlada.

Mina, con lágrimas en los ojos, se detuvo frente a Carmina y le tomó las manos.

—Pero ¿qué ha pasado?

—Según el cuñado, le han dado convulsiones y han ido corriendo al hospital. Una vez allí ha entrado en coma.

—Joder… —lloró Mina, que se sentó en la cama y se llevó las manos a la cabeza, pero pronto comprendió que no era momento de venirse abajo—. ¿Y el bebé?

Carmina se mordió el labio. Tardó tanto en responder, que Mina se temió lo peor.

—Le están practicando una cesárea.

—Pero… ¿no es muy pronto?

—Está de más de siete meses. Sobrevivirá, Mina —prometió, aunque no tenían ninguna garantía.

Mina se sorbió y fue al armario.

—Vale, recoge todo. Nos vamos a la de ya.

Carmina asintió, porque en ese momento, como Mina, solo tenía un objetivo: llegar cuanto antes junto a su hermana.

Apenas si tardaron media hora en recogerlo todo. Lo hicieron con prisas y sin cuidado, aprovechando las bolsas de la compra para meter lo que por la premura no cabía en la maleta y dejando aquellas cosas que en ese momento no tenían ninguna importancia para ellas, como la despensa y la nevera llenas, botes de champú y gel y algunas prendas, calzado y maquillaje que vete tú a saber dónde estaban y que ni una ni otra se molestaron en buscar.

Mina, además, también sintió que allí se dejaba el corazón.

El alma misma.

Pero también era consciente de que en ese momento ella no era importante. Ella no contaba. Ni su corazón destrozado, ni el lamento de su alma.

Eran cerca de las cuatro de la mañana cuando, tras dejar la llave bajo el felpudo, al fin se montaron en el coche, sin mirar atrás.

Sin titubeos.

—Pon el GPS hasta el hospital de Toledo —pidió a la anciana mientras ponía el coche en marcha.

—No, ve directa a casa —contradijo Carmina.

—¿Por qué?

La anciana suspiró.

—Porque yo me quedo allí. —Miró a Mina y esta vio todo el pesar de la anciana por no poder acompañarla—. No es bueno que me vean. ¿Qué les vamos a decir?

Mina tragó saliva y asintió.

Ya habían tomado el camino, pero tan pronto dejaron atrás la última casa Mina frenó y miró por el retrovisor. Y, por primera vez esa noche, flaqueó.

Solo cuando sintió la mano de Carmina sobre la suya reaccionó.

—Eso ya lo solucionaremos —prometió.

—Pero… —Mina tuvo que volver a tragar para deshacer el nudo de la garganta y controlar la congoja—. Tu futuro…

Carmina negó con decisión.

—La Nana. Ahora solo importa la Nana. Lo demás…

No acabó la frase. No pudo. Porque sí le importaba lo demás. Sí le

importaba no cambiar el futuro. Pero muy por encima de todo estaba la preocupación por su hermana.

Su pilar. Su ancla. Lo único que tenía en el mundo. Lo único que nunca, jamás, le fallaría.

Mina comprendió la tesitura de la anciana y volvió a poner el coche en marcha.

No se detuvo hasta que llegó a su casa, donde dejó a Carmina.

—El portátil y el teléfono quédatelo tú, por si llama alguien —pidió mientras abría la maleta y sacaba varias prendas que metió en una mochila.

—¿No prefieres llevarte tú el móvil? —preguntó la anciana.

—No. No estoy para nadie. —Se detuvo y miró muy seria a la anciana—. Para nadie —recalcó.

Carmina suspiró, pero lo aceptó.

—¿Quieres que le vaya enviando la novela a la editora?

—Como veas. Tienes plena libertad para hacer en mi nombre todo lo que veas conveniente. Yo te llamaré a menudo, pero debo advertirte que hasta que la Nana no despierte no me pienso menear del hospital.

—Lo sé. ¿Quieres que escriba también a la señora Rosa para decirle que le dejamos la llave bajo el felpudo?

—Perfecto —dijo cerrando la mochila y llevándosela al hombro—. Ah, y si te dice que nos devuelve el mes que no disfrutamos dile que no hace falta.

—¿Por si volvemos? —aventuró la anciana.

Mina negó con la cabeza.

—Ya no nos queda nada allí.

Carmina se restregó las manos y la miró con pesar y preocupación.

—¿Y Enol?

Mina, que ya había agarrado la manilla de la puerta, miró al techo y sopló.

—Se acabó.

Y se marchó, sin mirar atrás y con la cabeza gacha.

No quería que Carmina viera que tenía lágrimas en los ojos y el corazón partido.

Y no, tampoco quería ver su reflejo en el espejo del ascensor porque sabía lo que se iba a encontrar: una mujer rota porque sabía que había dejado pasar la única oportunidad de ser feliz.

Pero todo mal, cualquier pensamiento negativo, quedó relegado a un segundo plano cuando volvió a montarse en el coche y enfiló hacia el hospital, donde Jaime, su cuñado, aguardaba impaciente en la sala de espera de urgencias.

Cuando lo vio el alma se le cayó a los pies, porque tenía un aspecto lamentable. Los ojos rojos e hinchados de tanto llorar, y una expresión de miedo que le destrozó el corazón.

Jaime llegó muy pronto a sus vidas, poniendo la nota de sensatez y luz que tanta falta les hacía, convirtiéndose en alguien imprescindible para ellas; para Nana, como marido, y para Mina como un hermano, o como la figura paterna que nunca tuvo.

Se querían con locura, tanto que cuando estuvieron frente a frente, y tras mucho tiempo sin verse ni hablarse, se echaron el uno sobre el otro para fundirse en un abrazo que lo purgaba todo.

Fue Mina quien se apartó para preguntar.

—¿Qué sabemos?

—El bebé está bien. Ya está en la incubadora, pero a tu hermana todavía la tienen en observación.

—¿Sigue en coma?

Jaime asintió y se dejó caer en la silla que había estado ocupando.

—Pero al menos la cesárea ha ido genial. Los médicos tienen muchas esperanzas de pronta recuperación.

—Dios los oiga —exclamó Mina sentándose a su lado, pero entonces frunció el ceño—. ¿Por qué le han hecho la cesárea?

—Por desprendimiento prematuro de la placenta… Ha sido horrible, Mina —dijo derrumbándose y llevándose las manos a la cabeza—. Ahora entiendo por lo que tuviste que pasar… Todo el dolor, la rabia… —Se limpió con impotencia y miró a los ojos a Mina —. Lo siento, no debí traerlo a colación.

—No importa.

Jaime sorbió un par de veces hasta que la miró con el ceño fruncido.

—¿Ya lo has aceptado?

—No. Sigue doliendo tanto o más como el primer día. Pero ahora… —Suspiró y miró al techo—. Al menos ahora puedo hablar de ello sin que me dé un ataque de ansiedad.

Jaime le apretó la mano con cariño antes de mirar al frente, hacia la puerta de urgencias, pero entonces se giró hacia Mina.

Tenía ahora una enorme sonrisa de orgullo.

—¿Quieres ver a tu sobrino?

Mina rio bajito y asintió.

Ya en la sala de incubadoras, los cuñados se abrazaron mientras miraban hacia el pequeñín cuerpo de una de las incubadoras.

Y Mina lo amó, así, tan pequeño, tan frágil, tan dulce…

Tan vivo…

Enol no era de los que se rendían fácilmente.

Muchos años atrás, mientras estudiaba la carrera, se topó con su particular grano en el culo: la asignatura de Neurología, que sí o sí, independientemente de la especialidad que eligieras, se estudiaba en Medicina General. No era suficiente con tener las bases del sistema nervioso, ni con aprobar con un cinco raspado. No, para sacar la asignatura tenías que dominarla al cien por cien, y para ello, para entender todo lo relacionado con el cerebro, se debía uno empapar de todos los estudios y artículos que saliesen, algo que se daba día sí, día también, pues una de las características de la Neurología es que continuamente aparecían novedades dentro de ese campo.

Tan esclava de estudio era que Enol, a día de hoy y sin tener ninguna necesidad de ello, seguía leyendo todo artículo que se escribiera al respecto, así de cabezota y perseverante era.

Con Mina no sería menos.

Una vez pasada una de las peores noches de su vida, y a la luz del día, Enol comprendió que quizá se había precipitado al exigir a Mina respuestas.

Sí, a la luz del día, y más calmado, comprendió que debió refrenar su lengua, sobre todo cuando ella puso esa cara de animal herido y acorralado y la obligó a reaccionar como haría cualquiera en su situación: atacando a quien se le acercara con una rabia nacida del propio miedo.

Porque Mina lo que realmente tenía era miedo.

Así lo entendió Enol esa mañana, algo que se obligó a recordarse cuando la tuviera en frente y ella volviera a sacar las uñas si se volvía a sentir avasallada.

—¿*Qué ye, ho*? —saludó cuando entró al bar, donde Nel se hallaba hablando con Llara y Miriam, mientras Cova devoraba una tostada de mermelada de fresa en su mesa habitual.

Nel se giró, pero luego le indicó una banqueta libre y siguió hablando con su hermana.

—Ya tengo otro encargo —estaba diciendo este.

—¿Tan pronto? —preguntó Llara, asombrada.

Nel se encogió de hombros.

—Es gracias a Miriam —respondió señalando a esta con la barbilla —. Desde que se hace cargo de mis redes, los pedidos están subiendo como la espuma.

Esta, sonrojada, sonrió de satisfacción.

—Y los seguidores. Ya alcanzado la friolera de 100k.

Enol frunció el ceño.

—¿100k?

Llara resopló de incredulidad.

—Cien mil seguidores, so carca.

—Ah, ¿y yo qué sabía, si no uso redes sociales?

—Si quieres puedo hacerte una página para tu clínica —aventuró Miriam.

—No, de eso sí que tenemos. Lo lleva Lupe, nuestra administrativa. Pero en lo personal… Ni de coña. Vamos, que paso.

Nel se rio, porque, como él, tampoco era partidario de exponer su vida en las redes sociales. En cuanto a su trabajo… Era otro cantar, aunque hasta el momento tampoco las había necesitado. Pero una vez creado los perfiles, sobre todo en Instagram, su popularidad fue *in crescendo*.

—Y yo doy gracias a Dios por ello —dijo Llara entre risas, provocando que los gemelos se pusieran tensos.

—¿Y eso por qué? —preguntó Nel frunciendo el ceño.

—Porque así no veis las fotos que subo al insta —dijo entre risas.

—¿Qué fotos? —preguntó Enol esta vez, de muy, muy mala gana.

Llara rompió a reír, pero como sonó su teléfono se libró de responder.

—Sucón —fue su alegre saludo.

O, al menos, al principio, porque luego le cambió el rostro y se metió dentro del almacén, mientras los gemelos y Miriam seguían hablando de los pros y contras de las redes sociales, ajenos al cambio de su hermana, que volvió a entrar a la barra completamente blanca.

—¿Qué tienes? —preguntó Nel, preocupado.

Pero Llara tenía los ojos clavados en Enol. Tragó saliva y apretó los labios.

—Era la señora Rosa —respondió, provocando un respingo en su hermano—. Nos pregunta si podemos recoger las llaves de debajo del felpudo.

Enol parpadeó.

—¿Por qué? —susurró, aterrado.

Aun antes de que Llara le diera la respuesta, Enol lo supo.

Su corazón se lo susurró. Su alma, en cambio, bramó desolada.

—Se han marchado.

Enol miró a su hermana con el rostro desencajado.

—No te creo —dijo antes de salir corriendo hacia la casina, pese a saber que era inútil.

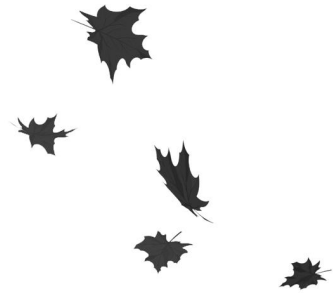
Que allí ya no había nadie. Que se había marchado.

Que le había roto el corazón.

Y así entró, con lágrimas en los ojos; de rabia, de dolor, de impotencia, de incredulidad.

Lágrimas que bañaron cada estancia que él iba recorriendo y que corroboraban una verdad que ni en sueños hubiera imaginado.

Lágrimas que se mezclaron con la lluvia cuando salió al exterior y cayó de rodillas al suelo, derrotado.



29

Los huesos le crujieron cuando despertó. Lo hizo sobresaltada, desubicada y dolorida, como cada día desde hacía un mes, tras una noche de duermevela en una silla que parecía un instrumento de tortura.

Se estiró como un gato y bostezó, pero luego se levantó y caminó hacia la cama, donde Nana seguía dormida.

—Eh, bella durmiente, ¿hoy tampoco nos da la gana de despertarnos? —la regañó cariñosamente.

Comprobó el suero y los signos vitales y fue a recoger el móvil que había dejado cargando.

Era el móvil de su hermana, que usaba para comunicarse con Jaime después de que ella le explicase que el suyo se le había roto.

Jaime en ese instante probablemente estaría en la quinta planta, en la sala de neonatos, donde Marcos, su sobrino, iba ganando peso y fuerzas cada día, tanto que según los médicos no tardarían en darle el alta. Cuando se diera el caso, ambos tenían muy claro cómo proceder: Jaime regresaría a casa con el pequeño y ella se quedaría al cuidado de su hermana. Total, tal y como estaba el panorama, Marcos necesitaba más cuidados y atenciones que su hermana, que no hacía más que dormir, y dormir, y dormir…

El móvil de su hermana sonó, momento en el que las enfermeras entraron, así que aprovechó para estirar las piernas y asearse un poco..

Además, la que había llamado no era otra que Carmina y no quería hablar con ella delante de su hermana, pues vaya usted a saber lo que llegaba a captar una persona en coma.

—Dime —fue su cortante saludo.

—Acaban de llegar las galeradas —anunció Carmina, igual de cortante.

Mina alzó las cejas, sorprendida.

—¿Ya? ¿Tan pronto?

—Sí. Según Lina, lo van a sacar en Noviembre. Y la portada también la han enviado.

—¿Y qué tal?

Del otro lado se escuchó un bufido de disgusto.

—Más fea que Picio [41]—se quejó.

Mina rompió a reír.

—Anda, exagerada. Ya será menos.

—Te lo juro por estas que son cruces. ¿Te paso una foto al WhatsApp de la Nana y la ves?

—Venga.

—Ya está. Enviada.

—Voy.

Mina puso el altavoz mientras trasteaba abriendo la imagen indicada. Cuando la vio, pegó un respingo.

—¡La hostia!

Carmina rompió a reír.

—¿Qué? ¿Es fea o no?

—Horrible. ¿Y tú has aceptado esto?

—Pues no —protestó como si fuera tonta—. Vamos, fíjate si me he cabreado, que le he dicho que no le enviaba el contrato firmado.

—¿Todavía no lo habías enviado?

—Qué va, si como quien dice me lo acaban de enviar por yo qué sé qué rollos administrativos…

—Mejor. Has hecho bien en negarte. Vamos, es que es horrible.

—Perfecto. Y la Nana ¿cómo sigue?

Mina suspiró entrando al aseo.

—Igual. Ya no sé qué hacer.

—No está en tus manos hacer nada, Mina. Es ella la que tiene que despertar.

—Ya, pero yo pensaba que al llevarle Jaime a Marcos reaccionaría… Pero nada. Además, nos dijeron que no estaría en ese estado más de diez días y ya lleva todo un mes.

Hubo un largo silencio por parte de Carmina. Cuando habló, lo hizo con tiento.

—Mina… No sabemos cuánto tiempo más va a durar esta situación. Y tú debes retomar tu vida.

—No, mientras ella esté postrada en esa cama —expresó con fervor.

—¿Y si se tira así meses?

—Pues que así sea.

Mina no podía verla, pero casi se la podía imaginar moviendo la cabeza con cansancio y resignación.

—No puedes, Mina. No debes hacer lo que estás haciendo.

Mina se envaró.

—¿Y qué estoy haciendo, según tú?

—Estás usando la enfermedad de la Nana como excusa para huir de tus problemas.

Mina resopló.

—Yo no tengo problemas.

—¿Ah, no? ¿Y yo que soy, pues? Joder, Mina, yo en sí soy la madre de los problemas.

—No tengo tiempo para esto —dijo sin convicción alguna, porque lo cierto era que sí; que estaba alargando el momento de enfrentarse a su realidad con la excusa de cuidar de su hermana, quien, por cierto, apenas necesitaba cuidados.

—¿Para Enol tampoco?

Mina apretó los labios y entrecerró los ojos cuando la sola mención del asturiano le hizo lagrimear.

—Tampoco. ¡Y no empieces otra vez con que debería llamarle! Yo no… No estoy preparada. Aún no.

La anciana no dijo nada al respecto. Es más, para disgusto de Mina, cortó la llamada, señal de que estaba muy, pero que muy enfadada.

Bueno, ya lidiaría con ella luego. Ahora debía volver al lado de su hermana.

Cuando regresó a la habitación, se detuvo de golpe cuando miró a la cama y vio a Nana sentada y con un millón de preguntas en los ojos.

Mina pegó un grito y corrió a abrazarla, mientras lloraba y reía al mismo tiempo.

—¿Qué ha pasado, Mina? ¿Dónde estoy? —Se miró a sí misma y su rostro mostró pánico—. ¿Y mi bebé? ¿Dónde está mi bebé?

—Shhh, tranquila, Marcos está ahora con su padre, en la incubadora, pero está bien —prometió. Como su hermana se echó a llorar, ella la abrazó con suavidad—. Luego le pedimos a la enfermera que te lo traigan, pero ya te adelanto que es la cosa más fea que han visto estos ojos —bromeó, ganándose con ello un pellizco de su hermana.

—¡Oye, con mi hijo no te metas, mala tía!

Mina rio y fue a tocar el botón de llamada a enfermería.

—Y ahí está mi Nana de siempre. —Caminó hasta ella y la volvió a abrazar—. Bienvenida, cariño. Te he echado de menos.

Las enfermeras llegaron y le pidieron nuevamente a Mina que saliese de la habitación, momento que esta aprovechó para darle la buena nueva a su cuñado, que no tardó en llegar.

Por respeto, cuando las enfermeras al fin les dieron permiso para entrar, Mina se quedó fuera, pues ellos necesitaban ese momento de intimidad.

Pero tan pronto como Mina se quedó a solas, el peso de la realidad cayó sobre ella, porque ya no tenía excusas para enfrentarse a algo que ya no podía dejar pasar. Y lo haría, si no fuera por ese miedo, ese pánico, que la tenía emocionalmente paralizada.

Desanimada, y sin saber cómo librarse de sus propias dudas, salió al exterior y fue hasta la zona ajardinada.

Era agosto y hacía un calor del demonio, pero a Mina no le importó. Se tumbó y disfrutó del ligero cosquilleo de la hierba entre sus dedos. Alzó la cabeza y dejó que los rayos de sol le bañaran el rostro después de muchos días de verse privada de su calor.

Y entonces, lo supo.

Así, como por arte de magia, Mina supo qué era eso que la mantenía incapaz de avanzar.

Sí, al fin Mina supo qué era lo que tenía que hacer.

—*Güenes*.

David apartó la vista de la pantalla de su ordenador y miró a su visitante, pero al verlo agrandó los ojos.

—La hostia… ¿Y esas barbas que me traes? Te pareces a tu hermano.

Enol hizo un revuelo de ojos.

—Como gemelos que somos.

—Ya, pero creo que eso es lo único que os diferencia. Tú siempre vas de pitiminí y él en cambio de…

—Leñador —se rio Enol.

—De leñador bruto —añadió David—. Y tú ahora también lo pareces, así que ya te me estás arreglando esas barbas si quieres trabajar aquí.

Enol se sentó en una de las sillas de confidente que había frente al escritorio de su socio y bostezó.

—Ni que fueras mi jefe… Porque te recuerdo que soy socio mayoritario de la clínica.

—Sí, claro, ya tenías que echarlo en cara. Por cierto, ya tengo el balance del trimestre.

—¿Y qué tal? —preguntó sin ningún interés… como ya era costumbre en él desde hacía más de un mes.

—Ten, míralo tú mismo. Es para fliparlo.

Enol tomó el papel que David le tendió sin ganas. Sin embargo, cuando vio la cifra de los beneficios alzó una ceja, sorprendido.

—Vaya… Esto no es normal. Se han triplicado.

—Normal sí es —repuso David mirándolo como si fuera bobo—. Y si sigues trabajando a ese ritmo, en un par de años nos podremos retirar.

—¿Y quién ha dicho que quiero retirarme?

David chasqueó la lengua.

—Bueno, nunca se sabe. Fíjate que siempre te has negado a operar por estética y últimamente es lo único que haces.

Enol se puso en guardia.

—Eso no es cierto. He realizado dos reconstrucciones por mastectomía.

—Dos. ¿De cuántas? ¿De diez?

El hombre se encogió de hombros.

—No llevo la cuenta.

—Pues yo sí —replicó, ahora mitad enojado, mitad preocupado—. No puedes llevar ese ritmo, Enol. Y mucho menos aceptando casos que en circunstancias normales no aceptarías ni aunque te pagasen un millón de euros.

Enol miró al techo y resopló.

—¿Me has hecho venir para darme la brasa?

David supo que Enol volvía a cerrarse, que ni aun bajo tortura, coacción o soborno hablaría de lo que le estaba matando: de Mina.

—No, te he llamado por otra cosa.

—¿Tienes un paciente para mí?

—Pues no.

Enol lo miró ladeando la cabeza y entrecerrando los ojos.

—¿*Entós*? Porque no creo que me hayas hecho venir para hablar del margen de beneficios, cuando fácilmente podrías habérmelo dicho por teléfono.

—Tampoco.

El asturiano apretó la mandíbula. Tan fuerte, que se escuchó el rechinar de los dientes.

—No voy a hablar de ella —advirtió.

David alzó las manos en señal de tregua.

—Uy, eso ya me quedó claro la semana siguiente de su partida, cuando agarraste la borrachera del siglo y casi me partes la nariz por nombrártela.

Enol suspiró y se desplomó un poquito en la silla.

—Ya te pedí perdón por ello.

David asintió. Como no añadió nada más, Enol se levantó.

—Pues si no tienes nada más que decirme, me voy.

El socio se levantó de un salto.

—¿A dónde?

—A mi casa —respondió como si fuera obvio.

—¿Para qué, si lleva un mes cerrada a cal y canto?

Enol gruñó.

—No a esa casa.

—No me refería a la casina de Mina —señaló David.

—Ni yo.

Los hombres se miraron durante el intervalo de un latido, pero fue Enol quien rompió el contacto visual y quien se encaminó hacia la puerta.

—¡Aguarda!

Enol se detuvo y resopló.

—Y ahora ¿qué, *ho*?

David se miró el reloj, incómodo.

—¿Qué tal están tus padres?

Era la pregunta tan extraña en su socio, que Enol alzó las cejas, visiblemente sorprendido.

—Eh… bien, gracias.

David asintió.

—¿Y tu *hermanu*? Hace mucho que no lo veo.

Enol frunció entonces el ceño.

—Lo viste hace una semana en el festival anual de Jazz de Bueño.

—Ah, sí, ya recuerdo. —Volvió a mirarse el reloj, pero rápidamente siguió hablando—. Estuvo genial el concierto, ¿a que sí?

Enol se mordió la lengua como pidiendo paciencia.

—David ¿hay algún motivo por el que me estés reteniendo?

—¿Yo? —preguntó con cara de inocente—. No. ¿Qué pasa, que no puedo tener una charla distendida con mi socio? Gracias a Dios —susurró para sí cuando comenzó a sonar el teléfono—. No te vayas aún, Enol. Dime, Lupe… Aja… Vale, te lo paso. Ten, Enol, es para ti —concluyó pasándole el teléfono inalámbrico de la consulta.

—¿Para mí? ¿Quién es?

Pero David no contestó, sino que salió como alma que lleva el diablo y cerró la puerta de la consulta.

Y Enol se quedó allí, parado en medio de la habitación, mirando la puerta y el teléfono alternativamente, hasta que se lo llevó a la oreja.

—¿Diga?

—Hola, Enol.

El asturiano prácticamente se desplomó sobre la silla, incapaz de reaccionar.

—Mina… —pudo susurrar tras varios segundos de silencio.

—Eh… No. Soy Carmina.

Y el corazón de Enol, que había iniciado un galope en un caballo llamado Esperanza, se detuvo, desilusionado. Aun así, y dado que era

lo más cerca que había estado de Mina en el último mes, al cabo de un segundo de asimilación su corazón volvió a ponerse en marcha en un cómodo y expectante trote.

—Hola, Carmina. Me alegra escucharla.

—Y a mí hablar contigo.

Hubo varios segundos de silencio, donde ninguno supo qué decirse pese a pender sobre ellos un millón de preguntas.

Fue Carmina quien al fin habló.

—Llamé esta mañana, pero tu socio me advirtió que hasta la tarde no estarías en la clínica…

—Por eso me estaba entreteniendo —adivinó Enol con una sonrisa cansada.

—Siento llamarte a tu trabajo, pero como no tenía ni tu móvil ni nada…

—Ya. Es lo que suele suceder cuando uno abandona un lugar sin ni siquiera dejar una nota —reprochó.

Carmina suspiró al otro lado de la línea.

—De eso mismo quería hablarte, Enol, pero no sé cómo empezar para que entiendas la decisión que tomamos… Que Mina tomó.

—No hace falta que se esfuerce, Carmina. Lo que pasó fue que Mina me dejó ese día y como había terminado su novela ya nada la retenía en Asturias, así que para no enfrentarse a una despedida, *marchóse* con nocturnidad y alevosía…

—Anda y no inventes, que no fue así la cosa —regañó la anciana.

—¿Ah, no? ¿En qué me he equivocado?

—En los motivos que tuvo para hacerlo, Enol.

—Y esos motivos son…

La anciana necesitó un par de suspiros.

—Conozco a Mina mejor que a mí misma, Enol, y sé que es más dada a hablar de sus defectos que de sus virtudes —comenzó a decir la anciana, descolocando un poquito a Enol, que frunció el ceño y se pegó el teléfono, a la espera de ver a dónde quería ir a parar la buena mujer—. Lo hace para mantener a la gente a raya, para que no deseen acercarse a ella, así que no me extrañaría que a ti te hubiera dicho en algún momento cuál es su mayor defecto.

—No sé ahora mismo —dijo Enol atusándose el cabello.

—El egoísmo, Enol.

El asturiano agrandó un poco los ojos, porque era cierto que Mina le había hablado sobre ello.

En su casa.

Aquel día en que ella se desnudó para él por primera vez.

—¿Sabes cuál es su lema? —siguió Carmina—. Primero yo, luego yo y luego yo. Y después, si tengo tiempo y ganas, quizás los demás.

—Pero ella en el fondo no es así —lanzó una lanza a favor de

aquella que le robó el corazón.

—Sí es así, Enol. No importa a quien pise, a quien se lleva por delante. Solo piensa en ella… Menos ahora.

Enol aspiró aire y lo retuvo un poquito antes de preguntar:

—¿Y qué es lo ha pasado para que cambie?

—Estar a punto de perder a lo único que tiene en la vida, a lo único que quiere más que a sí misma: a su hermana, su Nana… —La voz de la anciana sonó desgarrada, pero carraspeó y continuó con decisión—. Ni lo pensó, Enol. En ese instante, cuando Jaime, el marido de su hermana nos llamó para avisarnos de que estaban en el hospital, Mina solo tenía un objetivo: ir junto a su hermana, pese a saber que al hacerlo estaría renunciando al amor de su vida.

Enol se llevó una mano primero al pecho al escuchar la confesión de la anciana, pero luego se tocó la frente y sopló, enojado consigo mismo por haber pensado lo peor de ella, pero esperanzado porque al fin tenía respuestas.

—¿Cómo está ahora? Me refiero a su hermana.

—Oh, estupendamente. Justo me ha mandado un mensaje para decirme que acaba de salir del coma.

—Me alegra oírlo.

—Lo sé. Eres bueno por naturaleza —elogió la anciana. Y Enol imaginó que ahora estaría sonriendo—. No tardarán en darle el alta, y Mina se irá unos días con ellos hasta que se recupere del todo. Ahora ella necesita ese momento, Enol.

El asturiano lo sintió como lo que era en realidad: una súplica.

—¿Qué trata de decirme, Carmina?

—Que la esperes, Enol. Que tengas paciencia. Que ella recapacitará y que…

—¿*Ye* eso lo que ella quiere?

—No —respondió la anciana—. Es lo que ella quiere que tú quieras. Y por eso, y vuelvo al principio, eres la única persona, junto a Nana, con quien ella es incapaz de ser egoísta.

—Yo quiero —confesó Enol en un susurro desgarrado.

—En ese caso, aguarda, hijo. Ella te quiere…

Enol aspiró el aire y cerró los ojos.

—Carmina, no puede decirme eso y pedirme que me quede quieto, que no haga nada…

—Aún no —exigió la anciana.

Enol puso muy grandes los ojos. ¡Era esa frase tan de ellos, tan privada!

—¿Aún no?

—Aún no —reafirmó Carmina—. Dale tiempo.

Enol asintió con la cabeza, pese a ser consciente de que ella no podía ver el gesto.

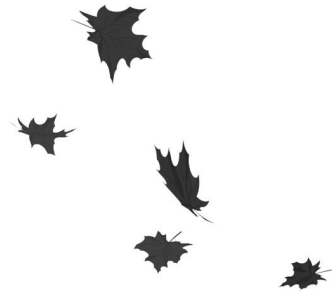
—Otra cosa, Enol…

—Dígame.

—Si ves que ella tarda… Si ves que pasa demasiado tiempo…

Y no concluyó, aunque a Enol tampoco le hizo falta que lo hiciera.

Él conocía lo suficiente a Mina como para saber lo que la vieja quería decir.



30

Mina llevaba la friolera de diez minutos en el coche, incapaz de hacer movimiento alguno.

Solo esperar a que el miedo se marchara. Solo aguardar a que el valor la asistiera.

Solo mirar al frente, hacia una casa que le traía un millón de recuerdos.

Era cierto lo que le había dicho Carmina; había encontrado la madre de las excusas en su hermana para no enfrentarse a la realidad. Ni a sí misma.

Hacía ya dos semanas que le habían dado el alta a Nana, tiempo en el que la ayudó en todo lo que pudo y en el que se centró en que se recuperara de la operación por cesárea. Y en su sobrino, claro… ¡Qué bonito era! ¡Y qué gordito se estaba poniendo! Mina no hacía más que echarle fotos a escondidas de su hermana para enviárselas a Carmina, que seguramente lloraba de la emoción y de la impotencia por no poder verlo con sus propios ojos.

De cargarlo en sus brazos ni hablaban, pues pese a que ahora podía pensar en el episodio de su aborto sin entrar en pánico, todavía había algo dentro de ella que le impedía disfrutar de su sobrino. Era miedo a quebrarse por dentro, a revivir el pasado, ahora que habían empezado a cicatrizar las heridas.

Nana no se lo reprochaba ni la obligaba a ello. De hecho, insistía en que era algo que debía salir de ella, algo así como un instinto de tía… No de madre. De eso Mina no gastaba. Y aunque dolía saberse impedida emocionalmente, y quizá físicamente también, al menos ahora sí se sentía capaz para emprender una relación.

Siempre y cuando el otro comprendiera y aceptara sus limitaciones.

Siempre y cuando el otro la quisiera a ella…

Pero antes, para ello, Mina tenía que arreglar muchas cosas, de modo que ahí estaba, reuniendo las fuerzas para dar el siguiente paso.

Ella lo había intentado por otras vías, como por ejemplo escribir mil cartas que luego había roto porque hay cosas que es mejor decirlas a viva voz, siempre y cuando tuviera los arrestos de bajarse del coche y caminar los escasos metros hasta la puerta de la casa.

—Puedo hacerlo, puedo hacerlo, puedo hacerlo —susurró apretando mucho los ojos, como si buscara dentro de sí la fuerza que sabía que tenía. Cuando los abrió y miró de nuevo hacia la casa flaqueó, pero entonces se obligó a decir—: Debo hacerlo.

Y salió del coche. Sin titubeos. Con decisión y aparentando una seguridad que estaba muy lejos de sentir, pues temblaba como un flan.

Cuando al fin llegó a la puerta, y tras un largo resoplido para infundirse ánimo, llamó al timbre y aguardó.

Pero no estaba preparada para lo que se encontró: una bonita mujer de pelo rosa y sonrisa tímida.

Mina parpadeó y miró a la mujer con expresa extrañeza, como si fuera algo que estaba totalmente fuera de lugar… Pero al cabo comprendió que si había algo que no encajaba allí era ella, así que retrocedió un paso, dispuesta a echar a correr y no detenerse hasta estar lejos, muy lejos de allí.

Estaba por girarse cuando vio que la mujer agrandaba mucho los ojos y, tras soltar una expresión ahogada, se llevó la mano a la boca.

—Mina… —la oyó susurrar.

Y esta se quedó paralizada y con los ojos prácticamente fuera de sus órbitas.

—Ho-hola… —pudo articular al fin.

La mujer le regaló una enorme sonrisa y, tomándola de un brazo, la obligó a entrar a la casa.

—Ay, ay, qué alegría, qué alegría —estaba diciendo, toda ella llena de sonrisas y con un ligero rubor en las mejillas. Cerró la puerta y fue hasta el pie de la escalera, donde gritó—: ¡Amor, baja! ¡Tenemos una visita especial!

¿Amor?

Mina de pronto flaqueó y miró hacia la puerta, dispuesta a salir huyendo en cuanto viera el más mínimo gesto de desdén.

Pero no fue desdén lo que mostraban los ojos del hombre que apareció de pronto.

No, en los ojos castaños del hombre apareció primero la sorpresa y luego la emoción.

—Mina… —escuchó decir a este, maravillado.

Y esta ya no soportó más la tensión y se echó a llorar. La pequeña

mano de la mujer se aferró a la suya, una mano cálida que le transmitió mucho cariño y fuerza. Pero fueron los brazos del hombre abrazándola lo que hizo que se sintiera querida.

A salvo.

—Oh, joder —dijo en un hilo de voz y con el rostro escondido en el pecho del hombre—. Lo siento, yo… —Se apartó y tras sorberse miró al hombre. En sus ojos se veía todo el afecto que sentía por él—. Hola, Esteban.

—Hola, escri —saludó él con el diminutivo cariñoso que usaba antaño para referirse a ella y mirándola con amor.

—Yo voy a por un vaso de agua —se ofreció la mujer—. Llévala al salón y que se siente. Está temblando, la pobre…

Esteban miró a la mujer y asintió.

—Ven, por aquí —pidió, pero luego chasqueó la lengua—. Bueno, tú ya sabes dónde.

Mina se rio por primera vez y caminó tras Esteban.

Nada más traspasar la puerta del salón se detuvo y miró en derredor, sin saber muy bien cómo sentirse, porque era el mismo salón, pero al mismo tiempo uno totalmente distinto.

Ahora parecía más… un hogar.

—Parece otro.

Esteban se acarició la nuca.

—Virgi se encargó de redecorarlo todo —explicó.

—Pero no lo hice para borrar tu huella —dijo la tal Virgi entrando por la puerta con una vaso de agua y con los ojos muy abiertos y como pidiendo disculpas—. Es que los muebles se caían a cachos.

Mina sonrió a Virgi.

—Sí que se caían… Y no tienes que darme explicaciones, Virgi. Esta es ahora tu casa. —Miró la decoración, los muebles, los textiles, las flores frescas sobre la mesa… —De hecho, parece más tu casa en apenas un par de años que la mía habiendo vivido aquí durante más de una década. —Miró a Esteban y tragó saliva—. Nunca lo sentí mi hogar.

Este asintió y miró al suelo, incómodo por primera vez.

—Bueno, yo me voy —anunció Virgi, que fue hasta Esteban para darle un ligero beso en los labios—. Tardaré un ratito.

Este le sonrió y le dio una palmada en el trasero, provocando un gritito fingido en la mujer, que no tardó en marcharse.

Mina la siguió con la mirada hasta que se perdió, momento en que se enfrentó a Esteba.

—¿Son imaginaciones mías, o nos ha dejado solos a propósito?

—Muy a propósito —asintió Esteban entre risas y sentándose a su lado.

—¿Y ella sabe quién soy yo?... No, borra eso, sí lo sabe porque dijo

mi nombre, pero ¿sabía de… lo nuestro?

—Claro. Le he hablado mucho de ti. Ella me ayudó mucho cuando te marchaste.

Mina tuvo que aspirar fuerte dos veces.

—Entiendo que no del todo mal, a juzgar por la alegría con la que me ha recibido.

Esteban sonrió con ternura y le pasó un mechón de cabello tras la oreja.

—De la mejor de las maneras… Además, ella ya te conocía.

Mina frunció el ceño e hizo memoria.

—No la recuerdo…

—De la editorial.

Mina trató de ubicarla en sus recuerdos, pero le fue imposible.

Aunque ambos habían estudiado filología hispánica, cada uno se especializó en una cosa; Mina escribiendo y Esteban montó su propia editorial.

Esteban siempre había tenido claro que lo suyo no era escribir, que él no tenía nada de creatividad ni imaginación, pero sí mucha técnica, de modo que cada cual tomó caminos distintos, sobre todo porque pese a que se habían planteado que la editorial de Esteban formara un sello de romántica solo para poder publicar a Mina, sucedió entonces que todas las editoriales abrieron mercado y comenzaron a publicar a autoras españolas.

A Mina, además, la fichó una de las editoriales más grande del país y con un contrato de cinco cifras y frente al que Esteban no podía competir, por muy pareja que fueran.

—Sigo sin caer… Solo recuerdo al final a una tal Virginia… Espera, ¿es esa Virginia? —preguntó con incredulidad al recordar al último fichaje de la editorial: una ratita de biblioteca que apenas despegaba la nariz de los libros.

Esteban sonrió de oreja a oreja.

—Esa Virginia. Entonces ella tenía gafas de culo de botella, el pelo castaño y no era tan… ¿Cómo era esa palabra que empieza por p y que significa vivaracha?

—¿Pizpireta? —aventuró Mina entre risas.

—Eso. Siempre se me atraviesa esa palabra.

Mina se rio.

—Pues no la uses, que tienes miles de sinónimos.

— Es que me gusta cómo suena. Es muy musical, como millones de cristalitos chocando entre ellos. Pizzzzpiretaaa —repitió deleitándose en la palabra.

—Ay, ay —se carcajeó Mina—. Ya había olvidado lo bueno que era hablar contigo.

El rostro de Esteba mostró tristeza.

—Y yo, Mina. —Volvió a acariciarse la nuca y la miró de reojo—. Estuve a punto de llamarte. Un millón de veces, de hecho.

Mina negó con la cabeza.

—Sabes que no te lo hubiera cogido.

—Y por eso no llamaba y respetaba tu decisión de contacto cero.

Mina miró al suelo y luego a sus manos, que se retorció.

—Creía que era lo mejor. Creía que cuanto menos contacto tuviera con el pasado, antes olvidaría… lo de nuestro bebé.

Esteban agrandó un poquito los ojos, pero luego ladeó la cabeza.

—¿Puedes hablar de… aquello? ¿Lo has superado?

Mina negó con la cabeza.

—No. Duele como el primer día, y aunque ya no me siento tan culpable y puedo hablar de ello, todavía hay algo que… No sé, Esteban. Es algo que se me agarra a las entrañas y me imposibilita para ser feliz, para rehacer mi vida.

—Lo serás, Mina. Vas por el buen camino.

La muchacha arrugó la frente.

—¿Tú crees?

—Estás aquí, Mina. Y ese, según mi criterio, es un paso enorme. Te ha tenido que costar mucho reunir valor para venir. Pero era necesario, para ambos.

Mina suspiró entrecortadamente y le dio un rápido abrazo.

—Lo que te he echado de menos… —confesó.

Esteban apretó su abrazo y la besó en la coronilla.

—Y yo a ti.

Lágrimas de pesar acudieron a los ojos de Mina, que miró al techo.

—La cagué, Esteban. Rompí todo lo bueno que había en nosotros. Y eso me mata.

—Entre nosotros solo había una cosa buena, Mina —dijo limpiándole con los pulgares las lágrimas que ya eran incontrolables y corrían por sus mejillas—: Nuestra amistad.

Mina sorbió y lo miró sin comprender.

—Pero nosotros nos queríamos mucho. Teníamos muchos planes de futuro… Una boda, el bebé…

Y volvió a quebrarse, pero Esteban le agarró la mano.

—Eran tus planes —corrigió él recalcando el *tus*—. Yo solo… Me dejaba llevar. Tal vez ese fue nuestro error.

Mina se limpió el rostro.

—¿Mis planes? ¿Acaso tú no querías…?

—Tenía tan poca personalidad que no sabía lo que quería y simplemente me dejé llevar. Pero acepté solo cuando tú lo planteaste y porque, como suele decirse, ya nos tocaba. ¿Cuántos años llevábamos juntos? ¿Diez? Sí, ya tocaba casarse y tener hijos, aunque la idea me dio un poco de vértigo.

—Tal vez sí que fui un poco insistente —reconoció Mina con pesar.

Porque, ahora que lo pensaba fríamente, había sido ella la que se había obsesionado con el tema. Tal vez porque sintió un poco de envidia de sus amistades. O tal vez porque al formar su propia familia rompía con su infancia y tendría la oportunidad de empezar de cero y llevar una vida normal, lejos de los fantasmas del pasado.

—Fue por el entorno —la excusó Esteban—. Todos nuestros amigos y conocidos habían empezado a buscar familia y nos vimos arrastrados a ello. Además, creo no equivocarme si digo que ambos, de forma inconsciente, pensábamos que así salvaríamos nuestra relación.

—Pero no estaba rota…

Esteban negó con cansancio.

—No se rompe lo que no está unido, Mina —expresó provocando un respingo en ella, que lo miró con los ojos muy abiertos.

Porque esa misma frase, no hacía mucho, la había dicho a ella. En otras circunstancias y a otra persona. Pero ¿era eso cierto? ¿Aquellas palabras se las dijo realmente a Enol, o a sí misma? Porque sí; ella se sentía unida a Enol. Como nunca antes se había sentido unida a nadie.

Ni siquiera a su Nana.

—Entiendo lo que quieres decir, Esteban. Pero yo… yo sí te quería —dijo con un nudo en la garganta y en un tono que sonaba mucho a pregunta, como si la respuesta no la tuviera ella, sino Esteban.

—Claro que sí. Y yo a ti también, mucho, mucho, pero de una forma muy diferente a la que creíamos. Era la nuestra una relación cómoda, una relación donde primaba la amistad ante todas las cosas. Pero nunca nos amamos, y ahora lo sé.

Mina parpadeó, pues de pronto lo vio claro. Y al hacerlo también le llegó otra revelación que hizo que se echara a temblar.

—No, no nos amamos… —aceptó, porque ahora que ella sabía lo que era el amor, comprendía que no se parecía ni en pintura a lo que había sentido por Esteban.

Esteban le volvió a agarrar la mano y sonrió con ternura.

—Tú siempre has creído que la culpa de todo lo malo que nos sucedió la tuviste tú, que me llevaste a una depresión y por eso nuestra relación se enfrió… Que yo, incluso, te culpaba de la pérdida de nuestro bebé, pero no es así, Mina. Ni tú tuviste la culpa de aquello, ni yo entré en depresión por ti. Entré en depresión porque no sabía cómo gestionar ni cómo expresarte lo que sentía; que cada día me sentía más lejos de ti, que yo no te podía reprochar que no me dejaras tocarte porque yo no tenía tampoco deseo alguno de hacerlo… Pero, lo peor, lo que hacía que llorara cada noche, fue descubrir que no teníamos nada por lo que luchar, porque no éramos nada. Aquello fue un batacazo que me costó aceptar. ¿Sabes lo que realmente sentí cuando te fuiste? Alivio.

Mina asintió con fervor, porque fue lo que ella sintió cuando una mañana, sin avisar ni dejar siquiera una nota, huyó de él, de lo que no le hacía sentir y de sus recuerdos.

Huyó, en fin, de sí misma.

—Dios mío, Esteban… No tenía ni idea de tus sentimientos… Ni de que fueran tan parecidos a los míos. Ahora lo veo, Esteban. Ahora sé que nuestra relación fue un absoluto desastre…

—No tan desastre. Éramos grandes amigos. Aún lo somos.

—Eso es cierto. Bueno, eso y por lo menos el sexo entre nosotros era…

—Correcto —terminó él entre risas—. ¿Pero buen sexo? No. Y ahora lo sé.

Mina se unió a sus risas, pero luego lo miró con ternura.

—¿Cómo fue? ¿Cómo te enamoraste de ella?

Esteban sonrió de oreja a oreja y se reclinó en el sofá.

—De golpe, Mina. Un día era la traductora de mi editorial y al día siguiente el pilar más importante de mi vida.

Pilares…

—¿No… te asustó?

—Pues claro. Sobre todo porque lo que sentía no se parecía en nada a lo que había sentido por ninguna otra mujer, ni siquiera por ti. Me hacía enojar, que echara por la boca sapos y culebras, me sacaba de mis casillas y hacía que me entraran ganas de estrangularla… y de besarla al mismo tiempo. Me hacía sentir tan jodidamente vivo que me aterraba, Mina. Pero era más grande el miedo a no volver a sentirme así, de modo que le eché valor y la besé un día. —Sonrió con amor y nostalgia—. Al mes nos casamos.

Mina agrandó mucho los ojos.

—¿Os casasteis? ¡¿En un mes?!

Esteban asintió.

—Fue el segundo día más importante de mi vida. Algún día lo comprobarás tú también.

Mina negó con la cabeza.

—Ya lo he hecho. Pero la he cagado, Esteban. Yo… lo dejé y ahora estoy perdida. Ahora no sé adónde ir.

Esteban sonrió, con esa sonrisa suya tímida y afectuosa y que parecía contener todas las respuestas del mundo.

—Ya sabes lo que dicen, Mina; uno siempre debe volver al lugar donde una vez fue feliz. —La muchacha agrandó mucho los ojos, pero como no dijo nada al respecto, Esteban la instó a hacerlo—. ¿Quieres hablar de ello?

Mina negó con la cabeza, porque había ciertos temas que uno no debía tocar con su ex, pero al mirarlo a los ojos vio lo que Esteban era en realidad para ella: un gran amigo al que quería con locura, de

modo que sacó todo lo que tenía dentro.

Y también, por primera vez, ambos se atrevieron a hablar de aquel fatídico día. Lo hicieron abrazados, llorando un poquito, despidiéndose de quienes habían creído ser y celebrando quienes eran en realidad.

Expiándose unas injustificadas culpas.

Y así, agarrados de las manos y contándose confidencias, los encontró Virgi, que sonrió y miró la escena con ternura, pues sabía que ambos necesitaban pasar página.

Solo así, quitándose esa espina de sus corazones, podrían ser absolutamente felices.

—Ya he vuelto —anunció.

Mina agrandó mucho los ojos cuando vio lo que cargaba.

—Ay, la leche… —Miró a Esteban con las cejas alzadas—. No me habías dicho que tenías un hijo.

—Y ese fue el otro día más importante de mi vida.

—Es niña —corrigió Virgi caminando hacia ella. Cuando llegó a su lado, y sin darle opción a negarse, la obligó a tomarla en brazos

—¡No! —medio gritó medio susurró, pero ya era tarde.

Virgi la había soltado y ahora ella no sabía qué hacer con el bebé.

—Hazte tú cargo de ella mientras preparo la cena. Porque te quedas a cenar, ¿verdad? —preguntó Virgi, haciendo como que no había pasado nada aunque lo había hecho a propósito.

Mina no contestó.

Se sentía incapaz incluso de moverse. La respiración se le cortó un segundo, pero luego regresó, caótica, incontrolable. Las fosas de su nariz se dilataron, mientras echaba a temblar.

Y entonces la niña sonrió y con un gritito quiso tocarle la cara.

Fue la caricia tan suave, su mano estaba tan calentita, que Mina cerró los ojos y disfrutó de la caricia. Lágrimas de emoción y felicidad corrieron por sus mejillas, mientras apretaba ahora con más seguridad y confianza a la niña contra su pecho.

Como si quisiera metérsela dentro. Como si quisiera protegerla de todo y de todos. Fue tal el impacto que algo se le quebró por dentro, y ese algo eran sus miedos, sus recelos, sus dudas… Toda la negrura que había dentro de ella.

Y entonces, al mirar a la pareja que aguardaban, emocionados, lo supo.

Ella quería lo mismo que tenían ellos. Lo necesitaba.

¡Se lo merecía!

Y justo cuando lo descubrió, cuando al fin se sintió liberada de sus propias cadenas, se hizo la oscuridad.

31

Carmina se llevó una mano al pecho cuando algo se quebró dentro de ella.

Ya antes se había sentido especialmente vulnerable y con los sentimientos a flor de piel, señal de que Mina estaría haciendo de las suyas.

En su fuero interno la anciana esperaba que estuviera enfrentándose a sí misma, porque no, Enol no era lo más importante en aquella historia; eran ellas.

Ellas, que se habían odiado. Ellas, que se habían tolerado. Ellas, que se habían reconciliado.

Ellas, que al fin, y así lo supo, se habían perdonado.

Tantas emociones eran, tan pletórica de felicidad se sintió, que apreció incluso un dolor físico en el corazón.

Aterrada, y temiendo sufrir un infarto, fue hasta el sillón y se tumbó, mientras se masajeaba el pecho y controlaba la respiración y a la espera de que el dolor pasase.

Pero entonces, justo cuando el dolor pasó, llegó la calma, y con ella también la oscuridad.

Carmina se echó a temblar, mientras esperaba que la luz volviese.

Pero no volvió.

¿Se habría muerto? Para comprobarlo se pellizcó muy fuerte, porque, al fin y al cabo, los muertos no sentían dolor. ¿O sí?

Con un poquito de pánico tanteó el entorno, sorprendiéndose cuando comprobó que ya no estaba en el sofá, sino en una cama que no parecía tener fin.

Al incorporarse trató también de adaptar su vista a la oscuridad,

pero donde quiera que estuviese no había ni un ápice de luz, de modo que ahí estaba ella, sentada en la cama, mirando sin ver y un pelín aterrada, incapaz de levantarse y de hacer movimiento alguno, a la espera de una respuesta.

Y esta llegó cuando, de pronto, se escuchó un sonido como si se hubiera accionado un mecanismo. El sonido le resultó tan familiar, que se dejó caer en la cama, desilusionada y con lágrimas en los ojos, porque así sonaban las persianas de su presente.

Para nada.

Había viajado en el tiempo para nada. Volvía a estar en el mismo punto, en la misma cama, con la misma soledad.

Lloró, porque una vez rompieron aquella barrera ahora era mucho más fácil hacerlo. Lloró despacito, con pena y resignación, con los ojos cerrados e incapaz de disfrutar de la cegadora luz que de pronto inundó la estancia.

Lloró, hasta que se quedó sin lágrimas y se atrevió a enfrentarse a su realidad.

Con un suspiro que zanjaba el asunto, y resignada, se incorporó de nuevo y miró al frente.

Al principio parpadeó, porque la luz era tan intensa que la cegó momentáneamente, pero luego, cuando poco a poco recuperó la visión, los ojos se le salieron de sus órbitas.

—Ohhh —exclamó maravillada, en su rostro una expresión de asombro.

Y justo en ese momento, cuando el peso de la realidad cayó sobre ella, también lo hicieron los recuerdos.

Sobre todo, los de aquel día…

—¿Estás bien?

Mina miró a su alrededor, desubicada.

Seguía sentada en el sofá de Esteban, aferrada a la niña y con una expresión de locura en sus ojos.

—No debí darle a la niña. La impresión que se ha llevado ha sido monumental.

Mina negó con la cabeza y trató de tragar saliva, pero le fue imposible.

—Ve a por un vaso de agua —pidió Virgi, que se hizo cargo rápidamente de la situación y al mismo tiempo que le quitaba a la

niña.

—Voy —dijo Esteban corriendo hacia la cocina.

—¿Qué te ha pasado, Mina? —preguntó Virgi con ternura.

Esta, que no paraba de temblar, necesitó todo un minuto de asimilación.

Porque ella sabía exactamente lo que había pasado. Pero ¿cómo explicarlo sin parecer una loca?

Porque, pese a que no tenía ninguna certeza, sabía que Carmina había regresado a su tiempo.

Esteban llegó con el vaso, que apuró de un solo trago. Se lo devolvió y se levantó rápidamente.

—Estoy bien, estoy bien —calmó cuando la pareja comenzó a protestar—, pero ahora tengo que irme.

—Pero ¿qué ha pasado? ¿Ha sido por darte a la niña? —insistió Virgi con auténtico pesar.

Mina asintió, pero sonrió.

—Darme a la niña es lo mejor que has podido hacer, Virgi. Se han caído todos mis muros —expresó tomándola de las manos y mirándola con verdadero afecto. La abrazó rápidamente y luego a Esteban—. Pero ahora tengo que comprobar una cosa.

La pareja la dejaron ir y la acompañaron hasta la puerta, donde nuevamente se abrazaron a modo de despedida.

—Ven a visitarnos a menudo —pidió Esteban, abrazándola fuerte, fuerte.

Y Mina, al mirar los ojos de Virgi, por primera vez sintió lo que era contar con una familia. No la de sangre, no: la familia que la vida le pone a uno sin pretenderlo siquiera.

—Lo haré —prometió—. Con la condición de que me devolváis la visita.

—¿Dónde?

Mina no respondió, sino que le guiñó un ojo y salió corriendo.

Ya antes de abrir la puerta de su casa Mina sabía lo que se iba a encontrar. O, mejor aún, lo que no se iba a encontrar. Y efectivamente no encontró a Carmina en ningún sitio; ni en la cocina, como era habitual en ella, ni en el salón, aporreando el teclado con la nueva novela que decía que había comenzado porque se aburría como una ostra todo el día sola en la casa. Ni en el baño, que al fin habían logrado vencer sus fobias y ahora se encerraban en él para tener más privacidad.

Ni en el dormitorio.

Una lágrima corrió por la mejilla de Mina.

—Ay, vieja, lo que te voy a echar de menos… —susurró a modo de despedida, pero entonces, cuando vio su reflejo por casualidad en el espejo del armario, la vio.

No, Carmina no se había ido, porque la vieja vivía en ella.

La vieja era ella.

Y Mina supo que algo habían cambiado en el futuro, porque el espejo no le devolvió una mirada altanera, desdeñosa y cargada de reproches.

No, no había ni culpa ni odio en sus ojos, solo amor por sí misma.

Al menos, eso lo habían logrado. Y Mina comprendió que ahora ya no importaba lo que el futuro le deparase, siempre y cuando conservara lo más importante: a sí misma.

Pero su *sí misma* tenía otras muchas cosas importantes en la vida, algo que tenía que poner remedio a la de ya.

Necesitó para ello la friolera de dos semanas, entre pitos y flautas. Porque mira que era difícil cambiar de vida…

En ello estaba cuando su móvil sonó.

Se lo sacó del pantalón y leyó el mensaje del WhatsApp sin comprender.

—Qué raro —dijo.

—¿Qué pasa? —quiso saber su vecino buenorro, Raúl, mientras le sujetaba la escalera.

—Nada, que preguntan cuál es mi piso. Bah, se habrán equivocado.

Iba a guardar el móvil cuando recibió una nueva notificación.

Y el corazón se le detuvo.

«Soy Enol».

Mina miró el smartphone con los ojos muy abiertos, incapaz de creer lo que estos veían, aunque loca de ilusiones. Como él estaba escribiendo, aguardó a que acabara, ya no tanto para responderle, sino para recuperarse de la impresión.

«Carmina me mandó la ubicación, pero no me aparece ni el piso ni la puerta. Y no tengo ni idea de adónde llamar».

«1º C», fue lo único que capaz de escribir, pues comenzó a temblar como un flan.

—Anda y ve a abrir la puerta, Raúl.

—¿Quién es? —preguntó este.

Mina tragó saliva.

—El amor de vida —confesó en un hilo de voz.

Enol comenzaba a pensar que había sido una pésima idea hacer ese viaje.

¿Qué clase de respuesta era esa? Así, escueta, seca… Un poco como era Mina. ¿Qué iba a esperar? ¿Qué ella llamara corriendo? ¿Qué le

mandara un audio diciéndole lo dichosa que se sentía?

No. Nada de eso.

Solo 1ºC.

Tan desilusionado se sintió que por un segundo estuvo a punto de arrancar el coche y volverse por donde había venido. Y lo hubiera hecho, de verdad, si no tuviera un motivo de peso para no hacer caso a su orgullo, y este era que su corazón se negaba a vivir sin ella, de modo que con un resoplido se bajó del coche y caminó hacia el bloque de pisos antiguo.

Un mes.

Era lo más que había podido esperar desde aquella llamada de Carmina. Y en verdad hubiera esperado más, todo el tiempo que ella necesitase, pero entonces su gemelo empezó a pincharle y a enseñarle las fotos que Mina subía al instagram, fotos en las que las últimas semanas se la veía feliz, pletórica y brillando como Enol no había visto antes.

Y eso le asustó.

Bueno, eso y que su familia se había confabulado para meterle malos pensamientos en la cabeza, como por ejemplo que si esa era la luz que desprendía la luz de una persona enamorada, que mira y si en Madrid había conocido a alguien, que si no vas a pelear por ella…

Tanto lo envenenaron que casi consiguen el efecto contrario y Enol estuvo a punto de tirar la toalla, pero entonces se dijo que necesitaba respuestas.

Y ahí estaba, a por ellas.

La puerta del portal estaba abierta, de modo que entró y subió las escaleras hasta el primer piso. Cuando llegó al indicado se rascó la cabeza, porque la puerta estaba abierta.

¿Debería llamar primero? ¿O era esa una invitación para que entrara?

Decidió hacer lo segundo.

—¿Hola? —gritó entrando al recibidor.

—¡Aquí! —la escuchó.

Y su corazón la reconoció, porque comenzó a latir encabronado, pero este se detuvo cuando entró al salón y vio la escena.

Un hombre, poco más joven que ella, le sostenía una escalera mientras ella desatornillaba un mueble. Era atractivo, y muy musculoso.

Era la delicia de cualquier mujer.

—Mmm —fue lo único que salió de sus labios, aunque fue suficiente para expresar ya no solo su sorpresa, sino también su incredulidad.

—Agarra este lado, Raúl —estaba indicando Mina, ignorándolo por completo.

—¿Quieres que lo haga yo?

—No, ya casi lo tengo —dijo sacando la lengua al mismo tiempo que accionaba el destornillador eléctrico.

—Esto… ¿Me voy? —preguntó Enol, porque de pronto se sintió muy, pero que muy ridículo.

—Tú te quedas —ordenó Mina, que seguía sin mirarlo.

El muchacho de la escalera giró la cabeza y miró en su dirección. Entonces hizo una cosa muy extraña: sonrió y caminó hacia él con la mano extendida.

—Tú debes de ser Enol.

—¡Raúl, la escalera! —gritó Mina, alarmada.

—Bah, si no la estaba sujetando. Yo soy Raúl, su vecino.

¿Vecino?

Enol parpadeó, pero aceptó la mano ofrecida y lo saludó. Fuerte. Muy fuerte. Ahí, para que se jodiera.

El moreno amplió la sonrisa y apretó a su vez.

Y Enol volvió a apretar con todas sus fuerzas y cabreado por momentos porque el chaval le estaba reventando la mano.

—¿Qué hacéis? —preguntó Mina, que se había bajado de la escalera para ir junto a ellos y miraba a uno y a otro alternativamente.

—Medir fuerzas —confesó Raúl entre risas.

—Anda, déjalo, no vayas a partirle la mano, que es cirujano —explicó con un deje de orgullo que a Enol le hubiera alegrado si no hubiera sido por el primer comentario.

Vamos, que dudar de él de esa manera… Aunque fuera verdad. ¿No podía ponerse de su parte, y ya?

—Iba ganando yo —replicó cual infante.

—Ya, seguro —dijo Mina poniendo los ojos en blanco, pero entonces, para disgusto de Enol, esta se abalanzó sobre el muchacho y lo abrazó—. Gracias por todo, Raúl.

Este dejó que Mina lo abrazase, pero se abstuvo de cerrar su abrazo y miró a Enol, indicándole en silencio que aquello no había sido cosa suya.

—¿Ya no me necesitas? —preguntó cuando Mina lo soltó.

—No, ya tengo otro ayudante. —Le dio un beso en la mejilla—. Te echaré de menos.

El joven se encogió de hombros.

—Si quieres nos wasapeamos.

Mina negó con la cabeza.

—Ni de coña, con lo poco que me gusta… Ambos sabemos que tan pronto salgas por esa puerta nos olvidaremos el uno del otro. Pero has sido un vecino cojonudo.

El muchacho volvió a encogerse de hombros, tal vez porque no estaba acostumbrado a que le rechazasen, ni como hombre ni como

amigo, pero finalmente lo aceptó y, tras despedirse con la mano, se marchó.

Ya a solas Enol no supo qué pensar del hecho de que Mina volviera a lo suyo.

—Anda, sujeta, que tengo un poquito de vértigo.

El asturiano agitó la cabeza, cansado, pero había ido con un propósito y no pensaba marcharse hasta conseguirlo.

—Mina, creo que sería conveniente que dejaras eso un *segundín*.

—Ni de coña. Con la de cosas que tengo que hacer… Este tornillo se me resiste.

—¡Mina! —regañó él.

Al fin la mujer lo miró a los ojos y entonces el hombre lo vio: todo el amor que ella sentía por él. Así que su extraña actitud no era porque lo ignorase; era porque no sabía cómo enfrentarse a él.

—Vale. Tú dirás —aceptó poniéndose frente a él, pero entonces pegó un respingo y frunció el ceño—. ¿Has venido con la furgo de Nel?

Enol parpadeó, desprevenido por la pregunta.

—Eh… No. He venido en mi Land.

Mina se encogió de hombros.

—Igual me sirve. Chico, me has venido que ni pintado —dijo con una enorme sonrisa y descolocándolo todavía más.

—¿Para qué?

Mina movió las manos señalando la estancia.

—Para la mudanza.

Enol alzó las cejas, pues no había reparado antes en las cajas apiladas en una habitación prácticamente vacía.

—¿Te mudas?

Mina asintió, pero evitó mirarle.

—¿A dónde? —insistió él en un hilo de voz.

La mujer sonrió con ternura. ¡Qué bonita estaba, con su pantalón de chándal gris, su camiseta llena de manchas de lejía y su bandana roja cubriendo su cabellera más roja aún.

—A mi paraíso particular, con mi media manzana.

Enol parpadeó, porque no quería hacerse ilusiones. Pero ¿y si sí?

Miró a su alrededor, como buscando una respuesta. Y entonces, cayó en la cuenta de algo.

—¿Y Carmina?

El rostro de Mina se entristeció y miró al suelo.

—Ella está ahora en otro lugar, Enol. Espero que en un lugar mucho mejor —susurró con pesar, pero luego, tras limpiarse una lágrima, sonrió y se golpeó el pecho—. Pero ella sigue aquí dentro, en mí. Ella vive en mí. Y ella me dice que viva. Que sea feliz. Que… regrese. ¿Sabes lo que dice Esteban?

El corazón de Enol dejó de latir, pero prefirió enfrentarse a aquello.

—¿Esteban… tu ex?

—Mi ex —confirmó Mina.

—¿Lo has visto? —Mina hizo un gesto de asentimiento con la cabeza. Enol no supo cómo sentirse al respecto—. ¿Habéis vuelto?

Cuando Mina, tras agrandar mucho los ojos, rompió a reír las esperanzas regresaron, de forma tan abrupta que sintió un escalofrío que recorrió toda su columna vertebral.

—¡Qué dices, hombre! Pero si se ha casado. Es la mar de feliz, el pobre mío. Y tiene una mujer que… Ufff, es increíble. Más buena que es, más cariñosa… Oye, que la tienes que querer sí o sí. Además, también han tenido una hija y…

Enol alzó las manos para detenerla. Agitó la cabeza y la miró muy serio.

—Sinceramente, Mina, Esteban, su mujer y su hija me traen sin cuidado.

—Pues deberían —regañó ella—, porque gracias a ellos he descubierto muchas cosas.

—¿Qué cosas? —preguntó él con recelo y ladeando un poquito la cabeza.

Mina le sonrió, pero luego avanzó un paso y le agarró por la cintura.

—Que te quiero —confesó a bocajarro, mirándolo a los ojos—. Que me he librado de mis fantasmas. Que ahora sí estoy preparada para una relación… contigo. Que ahora sí quiero formar una familia. Que ahora no me importaría tanto no poder tenerla si te tengo a mi lado, siempre y cuando tú también lo desees. Que no concibo la idea de vivir en otro lado que no sea en la tierrina… Que te quiero —repitió con fervor.

Enol escudriñó sus ojos, buscando en ellos la verdad de sus palabras. Cuando la halló, jadeó y apoyó la frente en ella.

—Sí que me quieres.

Mina suspiró y le acarició la espalda.

—Más que quererte, Enol. Te amo. Con toda mi alma.

Fue imposible no sonreír de pura felicidad. Fue incontenible el beso que le robó cual lobo hambriento, ambos al fin unidos y ebrios de felicidad.

—Te amo —confesó él a su vez entre beso y beso.

Mina rio cuando él le metió la mano dentro del pantalón para abarcar sus nalgas y apretarla contra él, fuerte, fuerte, como si deseara que, efectivamente, se convirtieran en uno.

—Dilo ahora, Enol.

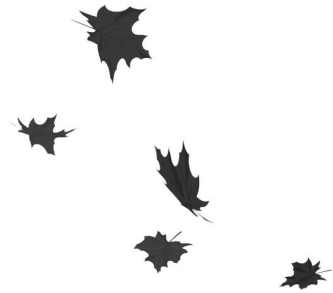
El hombre se apartó y alzó las cejas, confundido, pero al ver la mirada de Mina sonrió de medio lado y asintió.

Se apartó un segundo de ella y suspiró.

—Mina, ¿quieres ser mi novia?

Ella le regaló la sonrisa más hermosa que él había visto jamás antes de responder:

—Sí, Enol. Ahora ya sí.



EPÍLOGO

Carmina lloró de nuevo, esta vez de felicidad. Ahí estaba ella, en su dormitorio desde hacía más de cincuenta años, mirando hacia el exterior a través de un enorme ventanal, donde se apreciaban las mimosas en flor, el verde del *prau* y la solemnidad de las montañas.

Con paso trémulo fue hasta la coqueta y se miró en el espejo, mientras los recuerdos iban dejando un reguero de felicidad.

Recordó contarle a Enol que había decidido volver a Asturias con la firme intención de reconquistarle, que para ello había alquilado por un año la casina de la señora Rosa. Recordó decirle que aunque él no la perdonase tenía toda la intención de quedarse, tal había sido su amor por la tierrina.

Recordó el día que ella, al fin, le dio el sí quiero a la propuesta de matrimonio de Enol tantas veces formulada, allí, en esa misma cama. Y su noche de bodas, así como la alegría del primer predictor. O la noche que rompió aguas por primera vez de sus gemelos, a la que se le sumó una segunda vez que anunció la llegada de la benjamina de la familia.

Recordó el día que su hermana y su cuñado, ambos guardia civiles, pidieron comandancia en Asturias y la tenía viviendo prácticamente a tiro de puerta.

Recordó las comuniones y las bodas de sus dos hijos y su pequeñina, una niña preciosa que había seguido los pasos de su padre, que más orgulloso no podía estar.

Y recordó el nacimiento de su primer nieto.

Pero, ante todas las cosas, recordó todos y cada uno de los días que había vivido junto a Enol, de quien se enamoraba a diario, con el que

había compartido la alegría de nuevos miembros y la tristeza por la pérdida de sus seres queridos, en un ciclo inevitable de la vida.

Carmina miró sus ojos en el reflejo del espejo y sonrió.

—Lo conseguimos, Mina. Lo logramos —susurró.

En ese instante la puerta se abrió para dar paso a la razón de su existir, a quien sonrió de oreja a oreja.

¡Qué viejito estaba ya! Aunque seguía teniendo buena mata de pelo, ahora ya lo llevaba corto y era completamente blanco. La barba la conservaba, tan cuidada como siempre. Caminaba un tanto encorvado por culpa del reuma, pero seguía teniendo ese aire avasallador que tanto le había caracterizado antaño.

Sí, había mucho todavía del Enol de hacía más de cincuenta años, sobre todo en la forma que tenía de mirarla a ella.

—Ya era hora que te levantaras, *ho*.

Carmina le echó los brazos al cuello y comenzó a besarle por todo el rostro, para fingido disgusto de Enol, que comenzó a protestar.

—*Quiérote, vieyu* —confesó ella entre risas y agarrando su rostro para besarle.

Enol tras muchas protestas al fin se dejó besar, como bien sabía ella que iba a pasar.

Ya eran demasiados años jugando a ese juego.

—*Quiérote, bruxa* —dijo él mirándola a los ojos, pero entonces frunció el ceño y la miró extrañado.

—¿Qué pasa?

—Nada. Solo que… *Ye* una tontería muy grande.

—Suéltalo… —pidió ella con cansancio y mientras se quitaba el camisón para vestirse.

Enol la miró, goloso, porque todavía la deseaba, pero entonces se rascó la cabeza.

—Es sobre Carmina.

La anciana se puso rígida. Se puso una blusa y caminó hacia él.

—¿Qué pasa con ella?

—Erais la misma persona, ¿cierto? —soltó a bocajarro.

Carmina agrandó mucho los ojos y rio de forma nerviosa.

—¿De dónde sacas eso?

—Bueno, del hecho de que físicamente erais iguales, de que ella a veces hablaba en plural, como si fueses tú, de que era muy extraño lo que sentía por ella, de que ya había soñado antes con ella… Y a eso le añadimos que nunca me hayas dicho dónde reposan sus restos y que me prohibieras hablar de ella con nadie que no fuera de Bueño… Y menos con tu hermana. —Le acarició el brazo derecho—. La misma marca de nacimiento…

—Tienes unas cosas…

—No —negó él, mirándola muy serio y un tanto asustado—. Eras

tú. Ahora lo sé. Lo veo en tus ojos…

Carmina sonrió de medio lado.

—Y si es así, ¿sucede algo?

Enol agrandó un poquito los ojos.

—Pues que me quitarías un peso de encima, porque ya son muchos años con esa duda encima.

Carmina rio y le echó los brazos al cuello.

—Somos la misma, y al mismo tiempo somos distintas —confesó ella—. Carmina desapareció y solo quedé yo. ¿Recuerdas lo que te dije cuando te llamé a la consulta? ¿Recuerdas cuál era su lema?

Enol agrandó los ojos y se apartó de ella, un tanto asustado, porque Mina nunca, jamás, le había hablado de ese lema.

Carmina, en cambio, sí.

Precisamente el día que llamó aquel día a su consulta… A escondidas de Mina.

—Primero yo, luego yo y luego yo… —comenzó a recitar.

—Y si tengo tiempo y ganas, quizá luego los demás —concluyó ella.

—Por la Santina —exclamó Enol sentándose en la cama—. Lo sabía. Siempre lo supe… ¿Cómo *ye* posible?

La mujer suspiró y se sentó a su lado.

—A día de hoy todavía no encuentro respuesta, pero me rescató, Enol. Y en su empeño en hacerlo, me trajo hasta aquí. Hasta ti.

—Bendita sea, pues —dijo Enol en un susurro junto a sus labios.

—Bendita sea —repitió Carmina.

Y así se besaron, suavecito, despacito, hasta que Enol se apartó y rompió a reír.

—¿Sabes? Sería una novela *coyonuda*.

Carmina rompió a reír.

—¿Y cómo la titularíamos? ¿Vieja loca chiflada viaja en el tiempo para darle dos hostias a su yo del pasado?

—Vaya boca, *ho* —regañó el hombre.

Y Carmina rompió a reír, feliz. ¡Era todo tan fácil con ese hombre!

Fueron abrazados hasta el ventanal, donde contemplaron el paisaje, en un día donde no había ni rastro de nubes en el cielo.

—Te equivocaste, Enol —dijo ella de pronto.

—¿En qué? —quiso saber él besándola en la coronilla.

Carmina sonrió y se pegó un poquito más a él.

—Lo que dijiste en la cafetería la mañana siguiente de mi llegada. —Se apartó y lo miró con todo el amor que sentía por él—. Sobre lo de que siempre llovía aquí.

Y la prueba era que, precisamente, desde que se encontró a sí misma y regresó a la tierrina, dentro de ella dejó de llover. Ahora ya solo había noches de cielo estrellado y amaneceres de luces deslumbrantes; de días de sol y esperanza...

—No, Enol. No siempre llueve en Asturias.

FIN

[1] Prado, en asturiano.

[2] Pantalón de cintura alta, efecto bombacho en las caderas y ajustados al tobillo, inspirado en la moda de los 90.

[3] Ye/Yes: Es/Eres.

[4] Viejos, ancianos.

[5] Cojones.

[6] Las gracias.

[7] En asturiano: “Dijo la sartén al cazo…”.

[8] Abuela, en asturiano.

[9] Entonces.

[10] Guarro, sucio.

[11] Calla, ho: Expresión típica asturiana que indica que algo parece increíble. En castellano, sería: calla, hombre.

[12] Fantasma, fanfarrón.

[13] Repunante: Desagradable, caprichoso, antipático, suspicaz, que protesta por todo.

[14] ¿Eres tonto?

[15] Escultura de bronce. Aunque popularmente se la conoce como El viajero, por las maletas que porta, su nombre real es El regreso de Williams B. Arrensberg, del escultor Eduardo Úrculo.

[16] Buenos días, buenas tardes.

[17] Entrar por el ojo izquierdo, caer mal.

[18] Pendenciero, irascible.

[19] Expresión de sorpresa típica de la zona.

[20] Estás salpicándome.

[21] Orbayar: Llover.

[22] Conocida marca asturiana de licor de hierbas.

[23] Exitosa novela de fantasía escrita por R.R. Martin (1996, Game of Thrones) y llevada a la pantalla en una serie de 8 temporadas con el mismo nombre y producida por HBO.

[24] Prestar: Gustar.

[25] Youtuber y escritor asturiano famoso por sus entrevistas de tinte político y social, sobre todo a grupos de feministas. Además, el protagonista de la novela tiene cierto parecido físico a él, de ahí que la protagonista haga mención al youtuber.

[26] Técnica de maquillaje que consiste en delinear los labios por fuera de su línea natural para dar un aspecto más voluminoso.

[27] «Al platu vendrás, arbeyu, si nun ye de xoven sedrá de vieyu». Al plato vendrás, guisante, si no de joven, será de viejo. Expresión que equivale a la castellana: arrieros somos, y en el camino nos encontraremos.

[28] Aplicación de citas, encuentros.

[29] Jugada que gana a la mano en el mus, consistente en obtener 31 al juego con tres sietes y una figura.

[30] Vaques: Vacas. En la jerga del mus, partida. Gana una vaca el mejor de tres juegos.

[31] Charlatán. Que habla mucho y de cosas sin importancia.

[32] Baile que consiste en empujar las caderas hacia atrás y sacudir las nalgas en posición de cuclillas. Aunque su origen es en la música llamada “Rebote” de Nueva Orleans, se hizo popular entre la cultura del Hip Hop y el rap, extendiéndose hasta el Trap y el Reggaeton.

[33] “Tío, tengo hambre”.

[34] “Bajito”, de Jencarlos Canela ft. Ky-Mani Marley. (UML)

[35] Que arda la casa, pero que no eche humo.

[36] En la mitología asturiana, leonesa y cántabra ser legendario con alas y cuerpo de serpiente.

[37] Miedoso, cobarde.

[38] En novela romántica, se dice que es una novela blanca cuando apenas hay escenas de sexo y estas no son explícitas.

[39] Derivado de ghost (del inglés, fantasma) consiste en terminar una relación afectiva cortando todo contacto y sin dar una explicación.

[40] Con cara larga, enfadado.

[41] Más feo que Picio: hace referencia a la fealdad de un zapatero de Granada que había sido condenado a pena de muerte, pero al que finalmente se le indultó. Fue tal la impresión que el hombre se llevó, que se le cayeron las cejas, el pelo, las pestañas y su rostro se deformó y llenó de tumores.

Nota de la Autora

Para mí es imposible escribir una novela y no hacer mención de la tierrina. En esta ocasión he querido ir más allá y ubicarla allí, en Bueño, un pueblo de Asturias que me enamoró en cuanto puse un pié en él. Por desgracia no pasé mucho tiempo allí (algo que remediaré en breve), de ahí que tenga el temor de no ser del todo precisa con mis descripciones.

La casina de Rosa no existe, así como el Sucón, el bar de la familia de Enol, pues ambos son licencias que me he tomado por el bien de la trama. Sí existe, en cambio, el restaurante La Nozaleda, el Centro de interpretación del Hórreo y la casa rural La Cueva II.

No conozco tampoco a ningún vecino, pero gracias a toda la información que he recopilado, a todos los videos que he visto del pueblo, pude conocerlos un poquito, aunque fuera de lejos.

Así, y aunque me gustaría decir que cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia, debo confesar que he tomado prestados algunos nombres y cargos de los miembros de la Asociación Cultural de Bueño, como un pequeño homenaje a la increíble labor que desempeñan; especial mención a Pepa, la directora del grupo de teatro de Bueño, y a Miriam, que se encarga de las redes sociales y de las entrevistas de la asociación.

En cuanto a la Llingua Asturiana, pido perdón por mi desconocimiento de la misma, que quizá me lleve a cometer algún error lingüístico que espero el lector tenga a bien corregirme y perdonarme.

Invito a todo el que tenga oportunidad de visitar el pueblo que lo haga.

Estoy convencida de que, como yo, se enamorarán de la tierrina.

Y no, que no os asuste la lluvia, porque no siempre llueve en Asturias.

Acerca del autor

LAURA NUÑO

Pues soy una persona corriente, nadie excepcional, salvo por esas indigentes que viven en mi cabeza y que no paran de dar berridos, también conocidas como Musas. Un día me retaron, y gracias a ello descubrí mi verdadera vocación.
Suelo trabajar como administrativa comercial, y aunque me encanta mi trabajo, ahora sé que me equivoqué de carrera: lo mío es la Historia.
Estoy casada, y enamorada como el primer día. Todavía vivo en esa nube de color rosa preñada de ilusión, quizá por ello me guste tanto leer romántica y escribirla.
Sí, reconozco que dejo un poquito de mi alma en mis novelas.
Me gusta la sencillez, la frescura, el humor, los pequeños detalles, cosa que inevitablemente se refleja en mis novelas.
Soy, en definitiva, una persona normal que suele soñar despierta y a la que le gusta plasmar esos sueños en papel.
Vosotros habéis hecho que muchos de esos sueños salgan adelante.
Por ello...
¡GRACIAS!

Laura Nuño (Lala para vosotros)
@lalanuno_
www.lalanuno.com

PREMIOS
Premio Cazadoras del Romance 2015: Oro a la mejor Protagonista

femenina (Highlander tenías que ser)
Premio Cazadoras del Romance 2015: Bronce al mejor Protagonista masculino (Highlander tenías que ser)
Premio Chick-lit 2015 a la mejor portada (Highlander tenías que ser)
Premio CoraSón 2015 a La mejor Pelea (Highlander Tenías que ser)
Premio Púrpura de Honor en los premios Púrpura Romántica.
Ganadora en la categoría de Romance Histórico del II Premio Leer y Leer de Vestales y Escribe Romántica.
Mención Especial en el II Certamen de Novela Romántica HQÑ (Entre dos bandos)
Mejor Novela en los premios Más valoradas de Otro Romance Más 2014. (Al otro lado de la pared)
Premio Púrpura Romántica al Mejor Ebook 2014 (Entre dos bandos)
Premio Rosas al Mejor Romance Paranormal Nacional 2014 (Mi Bestia)
Autora Más Valorada en los premios Más valoradas de Otro Romance Más 2014.
Premio Tres plumas al Mejor Romance Paranormal Nacional 2013 (Mi Custodio)
Premio Amor fú al Mejor Chick Lit 2013 (Clarita y su mundo de Yupi)

Libros de este autor

Highlander tenías que ser

Serie Aigantaigh I

Anda y que te den, Highlander

Serie Aigantaigh II

Mi Custodio

Serie Los Ocultos I

Mi Bestia

Serie Los Ocultos II

Mi Druida

Serie Los Ocultos III

Clarita y su mundo de Yupi

Serie Y su mundo I

Elena y su mundo en blanco y negro

Serie Y su mundo II

Al otro lado de la pared

Y llenarte el muro de flores

Entre dos bandos

El dictado de mi corazón

Anima Nigrum